

*Mercedes Formica*



## La Infancia

Edición crítica y estudio introductorio  
Miguel Soler Gallo

*Dykinson, S.L.*





**Colección**  
**ANDALUZAS OCULTAS**

*Eva María Moreno Lago y Mercedes Arriaga Flórez*  
*Directoras*

*Comité Científico*

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia, Italia  
María Rosal Nadales, Universidad de Córdoba, España  
Julia Benavent Benavent, Universidad de Valencia, España  
Francesca Denegri Calderón, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima  
Barbara Meazzi, Universidad de Cote Azur, Francia  
Kostantina Boubara, Universidad de Tesalónica, Grecia  
Silvia Manzo, Universidad de la Plata, Argentina  
Marcelo Pereira, Lima Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil  
Teresa Rodríguez, Universidad Nacional Autónoma de México  
Mercedes González de Sande, Universidad de Oviedo, España  
Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina  
Nuria Capdevilla Arguelles, Universidad de Exeter, Inglaterra  
Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut, USA  
Rocío González Naranjo, Universidad Católica de l'Ouest-Bretagne Sud, Francia  
Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile  
Carolina Sánchez-Palencia Carazo, Universidad de Sevilla, España





Miguel Soler Gallo (Ed.)

**MERCEDES FORMICA**  
**La infancia**

*Dykinson, S.L.*

2023

## Mercedes Formica. La infancia

Miguel Soler Gallo (Ed.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto “Andaluzas Ocultas: medio siglo de mujeres intelectuales (1900-1950)” que forma parte de los proyectos I+D+i FEDER Andalucía 2014-2020, con referencia US-1381475, y el Ayuntamiento de Sevilla.



Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L.

© De la introducción, edición crítica y notas: Miguel Soler Gallo

© Del texto: Herederos de Mercedes Formica

© De la presente edición: Dykinson S.L.

© Cubierta: Eva María Moreno Lago

1º edición: 2023

Editorial Dykinson S. L.  
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España  
Internet: <https://www.dykinson.com/>  
E-mail: [info@dykinson.com](mailto:info@dykinson.com)

ISBN: 978-84-1170-201-0

# LA INFANCIA

Mercedes FORMICA

EDICIÓN CRÍTICA, INTRODUCCIÓN Y NOTAS

MIGUEL SOLER GALLO



## SOBRE EL AUTOR

**Miguel Soler Gallo** es doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca. Entre sus líneas de investigación se encuentran el análisis del discurso político-ideológico, la literatura española, en concreto, la narrativa desde la Guerra Civil hasta la actualidad, con una mirada especial a las producciones andaluzas, la cultura popular y las relaciones entre cultura, poder y mujer. Desde hace tiempo se encuentra estudiando y editando la vida y obra de la escritora y abogada Mercedes Formica (Cádiz, 1913 - Málaga, 2002). Por el momento, de la obra narrativa de la autora ha publicado ediciones en la editorial Renacimiento de *Monte de Sancha* (2015; nueva edición próximamente), *Bodoque* (2018), *A instancia de parte* (2018), *La ciudad perdida* (2022), *El secreto* (2022), y los tres tomos de memorias agrupados en el volumen *Pequeña historia de ayer* (2020). Tiene en proyecto publicar una biografía de Formica, sus artículos de cultura, sociedad y de corte jurídico y feminista, así como su obra literaria desconocida.



Retrato de Mercedes Formica



## ÍNDICE

### INTRODUCCIÓN CRÍTICA

#### ANDALUZA OCULTA: MERCEDES FORMICA (1913-2002)

1. Marcada para la eternidad .....	7
1.1. Un aroma corrompido .....	11
1.2 Falange, Guerra Civil y desencanto .....	15
1.3. En el erial de la posguerra.....	23
1.4. El compromiso por la igualdad .....	27
1.5. Tiempo otoñal .....	32
2. <i>La infancia</i> : singular joya oculta .....	35
2.1. Evocación de una Andalucía perdida.....	35
2.2 Duras experiencias .....	48
3. Referencias bibliográficas .....	56
4. Criterios de edición.....	60

### OBRA

LA INFANCIA .....	63
-------------------	----

<b>Cádiz</b> .....	<b>65</b>
Capítulo I .....	67
Capítulo II .....	95
Capítulo III .....	99
Capítulo IV .....	103
Capítulo V .....	107
Capítulo VI .....	112
Capítulo VII.....	121
Capítulo VIII.....	125
Capítulo IX .....	128
Capítulo X.....	131
<b>Sevilla</b> .....	<b>139</b>
Capítulo XI .....	141
Capítulo XII.....	145
Capítulo XIII.....	149
Capítulo XIV .....	151
<b>Córdoba</b> .....	<b>157</b>
Capítulo XV.....	159



Capítulo XVI .....	166
Capítulo XVII.....	174
Capítulo XVIII.....	181
Capítulo XIX .....	186
Capítulo XX.....	190
APÉNDICE DOCUMENTAL .....	195
Más pasajes de la infancia en Cádiz (extractos) .....	197
Cádiz y Sevilla en <i>Visto y vivido</i> .....	200
Nostalgia y recuerdo de Filipinas (fragmento) .....	221
Cronobiografía de Mercedes Formica .....	309
Imágenes del ayer .....	311
Exposición: “Un grito en el silencio: Mercedes Formica (1913-2002)”. Homenaje en Cádiz por el centenario de su nacimiento .....	324

# ANDALUZA OCULTA: MERCEDES FORMICA (1913-2002)

Miguel SOLER GALLO  
*Universidad de Salamanca*

## 1. MARCADA PARA LA ETERNIDAD

El 5 octubre de 2015, el Ayuntamiento de Cádiz, gobernado por Podemos y Ganar Cádiz en Común, ordenaba la retirada del busto de la escritora y abogada Mercedes Formica de la Plaza del Palillero<sup>1</sup>. La colocación de este busto, el 2 de diciembre de 2014, junto al acceso del Centro Integral de la Mujer, significó el colofón a los actos para conmemorar el centenario del nacimiento de Formica en Cádiz, los cuales habían comenzado el 28 de noviembre de 2013, dentro de los actos del Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer, con la inauguración de la exposición “Un grito en el silencio: Mercedes Formica (1913-2002)”, en la sala Cigarreras, organizada por la Fundación Municipal de la Mujer, que entonces dirigía el Partido Popular, y en la que ejercimos el trabajo de documentalista. El mal gesto del Consistorio gaditano se sumaba a una larga historia de tergiversación de la vida y obra de Mercedes Formica. Si bien, en esta ocasión, distintos medios de comunicación, nacionales y locales, recogieron reacciones en contra de la ocultación que provenían de personalidades de la cultura, la judicatura, el periodismo y la política, como Rosa Regàs, Fernando García de Cortázar, Laura Freixas, Glòria Poyatos Matas, Luis Antonio de Villena, Ana Rossetti, Isaías Lafuente o Amparo Rubiales. En un

---

<sup>1</sup> Obra de la escultora Presentación Navarro, el busto realizado en bronce patinado, de 53 cm de alto x 26 de ancho, se situaba sobre poliedros regulares de chapa metálica. En la parte central podían leerse las siguientes palabras grabadas en una placa: “La ciudad de Cádiz a Mercedes Formica-Corsi Hezode, abogada, novelista e historiadora, defensora de los derechos de las mujeres (Cádiz, 1913 – Málaga, 2002)”.

primer momento se argumentó que se había ordenado la retirada del busto para evitar su deterioro al estar en la vía pública y que, por ello, lo habían reubicado en el interior de la biblioteca del Centro Integral de la Mujer, que lleva el nombre de la gaditana desde 2004 (sin que jamás se hubiese hecho lo mismo con otros bustos y estatuas que pueden verse por la ciudad); sin embargo, días después, en una asamblea pública que ambas formaciones políticas, presentadas en coalición en las elecciones de junio de 2015, celebraron en la Plaza del Palillero, para compartir con el público sus impresiones tras los primeros cien días de mandato, se manifestó el verdadero motivo. Desde el punto de vista adoptado, absolutamente erróneo, no podía concebirse rendir tributo a una “fascista, instigadora del Golpe de Estado del 36, fiel a la obra de Franco y seguidora del modelo de mujer abnegado y sumiso de la dictadura”. Con tal descripción, se envolvía la figura de Formica en un halo de maldad infernal insalvable y se situaba la postura tomada por el equipo de gobierno municipal en el lado positivo, pues, de acuerdo con la entonces Ley 52/2007, de Memoria Histórica, y la Ley 2/2017, de Memoria Histórica y Democrática de Andalucía (posterior al hecho, pero a la que se hizo alusión con el tiempo para tratar de justificarse), de haber sido ciertas cada una de las palabras que se emplearon para definir a Mercedes Formica, la decisión era irrefutable. De esta forma se exteriorizaba la ejemplaridad ante la ciudadanía afín y en general y se armaban de argumentos ante las valoraciones contrarias. Si bien esta línea discursiva basada en la autoglorificación y en la polarización ideológica, es decir, los “buenos” son ellos y los “malos” quienes fueron capaces de homenajear a una “militante fascista” y proclamarla adalid de los derechos de las mujeres en España, sin interesarse por saber cómo y por parte de quién partió la celebración de tales actos (se trataba ya de una “lucha política”), se vino abajo cuando el 22 de julio de 2016 el Comisionado de la Memoria Histórica del Ayuntamiento de Madrid, dirigido por Manuela Carmena, de similar signo político que el gaditano, propuso rendir tributo a Mercedes Formica por su labor literaria y jurídica en defensa de las mujeres y contra la violencia machista, bautizando con su nombre una de las 27 calles que determinaron cambiar de nomenclatura para erradicar recuerdos de la dictadura. En un principio se informó de

que sería la calle “Caídos de la División Azul”, pero finalmente, aparte de que se aumentó a 47 los nombres a modificar, el 17 de marzo de 2017 se anunciaba que su nombre quedaría immortalizado en la que era la calle Eduardo Aunós, en el distrito de Salamanca. Y así viene siendo desde mayo de 2017, cuando se produjo la sustitución. El sectarismo y la incultura, a pesar de que los citados grupos políticos defendieron que su acción estaba respaldada por la ley y por “un asesor histórico”, quedaron al descubierto. Nunca hubo rectificación alguna, al menos de forma pública<sup>2</sup>. Quizá algún día pueda volver aquel busto al lugar para el que fue concebido.

---

<sup>2</sup> En varios artículos publicados en la prensa local, autonómica y nacional manifestamos esta injusticia. Algunos ejemplos son: “Mercedes Formica, ¿salvada?” (*ABC y La Voz de Cádiz*, 26 de agosto de 2016); “Una calle para Mercedes Formica” (*El Mundo*, 26 de marzo de 2017); “Mercedes Formica o el vaivén de las circunstancias” (*Diario de Cádiz*, 30 de abril de 2017); “Mercedes Formica, injusto olvido de una defensora de la mujer” (*El Español*, 24 de marzo de 2018); “La ‘reformica’: 60 años de un hito en la lucha por la igualdad” (*El Español*, 24 de abril de 2018); “Mercedes Formica: defensora de los derechos de la mujer” (*Sur*, 31 de julio de 2018); “En el recuerdo de Mercedes Formica”, *Diario de Cádiz*, 13 de agosto de 2018; “Mercedes Formica: la abogada y escritora que puso voz a las mujeres en el franquismo” (*El Correo de Andalucía*, 30 de julio de 2018); “Mercedes Formica: la oscuridad clama su aurora” (*El Español*, 8 de agosto de 2019); “Mercedes Formica revelada: la feminista que persuadió a Franco” (*La Voz del Sur*, 21 de julio de 2020); “Mercedes Formica: la voz feminista que no se silencia” (*El Español*, 25 de julio de 2020); “‘El domicilio conyugal’, el silenciado grito feminista de Mercedes Formica” (*La Voz del Sur*, 6 de noviembre de 2020). También hablamos de ello en una entrevista para *El Confidencial*, “De falangista a feminista: Mercedes Formica, la mujer que desafió a Pilar Primo de Rivera” (17 de junio de 2019). Igualmente, cabe destacar nuestra participación en dos programas de RTVE en los que la figura de Formica ha sido protagonista: Por un lado, *La hora cultural*, en el Canal 24 Horas, presentado por Antonio Gárate, dedicó el capítulo del 7 de diciembre de 2020 a la autora (y, con motivo del Día Internacional de la Mujer, volvió a emitirse el 8 de marzo de 2021). Por otro, *Objetivo Igualdad*, también en el Canal 24 Horas, dirigido y presentado por Carolina Pecharromán, ofreció un reportaje, emitido el 23 de abril de 2023, para repasar la lucha y los logros de Formica (volvió a divulgarse el 29 de abril en la 2 de RTVE). Por otra parte, el actual Ayuntamiento de Madrid ha elaborado distintos murales, en el espacio de igualdad del distrito La Latina, con retratos de mujeres juristas destacadas, entre los que está el de Mercedes Formica. Del mismo modo, junto al Colegio de Abogados de Madrid, se ha acordado colocar una placa conmemorativa en



De modo que ahí queda planteado el problema, las dos caras que han querido otorgarle, desde siempre, a Mercedes Formica, sin conocimiento alguno de su vida y obra: fascista y feminista, un oxímoron imposible de asumir, pero utilizado por gente perteneciente, o considerada así, a la élite cultural e intelectual. En este sentido, por un lado, la izquierda podrá acogerse a su parte “feminista”, si no existe el temor a que la otra “parte” del personaje, la “fascista”, consiga que la opinión pública próxima acabe reprochando y calificando de poco democrático el hecho de reivindicarla; y, por otro lado, la derecha podrá ensalzar su lado “feminista” para “demostrar” que el feminismo no es “patrimonio” exclusivo de la izquierda, entrar en el combate político y sentirse en un estado confortable defendiendo la igualdad entre los sexos. Aparte de estas dos alas de la política, sectores de extrema derecha, e incluso movimientos fascistas o franquistas, pueden ensalzar la figura de Formica para hacer ver que su visión del mundo no es “mala” ni “perversa”, sino que son los grupos opuestos los que se han encargado de conducirlos a tal posición de rechazo y exclusión; es decir, podrán “blanquear” su pensamiento y denigrar la manera de pensar opuesta a través de la historia de Mercedes Formica, terriblemente manipulada. Si no se precisan de forma adecuada determinados aspectos biográficos de la gaditana, seguirá estando oculta y podrá ser complejo conseguir que se muestre una admiración generalizada por parte de la sociedad. No obstante, aunque pueda ser una tarea dificultosa, es posible cumplirla siempre y cuando se despolitice su trayectoria vital y artística, se la sitúe al margen de la dialéctica ideológica y se valoren únicamente sus logros. Para ello, hace falta un ejercicio de revisión y de contextualización de su figura, dejar apartado cualquier interés personal o partidista y, fundamentalmente, fortalecer la creencia de que luchar por los derechos de las mujeres o ser feminista no es cuestión de ideologías, esto es, de ser de izquierdas o de derechas, sino que es un asunto que concierne a los derechos humanos y, por consiguiente, elemental para el progreso de cualquier nación, tal y como pensaba Formica.

---

el edificio en el que Formica desarrolló su labor profesional como abogada, situado en el Paseo de Recoletos, n. 19.

### 1. 1. UN AROMA CORROMPIDO

A las cinco de la mañana del 9 de agosto de 1913 nace en Cádiz Mercedes Formica en el seno de una familia perteneciente a la burguesía de principios del siglo XX. A los once días recibió el bautismo en la iglesia de San Antonio de Padua de la capital gaditana con el nombre completo de María de las Mercedes, de los Ángeles, Amalia, Margarita de la Santísima Trinidad. Su padre, José Formica-Corsi, natural de Mataró, llegó a alcanzar fama como ingeniero industrial. Formado en Lille con el matrimonio Curie, se estableció en Cádiz para iniciar su vida profesional en torno a 1905. Su madre, Amalia Hezode, gaditana, era descendiente también de una importante saga de ingenieros y marinos. El matrimonio tuvo cinco hijas y un varón: María Luisa (1911; fallecida a los quince años), Mercedes (1913), Elena (1914), Margarita (1918), José María (1927) y María (Marita) (1931; fallecida a los catorce años).

En Cádiz la familia permanece hasta 1924, año en el que se traslada a Sevilla a causa de un cambio laboral del padre, que pasa a ocupar el puesto de director de la sucursal sevillana de la compañía Catalana de Gas y Electricidad. La costumbre parecía dictar que Formica seguiría un modelo educacional orientado a la domesticidad y la maternidad, pero Amalia Hezode, que escasamente tuvo instantes de felicidad en su matrimonio, no quiso perpetuar su ejemplo de mujer educada “a la antigua” en sus hijas, ya que del hijo se ocupó el padre en todo momento, para hacer de él “un hombre de porvenir”. El anhelo de la madre de Formica consistía en inculcarles la vía de los estudios como medio para alcanzar la independencia económica, a fin de que contemplasen el matrimonio como una opción más de la vida en la que primase el amor y no como vehículo para colocarse en sociedad.

Motivada por el grato recuerdo de su etapa en el Loreto Convent School de Gibraltar durante su infancia, pensó que podría ser una buena opción inscribir a sus hijas en uno de los dos centros que estas religiosas –conocidas como “las irlandesas”– poseían en Sevilla. Y hacia allá se dirigió. En el vestíbulo, casualmente, la recibió una antigua profesora de música que se mostró entusiasmada al reconocer a su alumna preferida, que había destacado en el manejo del arpa. Sin embargo, el gesto de

felicidad se transformó en preocupación en cuanto le hizo saber su deseo de que sus hijas hicieran carrera: “Mother Paul quedó perpleja. Como la quería bien, intentó disuadirla asegurándole que, si pisábamos la universidad, nunca nos casaríamos en Sevilla. Las chicas estudiantes ocupaban, frente a la sociedad, una situación ambigua, mezcla de prostitutas y cómicas” (Formica, 2020: 55). Tras oír aquellas palabras, reticentes con el desarrollo intelectual de la mujer, la madre de Mercedes Formica abandonó el lugar.

Por fortuna, Amalia Hezode encontró apoyo en una anónima profesora de la Escuela Normal de Granada, que pertenecía a la Institución Libre de Enseñanza, con quien conversó en un balneario en Tolox en unos días de vacaciones. Hezode se rindió al talante de una española evolucionada capaz de ganarse la vida por ella misma. Hasta que alcanzaran la edad necesaria para acudir a la universidad, María Luisa, Mercedes y Elena, fueron enviadas al colegio Santa Victoria de Córdoba, regido por las escolapias, en régimen de internas; Margarita, de seis años, permaneció en Sevilla. Si bien, el fallecimiento de María Luisa, el 7 de julio de 1927, motivó el regreso de las hermanas a la capital hispalense. Allí, en el Colegio del Valle, Mercedes Formica se convirtió en la primera alumna en estudiar el bachillerato. Posteriormente, en el curso 1931/32, la joven se matriculó en la carrera de Filosofía y Letras, pero modificó algunas asignaturas por otras de Derecho, circunstancia que la convirtió en pionera de esta facultad de la Universidad de Sevilla, a la que tuvo que asistir acompañada de una señorita de compañía –en Andalucía llamada “doña”–, para evitar determinadas reacciones de una sociedad no acostumbrada a ver a una mujer asistir a las aulas universitarias. En este año académico alternó ambos estudios. Formica tuvo como profesor de Literatura española al poeta Jorge Guillén, por quien profesó una gran admiración y lo consideró el responsable de cubrirle importantes lagunas de autores y obras que no había visto ni estudiado en los centros religiosos en los que estuvo en su niñez y adolescencia.

La Sevilla de los primeros años treinta, republicana e intelectual, marcó esta etapa de su vida. Su condición universitaria le permitía introducirse en espacios donde imperaban la cultura y el conocimiento. Tuvo ocasión de conocer

y compartir veladas con Pepín Bello, Ignacio Sánchez Mejías, Federico García Lorca, el mismo Jorge Guillén o Encarnación López, la Argentinita. En este tiempo, leyó la obra de Galdós, Ortega y Gasset, Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Azorín y Pío Baroja. La filosofía orteguiana sería la que más influyese en su manera de pensar.

El matrimonio de los padres de Formica llegó a su fin en el otoño de 1933. La Ley de Divorcio de 2 de marzo de 1932, a pesar de marcar un hito en España en la materia, no era del todo progresista, debido al conservadurismo de la sociedad y a la ausencia de perspectiva de género en las cuestiones jurídicas. El artículo 44 de la citada ley regulaba el humillante precepto del “depósito de la mujer casada” por considerarse el domicilio conyugal “casa del marido”. Si bien, la expresión “casa del marido” no aparecía como tal en los textos legales, quedaba expuesta en el mencionado artículo, apartado 2º, de la siguiente forma: “Señalar el domicilio de la mujer”. Este artículo, específicamente este apartado, era deudor del artículo 68 del Código Civil de 1889, que, a su vez, reflejaba lo dispuesto en el artículo 1.880, y siguientes, de la Ley de Enjuiciamiento Civil, que señalaba que la mujer, en esta situación, debía permanecer “depositada” en casa ajena, en compañía y al cuidado de un “depositario” escogido, o al menos autorizado, por el marido (aunque este fuese el presunto cónyuge culpable o un delincuente), o en un convento. De modo que la madre y las hijas emprendieron la marcha a Madrid, lugar que se al juez y este aprobó (por encontrarse allí residiendo la abuela materna de Mercedes Formica). La parte vencida por la ley se vio obligada a emprender una vida lejos del ambiente que había frecuentado, de amistades y familiares, como si se tratase de una “muerte civil”. Los hijos quedaron bajo la custodia materna y la patria potestad paterna<sup>3</sup>; sobre el único hijo varón, José, de seis años, se acordó

---

<sup>3</sup> En la ley se leía: “Poner los hijos menores de cinco años al cuidado de la madre, y los mayores de esa edad, al cuidado del padre. El Juez podrá, sin embargo, proceder de modo distinto, bien al constituirse el depósito, bien con posterioridad, en virtud de causa justa o por acuerdo de los cónyuges, ratificado a la presencia judicial. El cónyuge que no tenga en su poder a los hijos tendrá derecho a visitarlos y comunicar con ellos en el tiempo, modo y forma que el Juez determine”.



su envío al internado Christian Brothers de Gibraltar, y que pasara los períodos vacacionales, alternativamente, con sus padres (cláusula que no se cumplió para la madre)<sup>4</sup>. La liquidación de la sociedad de gananciales no se realizó debidamente y los bienes fueron vendidos o disimulados. La situación era el resultado del castigo impuesto a Amalia Hezode por no consentir en un divorcio de mutuo consenso.

En concepto de manutención, el juez estipuló una pensión de 1.000 pesetas mensuales que debían cubrir los gastos de comida, vivienda, vestido, educación y cuidados de una familia compuesta por cinco personas, madre y cuatro hijas, la menor de tres años. No era una cantidad desdeñable para la época, pero resultaba insuficiente para el nivel de vida que la familia poseía. Además, no siempre las leyes garantizaban la eficiencia de la pensión alimenticia. La tímida penalidad del artículo 34 –una alternativa entre multa y prisión– nunca se aplicó, motivo que explicaba la falta de jurisprudencia sobre la materia. Mercedes Formica cuenta esta trágica experiencia familiar en el primer tomo de sus memorias *Visto y vivido*<sup>5</sup>.

La relación con su hermano, y la de este con la otra parte de la familia, sobre todo con su madre, fue distante, y esto ocasionó desgarró y dolor. Como dejó escrito en el citado tomo de memorias: “El divorcio no fue para los míos la solución a un problema entre seres civilizados, sino el triunfo del más fuerte protegido por la ley” (2020: 218). Por este motivo, Formica expresó que desconfió “de los pretendidos beneficios que los republicanos iban a traer y mi admiración por conocidos y amigos de aquella ideología empalideció”, según le manifestó a Concha

---

<sup>4</sup> La última decisión la tenía el juez y, en el caso del divorcio de los padres de Formica, cuando le pertenecía a la madre estar con el hijo, José Formica-Corsi, haciendo uso de la patria potestad, decidía enviar durante el tiempo vacacional a su hijo a Múnich para que perfeccionara el alemán, argumento que el juez veía favorable para el futuro del menor.

<sup>5</sup> La autora dejó su testimonio en tres volúmenes con la idea de que fuesen reconocidos con el título genérico de *Pequeña historia de ayer*. Además del tomo citado, las memorias se completan con *Escucho el silencio* (1984) y *Espejo roto. Y espejuelos* (1998). En 2020, editamos en un solo volumen, como era deseo de la autora, los tres tomos en la editorial Renacimiento (Biblioteca de la Memoria) con el referido título con el que fueron ideadas. De esta edición tomamos las citas insertas en el texto.

Alborg y que esta recogió en su libro sobre novelistas de posguerra (1933: 107). Importantes palabras que encierran una actitud de desencanto con su realidad y que explican determinados episodios de su devenir vital.

#### 1. 2. FALANGE, GUERRA CIVIL Y DESENCANTO

Coincidiendo con aquel momento difícil de la vida de Mercedes Formica, apareció en la escena política un movimiento político denominado Falange Española, liderado por José Antonio Primo de Rivera, abogado de profesión. A pesar de identificarse con otros movimientos fascistas europeos y de coincidir en varios principios, en especial, con la ideología mussoliniana, también se manifestaba que era un programa netamente español, que surgía para solucionar los males que estaban afectando al país derivados del comunismo. Para el contexto en el que vivía Formica, estas similitudes con el fascismo no estaban muy nítidas. El movimiento falangista era entendido como la oposición a la República, una vez que se había diluido el sentimiento monárquico.

En la formación inicial de Falange Española la mujer no tenía cabida. José Antonio Primo de Rivera no terminaba de aceptar su inclusión dada la peligrosidad que se respiraba en el ambiente y el brío enérgico que requería en sus filas, cualidad que se entendía como propia de varones en la lucha política. Si el 29 de octubre de 1933 se funda la Falange, a los pocos días se creaba el Sindicato Español Universitario (SEU), con la idea de introducir la propaganda en la Universidad y acabar con las demás organizaciones estudiantiles, como la Federación Universitaria Española (FUE), legitimada por el gobierno republicano, o la Federación de Estudiantes Católicos (FEC). La joven universitaria Mercedes Formica, ya instalada en Madrid y decidida a retomar sus estudios de Derecho en la Universidad Central, había oído por radio el discurso fundacional, pronunciado en el Teatro de la Comedia de Madrid por Primo de Rivera. Llamó su atención la frase en la que decía que su propuesta no era ni de izquierda ni de derecha: “No somos un partido de derechas que, por conservarlo todo, conserva hasta lo injusto, ni de izquierda que, por destruirlo todo, destruye hasta lo bueno” (Formica, 2020: 179). Y decidió afiliarse a Falange desde

el SEU, pues esta puerta había quedado entreabierta y el líder falangista no tuvo más remedio que aceptar a las mujeres que procedían de la Universidad (Jato, 1953). En un principio, solo hubo dos, Justina Rodríguez de Viguri, de Filosofía y Letras –que tuvo que apuntarse con su nombre en masculino, Justino–, y Mercedes Formica, de Derecho. Es decir, las dos entraron a formar parte de la Falange antes de que se instituyera la Sección Femenina entre junio-julio de 1934 (o diciembre, cuando se aprueban sus Estatutos) (Gallego Méndez, 1983; Sánchez López, 1990; Richmond, 2004). Esta circunstancia le otorgó a Mercedes Formica distinción dentro del movimiento frente a Pilar Primo de Rivera, hermana del líder falangista y delegada nacional de la Sección Femenina, que se exteriorizaba en una especie de superioridad moral que le concedía el ser universitaria y que le impedía tolerar, pese a que llegó a colaborar en labores asistenciales con la organización, la idea de la reducción de las mujeres a la esfera maternal y hogareña. Por ello, tuvo importantes enfrentamientos con la “jefe” de la Sección Femenina y con otras militantes destacadas como Carmen Werner, con quien, a pesar de ser buenas amigas, se molestaba cada vez que esta apostaba, en exclusividad, por la misión doméstica para la española: “Yo mantuve que no solo en la familia, sino también en la esfera del derecho público podía realizarse, desempeñando cargos políticos y profesionales, de acuerdo con su vocación, preparación e inteligencia” (Formica, 2020: 227-229).

Mercedes Formica adquirió relevancia dentro del SEU. En abril de 1935, analizó la situación de la mujer falangista en el I Consejo Nacional y consiguió, tras su intervención, que se fundara una rama femenina dentro del organismo. Así, las mujeres universitarias falangistas tendrían entidad propia, pues, hasta ese momento, habían sido dirigidas por los camaradas varones. Fue la primera delegada de la Facultad de Derecho de Madrid y, en febrero de 1936, José Antonio Primo de Rivera la designa para el mismo cargo a nivel nacional. No obstante, este cargo en Falange tuvo que haber sido más figurativo que influyente, ya que si el número de universitarias era escaso en aquellos tiempos (Flecha García, 2002: 217), menor aún era el de las estudiantes afiliadas al movimiento falangista. Dentro del

SEU, contando con la norma estrictamente tradicional que imperaba, como organismo adscrito a la Falange, se respiraban ciertos aires de permisividad con la formación y desarrollo intelectual y profesional de las mujeres, muy distinto al espíritu cerrado de Pilar Primo de Rivera, pues se pensaba que convenía para el porvenir de la patria. Aunque prevalecía la idea de que las mujeres debían centrarse en formar una familia, se hablaba de ellas también como posibles “rivales” de los hombres a nivel profesional. No debemos obviar que en las publicaciones del SEU femenino podían leerse proclamas en esta dirección: “La mujer de hoy ha llegado al mismo nivel cultural que el hombre, de quien puede ser indistintamente, sin esfuerzo, una colaboradora o una rival dentro de cualquiera de las múltiples profesiones y especialidades” (Morales, 1944: 22). Es evidente que estas ideas no podían proceder de la Sección Femenina de Pilar Primo de Rivera, quien llegó a pronunciar durante el I Consejo Nacional del Servicio Español del Magisterio (SEM), celebrado en febrero de 1943, las palabras más duras jamás manifestadas sobre la capacitación intelectual de la mujer: “Las mujeres nunca descubren nada, les falta desde luego el talento creador, reservado por Dios para inteligencias varoniles; nosotras no podemos hacer más que interpretar mejor o peor lo que los hombres nos dan hecho” (en Ballarín Domingo, 2006: 51). De esta forma equiparaba el nivel intelectual de la mujer con el de los niños, delincuentes y dementes, en un espacio público en el que se trataban cuestiones relacionadas con la enseñanza. Probablemente, el marco republicano ayudaba a pensar de esa forma, pese a que, inherentemente, la Falange no apoyase la idea de la igualdad entre los sexos. Hasta cierto punto, el SEU, el nacido en la II República, subsistía evolucionando en paralelo e intentando no colisionar con las recias tesis falangistas. Era, desde luego, el elemento más discordante dentro del movimiento y el más idealista (Ruiz Carnicer, 1996: 483).

El inicio de la Guerra Civil sorprende a Mercedes Formica en Málaga, junto a su pareja Eduardo Lloset, intelectual sevillano, impulsor de muchas figuras del 27, hombres y mujeres, y director, entre otras publicaciones, de la revista *Mediodía*, al que había conocido en el Alcázar de Sevilla en abril durante una velada cultural. Los incendios provocados en la distinguida calle Larios

y la ferocidad de unos espíritus iracundos que destruían establecimientos, jardines y mobiliario urbano de la ciudad producen en ella un temor indecible. La guerra iba generando una masa de gente que se dejaba arrastrar por la voz de sus gobernantes, que coartaba los sentimientos más nobles e incentivaba los más bajos e inhumanos pensamientos.

Su permanencia en la ciudad malagueña, en control republicano, resultaba comprometedor, bastaba con que alguien la reconociese y la delatase. Por eso, tras un tiempo viviendo casi escondida, decide marcharse junto a su pareja, su madre y hermanas a Sevilla, zona nacional, adonde llegan en septiembre de 1936. Aquí tiene lugar un hecho que no aparece señalado en sus memorias, como es su participación, junto a Syra Manteola y Carmen Werner, falangistas de primera hora, en la fundación de la primera jefatura de provincia “no conquistada” de la Sección Femenina de España<sup>6</sup>. Se desconoce el motivo por el cual no quiso incluir el dato, pero, sea cual fuese, necesita ser conocido, porque, lejos de significar una marca negativa, engrandece la singularidad de su personalidad. La disidencia desde las entrañas es la mayor forma de revolución posible, puesto que conlleva un ejercicio de meditación, de recapitación y de honestidad que debe ser ensalzado y no censurado.

En la ciudad hispalense se percata de que las filas de Falange estaban ensanchándose sin control. Gente conocida que había injuriado a José Antonio Primo de Rivera vestía ahora la camisa azul, su uniforme, y alardeaba de la nueva afiliación. Igualmente, cada muerte y atrocidad perpetradas eran atribuidas a los falangistas sin distinción, como el cruel asesinato de Federico García Lorca, a quien Formica admiraba, leía con devoción y denominaba, con la aquiescencia del de Granada, el “limón lunero”: “Asesinaron en Granada a Federico García Lorca.

---

<sup>6</sup> Por este hecho, y por su ejercicio en el SEU femenino, recibió la máxima distinción que otorgaba Pilar Primo de Rivera, la insignia “Y”, de plata con distintivo en oro. La condecoración representaba la inicial de la reina Isabel la Católica y también del yugo, uno de los emblemas, junto al haz de flechas, de los Reyes Católicos que adoptó la Falange. El acto de entrega se fijó para el 15 de octubre de 1939, festividad de Santa Teresa, patrona de la Sección Femenina. Como ella, fueron recompensadas todas las fundadoras de Secciones Femeninas anteriores a la contienda.

Durante mucho tiempo me resistí a creerlo”, expresa en *Visto y vivido* (Formica, 2020: 273). Para una joven que apenas contaba con veintitrés años, la situación le sobrepasaba. Se dio cuenta de que, en “su lado”, después de haber sentido de cerca el miedo y el horror en Málaga, también se mataba. Es ahí cuando surgió en ella la necesidad de hacer una separación entre los falangistas auténticos, o “camisas viejas”, y los arribados durante la guerra y después de ella, o “conversos”, con más interés en alcanzar notoriedad y condecoraciones sin ningún reparo que en la defensa de ningún ideal. Esto se materializó con la firma del decreto de unificación de abril de 1937 en el que se aglutinaban todas las fuerzas opositoras al sistema republicano, una estrategia necesaria para que Franco triunfara y se proclamara jefe del Estado Nuevo a la manera fascista.

El desencanto brotaba en su interior y en el de tantos camaradas que consideraban que el fusilamiento del líder, el 20 de noviembre de 1936, los había dejado huérfanos. Jordi Gracia sostiene que a Dionisio Ridruejo le sobrevino la desazón ideológica “casi desde 1937 y el decreto de unificación” (2004: 246). Para el poeta soriano, tal hecho “significaba el fin del proyecto fascista de Falange tal como lo concibieron ellos mismos” (2004: 254). El mismo Ridruejo expuso en una carta a Franco en 1942, tras la vuelta de Rusia –en donde había participado como soldado raso en la División Azul– su intención de dimitir de sus cargos públicos y su desacuerdo con el nuevo régimen: “Esto no es la Falange que quisimos ni la España que necesitamos” (Gracia, 2004: 246). Mercedes Formica observaba así este proceso en sus memorias:

A partir de noviembre de 1936, todo lo relacionado con Falange sufrió un proceso de interpretación que le hizo perder su ser [...] Aquella amalgama monstruosa [la unificación del 37], aquel gigantesco albondigón, estranguló la ideología, y todo quedó en una especie de cristianismo obligado, como el impuesto en Roma por el decreto de Constantino (2020: 299-300).

Declaraciones de indudable trascendencia que recién han comenzado a ser tratadas en debates, ensayos y en las aulas universitarias; si bien, no alcanza aún a la opinión pública:

distinguir la Falange joseantoniana de la que resultó con Franco. La primera era la Falange intelectual, forjada, en su mayoría, por estudiantes durante la República y dirigida por un joven abogado, calificado como excelente orador, dotes de liderazgo y con una estética sofisticada que sedujo, en algunos momentos, a personalidades como Baroja, Azorín, Unamuno, Ortega y Gasset o a Indalecio Prieto.

Franco no era falangista y, además, no hizo nada por salvar a Primo de Rivera, pensaba Mercedes Formica: “Franco engañaba a todo el mundo [...] Fíjate si iba a salvar a José Antonio... Lo que quería era que lo mataran” (en Sánchez Rodríguez, 2002: 59). Conocía que, desde la cárcel, adonde había sido conducido una vez declarada ilegal la Falange por el gobierno republicano en marzo de 1936, Primo de Rivera había propuesto la configuración de un gobierno de concentración que impidiera un conflicto bélico. Ian Gibson expone los nombres: Presidencia: Martínez Barrio; Estado: Sánchez Román; Justicia: Melquíades Álvarez; Marina: Miguel Maura; Gobernación: Portela Valladares; Hacienda: Ventosa; Instrucción Pública: Ortega y Gasset; Obras Públicas: Indalecio Prieto; Industria y Comercio: Viñuales; Comunicaciones, Trabajo y Sanidad: Gregorio Marañón (2008: 237). Formica era partidaria del diálogo, de intentar comprender las razones del otro, pero no a partir de la sangre vertida: “Lo que hay que lograr es que jamás se produzca una Guerra Civil, porque se cambian las cosas. Se cometen barbaridades [...] La sangre derramada es lo que no debe ocurrir, porque la primera sangre es fácil, y de ahí...” (en Sánchez Rodríguez, 2002: 59). En aquellas circunstancias, no le quedaba más remedio que preservar la imagen de José Antonio Primo de Rivera y aceptar la figura del general Francisco Franco por imposición. En su opinión, el primero contenía una serie de valores que no poseía el segundo: inteligencia, sentido de la tolerancia, dignidad y heroicidad. Así describió su vinculación y distanciamiento de Falange:

Yo entro en Falange en el año 33. A mí el personaje que me fascina es José Antonio, y entonces me arrastra con algo que quizá era irrealizable, con aquello de que “no somos un partido de derechas que, por conservarlo todo, conserva hasta lo injusto, ni de izquierda que, por destruirlo todo, destruye hasta lo bueno”.

Yo era muy joven, con gran sentido de la justicia social que aquel político en ciernes prometía. Quería, también, hacer realidad la reforma agraria y, desde luego, lo que la gente no sabe es que la derecha lo detestaba. Los falangistas éramos una minoría. A mí me coge la guerra en Málaga [...] y llego a Sevilla y me encuentro con un antiguo compañero –con el que yo me había peleado en una discusión tremenda sobre José Antonio– vestido de riguroso falangista. Comprendí que ya la Falange había cambiado totalmente. Era una cosa de aluvión que se interpretó y manipuló a favor de Franco, que de falangista no tenía nada [...] Yo nunca he negado mi condición de antigua falangista hasta que José Antonio fue fusilado por sus ideas (Alborg, 1993: 108-109).

Como Ridruejo o Formica, otros intelectuales del momento tuvieron un similar proceso de evolución ideológica. Son los casos de Gonzalo Torrente Ballester, Luis Rosales o Pedro Laín Entralgo. Este sentimiento de desazón fue sentido verdaderamente por estos jóvenes de la Generación del 36: tenían edad, bagaje cultural y formación para ello. No había que esperar a la siguiente generación, la del 50, para que se hablase críticamente del franquismo.

En consecuencia, es inapropiado que el adjetivo “falangista” acompañe aún hoy al nombre de Mercedes Formica. Ella se preocupó de dejar claro cuál fue su vinculación con el falangismo y hasta cuándo duro. Además, la lucha feminista de Mercedes Formica arrancó ya desligada de la política, aunque siempre tuviese dentro de sí un firme anhelo de luchar contra el predominio de los fuertes y la opresión de los débiles, en su tiempo, las mujeres y los niños. En el acercamiento de Formica al movimiento falangista es fundamental estudiar las circunstancias personales, que no siempre se tienen en cuenta en las investigaciones. Si se ocupó de distinguir entre falangistas auténticos y “conversos”, para referirse a quienes ejercieron la militancia desde el principio y a quienes se acercaron tras el fusilamiento del líder y, sobre todo, durante la guerra y tras ella, era porque entendía que el modo de ser que solicitaba Primo de Rivera para sus seguidores (“el estilo”) fue cambiando hasta no ser reconocible. Con esta separación pretendía expresar que no era conveniente mezclar a unas personas con otras bajo el mismo



término. Jamás vinculó su nombre al movimiento falangista para ninguna actividad cultural, literaria o social más allá del tiempo que estuvo vinculada, esto es, de 1933 a 1936, y apenas hay, en ese período de tres años, muestra alguna de esto. El itinerario de Mercedes Formica en Falange fue muy diferente al de Pilar Primo de Rivera. Tampoco puede compararse su biografía con las de otras falangistas, como Carmen Werner, Mercedes Sanz de Bachiller o Carmen de Icaza. Por ello, si el adjetivo “falangista” obliga a situar al mismo nivel a Mercedes Formica y a estas mujeres, y a todos los integrantes del movimiento, como “un albondigón”, no sería justo. No la define y obstaculiza el reconocimiento que merece. Como ella decía, “soy una mujer evolucionista y me resisto a que me encasillen”<sup>7</sup>.

El problema está en el enfoque que se hace interesadamente para ensalzar una ideología o para añadir argumentos en la dialéctica política, pero no porque interese la figura de Formica, que es lo que menos importa cuando se hace esta manipulación, ya que no se toman en cuenta ni sus propias palabras, sino por puro afán de rebatir o de dejar en entredicho al adversario político o el pensamiento opuesto. Entonces, en lugar de destacar su lucha por la igualdad como persona comprometida con los derechos humanos y sensible a las injusticias, se coloca en primer término la militancia falangista, “feminismo azul” lo pueden llamar, y se elude que ya llevaba años apartada de aquella militancia cuando trabajaba en Madrid como abogada y denunciaba la triste existencia de las mujeres de su tiempo, las cuales vivían en un contexto de sumisión impuesto por el régimen franquista cuyas raíces se encontraban en el discurso falangista orientado a esta parte de la población.

De haber actuado Mercedes Formica bajo la marca falangista en sus reivindicaciones se habría encontrado con un impedimento

---

<sup>7</sup> En 1975, con motivo de la celebración del Año Internacional de la Mujer, en una entrevista con el periodista de la cadena SER, José Luis Pécker, para el programa “Gente importante”, este le preguntó si prefería una camisa azul o un sombrero de leopardo. La respuesta de Formica, expuesta en la cita, es de suma importancia, ya que manifestaba que las personas tenían el derecho de cambiar de pensamiento y que lo que más le podía molestar era que la encasillasen en un determinado momento histórico, sin atender a las circunstancias vitales.

que suele pasarse por alto: el sentido de jerarquía de la organización. Esto quiere decir que tendría que haber sido la “jefe” de la Sección Femenina quien hubiese iniciado ese camino y, de seguro, no hubiese escatimado en atribuirse los méritos (los conseguidos por Formica) para presentar a su organización, o sea, “su obra”, como impulsora de medidas igualitarias y útiles para las mujeres. Y esto no ocurrió; al revés, la Sección Femenina puso obstáculos y emitió vetos y censuras hacia todo lo que no fuese el patrocinio de la idea del sometimiento de las mujeres a los hombres. Mercedes Formica actuaba con libertad y recibió el apoyo de los sectores menos rígidos del franquismo y de los “vencidos” que quedaron en España y que se las tuvieron que ingeniar para trabajar y desarrollar sus vidas en la dictadura. Según expresó en una entrevista a finales de la década de los noventa: “Nunca estuve entre los fachas [...]. Me colocaron la etiqueta de fascista y nadie se preocupó en saber si lo era o no. Nadie se ocupó de mi labor” (Formica, 1997: 36-38). Le produjo un hondo dolor que desde el feminismo no se reconociese su trabajo.

Por tanto, se falta a la verdad (a la realidad más próxima a su pensamiento) si los logros obtenidos por Formica se relacionan con Falange o con el régimen de Franco. Mercedes Formica fue una visionaria de la igualdad en España. Es imprescindible contemplar su figura al margen de la discusión ideológica y reconocer sus méritos, que fueron muchos, luchados en un tiempo difícil y para beneficio del ser humano.

### 1. 3. EN EL ERIAL DE LA POSGUERRA

En los años cuarenta Mercedes Formica comienza su carrera literaria y articulista. Su nombre va adquiriendo relevancia social. Asimismo, inicia su actividad como directora de publicaciones. En 1941 se pone al frente de *Medina*, que editaba la Sección Femenina. Ciertamente es que, para quien quisiera abrirse paso en el mundo cultural en aquella España, los caminos estaban bien marcados y cualquier opción laboral estaba controlada por el régimen. Aun así, como indica Formica en *Escucho el silencio*, el segundo tomo de sus memorias, fueron los escasos supervivientes, hombres y mujeres, de la Falange auténtica los que, en los primeros años de la posguerra, iniciaron un afán por

venerar el arte y la cultura: “Ellos dieron cobijo a los vencidos en las redacciones de *Arriba*, *Escorial*, *Medina*, *Clavileño*, o centros como el Instituto de Estudios Políticos” (2020: 300). En su opinión, “España no se convirtió en un erial donde el espíritu quedó asfixiado bajo la cerrilidad de ambientes hostiles. Quedaba la memoria de aquel siglo de oro iniciado en los años veinte” (Formica, 1993: 171). Reflexiones que han sido refrendadas por críticos y estudiosos de la época como José-Carlos Mainer: “Correspondió a la Falange la reapertura de la vida intelectual madrileña con posteridad a 1939” (1971: 47). La idea es estudiada igualmente en el ensayo de Jordi Gracia *La resistencia silenciosa* (2004) al comentar la evolución ideológica de este grupo de desencantados que pretendió inyectar un liberalismo que poseían en un programa fascista. Ante el desengaño y la frustración, al percatarse de que España no era lo que esperaban con Franco, pusieron en marcha un proceso de subsistencia intelectual que enlazase el momento de la posguerra con la etapa anterior a la Guerra Civil.

La revista *Medina*, en su tiempo, pretendía ser lo que *Escorial* para el público femenino, un espacio artístico-cultural que diese cabida a autores de cualquier signo político. El primer número salió a la luz el 20 de mayo de 1941 y llegó hasta diciembre de 1945. En *Escucho el silencio*, Formica cuenta que Pilar Primo de Rivera le ofreció la dirección de la revista a principios de 1944, dato que es erróneo, pues el primer número del que se ocupa es el correspondiente al 3 de agosto de 1941 (n. 20). Si bien, es importante tener en cuenta que solo estuvo en el cargo unos ocho meses, hasta el 12 de abril de 1942 (n. 56). Mercedes Formica argumenta las razones por las que se vio obligada a dimitir: problemas con la censura, pese a que ella se excusó por motivos de salud. Años más tarde, aludiendo a algunas dificultades que tuvo para poder publicar lo que verdaderamente quería, admitió que “estaba escribiendo en un medio hostil a lo que yo pensaba” (Alborg, 1993: 111). Sin percibir ninguna compensación económica, dirigió casi una treintena de números y su modo de proceder mejoró el formato y los contenidos, pues incluyó más literatura y menos propaganda (a veces nada, excepto un resumen de las tareas de la Sección Femenina, que, por obligación, debían contener los números), y se ocupó de darles espacio a autores que

querían iniciarse en la escritura, como Camilo José Cela, que publicó sus primeros folletines, Elena Soriano y Mercedes Ballesteros. La revista, a lo largo de su historia, desde el 20 de marzo de 1941 hasta el 30 de diciembre de 1945, se preocupó por dar cabida a obras escritas por mujeres. Se pueden encontrar, a parte de los nombres mencionados, escritos literarios de Emilia Pardo Bazán, Eugenia Serrano, Luisa María de Aramburu, y también de firmas extranjeras, como la de Irène Némirovsky, escritora ucraniana, que vivió en Francia desde su juventud y escribió en francés, deportada bajo leyes raciales por su origen judío. La propia Formica publicó en la revista su primera novela, *Luisa Terry de la Vega*, por entregas, dedicada a esta amiga de la infancia fallecida durante el bombardeo de Seseña en septiembre de 1937. En el martirologio de Falange, en especial de la Sección Femenina, Luisa Terry queda resaltada como la primera mujer caída durante la contienda en acto de servicio. Aunque en la novela lo que prima es el recuerdo de una amistad en el que, al compartir ambas el mismo marco geográfico, Formica coloca sus vivencias infantiles, ya que se introduce como personaje.

También en esta publicación divulga en folletines, con el seudónimo de Elena Puerto, la novela rosa *¡Peligro de amor!* (1944). De estilo similar y con el mismo sobrenombre se encuentran otras dos obras: *Vuelve a mí* (Afrodisio Aguado, 1943) y *Mi mujer eres tú* (autoedición, 1946). Comprometidas con los derechos de las mujeres, de la infancia y con muchos elementos autobiográficos da a conocer en la revista *Escorial*, entre diciembre de 1944 y enero de 1945, la novela corta *Bodoque*, en la que relata la vida de un niño que vive con angustia la separación de su madre y hermanas tras el divorcio de sus padres, ya que no sabe el motivo por el que debe vivir solo con su padre, que además tiene una amante que no lo trata bien. Es obvio que traslada a la ficción este acontecimiento ya descrito de su vida, pero para alertar a la sociedad de la verdadera situación que viven las mujeres y su descendencia ante situaciones de separación matrimonial, pues las leyes otorgan todo el poder a los maridos. De alrededor de 1946 es otra novela breve, *La casa de los techos pintados*, donde expone casos de violencia física y psicológica de un hombre hacia su mujer y cómo esta situación afecta en el desarrollo vital y psicológico de la descendencia del

matrimonio. De nuevo, sus propias experiencias personales son llevadas al arte literario como forma de compromiso ante tales problemas que constataban la desigualdad que existía entre los sexos a nivel jurídico y social.

En la década de los cincuenta prosigue su labor editorial con la dirección de dos nuevos proyectos: *Feria*, de contenido cultural y de actualidad, y la segunda edición de *La Novela del Sábado*, dedicada a publicar novelas cortas de las letras españolas y extranjeras. En ambas publicaciones se preocupó de que la mujer escritora estuviera presente con sus creaciones. La carrera literaria va sumando títulos en esta época y el nombre de Formica entra a formar parte de la nómina literaria de posguerra. De 1950 data *Monte de Sancha*, sobre la contienda en Málaga, muchos aspectos los reutilizó en *Visto y vivido* (guerra vivida). La novela fue seleccionada entre las finalistas del Premio Nadal en su edición de 1949 y llegó a las votaciones finales del certamen Ciudad de Barcelona en 1950. El haber quedado en tan buena posición en este último premio permitió a Formica publicar la obra en la editorial Luis de Caralt<sup>8</sup>. De 1951 es el cuento “La mano de la niña”, divulgado en la revista *Clavileño*, uno de los pocos relatos que escribió la autora, e igualmente la novela *La ciudad perdida* (Luis de Caralt), de la que resuenan ecos en *Escucho el silencio* y que aborda las consecuencias de la guerra en el Madrid de finales de los años cuarenta (guerra recordada). Titulada, originariamente, *En las calles de Madrid*, estuvo en las votaciones últimas del Premio Nadal de 1950 y obtuvo durante tres vueltas la máxima puntuación del Premio Ciudad de Barcelona de 1950. En 1954 se adaptó al cine en coproducción italiana y en 1961 al teatro con el título de *Un hombre y una*

---

<sup>8</sup> En 1999, la editorial El Aguacero publicó una versión con correcciones de estilo de la autora y prólogo de Francisco Chica. En 2015, la editorial Renacimiento, colección “Espuela de Plata”, devolvió la obra a las librerías con una versión facsímil de la obra original, con prólogo nuestro. Próximamente, se espera, en la misma editorial, una versión de la obra con el texto de 1999, acompañada de un estudio introductorio y documentos complementarios, a nuestro cargo.

mujer<sup>9</sup>. En 1953 se publica *El secreto*, novela corta insertada en la colección *La Novela del Sábado* (n. 33). El argumento gira en torno a las irregularidades de la justicia y las trampas que pueden generarse capaces de condenar a muerte a seres inocentes con denuncias falsas. Por su parte, en 1955 sale al mercado *A instancia de parte* (ediciones Cid), a la que se aludirá más adelante.

#### 1. 4. EL COMPROMISO POR LA IGUALDAD

Mercedes Formica termina la carrera de Derecho en la Central de Madrid en 1949, tras el parón ocasionado por la Guerra Civil. Después de intentar acceder al cuerpo diplomático y no poder por el requisito “ser varón”, vigente en la mayoría de las oposiciones a puestos o trabajos de responsabilidad, se dio de alta en el Colegio de Abogados de Madrid –fue una de las tres abogadas en activo en el Madrid de los cincuenta, junto a Pilar Jaraiz y Josefina Bartomeu–, abrió bufete propio en su domicilio del Paseo de Recoletos, colaboró en algunas asesorías, en el Instituto de Estudios Políticos y en el periódico *ABC*.

En el ejercicio de la abogacía se ocupó de casos de mujeres maltratadas. Por esta época, Formica leyó con entusiasmo *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir e hizo una reseña para la *Revista de Estudios Políticos* en 1950, al poco de publicarse en Francia y ser de difícil circulación en España por estar entre los libros prohibidos por el Vaticano. En la reseña comentaba las tesis de la filósofa que cuestionaba las diferencias biológicas en la valía intelectual y profesional del hombre frente a la mujer. Formica manifestaba que no había nada anormal en el sexo femenino, sino falta de oportunidades. A lo largo de la reseña, sus ideas ponían en tela de juicio los principios sobre el sexo femenino propagados por la Sección Femenina de Falange, integrada en el aparato gubernamental franquista para ocuparse de la educación y la formación moral de las mujeres españolas.

Pilar Primo de Rivera, pese a las tiranteces que mantenían, encargó una ponencia a Mercedes Formica sobre el tema de la

---

<sup>9</sup> En 2022, la editorial Renacimiento, colección “Espuela de Plata”, ha devuelto la obra a las librerías junto a *El secreto*, con edición y estudios introductorios a nuestro cuidado y prólogo de Luis Antonio de Villena.

mujer y las profesiones para presentarla en el I Congreso Femenino Hispanoamericano, que se celebró en Madrid en mayo de 1951. La abogada se ocupó de buscar para su equipo a mujeres profesionales que hubiesen obtenido sus títulos académicos antes de la Guerra Civil y, asimismo, contó con la ayuda del Instituto de Estudios Políticos para elaborar el trabajo. El grupo quedó conformado por las siguientes personas: Carmen Segura Melle, ingeniero industrial; Matilde Ucelay y María Juana Ontañón, arquitectas; Carmen Llorca, Josefina Aráez y Pilar Villar, doctoras en Filosofía y Letras; Mercedes Maza, doctora en Medicina; María de Mora, periodista; Dolores Rodríguez-Aragón, profesora de canto del Conservatorio; Sofía Morales, pintora y periodista; Carmen Werner, licenciada en Pedagogía; y la propia Formica como licenciada en Derecho. Puede apreciarse que el conjunto era variado e incluía desde la más disidente ideológicamente con el régimen franquista, Matilde Ucelay, hasta la más dócil, Carmen Werner. Una vez concluido el texto y revisado por la Sección Femenina, quedó censurado por su “talante feminista” (Formica, 2020: 504). Se reivindicaba la plena capacitación de la mujer para el ejercicio de toda clase de actividades políticas, profesionales y de trabajo. Mercedes Formica se personó para retirar la ponencia, pero le indicaron que se había perdido. En su poder conservaba un borrador. Diez años más tarde, Pilar Primo de Rivera incluyó párrafos literales de aquella conferencia censurada en la tardía Ley sobre Derechos Políticos, Profesionales y de Trabajo de la Mujer, de 22 de julio de 1961 (Formica, 2020: 494 y 504). En esta ocasión, es de notar cómo la hermana de José Antonio Primo de Rivera se otorgó a sí misma y a su organización el alcance de estas medidas y omitió el peso que Formica había tenido indirectamente en la redacción de distintos fragmentos de la ley (por ejemplo, se suprimió el requisito de “ser varón” que imposibilitaba a las mujeres acceder a determinadas profesiones o cargos). El avance de los tiempos y la actitud insumisa de la escritora y abogada permitieron que pareciera que se hacía, por una vez, algo “positivo” para las mujeres españolas desde la Sección Femenina.

Volviendo a su labor profesional como abogada, una de las clientas que trató iba a darle la notoriedad esperada. Se llamaba Antonia Pernia Obrador, ciudadana madrileña que agonizaba en

un hospital por las más de diez cuchilladas que recibió a manos de su marido ante la imposibilidad de poderse separar, ya que lo perdía todo: casa, hijos, bienes. Sobrevivió gracias a la penicilina. Formica refirió el caso en el artículo “El domicilio conyugal”, publicado el 7 de noviembre de 1953 en *ABC*, tras tres meses retenido por la censura. En él solicitaba que el domicilio no podía ser considerado “casa del marido”, sino “domicilio conyugal” o “casa de la familia”. En su opinión, la justicia debería poseer potestad para, en función de la situación y de las necesidades, decidir cuál de los dos cónyuges debía permanecer en la casa y no siempre abandonarla la mujer para ser depositada en otro lugar. Se trataba de la misma circunstancia que había vivido su madre en el divorcio. Al término de la Guerra Civil, el 23 de septiembre de 1939, Franco derogó la Ley de Divorcio republicana y activó lo dispuesto en el Código Civil de 1889 para las separaciones matrimoniales. En este sentido, el artículo 105 exponía como segunda causa para solicitar la separación, “los malos tratamientos de obra, las injurias graves o el abandono del hogar”. De modo que, ya fuese en un divorcio durante el período republicano o en una separación en el franquismo, poco avance hubo en la materia, porque la “casa” siempre fue propiedad del marido y la mujer debía abandonarla y ser depositada.

El asunto llegó a los medios nacionales y traspasó las fronteras. *The New York Times*, *The Daily Telegraph* y la revista *Time*, entre otras publicaciones europeas e hispanoamericanas, se hicieron eco. La revista *Holiday*, que preparaba un número sobre mujeres relevantes del mundo, escogió para representar a España a Mercedes Formica. Robert Capa, director de la agencia Magnum Photos, encargó el reportaje a la fotógrafa Inge Morath. El caso de *Time* es interesante, pues, aparte de ser una de las primeras españolas en salir en sus páginas, se solicitaba que el 7 de noviembre fuese designado en España “Día de la Mujer”<sup>10</sup>. La

---

<sup>10</sup> Estos datos los cuenta Formica en el tercer tomo de sus memorias, *Espejo roto. Y espejuelos*. En la edición de *Pequeña historia de ayer* (2020) se incluye un apéndice documental de este tomo en el que se recogen textos representativos de su campaña por la igualdad, desde el célebre artículo “El domicilio conyugal” hasta un muestrario de los escritos que los medios nacionales e internacionales publicaron del tema. También contiene la recensión de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir. Es importante destacar



periodista republicana, Josefina Carabias, escribió en *Informaciones* que el revuelo ocasionado por Formica solo era comparable al del célebre artículo “¡Yo acuso...!” de Émile Zola (en Formica, 2020: 617). La Sección Femenina calificó a la autora de “no ser trigo limpio” por estas actuaciones (Formica, 2020: 488). Sin embargo, a Mercedes Formica poco le importó: “Me propuse iniciar, por mí misma, lo que consideraba la obra incompleta de la Sección Femenina” (Richmond, 2004: 172). La violencia de género se convirtió en tema de opinión pública, en un tiempo en el que había subsistido en la privacidad familiar

En este clima de reclamaciones, Formica publicó la citada novela *A instancia de parte* (1955)<sup>11</sup>, premio Cid de la Cadena SER. La obra revela el desigual trato que concedía la ley al adulterio según lo cometiese un hombre o una mujer. El citado artículo 105 del Código Civil exponía, como primera causa de separación: “El adulterio de la mujer en todo caso, y el del marido cuando resulte escándalo público y menosprecio de la mujer”. Se consideraba escándalo público cuando el hombre desatendía por completo a la mujer o si tenía a su amante en la casa en la que vivía la familia o cerca de ella. Era extraño que, en tal circunstancia, un hombre fuese acusado de adulterio. En el caso de la mujer, si el marido solicitaba la separación, se activaba el depósito durante el proceso, que se efectuaba en una Casa de Arrepentidas o en un convento. Durante la República, el adulterio fue motivo para solicitar el divorcio, pero no se hacía distinción de sexo: “El adulterio no consentido o no facilitado por el cónyuge que lo alegue” (art. 3, apartado 1º).

Por otra parte, el adulterio femenino en el régimen de Franco era delito y estaba penado con prisión menor. También lo era antes de la II República y era perseguido a instancia de la parte ofendida, es decir, por los maridos. De forma que eran ellos los que, quizá, hastiados de sus mujeres, orquestaban una encerrona (la cual era perfectamente conocida en la sociedad), con la ayuda

---

este dato ya que el volumen editado por Huerga y Fierro en 1998 incluía un apéndice cuyo contenido apenas podía percibirse dado que se redujeron en exceso los documentos, los cuales aparecían como imágenes y no transcritos.

<sup>11</sup> Esta obra la hemos reeditado en 2018, acompañada de la novela corta *Bodoque* y el cuento “La mano de la niña”, en *Renacimiento*, “Espuela de Plata”.

de algún cómplice despiadado, para hacer simular un adulterio. De esta manera, al ser delito y causa de separación durante la dictadura, el marido quedaba liberado para poder iniciar una nueva vida, permanecía con sus hijos, si los tenía, y, en cambio, la mujer, cazada en la trampa, era depositada y, finalmente, condenada a prisión menor, pudiendo ser inocente. Si al marido le daba por matarla, el artículo 428 del Código Penal de 1944 amparaba la decisión. Dicho artículo daba carta abierta al uxoricidio. Es lo que se denominaba “licencia para matar” (vigente hasta 1961-1963): “El marido que sorprendiendo en adulterio a su mujer matare en el acto a los adúlteros o a algunos de ellos, o les causare cualquiera de las lesiones graves, será castigado con pena de destierro. Si les produjere lesiones de otra clase, quedará exento de pena”.

Después de casi una década recorriendo foros, sedes de periódicos y radios, de impartir charlas y conferencias, de publicar artículos en prensa para ahondar en la necesaria reforma del Código Civil, y tras entrevistarse con Franco en el Palacio de El Pardo el 10 de marzo de 1954, para exponerle la cuestión, el 24 de abril de 1958 las Cortes Españolas aprobaron la modificación de 66 artículos del Código Civil, la primera llevada a cabo para incluir derechos a las mujeres desde su promulgación en 1889, que afectó a otros cuerpos legales, como el Código de Comercio, Ley de Enjuiciamiento Civil y Código Penal. Fue bautizada en su honor la “reformica”, y no debe ser considerada insustancial, como han querido ver quienes han interpretado el “-ica” como un sufijo diminutivo, debido a que el responsable de la denominación, el abogado Antonio Garrigues, únicamente quiso mostrar su admiración mediante un juego de palabras con el apellido de Formica.

Esta reforma fue la base de posteriores modificaciones legales en el camino la equiparación entre los sexos. Entre las nuevas modificaciones impulsadas por Mercedes Formica destacan aquellas por las que siempre luchó: la supresión del “depósito de la mujer casada” y el cambio de concepto de “casa del marido” por “domicilio conyugal”. En caso de separación, la justicia decidiría el cónyuge que permanecería en la casa teniendo presente el bienestar emocional de la descendencia menor de edad que hubiera. Se consiguió también la extensión a los hombres de

la infidelidad como causa de separación; la concesión a la mujer de la guarda de los hijos e hijas menores de siete años; la supresión del diferente trato dado a las viudas que contraían segundo matrimonio y eran castigadas con la pérdida de la potestad sobre los hijos de la primera unión (algo que no les sucedía a los viudos en idénticas circunstancias); la eliminación de la reminiscencia de la *imbecillitas sexus*, que procedía del Derecho romano y que equiparaba a las mujeres con menores, enfermos o delincuentes, impidiéndole ser testigos en testamentos o ejercer cargos tutelares; y se limitaron los poderes que tenía el marido para administrar y vender los bienes del matrimonio, ya que era necesario el consentimiento “expreso” de la mujer. Ciertamente seguía existiendo la figura de la “licencia marital” y que su erradicación no llegó hasta 1975, gracias al impulso dado por la también abogada María Telo. No obstante, nada se consigue sin que haya habido pasos anteriores en el camino.

Mercedes Formica siguió su activismo y comentó hechos que habían sido especialmente crueles con la infancia y que podían seguir sucediendo en su tiempo, como era el caso de Michel del Castillo, quien relató en *Tanguy*, obra autobiográfica publicada en Francia en 1957, los horrores que sufrió en campos de concentración y en reformatorios religiosos españoles donde se maltrataban a menores. Manuel Vázquez Montalbán hizo esta misma denuncia casi treinta años después de hacerla Formica, cuando ya España había dejado de ser una dictadura y se podía hablar con libertad. Era un tema tan atrevido que hasta los exiliados españoles mandaban cartas y escribían artículos en la prensa de los países en los que residían alentando a Formica para que no desistiera en su empeño de “agitar sotanas” y airear estas prácticas que eran habituales en la España franquista.

#### 1. 5. TIEMPO OTOÑAL

La actividad literaria de Formica disminuye a finales de la década de los cincuenta, después de la frenética actividad laboral, que, del mismo modo, va menguando, no así sus colaboraciones periódicas, sobre todo en *ABC* y en el suplemento *Blanco y Negro*, que continuó hasta casi el final de sus días, con mayor o menor intensidad. En este periódico llegó a tener una sección fija

dominical, “*ABC de la Mujer*”, desde 1967 hasta 1971, donde se preocupó de las minorías étnicas, de las amas de casa, de las jóvenes que buscaban empleo y eran rechazadas en las entrevistas por candidatos varones, a pesar de poseer idéntica o mayor formación, o de la adopción de menores, delicado asunto sobre el que recaía la sospecha del fraude y de las malas acciones, ya que el consentimiento de la madre no era necesario, por lo que los recién nacidos podían ser arrebatados de sus brazos y ser entregados a órdenes religiosas para ponerlos a disposición de otras familias. En la ley de adopción de 1970, 4 de julio, determinados aspectos sobre la materia, que beneficiaban a las madres y que habían sido expresados por Formica, fueron reflejados en ella.

En la sociedad, Mercedes Formica fue una mujer respetada y solicitada para contar con su presencia en cenas, eventos, certámenes literarios, homenajes, semanas culturales, ferias del libro, tertulias... En los últimos años de su vida, mostró su solidaridad y compromiso con la infancia y la adolescencia trabajando intensamente desde la Asociación Nuevo Futuro en Madrid. Entre sus últimos libros se encuentran *La hija de don Juan de Austria*, publicado en 1973 (Revista de Occidente), y *María de Mendoza (solución a un enigma amoroso)* (Caro Raggio), divulgado en 1979. Este último se conecta con el anterior y lo completa, ya que arroja luz sobre la madre de Ana de Austria, uno de los amores más destacados de don Juan. Ambos libros resultan imprescindibles para ahondar en el mundo social y cultural del Siglo de Oro español. La gestación de estos libros fue posible gracias a las estancias que pasó la autora en el extranjero durante los años sesenta, fundamentalmente en Ginebra, donde tuvo ocasión de consultar el fondo Édouard Favre, constituido por una documentación esencial sobre la España del siglo XVI y de los Austrias.

En *La hija de don Juan de Austria* Formica trataba la dura existencia de Ana de Jesús y sus relaciones con el “Pastelero de Madrigal”. El libro defiende la tesis de que el rey de Portugal se encontraba tras el apodo de este enigmático personaje y que Felipe II intervino de forma directa en su proceso y muerte, a causa de las pretensiones que tenía de acceder a la corona portuguesa. La obra analiza también el papel de la mujer en la

sociedad española del siglo XVI, un cometido que oscilaba entre el concebir hijos y el convento (también se alude a ello en *María de Mendoza*). La propia protagonista tenía marcada la vida religiosa desde su nacimiento y en contra de su voluntad, sin poder optar al amor libre. Con *La hija de don Juan de Austria* Formica obtuvo el prestigioso premio Fastenrath de la Real Academia Española, concedido el 24 de abril de 1975. El galardón la situaba en la estela de otras mujeres que destacaron en la investigación histórica, como Mercedes Gaibrois de Ballesteros, que publicó un documentado libro sobre Sancho IV, o Blanca de los Ríos con sus trabajos sobre Tirso de Molina.

En la década de los ochenta publica Formica los dos primeros tomos de memorias, en 1982, *Visto y vivido* (Planeta) y, dos años después, *Escucho el silencio* (1984). El tercer tomo, *Espejo roto. Y espejuelos*, no llega hasta 1998 (Huerga y Fierro). De 1987 data *La infancia*, a la que dedicamos esta edición, y en 1989 sale *Collar de ámbar* (Caro Raggio), su última novela, aunque proyectada desde la década de los sesenta. La autora profundiza aquí en otro de los temas que más le interesaron a lo largo de su vida: la supervivencia hispanohebraica en España. Para Mercedes Formica, los hispanohebreos son “los fantasmas de una estirpe obligada a vagar, desarraigada, a quien no solo se niega su identidad, su corporeidad, su cultura y su historia, de quienes se quiere borrar hasta la memoria”. *Collar de ámbar* traza las huellas de esta comunidad y la reivindica como una de las más injustamente tratadas a lo largo de los siglos. En las páginas de la novela se ofrecen claves para desvelar cómo subsistió, pese a la presencia oculta, el silencio y la violencia. El tema llegó a preocupar seriamente a la autora, que admitió haberle gustado ser de procedencia hebrea (Alborg, 1993: 147).

Para concluir esta introducción a la vida y obra de Mercedes Formica señalamos algunos títulos de conferencias que impartió y que ponían fin a una extensa carrera como escritora e investigadora<sup>12</sup>, dedicada, en buena parte, a estudiar el papel de la mujer con perspectiva histórica, quizá para reflejar una de sus

---

<sup>12</sup> Queda para otra publicación la recopilación de sus artículos como colaboradora de diferentes medios de comunicación, sobre todo, del periódico *ABC*, de temática social y feminista.

grandes teorías: el feminismo debe entenderse con conciencia histórica, es decir, estudiando a la mujer desde su tradicional estado de sumisión al hombre hasta su liberación y emancipación conforme aumentaba el nivel cultural. Para ella, la “adelantada del feminismo” siempre fue la Institución Libre de Enseñanza, con su característico sentido de la tolerancia. Pueden citarse “El año internacional de la mujer y la situación jurídica de la mujer española”; “Falsas y verdaderas formas del feminismo”; “La infanta Catalina Micaela en la Corte Alegre de Turín”; o artículos de investigación como “El misterio de doña Clara-Eugenia de Austria” o “En torno a la mujer del siglo XX”.

En 1976 Formica recibió la Orden de la Cruz de San Raimundo de Peñafort por los méritos obtenidos, sin nota desfavorable, en las actividades jurídicas dependientes del Ministerio de Justicia. Antes de fallecer en Málaga el 22 de abril de 2002, concretamente, el 2 de abril de 1997, la mítica Residencia de Estudiantes de Madrid homenajeó a Mercedes Formica con un emotivo acto en reconocimiento a su labor literaria y jurídica en el que participó la fotógrafa Inge Morath, a quien conocía desde que esta viajó en los años cincuenta, enviada por Robert Capa, de la Agencia Magnum, para hacerle un reportaje con motivo del revuelo originado por la publicación del artículo “El domicilio conyugal”. Ella es la autora de la mítica fotografía en la que Mercedes Formica aparece ataviada con la mantilla española en el balcón de su casa del Paseo de Recoletos de Madrid.

En definitiva, una producción artística y editorial, sumada a su impecable labor jurídica, que esperan ser (re)descubiertas. Su temprana afiliación falangista y, al mismo tiempo, el ser mujer y escritora durante los años más oscuros del franquismo, cuando el mundo de la cultura estaba dominado por la mirada masculina, no han ayudado a que su nombre sea tenido en cuenta y su obra bien interpretada.

## 2. *LA INFANCIA*: SINGULAR JOYA OCULTA

### 2.1. EVOCACIÓN DE UNA ANDALUCÍA PERDIDA

Según Philippe Lejeune, la autobiografía es un “relato retrospectivo en prosa que alguien escribe ocupándose de su propia existencia, en el que se centra en su vida individual, y en

particular en la historia de su personalidad” (1994: 50). En Mercedes Formica existe voluntad de contar su infancia con objetividad, pues es la forma en la que redacta sus memorias. Sin embargo, no cabe duda de que algunas partes son completadas por su capacidad inventiva. Esta capacidad de recrear sobre vivencias, o sea, en la aleación entre la veracidad de las informaciones y la inverosimilitud de algunos hechos, tiene mucho que ver la capacidad artística de la autobiógrafa (en Lara Pozuelo, 1989: 107-108). En la autobiografía resulta importante atisbar cómo se cuenta la historia personal y, a la vez, que el relato sea creíble y que se caracterice por un cierto grado de verosimilitud (Bruner, 1995: 180). Es obvio que Mercedes Formica va tejiendo sus recuerdos infantiles con datos históricos y otros recreados que son necesarios para insertar su voz narrativa. Se pone en marcha el denominado “pacto autobiográfico”, el cual se establece entre la autora, la narradora y la protagonista del relato (Pethes y Ruchatz, 2002: 50), un aspecto que no se da en la novela convencional. Por consiguiente, la autobiografía puede ser entendida, y *La infancia* así lo es, como un discurso íntimo, personal, más que como una simple forma literaria, pese a que contenga partes de ficción.

Alborg indica que *La infancia* es eminentemente “autobiográfica” y que se diferencia de las memorias de la autora porque carece del componente político-social que sí posee *Pequeña historia de ayer* (1993: 141). Pero lo que nos interesa aquí es precisamente cómo la autora va ofreciendo destellos de un tiempo inundado de melancolía, como si fuese perdiendo la confianza propia de la infancia. Para ella, no es un período en el que el bienestar se palpa debido a la protección de los progenitores, sino que la soledad es el sentimiento que impera.

Cuando se publica *La infancia* en 1987 Mercedes Formica tiene 74 años, una edad desde la cual emprende su particular “viaje en paracaídas” por sus galerías interiores tratando de extraer los recuerdos de un tiempo que rezuma melancolía y que conmueve el ánimo de quienes se acercan a él mediante las páginas de la obra. La infancia de Formica se desarrolla en tres ciudades andaluzas: Cádiz, Sevilla y Córdoba, que corresponden con las tres secciones en las que el libro se divide, siendo la primera de ellas la más extensa. Este viaje al pasado abarca desde

su nacimiento en la capital gaditana el 9 de agosto de 1913, pues se cuenta cómo se produjo su venida al mundo, y concluye en tierras sevillanas el 7 de julio de 1927, tras el fallecimiento de su hermana mayor, María Luisa, que marca la salida de su “paraíso”.

De *La infancia* se hallan huellas precedentes a su publicación en el primer tomo de memorias, *Visto y vivido*, como es lógico al relatar sus recuerdos de estos años, y en *Luisa Terry de la Vega*, publicada en 1942, aparte de otras referencias en *Bodoque*, *La casa de los techos pintados* o en *A instancia de parte*. La autora en una entrevista a Alborg reconocía que el libro tenía una redacción anterior a la fecha en la que se divulgó, por lo que algunas de esas descripciones de su propia vida y de su entorno, sobre todo, de Cádiz y de la vivienda que habitó la familia, las tenía ya preparadas, al menos, desde principios de la década de los cuarenta:

Lo tenía escrito mucho antes. Lo envié, en su día, a Plaza y Janés [...] y me lo devolvieron diciendo que no tenía el menor interés, que se trataba de un relato provinciano. Ahora todas las autonomías promocionan a sus escritores. En Cádiz interesó el libro a un grupo joven, en el que figuraba Jesús Fernández Palacios. Se conoce que novelistas de mi generación hay pocas y por eso lo publicaron (1993: 114-115).

El libro se editó en la Cátedra Adolfo de Castro de la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Cádiz en 1987. Aparte de Fernández Palacios, en aquel núcleo gaditano responsable de que se publicase *La infancia*, figuraban también Alberto Ramos Santana o Manuel José Ramos Ortega, quien además es el autor del primer estudio que se hizo de esta obra de Formica, publicado en su libro *Estudios de Literatura Española Contemporánea* (1991) y titulado “Burguesía y novela: *La infancia*, de Mercedes Formica”. En este trabajo, Ramos Ortega definió la obra como una “autobiografía novelada” (1991: 102) y resaltó el marco histórico en el que se insertaba su discurso autobiográfico, especialmente, en los años en los que la autora vive en la ciudad de Cádiz, al verse esta muy influenciada por la clase burguesa y por un esplendor que venía de dos siglos atrás. En este estudio destacaremos esta parte histórica y sociocultural



de la obra, pero nos detendremos también en los aspectos íntimos y personales que han pasado un tanto desapercibidos, debido a que el primer plano es más evidente de localizar y queda el segundo subordinado, perceptible y entendible para quienes conocieran o hayan estudiado la vida de la autora y su realidad familiar.

El origen del Cádiz evocado en *La infancia* se sitúa en el traslado de la Casa de Contratación del comercio con las Indias desde Sevilla en 1717, sin obviar el fuerte impulso que sufrió con la promulgación de la primera Constitución española el 19 de marzo de 1812, conocida popularmente como “la Pepa”, de carácter liberal, y que sirvió de espejo para muchos países europeos y, sobre todo, americanos, tras las independencias de estos territorios que emergían y que se desligaban de la Corona española. Un testimonio único el que ofrecía Mercedes Formica, pues, como ella decía en la cita ya expuesta, “novelistas de mi generación había pocas”, razón por la cual a Ramos Ortega le pareció imprescindible que la autora cediese este relato que tenía escrito, con el fin de dar a conocer las evocaciones de este Cádiz histórico en prosa. De modo que no interesaba tanto el relato autobiográfico de la niñez de Formica ni el de su familia, sino “el entramado social en el que se teje la vida de unos personajes” (1991: 108). Según confesaba el autor: “Me ha interesado esta novelita autobiográfica de Mercedes Formica por su localización en Cádiz, habida cuenta del interés que ha suscitado –para historiadores y narradores– la burguesía gaditana como clase y verdadera cantera de personajes y asuntos novelescos” (1991: 108).

Así pues, Formica viene al mundo en un momento en el que Cádiz vive sus últimos coletazos de un esplendor económico y cultural, que entra en decadencia tras la independencia de los territorios americanos y, sobre todo, una vez que la Corona española pierde las últimas potencias de Ultramar en 1898. No obstante, seguían respirándose ciertos aires de exquisitez y magnificencia a principios del siglo XX. Mercedes Formica aprecia esta realidad en el paisaje urbanístico, en concreto, en el tipo de vivienda que predominaba y que era propio de la burguesía mercantil e industrial: piso bajo, entresuelo, planta principal, segundo piso y el remate en torre. Dice Formica:

“Cuando Cádiz era Cádiz, las torres servían para dialogar con los navíos que regresaban de Ultramar”. Este modelo de casa-palacio se daba, y aún puede apreciarse en el urbanismo de la ciudad, en la zona Norte-Este, donde se ubicaban las familias pudientes.

La autora se detiene en describir los ritos burgueses que eran característicos de la ciudad en aquel contexto y que tan adecuadamente analiza Ramos Ortega en su estudio. Por ejemplo, indica que en el modo de vestir podían distinguirse diferentes tipos femeninos. Las señoras de la alta sociedad “llevaban sombreros”. Las mujeres de clase media utilizaban “pequeñas mantillas de blondas, alzadas sobre peinetas”. Y las del pueblo llano se ataviaban con “pañolones negros”. Por otro lado, estaban las señoras de “vuela”, cuya prenda más destacada era el manto largo, de gasa negra, que portaban sobre la cabeza. Asimismo, hace mención especial a las familias “venidas a menos”, es decir, aquellas que habían perdido el poder adquisitivo, pero seguían gozando del respeto social y del buen nombre. Normalmente, si esto ocurría, estas familias abandonaban la ciudad y establecían su residencia en las localidades colindantes de Puerto Real o de El Puerto de Santa María.

La sociedad burguesa gaditana se desenvolvía en selectos espacios de reunión, no aptos para cualquier público, como el salón de té de la Confitería de Viena. Pero si había un rasgo particular que marcaba distinción era el hecho de “ser visita”. Esto significaba que, dada la buena posición y fama que poseía una determinada persona, sobre todo si era mujer, las visitas al domicilio que esta hiciera a una familia le infundía honor al ser recibida y, por tanto, ayudaba a que su nombre fuera ensalzado frente a la que era rechazada y, a su vez, la persona receptora de la visita también se engrandecía frente a la que no recibía, que pasaba a ser entendido como de poco realce social.

Dentro de esta sociedad jerarquizada había otro aspecto que destacaba: la muerte y cómo se reflejaba dependiendo del nivel adquisitivo de la persona fallecida. El ritual de quien moría se iniciaba con las exequias, continuaba con su cortejo fúnebre por las calles hasta llegar al cementerio y finalizaba con los elementos que allí le rendían tributo. Cerca del domicilio familiar de Formica se encontraban las cocheras de las Pompas Fúnebres y la autora cuenta que los elementos decorativos y el color

identificaban el sexo y la edad de la persona a la que se iba a enterrar: el blanco indicaba que era una mujer joven o un recién nacido; el celeste, un niño; para personas mayores, hombres y mujeres, el negro. La peor parte le tocaba a la gente más humilde, que debía conformarse con ser enterrada en fosas comunes, sin ataúd, y llevada en un carruaje en el que podía ir más de un fallecido. Parecía cumplirse así el macabro refrán: “No tener dónde caerse muerto”. No obstante, la solidaridad entre los ciudadanos permitía la recaudación de una suma de dinero, a fin de que una persona fallecida por circunstancias especiales, la enfermedad de un menor, por ejemplo, o una muerte accidental, recibiera digna sepultura. En la obra se describe, y sirve como muestra del tratamiento de la muerte en personas adineradas, el fallecimiento y entierro de Micaela Aramburu Fernández, perteneciente a una saga de destacados banqueros y viuda del afamado médico y benefactor de Cádiz, José Moreno de Mora, el 13 de agosto de 1922, que recibió sepultura en el panteón que la familia poseía en Cádiz, hasta que en 1999 sus restos fueron trasladados a Chiclana. Se trató de una de las defunciones que más impacto causó en la ciudadanía.

A partir de estos recuerdos pueden conocerse, del mismo modo, otros aspectos destacables para la ciudad de principios del siglo pasado, como la euforia de la ciudadanía ante la inauguración del tranvía: “Había letreros de porcelana blanca, escritos en caracteres negros: Se prohíbe fumar. Se prohíbe escupir. Se prohíbe hablar con el conductor. Lleve cada viajero su billete. Nueve asientos”. Se iniciaba así el nuevo transporte con gran expectación, tanto que las chirigotas del afamado Carnaval de Cádiz lo reseñaron entonces, como se recoge en *La infancia*: “Se ha vuelto Cádiz loco con los tranvías. / ¡Vaya negocio bonito que ha hecho la Compañía! / Y hay gaditano y hay gaditana que sueña con el trole y la campana / Y otros que no tiene ni pa’ café, / que se pasan la vida en San José”. Las fiestas típicas también están presentes en el libro y, aparte del Carnaval, se rememoran la Semana Santa, el Corpus Christi o la desaparecida (desde 2003) Velada de Nuestra Señora de los Ángeles, que se celebraba desde 1861 en el Paseo de las Delicias –hoy parque Genovés–, en torno a la festividad de esta solemnidad mariana el 2 de agosto.

Asimismo, en *La infancia* se incluyen referencias a episodios bélicos de este tiempo o próximos a él con los que la voz narradora encuentra algún vínculo con su familia o indica cómo afectaron a las personas allegadas o a los habitantes de la ciudad. Se cita Santiago de Cuba, Trafalgar o Cavite como lugares en los que se desarrollaron batallas que causaron gran pesar en el ánimo patriótico y, por cercanía, dolor en la sociedad gaditana, con el puerto siempre como enlace. En concreto, la batalla de Cavite fue el enfrentamiento entre fuerzas navales estadounidenses y españolas ocurrido el 1 de mayo de 1898 en la bahía de Manila, en el contexto de la guerra hispano-estadounidense. De este acontecimiento, en la narración la autora recuerda a un hermano de su abuelo por parte de madre, al que llama “tío Alfredo”. Ambos familiares, su abuelo, Armando Hezode, quien tuvo rango de coronel de ingenieros de la Armada, y su tío abuelo, Alfredo, alférez de Marina, habían participado en la empresa de Filipinas en mayo de 1898, donde pereció ahogado Alfredo al naufragar su embarcación. De esta trágica experiencia, la madre de Mercedes Formica guardó el recuerdo de una medalla, concedida por el gobierno español a título póstumo, en una cajita de madera olorosa. En ella, la Patria aparecía personificada por una mujer robusta con el pecho descubierto. Abrazado a su cintura, a punto de derrumbarse, se erguía la figura de un muchacho joven envuelto en una bandera. En la narración se nos cuenta que la medalla desapareció durante la Guerra Civil. Aunque no se informa de nada más, sabemos que, al estallar la contienda, Amalia Hezode, la autora, Eduardo Lloset, su pareja, y sus hermanas Elena, Margarita y Marita, se encontraban en Málaga, zona republicana, y debían abandonar la ciudad para pasar a Sevilla, zona nacional, según se ha comentado en las páginas dedicadas a la autora, y fue al preparar este traslado cuando Álvaro Disdier, uno de los fundadores junto a Emilio Prados y Manuel Altolaguirre de la imprenta Sur, recomendó a la madre que no llevase consigo la medalla, la cual había introducido en su equipaje, pues, en un registro rutinario, que podía realizarse en la aduana, podía acabar con sus vidas si se descubrían honores difíciles de comprender en aquellos momentos.

Por otro lado, se alude a la guerra del Rif de 1921, ya que la casa familiar se encontraba cerca del Hospital Militar, donde

llegaban los heridos de Monte Arruit. El suceso más trágico se conoce con el nombre de “Desastre de Annual”, una de las mayores derrotas en el protectorado marroquí que sufrió el Ejército español. En algo más de dos semanas, entre 8.000 y 13.000 soldados perdieron la vida frente a las tribus rifeñas. Este desastre marcó el rumbo de las siguientes dos décadas convulsas en España: la dictadura de Primo de Rivera, la caída del régimen de la Restauración, la implantación de la República y el estallido de la Guerra Civil.

Relacionado con la Guerra Civil, en *La infancia* se nos cuenta la historia de Rakú, interesante personaje que aparece en la infancia gaditana de Mercedes Formica. Rakú era el seudónimo de Jesús Sáez, boxeador instalado en Cádiz y procedente de la India, que estaba empleado en la fábrica que dirigía José Formica-Corsi. Como se dice popularmente, se trataba de “un manitas”, bien hacía labores de electricista, de jardinero o bien amenizaba el ambiente con su destreza hacia el baile popular, en especial, hacia el tango gaditano, según señala la autora. La sensualidad que exteriorizaba en sus movimientos causaba rubor y las mujeres, familiares y criadas, trataban de impedir que las niñas viesen los contoneos del baile. En cambio, cuando desempeñaba otras labores, manifestaba seriedad y eficacia. Por las hermanas Formica-Corsi siempre mantuvo un cariño especial. De repente, la historia de Rakú se interrumpe para informarnos de su muerte durante la contienda. Entonces, la voz de la niña Mercedes pregunta en *La infancia*:

—¿Y no se puede hacer nada por él? ¿No podemos salvarlo?

—Nada niña. Ya está muerto. Fusilado.

—Pero, no podemos...

—Nada, niña. Ya está enterrado.

¡Pobrecito, Rakú! Con su traje de faena, su buen humor, su valor indudable, y aquel tanguillo de letra imposible.

En *Visto y vivido* se incluye este mismo pasaje, pero se añade que el fusilamiento de Rakú se produjo en Cádiz cuando esta parte de la familia se encontraba en Málaga, es decir, que tuvo lugar en las primeras semanas del conflicto. Señala Formica en este tomo de memorias al recordar a varias personas queridas:

“De nuevo en Sevilla, el dolor de los amigos muertos en el frente, los dramas de los más desamparados. El fusilamiento de Rakú, cuando estábamos en Málaga, el desasosiego de nuestra querida Encarnación, con su hijo desaparecido” (2020: 298). Por tanto, la autora introduce el dato de la muerte de Rakú en su infancia y así lo expresa la voz infantil, pese a que tenía 23 años cuando se enteró de la noticia. Los restos de Rakú continúan desaparecidos. De no haber sido por la escritura, por el homenaje que Formica quiso hacerle a su recuerdo, su figura habría sido envuelta en un frío olvido. Como si no hubiese existido.

Mercedes Formica sintió un profundo dolor por las muertes producidas durante la Guerra Civil, ya fuesen de un bando u otro. Así se expresaba en *Visto y vivido*: “Al mismo nivel sitúo, en Granada, a Montesinos y García Lorca; en Cádiz, a Jesús Sáez, Rakú; en Sevilla, a Milagros Laín; en otras ciudades, a Margarita Cordón y Rupilanchas, por no mencionar sino a mis conocidos” (2020: 290). Jamás aceptó que de una guerra pudiese emerger una Nueva España. Este triste acontecimiento, en su opinión, solo trajo desolación, miseria y pérdida. El recuerdo de la Guerra Civil aparece tímidamente en el relato infantil. Por ejemplo, al hablar de un premio infantil que su hermana María Luisa había ganado con un dibujo en un concurso de *ABC*, indica que este periódico “se perdió más tarde en la revolución, como se perdieron tantas cosas”. Es otro antes y después en su vida, de la misma forma que sucedió con el divorcio de sus padres.

De Cádiz pasa el relato a Sevilla. La Andalucía del interior proporciona nuevas visiones, temas que se entendían como propios de la cultura andaluza, como la tauromaquia. Se aluden a los toreros Juan Luis de la Rosa, Manuel Jiménez Moreno, “Chicuelo”, José Ortega Gómez, “Joselito”, del que destaca el día de su fallecimiento, el 16 de mayo de 1920, y el sentir de la gente: “Joselito murió en la Plaza de Talavera. De una maña cornada. Los Hércules se pusieron de luto. La Macarena también. Ha sido el mejor torero que ‘habemos’ tenido en Sevilla”. Formica refleja, asimismo, una corrida de toros en la Maestranza, a la que acude con su familia. En ella, la autora tiene especial interés en dejar constancia de una conversación que oye y cuyo tema central es la bravura de los toros de antes, de cuando “Joselito”: “Denante daba gloria ver a un Murube, engolosinado con las tripas de un

jaco. La plaza se llenaba de caballos muertos. –Aquellos eran toros. Y no las cabras de hoy”. Como puede verse en las dos citas expuestas, algunas particularidades del habla de la zona quedan testimoniadas. La capital hispalense es, para la autora, “el río. Y Triana. Y el Paseo de las Delicias. Y los Jardines de Catalina de Ribera”. En los días de verano, “la luz de Sevilla tenía una mezcla particular. De alegría y tristeza. Un sentimiento, complejo, que nunca he podido explicarme. Por la parte del río el crepúsculo dejaba cielos cuajados de claridades”. La naturaleza se inundaba de tonalidades cromáticas, de olores, sensaciones, ruidos que iban penetrando en el interior de Formica al ordenar sus recuerdos. Destaca la Glorieta de Gustavo Adolfo Bécquer, situada en el Parque de María Luisa: “Era silencioso, sin más ruido que el zurceo de los palomos. Los coches de caballos, al cruzar los senderos, lo hacían blandamente, amortiguando los golpes de sus herraduras”. Para Mercedes Formica, “las casas de Sevilla eran casas cerradas”. Aprecia que la gente de Sevilla tenía un carácter algo más cerrado que la de Cádiz. Este supuesto hermetismo se diluía en el momento en que se entablaba cierta amistad: “No es que fueran casas hostiles, porque si un azar permitía conocerlas se volvían acogedoras”. En su visión, una ciudad abierta al mar, como Cádiz, habituada a recibir y despedir a propios y ajenos, posibilitaba un trato más cercano entre las personas. Por ello, en Sevilla, “un extraño complejo, pudor y recelo hacia lo nuevo, cerraba verjas y cancelas. Carecían de la espontaneidad de los hogares de la costa abiertos para el forastero”. En las páginas de la obra se citan nombres de importantes calles sevillanas, como Susona, Doña María Coronel, Cabeza del Rey don Pedro –que encierran tres de las leyendas más conocidas de Sevilla–, el Callejón del agua, Bustos Tavera o la dedicada a Miguel Mañara.

De las fiestas típicas o tradicionales destaca la Semana Santa, la cual tiene mayor presencia en esta parte del relato que en la evocación gaditana. En Sevilla, sentía que se vivía de manera intensa y que los cortejos penitenciales recreaban escenarios de la Pasión de Jesús de Nazaret, según recogen los cuatro evangelios en el Nuevo Testamento, con gran realismo: “Era el desfile, incesante, de criaturas que habían vivido en Israel y dejaban en las calles sevillanas el reguero de las coplas que recordaban sus acciones. –El peor fue Judas”. En el recorrido que

hace por esta celebración religiosa, en el que da cuenta del numeroso público que asistía a los desfiles procesionales, en buena parte, procedente de otras ciudades españolas, incluye un fragmento de una saeta, esto es, el canto popular típico de esta época y que ha pasado a considerarse un palo más del flamenco: “Pilatos, por no perdé / el empleo que tenía, / condenó al Hijo de Dios...”.

De la ciudad cordobesa las evocaciones del marco espacial son muy escasas, ya que la autora y sus hermanas se encontraban internas. Pero, aun así, es preciso resaltar algunos datos. Recordemos que la marcha a Córdoba era consecuencia del interés que tenía Amalia Hezode en que sus hijas llegasen a la Universidad y promovido por el hecho de que en Sevilla, la que había sido su profesora de música, *Mother Paul*, le había recomendado que olvidase tal idea. De forma que María Luisa, Mercedes y Elena fueron enviadas al colegio Santa Victoria de Córdoba, regido por las escolapias. Margarita, de seis años, permaneció en Sevilla. Desde su fundación en 1888, el centro cordobés había destacado por ser la primera institución benéfica-docente que nacía para la enseñanza de las mujeres en la ciudad.

En el colegio, las hermanas Formica-Corsi convivieron con niñas de diversa procedencia, además de Córdoba capital, de Priego, de Montilla, de Lucena, de Puente Genil, de Úbeda y de Baeza. A todas les unía un sentimiento de añoranza hacia sus familiares y lugares de origen. A Mercedes Formica, más que estar lejos de Sevilla, lo que le entristecía era la distancia que la separaba de su madre, pues siempre fue consciente de que necesitaba protección debido a los terribles episodios que vivía en su matrimonio. Aunque no era la única, María Luisa también requería atenciones.

Entre las alumnas destacaba el grupo de “las medianas”, que eran las que tenían entre 12 y 14 años –Mercedes y María Luisa eran dos de ellas–. Las religiosas mostraban especial cuidado en que disimularan su incipiente feminidad. El hecho de “ponerse mala” se convertía en un tema de conversación entre las niñas. Sin embargo, el cuerpo de María Luisa se resistía a comportarse con normalidad y estas señales fueron viéndose como muestras de la delicada salud que padecía. En estas descripciones se percibe el lastimoso sufrimiento de Mercedes Formica por su



hermana mayor: “María Luisa no se ponía mala. Yo quería que ella, que ya había cumplido trece años, se pusiera mala. Que fuese como las demás”.

La mayoría de las niñas comenzaba a sentir curiosidad hacia el sexo opuesto. El nerviosismo que “las medianas” experimentaban al observar a los muchachos de un internado contiguo era enorme. Secretamente, ambos grupos establecían inocentes maneras de hacerse saber que se gustaban: “Caminábamos en fila, de dos en dos, y las mayores se citaban con sus pretendientes que las esperaban en las esquinas por verlas pasar. Algunas “medianas” también tenían pretendientes. Niños de pantalón corto y medias *sport*. Resultaba emocionante”. Los monaguillos de la capilla también despertaban curiosidad. Las monjas se mostraban cuidadosas de que el grupo no se distrajera de lo verdaderamente importante: oír la palabra de Dios. No obstante, resultaba complejo poner trabas a la adolescencia, por lo que el cruce de miradas, repletas de fisgoneo, era inevitable. En el momento en el que a los monaguillos se les comenzaba a notar el bozo del labio superior eran sustituidos por otros de aspectos más angelicales. En las celebraciones religiosas, la niña Mercedes pedía siempre lo mismo: “—¡Señor! Que mis padres se quieran. ¡Dios mío! Que mi padre quiera a mi madre. Que mi hermana María Luisa sea una niña como las otras”.

La autora relata que su camarilla carecía de ventanas y que, en las noches en las que el sueño era difícil de conciliar, se dirigía a una habitación cercana donde se almacenaban productos de limpieza y objetos de reposición, y en la que había una pequeña lumbra. Mirando el cielo oscuro de Córdoba, y oyendo las campanas de la Mezquita, pensaba en su madre. A este emblemático enclave histórico dedica estas palabras en *La infancia*:

La Mezquita de Córdoba era un misterio. Las niñas no se cansaban de hablar de ella. Sabíamos que estaba rodeada de naranjos. Que el río discurría muy cerca. Que todavía guardaba el altar de los árabes, orientados hacia La Meca. La Mezquita encerraba un bosque de columnas rosas y caminos de arcos bellísimos. Las niñas de Córdoba aseguraban que era una de las

Siete Maravillas del mundo. Para mí, la Mezquita significaba una campana en la noche.

La monotonía inundaba la vida de las hermanas y solo se veía trastocada con la llegada de las fiestas navideñas y del verano, cuando volvían a Sevilla. María Luisa y Mercedes fueron buenas estudiantes. El centro tenía entre sus reglas conceder cada año un premio a las alumnas más brillantes de cada curso. Esta distinción ilusionaba a las internas, ya que, si resultaban ganadoras, veían reflejado su nombre en la prensa y protagonizaban un pequeño acto en el que se les concedía un detalle como recuerdo. Así sucedió con Mercedes Formica, quien recibió un diploma de honor el 19 de diciembre de 1926, según consta en *El defensor de Córdoba*. Lo mismo le sucedió a María Luisa, que tuvo su premio de distinción junto a otras afortunadas.

En la primavera de 1927, las niñas conocieron por parte de la madre superiora la noticia del nacimiento de José María, el que sería su único hermano varón. Los años que Mercedes Formica pasó como interna enderezaron sus cimientos católicos. En una entrevista para la sección “Religión” del periódico *ABC*, que dirigía el sacerdote Santiago Martín, publicada el 18 de enero de 1987, se reconocía creyente en la fe católica: “La idea de Dios está tan dentro de mí que no podría concebir la vida sin ella”. No obstante, las dudas asaltaban cuando vivía o presenciaba situaciones de dolor entre los más desamparados: “Parece que al lado de un Dios bueno hay una fuerza maligna. Entonces, uno piensa: ¿Si es Todopoderoso por qué no puede contra esa fuerza maligna?”. Con todo, negaba ser una “beata” y no tenía pudor en declarar que el mayor defecto que poseía la Iglesia era “la intolerancia”, por ello solicitaba que fuese “más dialogante” (Formica, 1987: 55). Es evidente que presenciar la enfermedad y muerte de su hermana mayor hizo tambalear su fe, sensación que se incrementó cuando en 1945 perdió a su hermana pequeña, Marita, a los catorce años, víctima de una leucemia: “1945 trajo a mi casa un gran dolor. Mi hermana Marita moría recién cumplidos quince años. Inteligente, ingeniosa, prometedora, su desaparición produjo la rebeldía contra el sino de una familia a quien destruyen sus adolescentes más brillantes” (2020: 428-429).

## 2.2. DURAS EXPERIENCIAS

*La infancia* comienza con unas palabras muy significativas sobre el estado en el que se encontraban las hermanas Formica-Corsi: “De niña no cantábamos. Solo cantaban las criadas”. No existen, a nuestro parecer, palabras que expresen tanta desolación como estas que salen del pensamiento de la autora, narradora y que, al rememorar su vida, se convierte en la protagonista del relato. ¿Cuál puede ser el motivo para que unas niñas, aparentemente bien cuidadas y con todas las necesidades cubiertas, no transmitan sensación de alegría? La respuesta puede encontrarse poco después, puesto que no tarda mucho la niña protagonista en manifestar el motivo de tanto desaliento. Se trata de un pasaje que ha pasado desapercibido, posiblemente, porque tampoco queda expresado su trasfondo con claridad. La casa en la que residía la familia, cedida a su padre por ocupar el puesto de director de la Compañía de Gas Lebon en Cádiz, había sido propiedad de un millonario francés tiempo antes de adquirirla la citada empresa y adaptarla a fábrica<sup>13</sup>. Pese a que en *La infancia* la autora describe la vivienda, exponemos las líneas que le dedica a ella en *Visto y vivido*, pues aparece de forma más completa:

Aquel pabellón de la avenida de Wilson, mitad palacio de archiduque enamorado, mitad almacén. El millonario galo que lo había concebido murió sin rematar su obra, y semejante circunstancia fue causa de que los pisos primeros luciesen techos pintados con alegorías, mármoles italianos, cristales exquisitos, armoniosa escalera, mientras que la última planta solo conoció el ladrillo, el pino crudo y la cal. En 1963 fue derribado para construir la Escuela de Tecnología, ejemplo de mal gusto delirante (2020: 54)<sup>14</sup>.

---

<sup>13</sup> Charles Lebon introdujo el gas en Cádiz en 1845. La fábrica pasó, después de diferentes compras y ventas, a la compañía *Eugene Lebon et Cie* en 1868. En 1927 la sociedad se españoliza y pasó a denominarse *Compañía Española de Electricidad y Gas Lebon*. En 1965 fue adquirida por *Catalana de Gas y Electricidad, S.A.* Luego pasó a ser *Gas Natural Fenosa* y, actualmente, *Naturgy*.

<sup>14</sup> El edificio tuvo que ser un espléndido palacete burgués de estilo modernista, que perduró en el tiempo hasta aproximadamente 1957, pese a que la autora señale su derribo en 1963. El Ayuntamiento de Cádiz cedió el solar enclavado

Esa peculiaridad de los techos pintados se alude en *La infancia*. Había alegorías de ángeles, apolos y ninfas, también con nubes y pájaros, lo cual provocaba en la niña protagonista desconcierto cuando observa las figuras en el techo acostada en su cama: “Los techos pintados proporcionaban al sueño compañía de fantasmas. Los escorzos alejaban los cielos rasos hacia profundidades remotas y era tantas las nubes, las gasas flotantes, los hombres desnudos que bajo ellos nunca se llegó a sentir la soledad de los cuartos deshabitados”. El espacio y el tiempo dejan de ser las entidades fijas e inamovibles para dar paso a la inseguridad y a la incertidumbre. La voz infantil va perdiendo el sentido de la realidad, hasta el punto de sufrir de alucinaciones: “Había siempre rumores y a menudo, chasquidos de alas”. Lo monstruoso está suplantando a lo natural y la pequeña Mercedes está experimentando un verdadero ataque de pánico: “No existía miedo comparable al producido por aquella sirena, mitad mujer, mitad pez, escondida en nubarrón celeste que dejaba fuera –en virtud de un escorzo difícilísimo– su hombro desnudo”. Como decimos, el origen de estos episodios de terror infantil está en la mala relación matrimonial de sus padres: “De noche, si la

---

en los terrenos de lo que había sido la Fábrica de Electricidad de la Compañía Lebon el 13 de octubre de 1958, de forma gratuita, al Ministerio de Educación Nacional. De esta manera se erigió la Escuela Técnica de Peritos Industriales, en la actualidad, la Escuela Superior de Ingeniería, la cual entró en funcionamiento en el curso académico 1962/63, tras inaugurarla el ministro de Educación, Manuel Lora Tamayo. El lugar se halla sin actividad académica desde el curso 2014/15, después de la entrada en funcionamiento de la nueva sede en el Campus de Puerto Real. La zona en la que se encontraba la casa es fácilmente identificable para quien conozca el casco histórico de la ciudad gaditana. Dice en *La infancia*: “De la Huerta de las Hermanitas llegaba el crujido de la noria y de lo más hondo de la calle, los golpes de las pelotas que saltaban en las pistas del Club de Tennis”. En aquella época, el convento de las Hermanitas de los Pobres se integraba dentro de la iglesia del Santo Ángel Custodio, que daba servicio al antiguo Hospital militar, situado un poco más arriba de la misma calle, cuyo solar en la actualidad pertenece a la Universidad de Cádiz. El Club de Tennis continúa en el mismo lugar descrito. La denominación avenida de Wilson comenzó a utilizarse desde 1919, posteriormente pasó a ser la calle del Sacramento, que sigue en el presente hacia el otro lado. El tramo que va de la antigua ubicación de la casa de Formica al parque Genovés se llama Benito Pérez Galdós desde 1980.

discusión estallaba, experimentaba un terror indecible al encontrarlos encima de la cabeza”, palabras que jamás han sido tenidas en cuenta y que explicarían el compromiso que siempre tuvo Formica en la defensa de los débiles y en la lucha contra la violencia ejercida hacia las mujeres. La discusión mencionada es protagonizada por sus padres y, por lo que se intuye, es un hecho ya tenido por rutinario.

Ante el miedo que siente al oír los rumores que llegan de la habitación del matrimonio, la niña Mercedes pide a su niñera que convenza a su madre para que pinte los techos de blanco. Las figuras, en mitad de la sensación de pavor que la embarga, parecen hablarle: “Tú, quédate –parecía decirme– Al fin y al cabo, eres su hija”. Y, en mitad de la ofuscación, responde: “Pero nosotras no nacimos para escuchar gritos”. En *La infancia* no existen más alusiones a episodios de malos tratos. La autora, por algún motivo, quiso dejar constancia de esta realidad de su vida al principio de la obra y no volvió a comentar nada más<sup>15</sup>. Para quien lea el libro y no conozca la vida de Formica, el detalle pasa inadvertido, pero si se continúa esta línea de desentrañar los destellos que ofrece de la relación de sus padres y la situación de otros familiares, se revelan episodios que afectan a su personalidad de niña y que, desde la madurez de la escritura, originan su melancolía y su sed de justicia.

La imagen que transmite de sus progenitores en *La infancia* es muy dispar. Con el padre existe una barrera difícil de traspasar, especialmente cuando recuerda el sufrimiento de su madre. En realidad, José Formica-Corsi nunca se sintió satisfecho en Cádiz. El matrimonio Curie le había ofrecido un puesto en su laboratorio tras la finalización de sus estudios, el cual rechazó por decantarse por la electricidad. Decisión que pareció pesarle a lo largo de su vida. Las temporadas que pasó en Europa formándose le hacían tener una visión muy pobre de esta pequeña ciudad marinera andaluza. En *La infancia* se lee:

---

<sup>15</sup> Es un dato que, efectivamente, tuvo que suceder, aunque modificado para la ficción. Idéntico pasaje aparece en *Bodoque* y, más profundamente, en *La casa de los techos pintados*, que, como se aprecia, utilizó la anécdota para titular esta novela. El espacio de la casa es igualmente recreado por la autora en estas obras.

Algún día me iré de este poblacho. Me marcharé lejos. Cuando mi padre hablaba de aquella forma la garganta de mi madre temblaba. Temblaban, también, sus manos y hasta las venas azules que se transparentaban bajo la piel. Era un temblor de muerte y se comprendía que no pudiese tragar la comida que, por esta razón, quedaba intacta en el plato.

En cambio, el relato que Formica transmite de su madre refleja la admiración y el amor que sentía por ella: “Mi madre era valiente. Superó las peores circunstancias sin perder el buen humor. Así se mantuvo toda su vida: en la adversidad, durante la revolución, en su agonía y en su muerte. Nunca le conocí un gesto agrio y siempre tuvo, a punto, una sonrisa”. Amalia Hezode queda definida como una mujer frágil, afligida. Como hemos comentado, había recibido una educación británica en un internado en Gibraltar, circunstancia que le había posibilitado conocer el inglés y el francés, si bien había sido educada desde la niñez para ser esposa y madre. Cuidaba hasta el mínimo detalle para mantener el buen nombre de su marido y ser ejemplar en aquella sociedad burguesa de las apariencias. En *La infancia* la voz narrativa cuenta que, con veinticuatro años, tuvo que teñir un vestido rosa, bordado de cuentas de cristal, por ser este un color demasiado claro para ella. El tono malvarrosa resultante no agradó a José Formica-Corsi, por lo que decidió deshacerse de él y comprarse uno color marrón avellana, más acorde para su condición de mujer casada. Temía el sufrimiento físico y la tortura psíquica. Vivía en un estado de sumisión absoluto, anulada por completo.

A la madre de Mercedes Formica le gustaba la celebración de la Velada de Nuestra Señora de los Ángeles, la fiesta popular ya reseñada en el apartado anterior y que se celebraba próxima a la casa, pero nunca asistió a ella. Se lo impedía su marido. Se quedó sin saber lo que eran sus paseos y sus bailes, sus comidas típicas y sus atracciones. Él, en cambio, no se privaba de nada; era el dueño y señor de su vida, y de las personas que estaban a su cargo.

Resulta significativo que los pocos momentos felices que Mercedes Formica recuerda de su infancia en Cádiz sean cuando no están en ellos la figura de José Formica-Corsi. Para una niña

nacida en un palacete burgués, con atenciones, ciertos lujos, rodeada de hermanas con quien jugar y de niñeras que se desviven por ellas y las llevan de paseo, estos recuerdos colmados de sinsabor y nostalgia no corresponden a lo que tendrían que haber sido unos años felices. Las otras fiestas típicas de la ciudad, que igualmente se han mencionado, eran agradables para la población en general, pero tristes cuando la niña protagonista se recuerda en ellas, por una causa concreta: la presencia de su padre y el sufrimiento de su madre: “El Carnaval era triste. Había globos, confetis, caretas. Era triste”. La Semana Santa, la siguiente celebración en el calendario festivo, también: “El abandono de tanta magia nos entristecía, mi padre, siempre estricto, había fijado la hora de volver a casa”. Y lo mismo sucedía en el día del Corpus Christi, de larga tradición en Cádiz: “Mi padre no quería acompañarnos a la procesión del Corpus, que desfilaba por la Plaza del Ayuntamiento, y no sé por qué teníamos que ir con mi padre que no quería llevarnos. Mejor hubiese sido ir solo con mi madre, que siempre estaba contenta”. El día de Corpus era y sigue siendo costumbre estrenar alguna prenda o complemento: “Nosotras estrenábamos zapatos de cabritilla y unos trajes de batista blanca, con pasacintas y tiras bordadas, que mi madre, personalmente, nos había cosido”. Sin embargo, a la hora de salir a la calle, José Formica-Corsi tenía que dar su aprobación al atuendo de sus hijas:

    Mi padre nos pasaba revista antes de salir. Inexorablemente, decía:

    –Que quiten los lazos a las niñas o nos quedamos en casa.

    Nos cortaban los lazos. Quedaban los trajes sin adorno. Entonces, salíamos a la calle.

Esos lazos los había confeccionado Amalia Hezode con esmero y cariño para sus hijas, María Luisa, Mercedes, Elena y la pequeña Margarita. La violencia de distinto tipo que José Formica-Corsi ejercía sobre su esposa son notables en la lectura, especialmente estos de raíz psicológica y silenciosa e incluso vicaria, con la utilización de la descendencia para hacer daño a la madre. El padre de Mercedes Formica deseaba tener un varón que no llegaba, presión que sentía la madre como si fuese su

responsabilidad. La ausencia de un hijo varón la suplió José Formica-Corsi con la adquisición de un pájaro de la especie “canario”: “Comía cuando nosotras lo hacíamos. Era el ojo derecho de papá. Su hijo varón [...] A mi madre se le saltaban las lágrimas”. El canario murió y José Formica-Corsi quedó sumido en una profunda tristeza. Para él, quien había muerto era “el corazón de mi vida. Corazoncito de papá”. Sin embargo, la llegada del hijo varón, José María, se produjo en la primavera de 1927. Amalia Hezode, como hemos indicado en los apuntes biográficos de la autora, apenas pudo disfrutar de él tras el divorcio.

El padre de Mercedes Formica sí se mostraba benévolo con los obreros de la fábrica Lebon e incluso llegó a tener actos de gran generosidad. Así lo podemos ver en *La infancia*:

El guarda de la fábrica quería mucho a mi padre. En realidad, a mi padre lo querían todos sus obreros.

—Don José tiene “sus cosas”. Pero sabe tratarnos y sabe mandar.

Si alguno de los obreros enfermaba, José Formica-Corsi exigía del seguro hasta el último de los cuidados y, si era necesario, corría él con los gastos de los tratamientos. Parece que la cara amarga solo la mostraba en su hogar, con su mujer e hijas. Formica podría haber obviado este lado amable de su padre en su obra, pero precisamente lo expuso para que resaltase aún más el otro lado, el que recibía su madre y, por ende, sus hijas.

De la infancia gaditana la autora cuenta la dramática historia de su tía Gracia Hezode, hermana de su madre, relevante también en lo que respecta a la situación de las mujeres que se veían impedidas para decidir sobre el amor. A muy temprana edad, los padres habían concertado su matrimonio con un joven diplomático que poseía fortuna y título nobiliario. Sin embargo, Gracia manifestó que aspiraba a casarse por amor y que el elegido no era de su agrado. Los padres desoyeron sus palabras y siguieron adelante con el plan trazado. La joven, entonces, se vio obligada a desvelar que estaba enamorada de un oficial de infantería, el cual solo contaba con su sueldo para vivir. Esta confesión ablandó la actitud de la madre, pero no la del padre, quien prohibió la relación y, a fin de que su decisión fuese más



efectiva, convocó a los empleados del servicio doméstico y les instó a que la correspondencia que llegase a nombre de su hija le fuese entregada a él, bajo amenaza de despido a quien infringiera la orden. El casamiento se avecinaba de forma irremisible, por lo que Gracia Hezode inició una huelga de hambre, sin ser consciente de que esta decisión acarrearía los primeros problemas de salud.

Al comprobar cómo su hija se debilitaba, Armando Hezode decidió enviarla a Ronda, con un doble objetivo: ponerla en contacto con otro ambiente y alejarla de aquel hombre al que repudiaba. De Ronda ordenó su traslado a Panticosa, localidad del Pirineo Aragonés, con la esperanza de que remitieran las fiebres que tenía. Pero, después de percatarse de que la situación no mejoraba, empezó a tomar conciencia de la gravedad del asunto y determinó su regreso a Cádiz. Mandó a buscar al oficial de Infantería, tras haberle recomendado el médico que el factor emocional influía decisivamente en ese tipo de enfermedades, pero Armando Hezode recibió la noticia de que ya estaba comprometido con otra mujer y se había marchado a vivir a Canarias. Contra todo pronóstico, al conocer esta información, la tía de Mercedes Formica sintió un extraño deseo por recuperarse y empezó a comer desahoradamente. Pero su estado no mejoraba y tuvieron que suministrarle apresuradamente los Santos Sacramentos. Su fallecimiento, a las pocas semanas, entre marzo y abril de 1906, produjo un hondo penar en la ciudad: “Con el tiempo, los que la habían conocido desaparecieron y fue, entonces, con el olvido, cuando mi tía Gracia murió de verdad”.

De las hermanas de Mercedes Formica, María Luisa era especial para su madre, era su hija mayor y tenía un carácter similar al suyo. Al caer enferma de septicemia los médicos dieron pocas esperanzas de que continuase con vida. Fue en semejante contexto cuando el padre y la madre se unieron en el dolor: “Mi madre ofrecía a Dios su vida por la vida de María Luisa. Mi padre era una sombra alerta con un solo pensamiento: que no muriese su hija”. En *La infancia* se cuenta que tanto Mercedes como Elena fueron llevadas al domicilio de un matrimonio conocido para evitar que presenciaran los últimos momentos de su hermana. Elena se daba cuenta; Margarita era más pequeña y podía disimularse con ella la situación. Mercedes fue consciente en todo

momento. Mientras Elena y Margarita jugaban en aquella casa, la niña Mercedes nos dice: “Yo permanecía en un banco, inmóvil, mi pensamiento junto a mi hermana. Mi pensamiento era mi hermana. No había sitio para nadie más”. El conocimiento de esta muerte tan próxima a ella (el fallecimiento de tía Gracia tuvo lugar antes de nacer, por lo que se sobreentiende que la historia se contaba en la familia) provoca reacciones distintas a las percibidas en la ausencia de personas ajenas o no familiares. Aquí los pensamientos son profundos, trascendentales: “¿Cómo sería la muerte? ¿Cómo sería el instante de morir?”. En un momento de distracción en aquel lugar donde los padres dejaron a las niñas, la voz protagonista, la voz de Mercedes Formica, pronuncia estas palabras con las que termina el libro: “Yo sabía que mi hermana había muerto. Lo supe toda la noche, mientras ellos cantaban”.

*La infancia* de Mercedes Formica finaliza con esta pérdida. Es el desenlace de la obra y también el quebranto de ese paraíso vital, de ese tiempo que tendría que haber sido feliz y lleno de ternura e inocencia, pero que quedaba para siempre impregnado de nostalgia y dolor. Hay en ello también un deseo de perpetuar el nombre de la persona fallecida, de tía Gracia, de María Luisa, de su madre y de otros personajes que ella conoció, acogándose a la idea de que la memoria es el único poder humano capaz de vencer a la muerte a través de la perpetuación del recuerdo. Igualmente, le concede la inmortalidad de la memoria a su hermana pequeña, Marita, la cual no había nacido en el tiempo que se recrea en *La infancia*, pues vino al mundo en 1931. En la obra se alude a este dramático desenlace que dejó una honda tristeza en su entorno con el fin de destacar nuevamente la nefasta actitud del padre con esta parte de la familia, o sea, con ella, su madre y hermanas. José Formica-Corsi sufrió cuando el mencionado “canario” murió: “Mi padre sintió una pena profunda. Todos sentimos su muerte, pero mi padre llegó a extremos delirantes. Se negó a salir y los amigos del Casino le mandaban telegramas de pésame. Para burlarse”. Después del pájaro, se encariñó con unas tortugas a las que las criadas tejían bufandas. Él las llamaba sus “niñas”, y es ahí cuando la voz narrativa suelta un latigazo sorpresivo: “Marita había muerto. Llamándole”. Quiere esto decir que, aún después del tiempo que abarca la obra, el padre no se preocupó mucho de sus hijas, aunque la autora señalase su desesperación por salvar a

María Luisa. Su papel paternal lo ejerció con José María, siempre con una idea tradicional de esta función.

En lo que respecta al poder de la memoria para hacer revivir al ser querido, Mercedes Formica reconocía seguir el pensamiento de la poeta griega Safo, a quien se le atribuyen estas palabras: “Muerta, serás completamente sepultada; ninguna memoria quedará de ti, y la posteridad ignorará tu nombre; pues no tienes tu parte de las rosas de Pieria. Andarás sin gloria por las mansiones de Hades, vagando entre las sombras de los muertos más oscuros” (Pierron, 1861: 218). Estos versos los incluye la autora en la novela *La casa de los techos pintados*. Es cierto que este fragmento atribuido a la de Lesbos tenía como crítica a las mujeres de su tiempo que andaban más afanadas en potenciar su belleza y fortuna que en la educación y en la cultura, pero Formica se valió de esta idea para añadir el mensaje de que la muerte es absoluta si no existen recuerdos de una persona o si esta no deja ninguna memoria.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALBORG, Concha (1993). *Cinco figuras en torno a la novela de posguerra: Galvarriato, Soriano, Formica, Boixadós y Aldecoa*. Madrid: Libertarias.

BALLARÍN DOMINGO, Pilar (2006). La educación propia del sexo. En: C. Rodríguez Martínez (coord.), *Género y Currículo. Aportaciones del género al estudio y práctica del currículo* (pp. 37-58). Madrid: Akal, 2006.

BENSON, Bruno (1943, 25 de abril). Valores actuales. Mercedes Formica. *Medina*, 110.

BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO (1889). *Código Civil Español*. Disponible en: <https://www.boe.es/boe/dias/1889/07/25/pdfs/A00249-00259.pdf> [Fecha de consulta: 17/09/2022].

BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO (1932). *Ley de Divorcio*. Disponible en: <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE/1932/072/A01794-01799.pdf> [Fecha de consulta: 17/09/2022].

BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO (1944). *Código Penal Español*. Disponible en:

- <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE/1945/013/A00427-00472.pdf> [Fecha de consulta: 17/09/2022].
- BRUNER, Jerome (1995). *Desarrollo cognitivo y educación*. Madrid: Morata.
- FLECHA GARCÍA, Consuelo (2002). Las mujeres en el sistema educativo español. En: T. Marín Eced y del M.ª del M Pozo Andrés (eds.), *Las mujeres en la construcción del mundo contemporáneo* (pp. 209-226). Cuenca: Diputación de Cuenca.
- FORMICA, Mercedes (1993). La pintura española en la década de los cuarenta. Un testimonio. En: *Arte para después de una guerra* (pp. 171-174). Madrid: Sala de Exposiciones de la Comunidad.
- GIBSON, Ian (2008). *En busca de José Antonio*. Barcelona: Aguilar.
- GRACIA, Jordi (2004). *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*. Barcelona: Anagrama.
- LARA POZUELO, Antonio (Coord.) (1989). *La Autobiografía en lengua española en el siglo veinte*. Lausanne: Edizione Ispanica Elvetica.
- LEJEUNE, Philippe (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios* (trad. de A. Torrent; trad. de la intr. Á. G. Loureiro). Madrid: Magazul-Endymion.
- MAINER, José-Carlos (1971). *Falange y Literatura*. Barcelona: Labor.
- MARTÍN, Santiago (1987, 18 de enero). Entrevista a Mercedes Formica. *ABC* (Religión), 55.
- MORALES, María del Pilar (1944). *Mujeres (Orientación femenina)*. Madrid: Editora Nacional.
- PÉCKER, José Luis (1975). Entrevista a Mercedes Formica. *Gente Importante*.
- PETHES, Nicolas y RUCHATZ, Jens (2002). *Dizionario della memoria e del ricordo*. Milano: Paravia Bruno Mondadori Editori.
- PIERRON, Pierre Alexis (1861). *Historia de la literatura griega* (trad. de M. Busquets). Barcelona: Imprenta de L. Tasso, librería del Plus Ultra.
- RAMOS ORTEGA, Manuel José (1991). Burguesía y novela: *La infancia*, de Mercedes Formica. En M. J. Ramos Ortega,

- Estudios de Literatura Española Contemporánea* (pp. 105-132). Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- RICHMOND, Kathleen (2004). *Las mujeres en el fascismo español. La Sección Femenina de la Falange*. Madrid: Alianza.
- RUIZ CARNICER, Miguel Ángel (1996). *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965: la socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*. Madrid: Siglo XXI.
- SÁNCHEZ LÓPEZ, Rosario (1990). *Mujer española, una sombra de destino universal: Trayectoria histórica de la Sección Femenina de Falange*. Murcia: Universidad de Murcia.
- SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Alfonso (2002). *Este film inacabado. Diez entrevistas con familiares, amigos y contemporáneos de José María Hinojosa (1993-1998)*. Málaga: Centro Cultural de la Generación del 27.
- SERNA, Carmen de la (1997, 22 de abril). Entrevista a Mercedes Formica. *Época*, 36-38.

#### OBRAS DE MERCEDES FORMICA<sup>16</sup>

- FORMICA, Mercedes (1942, 3/5-30/8). *Luisa Terry de la Vega. Medina*, 59-76.
- FORMICA, Mercedes (1943). *Vuelve a mí* (seud. Elena Puerto). Madrid: Afrodisio Aguado.
- FORMICA, Mercedes (1944, 12/3-27/9). *¡Peligro de amor!* (seud. Elena Puerto). *Medina*, 156-180.
- FORMICA, Mercedes (1944-1945). *Bodoque. Escorial*, 50-51 [2018. *A instancia de parte y dos obras más* (ed. de M. Soler Gallo). Sevilla: Espuela de Plata (Renacimiento)].
- FORMICA, Mercedes (1946). *Mi mujer eres tú* (seud. Elena Puerto). Madrid (autoedición).
- FORMICA, Mercedes (h.1946). *La casa de los techos pintados*.
- Formica, Mercedes (1950). *Monte de Sancha*. Barcelona: Luis y Caralt. [1999. Málaga: El Aguacero (pról. de F. Chica); 2015.

---

<sup>16</sup> Se excluyen los numerosos artículos de carácter divulgativo y científico de temática social, cultural y feminista, cuya recopilación será objeto de un futuro trabajo, así como otras obras desconocidas de la autora.

- Sevilla: Espuela de Plata (Renacimiento) (ed. y pról. de M. Soler Gallo)].
- FORMICA, Mercedes (1951). “La mano de la niña” (cuento). *Clavileño*, 10, julio-agosto [2018. *A instancia de parte y dos obras más* (ed. de M. Soler Gallo). Sevilla: Espuela de Plata (Renacimiento)].
- FORMICA, Mercedes (1951). *La ciudad perdida*. Barcelona: Luis de Caralt [2022. *La ciudad perdida. El secreto*. Sevilla: Espuela de Plata (Renacimiento) (ed. de M. Soler Gallo; pról. de L. A. de Villena)].
- FORMICA, Mercedes (1953). *El secreto. La Novela del Sábado*, 33 [2022. *La ciudad perdida. El secreto*. Sevilla: Espuela de Plata (Renacimiento) (ed. de M. Soler Gallo; pról. de L. A. de Villena)].
- FORMICA, Mercedes (1955). *A instancia de parte*. Madrid. Ediciones Cid [1991. Madrid: Castalia (ed. de M. <sup>a</sup> E. Bravo); 2018. *A instancia de parte y dos obras más* (ed. de M. Soler Gallo). Sevilla: Espuela de Plata (Renacimiento)].
- FORMICA, Mercedes (1973). *La hija de don Juan de Austria*. Madrid: Revista de Occidente.
- FORMICA, Mercedes (1979). *María de Mendoza (solución a un enigma amoroso)*. Madrid: Caro Raggio.
- FORMICA, Mercedes (1987). *La infancia*. Cádiz: Cátedra Adolfo de Castro. Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Cádiz [2023. *La infancia* (ed. de M. Soler Gallo). Sevilla].
- FORMICA, Mercedes (1989). *Collar de ámbar*. Madrid: Caro Raggio.
- FORMICA, Mercedes (2020). *Pequeña historia de ayer. Memorias, 1931-1958* (ed. de M. Soler Gallo). Sevilla: Renacimiento [1982. *Visto y vivido* (Barcelona: Planeta); 1984. *Escucho el silencio* (Barcelona: Planeta); 1998. *Espejo roto. Y espejuelos* (Madrid: Huerga y Fierro)].

## CRITERIOS DE EDICIÓN

*La infancia* constituye una obra singular en la trayectoria literaria de Mercedes Formica. La autora siempre tuvo el deseo de contar su vida, su historia, para que se pudiera comprender su compromiso con las injusticias, con los derechos de las personas desvalidas y necesitadas de protección, y, al mismo tiempo, para conceder la perpetuidad del recuerdo a las personas que acompañarían su relato. De esta forma sus experiencias no quedarían en el olvido, sino que serían leídas, oídas, conocidas, a fin de poder aprender de ellas gracias al poder de la memoria. En las páginas de esta novela autobiográfica o autobiografía novelada se hallan claves vitales que resultan fundamentales en la formación del pensamiento feminista de Formica o para entender sus ansias de lucha por la igualdad. En estos años de rememoración infantil la autora aprecia, observa, intuye episodios que presentan a las mujeres víctimas de una sociedad patriarcal que provoca que sus vidas queden truncadas, insatisfechas, sin poder haberse desarrollado con plenitud y libertad por el simple hecho de no haber nacido hombres, que son quienes tenían el control de la existencia, la proyección pública y la autoridad necesaria para hacer y deshacer lo que considerasen, sin detenerse a reflexionar que, debido a esta superioridad que había ido configurándose con el tiempo, ocasionaban dolor, desgarró, angustia, insatisfacción e incluso muerte. En este sentido, puede decirse que el origen de la sensibilidad que siempre mostró Formica por mejorar la vida de las mujeres, y también la de los menores, víctimas igualmente de la superioridad masculina, reflejando estos itinerarios traumáticos en la literatura o en su profesión como abogada y articulista en la prensa, está en la historia de su madre, en las vivencias dramáticas que padeció en su matrimonio y que marcaron no solo su propia vida, sino también la de su descendencia. Por ello, aparte de las preciosas evocaciones que se presentan de Cádiz, Sevilla y Córdoba, los escenarios por los que transcurre el argumento, con deliciosos cuadros costumbristas y descripciones de ambientes, expresiones y tradiciones, resulta necesario resituar esta obra, casi ignorada, para que el conocimiento de la figura de Mercedes Formica

alcance una dimensión más exacta sobre su modo de ver y entender la realidad que le rodeaba.

El texto que aquí se edita corresponde a la versión publicada de *La infancia* en 1987 por la Cátedra Adolfo de Castro de la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Cádiz. Sobre esta versión, se han subsanado algunas incorrecciones, modernizado la ortografía, la acentuación y regularizado la puntuación (incluso el uso de comillas y rayas de diálogo).

Esta edición contiene un apéndice documental que se divide en seis apartados. En el primero, se exponen extractos dedicados a Cádiz pertenecientes a la novela *Luisa Terry de la Vega*, que Formica publicó en folletines en 1942, con la idea de que se disponga de más material literario de un tiempo ya perdido y que puede transportar a quienes se acerquen a su lectura a las primeras décadas del siglo XX en esta zona de Andalucía. Este material está tomado de la versión original de la obra difundida en la revista *Medina*, cuyos datos exactos se citan en unas breves líneas que preceden a los textos. Se incluyen, además, al finalizar el apartado, algunas de las ilustraciones que pretendían acompañar, en forma de dibujos, al argumento. En el segundo, se presentan las partes que tienen a las ciudades de Cádiz y Sevilla como protagonistas y que han sido tomadas de *Visto y vivido*, el primer tomo de memorias de Formica, publicado en 1982. Los fragmentos transcritos en los apartados primero y segundo del apéndice documental coinciden, a veces casi literal, con algunos pasajes que la autora refirió en *La infancia*; otros suponen valiosos complementos para conocer estos espacios geográficos y, sobre todo, la personalidad de la autora. Estas partes de *Visto y vivido* llegan a la primera juventud de Formica, hasta su entrada en la Universidad hispalense y el episodio del divorcio de los padres. Los textos se han tomado de la edición de las memorias publicadas en Renacimiento en 2020, *Pequeña historia de ayer*, que, por primera vez, reúne en un solo libro los tres tomos que escribió y con el título que ella quiso conceder a su relato memorialístico. En el tercer apartado se encuentra parte de un artículo de Formica, “Nostalgia y recuerdo de Filipinas”, publicado en la revista *Medina* el 28 de diciembre de 1941, que recoge pinceladas sobre su infancia y el sentir de la ciudadanía gaditana de entonces. En cuarto lugar se presenta una



“Cronobiografía” de la autora que ofrece de forma sintética algunos de los aspectos de su vida, los cuales están más desarrollados en el estudio introductorio que precede a la edición, u otros que no han sido incluidos en este. El quinto apartado se dedica a exponer una serie de imágenes de distintos momentos de la trayectoria vital de Formica. Y, por último, en el sexto se recoge la información que contenían los nueve paneles que conformaron la exposición “Un grito en el silencio: Mercedes Formica (1913-2002)”, que se preparó en Cádiz con motivo del centenario del nacimiento de la autora en la ciudad, así como algunas imágenes de esta.

Con la presente edición de *La infancia*, que se inserta dentro del proyecto de I+D+i, “Andaluzas Ocultas. Medio Siglo de Mujeres Intelectuales (1900-1950)”, enmarcado en el Programa Operativo FEDER US-1381475, cuyos investigadores principales son Mercedes Arriaga Flórez y Daniele Cerrato, de la Universidad de Sevilla, se avanza en la aspiración de dar a conocer la vida y obra de Mercedes Formica, sobre cuya figura recae un intenso, denso e injusto olvido.

LA INFANCIA  
Mercedes FORMICA



Mercedes Formica, con 6 años, en Cádiz

CÁDIZ



## CAPÍTULO I

De niñas no cantábamos. Solo cantaban las criadas cuando se encontraban en el lavadero, pero tampoco era aquello un canto de verdad. Se trataba de una salmodia interminable, una especie de lamento donde abundaban las aes medidas por las enes.

Las manos de la mujer golpeaban el restregador. Se oía el glú-glú del agua y el suspiro de la espuma al perder su volumen.

Fuera silbaba el viento. Siempre silbaba el viento entre las junturas de las ventanas.

El lavadero era un cuarto de la última planta sin protección, asomado al vacío de su altura. Los cristales temblaban. Las hojas de las ventanas estaban desajustadas. Mi padre repetía con frecuencia.

—Aquí, en el Sur, nunca hacen las cosas bien.

Fuera el aire silbaba y los cristales temblaban mientras la mujer seguía cantando, seguía lamentándose con aquella salmodia suya, sin final ni principio.

—¡¡¡Ay!!! Ennnnmm... ¡Ayyyy! Emmmm...

—¡Del Garellano!

—¡Los pobrecitos del Garellano!

Las ortigas crecían en el jardín. Y los suspiros. Aparte de ellos, ya no crecía otra cosa, como no fuera la verdina de la alberca.

Cuando soplabla el levante, la alta chimenea de la Fábrica, construida al fondo del jardín, se convertía en una amenaza.

Cierta voz agorera anunciaba.

—Un día, el viento derribará la chimenea y aplastará la casa.

Mi familia vivía en la calle Sacramento, muy cerca del actual Hotel Atlántico.

Todavía se hablaba en Cádiz de la guerra, que era, naturalmente, la primera guerra europea. De la división de la ciudad en anglófilos y germanófilos. De que un huevo había valido una peseta.

Por influencia del Armisticio la calle fue rebautizada con el nombre de Avenida de Wilson, sin que nada justificase la pomposa denominación. Ni el ancho de la calle de cuatro metros

escasos ni los árboles raquíuticos crecidos en tierra salada próxima al mar.

Lindaba con nuestra casa el jardín de Las Hermanitas-tilín, tilín, tilinteando rasgaba el silencio del cristal que le daba fisonomía de asilo.

Recuerdo sus ancianos absortos, sus monjas de paso diligente, la huerta fragante, la noria movida por un burro ciego, el San José del vestíbulo que nunca pedía más de lo que necesitaba —una cesta de pan, una lata de aceite— y los muros del Hospital Militar, con sus heridos de Monte Arruit y los paluditos de la campaña del 21.

Frente a nuestras ventanas abría sus puertas la capilla castrense. Los bautizos de los hijos de los carabineros, con sus madrinas vestidas de negro y sus padrinos sin nada que registrar, fumando buenos puros cubanos. Y la frase ritual, del ritual gaditano, con la que debían saludar a la madre de la criatura.

—Me lo diste “moro”, te lo devuelvo cristiano.

Quedaron siempre en la memoria.

Yo no digo que, en aquella Iglesia, no se celebrasen otros bautizos. Pero bautizos de rumbo donde se “tirase la casa por la ventana”, como los hijos de los carabineros, pocos. Muy pocos.

Estos destellos de alegría venían compensados por el paso lento y cansino de los coches de los muertos.

Al fondo de la calle estaban las cocheras de las Pompas Fúnebres. Sus caballos recorrían a diario el camino de San José y sabíamos que, cuando los coches pasaban, no llevaban ningún muerto porque lo habían dejado en el camposanto o iban a recogerlo. Pero el temor de lo que significaban amargó nuestra infancia.

Y todavía cuando se vestían de negro resultaban soportables. Pero cuando aparecían de blanco, con cabezas de plumas, gualdrapas de terciopelo y angelitos de purpura queriendo volar, un nudo, un atroz, nos apretaba la garganta.

Amalia Cámara, nuestra niñera, que sentía gran respeto por los cementerios, hablaba de los nichos como bienes inaccesibles, y sabía —lo decía suspirando— “que ella iría a la fosa”, nos había explicado que, si los coches se vestían de blanco, iban a enterrar a una muchacha joven o a un recién nacido.

¡Qué daño me causaba, aquel color! De entonces me viene la repulsión de las azucenas...

Azucenas que pudren,  
peor que cizaña huelen.

El entierro que conmovió el corazón de Amalia y desató en alabanzas las lenguas de “todo Cádiz” fue el de la viuda de Moreno de Mora, doña Micaela Gómez.

En el entierro de doña Micaela se repartieron esquelas. Esas que siempre decían los periódicos que no se repartían. En el de ella se repartieron esquelas de excelente calidad, con un luto impresionante de cuatro dedos.

A su entierro no faltó ningún coche y la circulación quedó interrumpida. Bien es verdad que doña Micaela merecía el homenaje.

Su muerte cerró un ciclo en la vida gaditana. Ir o no ir a las reuniones de Casa de Mora había significado ser o no ser en sociedad.

Doña Micaela desapareció como desaparecieron las murallas.

Yo no las conocí. Mi madre decía que no había nada tan deprimente.

Yo no las conocí. Pero me hubiera gustado conocerlas. A pesar de que todavía y a causa de ellas se dice en Cádiz cuando se roza la desesperación.

—“Voy a tirarme por las murallas”.

Sin embargo, murallas que dieron vida a este cante quizá debieron subsistir.

¡Viva Cádiz porque tiene  
las murallas junto al mar  
y los cañones mirando  
el Peñón de Gibraltar!



Las ortigas crecían en el jardín. Y los suspiros. Aparte de ellos, ya no crecía otra cosa, como no fuera la verdina de la alberca.

Nuestra casa tenía mucho de pabellón de príncipe enamorado. De refugio del archiduque que termina sus días de mala manera a causa de una pena de amor.

Había sido construida por un francés, que puso persianas blancas en los huecos, vidrieras magníficas, de una sola pieza en los balcones, y remató las escaleras con pasamanos de cristal de roca. No contento, decoró los techos con alegorías de ángeles destrenzados, ninfas, apolos y sirenas.

La escalera de mármol prestaba a la vivienda empaque exquisito. Arrancaba de la planta baja, se abría en dos tramos gemelos y volvía a reunirse en el piso superior para dividirse de nuevo, mostrando esta vez ladrillos porosos y barandales de pino.

Tan áspero contraste transformaba el palacete en taller y tenía su explicación en las vicisitudes sufridas por el edificio.

A punto de terminar la obra y por aquello de que todos los refranes han de tener su razón: “Casa nueva, mortaja segura” falleció su propietario. Los herederos no tuvieron interés en conservarla y la vivienda fue sacada a pública subasta.

La Compañía Lebon –detentadora de la electricidad gaditana– la compró a bajo precio.

El jardín se redujo a solar y el palacete jamás se remató.

Los techos pintados proporcionaban al sueño compañía de fantasmas. Los escorzos alejaban los cielos rasos hacia profundidades remotas y era tantas las nubes, las gasas flotantes, los hombres desnudos que bajo ellos nunca se llegó a sentir la soledad de los cuartos deshabitados.

Había siempre rumores y, a menudo, chasquidos de alas.

De noche, si la discusión estallaba, experimentaba un terror indecible al encontrarlos encima de la cabeza.

Parecía que la materia se ablandaba y las alegorías –ágiles y sueltas– se convertían en lo que eran: Apolos y Ninfas. Nubes y pájaros.

No existía miedo comparable al producido por aquella sirena, mitad mujer, mitad pez, escondida en nubarrón celeste que dejaba fuera –en virtud de un escorzo difícilísimo– su hombro desnudo.

—Tú, quédate —parecía decirme— Al fin y al cabo, eres su hija.

—Pero nosotras no nacimos para escuchar gritos.

Cerraba los ojos, atemorizada, y tal miedo llegué a cobrarles que supliqué a nuestra niñera.

—Amalia, di a mamá que pinte los techos de blanco.

—¿Estás loca? ¿Pintar los techos de blanco?

—Si no los pintan, las figuras me matarán. De noche, se acercan para regañarme.

Amalia me miró.

—¡No es posible! Por más que... —se detuvo— A lo mejor estás en lo cierto.

Abrió un armario. Sacó la botella del “Agua Carabañas”.

—Bebe —ordenó— La culpa puede ser de las lombrices.

Amalia había estado casada con un empleado de la Transatlántica y por este motivo cobraba una pensión que le pasaba el Marqués de Comillas.

Del Marqués de Comillas se hablaba en Cádiz con respeto. Cuando murió, se consideró el chorro de pensiones perjudiciales para la buena marcha del negocio y suprimieron algunas. A nuestra niñera “le tocó la china”, como explicaba contándoselo a mi madre.

—Señora. Me ha tocado la china.

Y, como le había tocado la china, perdió los seis reales diarios que guardaba con la intención de que su nieto Guillermo llegase a ser tipógrafo.

Mientras los cobró, una vez al mes, la acompañábamos a esta diligencia y a la salida nos llevaba a pasear por Canalejas.

El paseo de Canalejas, con sus palmeras descoloridas, su tráfico de tranvías chirriantes y nunca bien engrasados, sus casas altísimas, sus “cierros” y torres mirando por descubrir los barcos que se fueron a Cavite y el puerto al lado, era la zona más alegre de la ciudad. Con esa alegría del que sabe que va a marcharse de nuevo.

En Canalejas estaban las oficinas de las Navieras importantes: Transatlántica, Transmediterránea, Martínez de Pinillos y los cafés donde se traficaba el contrabando de Cuba y

Filipinas. Al atardecer, las cigarreras de la calle Plocia pasaban entre piropos de contra maestres, envueltas en negros mantones.

Los marinos de guerra, con sus cocas brillantes, bajaban de San Fernando en un tranvía azul celeste que, sin dejar de agitar la campanilla, se escabullía por la calle de Antonio López.

En Cádiz quedaba el regusto de “ver salir a La Escuadra”. Una manía de grandeza marinera que nadie osaba destruir. A lo largo del XVIII y del XIX, la Escuadra había salido varias veces siempre con sino adverso y los nombres de Santiago de Cuba, Trafalgar o Cavite dolían como heridas frescas.

Los gaditanos se acercaban a los muelles, arrastrados por el recuerdo del “San Juan Nepomuceno”, del “Princesa de Asturias”, del “Infanta María Teresa”.

Nosotras nos conformábamos con “El Reina Victoria”, un hermoso palacio flotante cuajado de ojos iluminados.

En otras ocasiones discurríamos por aquella parte del Puerto, que servía de refugio a botes y lanchillas donde los pescadores de cañas, mudos, inmóviles, sin conocer la envidia, arrojaban al mar sus anzuelos.

Los botes cruzaban con su crujido de remos. Los remos entraban y salían del mar. Una y otra vez. Las palas quedaban brillantes, mojadas.

Los pescadores seguían aguardando. En un cestillo tenían gusanos vivos. En otro, peces de miradas opacas con las bocas abiertas llenas de sangre paralizada.

Los marisqueros preferían las playas de la Caleta. En la Caleta, las mareas bajas dejaban al descubierto extensas superficies de rocas y charcos. Del interior de los charcos subían pompas de oxígeno que se rompían al rozar el aire.

La gente hablaba muy quedo por miedo a espantar la pesca. Los marisqueros se remangaban los pantalones. Sus pantorrillas, velludas, quedaban al descubierto.

Las mujeres separaban las piernas y se agachaban para mariscar, para buscar cangrejos y ostiones. Aquella mujer se detuvo frente a mí. Entre sus piernas había una rata peluda, muy negra. Por detrás de la rata, colgaba un pañito blanco. Me dio tanta vergüenza, ¡Dios mío!, me dio tanta vergüenza y tanto asco que no pude decir una palabra en toda la tarde.

Al fondo de la playa se alzaba un castillo.

Los que mariscaban se preguntaban entre sí.

—¿Habéis visto los techos de las casas? ¿Habéis visto los techos de los palacios y las catedrales?

Todo el mundo sabía que por aquella parte se había hundido una ciudad.

Amalia explicaba.

—Sucedió hace millones de años. Cuando el mar se tragó a Cádiz por primera vez. Ahora los días de marea baja pueden verse los techos de los palacios y las catedrales.

Amalia vivía muy cerca del Campo del Sur. En el Campo del Sur chirriaban los cornetines de los soldados y se escuchaban los golpes de las bombas que lanzaban al mar los artilleros. Delante de los cuarteles, grupos de mendigos esperaban el reparto del rancho. Aparecían con sus latas dispuestas y el rancho calentito humeaba al caer en las latas. Comían en silencio con sus propias cucharas, sin quemarse...

En el Campo del Sur terminaban todas las calles del Barrio de la Viña. En este barrio había siempre bullicio. De sus tabernas salían rumores de palmas y los cantes que acompañaban las palmas.

Detrás de algunas persianas mujeres recostadas en buenas mecedoras se mecían y se abanicaban. Amalia había dicho:

—Son las “comprometidas” de los embarcados. Estas, sin despreciar a nadie, viven como reinas. No hacen nada. Y la referencia a su inmovilidad parecía el colmo de la dicha humana.

La fachada había perdido cal. Mostraba una pared porosa, arruinada por el tiempo. Amalia se detenía cerca de la pared. Señalaba una lápida que sobrepasaba su cabeza.

—Hasta donde marca la losa llegaron las aguas la última vez que Cádiz se anegó. Yo no había nacido, pero me tienen contado que murieron muchas criaturas.

En su casa, Amalia tenía un loro que sabía hablar. Se colocaba delante del loro. Amalia tenía dos únicos dientes. Uno en la encía superior y otro en la encía inferior. Y un rodete de tortita. También tenía un periódico en el pecho, *El Diario de Cádiz*, para protegerse del frío. A veces lo cambiaba por un “parche” de mucho poder, que mostraba un caballero barbudo en calzoncillos.

El loro se paseaba fuera de la jaula.

Micaela, la hija de Amalia, nos recibía con su rostro verde-claro y una pierna extendida sobre la silla de “anea”.

—Tiene un tumor blanco en la rodilla que le curan en el hospital de Moreno de Mora.

El loro estaba delante, con sus colores.

Amalia gritaba arrastrando las erres.

—Lorito Rrreal. Lorito Rrreal. Para España y no para Portugal.

El pájaro repetía, con su eco cascado.

—¡Para España! y no para Portugall ¡Lorito Rrreal!

Desafío inesperado a la bula de Alejandro VI.

En el descampado de la cárcel los niños jugaban al toro.

Sus voces se perdían en el vacío del descampado.

Corrían los papeles empujados por el levante y botes vacíos de leche condensada roídos por el orín, que, al saltar sobre las piedras, dejaban un sonido de campanas.

Cruzó una mujer por delante de la cárcel. Su moño se había deshecho. Llevaba los cabellos desprendidos y el moño —sin horquillas que lo sujetasen— conservaba, a pesar de todo, su forma.

La mujer golpeaba el rostro y el trasero de una muchachilla.

—Ahora, cuando llegemos a casa, te voy a poner el culo, así.

Separaba las manos y señalaba una distancia en el aire.

—¡“Ansí”! Para que aprendas...

El moño de la mujer temblaba. La muchachilla gritaba.

Amalia explicó.

—Le pega por defender su honra.

Los nidos de los canarios estaban hechos de briznas entrelazadas. El agua corría por los canales. El árbol llenaba el centro de la habitación. En sus ramas cobijaba nidos, cabezas que salían de los huevos empollados, un piar incesante y gritos.

Las alas de los pájaros rozaban nuestras mejillas, nuestras narices... Las alas de los pájaros rozaban nuestros ojos.

El agua corría por los canales. Los gorriones gritaban. Tenían las bocas amarillas, las cabezas calvas, hinchadas por los gritos.

Detrás de las telas metálicas gatos hambrientos acechaban. Las alas de los pájaros rozaban mis mejillas, mis ojos cerrados.

El almacén de mis brazos se paralizaba.

—¿Qué le pasa a esa niña? ¿Por qué no trae los cañamones?

Los pájaros continuaban rozando mis ojos. Tenían las alas cortadas y pasaban muy cerca de mis ojos.

La pajarera se hallaba en el único cuarto de la torre.

La torre se erguía en el centro de la azotea, sus cuatro ventanas abiertas a los puntos cardinales. El cielo entraba por ellas. Y el horizonte. Y el mar.

Los huecos de las ventanas aparecían cubiertos de telas metálicas para impedir que los pájaros escapasen. Los gatos se colgaban de las telas y acechaban voraces el movimiento de las aves. Había jilgueros, gorriones, canarios. En los pechos de los gatos se formaba un rugido.

Mi padre pisaba muy quedo. Se pegaba a las ventanas y acercaba el rostro a la cara de los gatos.

—¡Asesinos! —Susurraba— No los cataréis.

La ventana orientada al Sur se abría sobre la puerta del asilo. La de Poniente, a la playa de la Caleta. La del lado Norte, al Hospital Militar. La última ventana, a una casa misteriosa, siempre cerrada.

Después de la comida de los pájaros, hacíamos gimnasia sueca. Mi padre nos colocaba en el centro de la azotea, en línea horizontal, por orden de edades. Él se situaba enfrente, vestido con su viejo traje de remero. Camiseta blanca, calzoncillos del mismo color, calcetines rayados, a rayas rojas y azules.

Levantaba los brazos, aspiraba aire, hinchaba el pecho. Se inclinaba. Nosotras imitábamos sus gestos.

Un ejercicio consistía en tocar el suelo con la punta de los dedos, sin doblar las rodillas. Otro en girar la cabeza de izquierda a derecha, conservando el ritmo de la respiración. Cuando nos volvíamos hacia las terrazas del hospital veíamos a los palúdicos abandonar sus hamacas y acercarse a los pretilos, entre codazos y risas. Era la única vez que sus rostros amarillos se mostraban alegres.

Perdíamos el ritmo.

Mi padre ordenaba.

—Que nadie mire al hospital. Esos palúdicos son unos pobres ignorantes que no conocen la higiene. Así les ha ido.

Nos enderezábamos. Nos agachábamos. El viento alzaba nuestras enaguas.

—El señorito anda por las azoteas en calzones blancos. Haciendo gimnasia —suspiraba Amalia—.

La cocinera destapaba la olla. El vapor azotaba su rostro. Con la espumadera movía el contenido de la vasija.

—A los señoritos no hay quien los entienda. Estas gentes de la “letricidad” son muy raras.

Los gatos abandonan su acecho. Desaparecían con la prisa de los latigazos.

Mi hermana María Luisa tenía el cabello castaño. Los ojos marrones y una tonalidad parecida a la miel. Como mi madre. Nunca se disgustaba.

Sabía coser camisetas para las muñecas, dibujar y guisar. Encendía un “anafe” de juguete con carbón verdadero. En la cazuela de barro ponía media patata cortada, aceite, sal y un poco de agua. También ponía una hoja de laurel. El anafe daba su calorillo y la cazuela despedía el mismo perfume que los guisos de la cocinera.

Mi hermana sabía coser, guisar y dibujar. Era muy dulce. Nunca se disgustaba. Era también muy bonita. Como mi madre. Tenía el cabello castaño sujeto con pasador. Un cabello rizado, amoldable.

El cabello de Elena era negro, difícil de manejar, como el mío, a pesar de tenerlo rubio, casi blanco.

Margarita empezó a gatear.

Mi madre quería mucho a María Luisa. Era su hija mayor y además era dulce. Nunca se disgustaba. Mi madre la quería más que a ninguna. Sin embargo, lo disimulaba porque nunca se hubiese perdonado que sus otras hijas creyésemos que cometía una injusticia queriéndola más.

Mi padre también quería a Elena, porque un día que se estaba muriendo de la difteria le preguntó si se estaba bien en el cielo.

María Luisa era dulce. Sus cabellos castaños dejaban alrededor de su cara un halo de luz.

Elena y yo teníamos el cabello rebelde. Nos lo sujetaban con pasadores, pero siempre íbamos mal peinadas.

Margarita perdía los pasadores. Nunca estaba peinada. El pelo se le metía en los ojos.

Tenía un muñeco de barro “Pepe” con los brazos arrancados, lo llevaba desnudo.

José y Marita no habían nacido. Nunca pisarían esa casa. Ni siquiera habían nacido.

Por la tarde íbamos a la Plaza de Mina.

La niña que “mandaba” en la plaza se llamaba Elisa Reymundo.

Era hija del mejor fotógrafo de la ciudad y en el escaparate de su tienda aparecían los retratos de las familias principales.

Semejante circunstancia le otorgaba un prestigio indecible.

También le daban prestigio sus gruesas trenzas morenas que manejaba con garbo, echándoselas a las espaldas.

Para jugar con Elisa, había que pagar tributos. Cintas de colores llamadas “tripillas de pollo”, que comprábamos en los “refinos” de la Calle Columela con las monedas que la abuelita nos daba para dulces de la confitería “La Camelia”.

En la Plaza Mina jugaba otra niña –Luisa Terry–.

Pelirroja y con pecas resultaba muy simpática. Tenía una madrastra buena –Carmen Soroa– que, cuando Luisa volvía de jugar, le limpiaba la frente y la besaba.

Amalia aseguraba que Luisa era una “entenada”.

Estaba también Clara Gómez con sus hermanos gemelos, dos niños con nombres de Apóstoles.

—Llegué a casa y me los encontré dormidos en una cuna. Mi madre explicó: “Acaban de nacer y son tan parecidos que les he puesto unas cintas para distinguirlos. El que la lleva rosa se llama Pablo. El que la lleva azul, Pedro”.

Cruzaban la calle las niñas acompañadas de una institutriz. Seis criaturas rubias vestidas con trajes marineros.

En la Plaza de Mina se jugaba al diávolo y se cantaba el romance del rey viudo:

¿Dónde vas Alfonso XII,



dónde vas, triste de ti?  
Voy en busca de Mercedes  
que ayer tarde no la vi.

Cuando se llegaba a lo de...

Merceditas ya está muerta,  
muerta está que yo la vi,  
la llevaban cuatro duques,  
por las calles de Madrid.

Rompía a llorar con desconsuelo.  
—Si no eres tú. Si es una reina.  
¡Ay! Aunque fuese una reina.

Merceditas ya está muerta,  
muerta está que yo la vi...

Y ni siquiera me consolaba la presencia de los cuatro duques.

El romance de Gerineldo era otra cosa. Llegaba fragmentado, confuso, enturbiado por el acento particular de las criadas.

“Gerineldo” “Gerineldo”  
mi paje, mi buen querido,  
la espada de mi señor  
entre los dos ha dormido.

—¿La espada?  
—Sí, niña.  
—¿Cómo va a dormir una espada?  
—Calcula.  
—Pero ¿cómo puede dormir una espada?  
—Cosas de reyes.

Las faldas de los trajes marineros indicaban la capacidad económica de las familias. Las madres de muchas hijas tenían

fórmulas mágicas para sacar tres faldas de dos, cosa que lograban descargando de tela las tablas.

Por estas razones, las nuestras nunca consiguieron el esplendor apetecido, aquel despliegue de vela bien henchida de la falda de Elisa.

A pesar de su escasez, nuestros vestidos marineros –azul oscuro en invierno, blanco en verano– fueron muy bonitos, completados por gorras o pamelas de paja tostada, según las estaciones y cintas grabadas en letra de oro, donde campeaba el nombre de algún navío o alguna batalla. En invierno y en verano mi cinta se llamó “Lepanto”.

María Luisa era dulce. Siempre sonreía. Tenía el color de la miel. Nunca se disgustaba. Parecía una madrecita.

Su caja de costura estaba llena de agujas, hilos, botones. No era una caja de lata fina con dibujos de ciruelas y melocotones, como las de las criadas, la suya era pobre, un envase de cartón, de ovillos de “La Dalia”.

María Luisa dibujaba muy bien. Mi madre recortó del *ABC* el anuncio de un concurso organizado por el jabón “Heno de Pravia”. Daban muchos regalos y mi hermana se presentó al concurso con un dibujo. Un profesor preguntaba a sus alumnos a través de una especie de pompa de jabón que salía de la boca.

—¿El jabón “Heno de Pravia”?

Y los niños gritaban

—“Es el mejor”.

Le dieron un premio.

Mi madre contó emocionada que le habían dado un premio a María Luisa y trajo el periódico donde aparecía la lista de los dibujos premiados.

Este periódico se perdió más tarde en la revolución, como se perdieron tantas cosas. Como se perdió la medalla que ganó en Cavite mi tío Alfredo, aquel hermano de mi abuelo del que se hablaba poco, porque había sido de Infantería de Marina –un “lingote”– y ya se sabe que, en Cádiz, como en todos los Departamentos Marítimos, la gente quiere ser del Cuerpo General.

El premio del concurso consistió en una batería de cocina de porcelana azul fuerte. Resultaba un regalo precioso y tan importante como el de los Reyes Magos.

Todos los años pedía a los Reyes un recién nacido de celuloide que abriera y cerrase los ojos. Y más tarde, una bicicleta. Parece que se trataba de unos juguetes muy caros y los Reyes, los pobres, no estaban en situación de traerlos.

Margarita conservaba su “Pepe”. Sin brazos.

Nos gustaba subir a las azoteas y contemplar la huerta del asilo. Y la noria con sus canjilones. Y aquella casa...

—¿Por qué está siempre cerrada?

—Porque sí. Es una casa particular.

El Domingo de Piñata adornaron los balcones del barrio.

La casa de al lado engalanó el suyo con la bandera española. Sobre la bandera plantaron una barquillera que dejaba escapar polvo de purpurina. Le rodeaban rojas bombillas encendidas.

La gente se detenía delante del balcón. Los marineros celebraban.

—Está muy bien el adorno. Está pero que muy bien. Canela fina de verdad. ¡Canelita fina! Ya te daré yo a ti canela fina.

Vinieron los “serios”, unos guardias que nunca reían. Vinieron los “serios” y entraron en la casa. Apagaron las luces y arrancaron la bandera. Los curiosos echaron a correr.

Mi madre comentó.

—Ha sido una imprudencia, Amalia. No debió llevar a las niñas.

—No tiene importancia, señora. Por algo es Carnaval.

El Carnaval era triste. Había globos, confetis, caretas. Era triste. La gente reía con risas destempladas.

El Carnaval era triste. Y luego había tubos de trementina que nunca he sabido para qué servían. Y el atardecer con sus máscaras agotadas por el cansancio. Y los pobres niños disfrazados de holandeses.

El Carnaval era triste. Y más triste todavía el día del Corpus.

Mi padre no quería acompañarnos a la procesión que desfilaba por la Plaza del Ayuntamiento y no sé por qué teníamos

que ir con mi padre que no quería llevarnos. Mejor hubiera sido ir solo con mi madre, que siempre estaba contenta.

En el día del Corpus se estrenaban los vestidos de verano. Las criadas sacaban sus mantones de “espuma” negra y se calzaban zapatos de charol que siempre se quedaban estrechos. Cuando volvían de la calle caían derrengadas en las sillas.

—Vengo mala. Hasta ganas de arrojar tengo de tanto como me han dolido los pies.

Nosotras estrenábamos zapatos de cabritilla y unos trajes de batista blanca con pasacintas y tiras bordadas, que mi madre, personalmente, nos había cosido.

Las campanas de las parroquias volteaban en el aire. El aire se llenaba de golpes de campanas.

Mi padre nos pasaba revista antes de salir. Inexorablemente, decía.

—Que quiten los lazos a las niñas o nos quedamos en casa.

Nos cortaban los lazos. Quedaban los trajes sin adornos. Entonces, salíamos a la calle.

Los zapatos de cabritilla siempre resultaban estrechos. Era un martirio y, por respeto a la fiesta, había que ir andando hasta la plaza. Aquel día no circulaban los coches. Si hubiesen circulado hubiera sido lo mismo. Mis padres no tenían automóvil. En Cádiz solo tenía coche la señora de Víctor. Mi abuela también tenía coche, pero no era de su propiedad, sino alquilado. Un “abono” de la cochera de Paredes.

Las paradas de los coches de punto olían a orines. Las moscas cubrían los charcos que se formaban en el suelo, bajo los vientres de los caballos. Los días de lluvia, los charcos corrían hasta los “husillos”. Si apretaba el calor, quedaba en el aire un hedor acre.

En la plaza del Ayuntamiento un toldo gigante cubría el cielo. La plaza mostraba su ambiente de fiesta. Había niños, globos, nardos, el quejido de los pitos que se lamentaban sin concierto y la magnífica alfombra tendida sobre el camino que recorría la Custodia.

Los pitos se hinchaban. Se soplaba el pito y la goma se hinchaba. Luego se soltaba el aire, que dejaba al salir un lamento finísimo.

A menudo, los pitos reventaban.

Los globos se fabricaban en dos colores: azul y encarnado. De repente, los globos escapaban. Era un momento dramático. La mano que lo había sostenido quedaba huérfana, vacilante. Casi nunca se sabía cómo había sucedido. Sin embargo, los globos escapaban y quedaban en alto, prisioneros de la “vela” que cubría la plaza.

—Ya se le ha escapado el globo a esta niña ¡Dios mío! ¿Cómo se le ha escapado?

Mi hermana María Luisa era dulce, buena. Nos cogía de la mano como una madrecita. Mi madre tenía su mismo color. Dorado, luminoso.

Cuando los globos no escapaban perdían su tersura.

La goma se volvía delgada y su olor particular se hacía más intenso.

Resultaba agradable acercarlos a la cara y sentirlos agonizantes junto a las mejillas.

Desfilaba la procesión por delante de las tribunas. Abrían la marcha los maceros del Ayuntamiento y los patronos de la ciudad, San Servando y San Germán, dos jóvenes romanos que sostenían las palmas de sus martirios.

Había campanas en el aire, globos escapados y nubes de incienso. Había también las campanillas de la Custodia, tilinteando sin cesar.

Era un día de mucho calor.

Cerraban el desfile las “manguillas” de las parroquias.

Esas que van a los entierros.

En el día del Corpus no se trabajaba.

Mi padre decía.

—Que suban el avión.

Lo tenía guardado en una funda de lona verde, parecida a la de los paraguas. Mi padre tardaba mucho tiempo en armarlo. Introducía los palitos que sostenían las alas y aquellos otros que debían formar la cola y el morro.

El avión se tensaba, listo para volar.

Subíamos a la terraza.

María Luisa llevaba el carrete de la cuerda que soltaba, poco a poco, siguiendo las indicaciones de mi padre.

El avión se remontaba en el cielo. Quedaba en el horizonte, sobre la cuesta del Salvamento de los Náufragos y las cocheras de las Pompas fúnebres.

En la calle se arremolinaba el gentío. Gritaban, señalando un punto en el horizonte.

—¡El avión! ¡Ha llegado el avión!

Cuando llegué a este mundo mi madre no me esperaba. Tenía presente el nacimiento de María Luisa, que tardó doce horas en nacer, y pensó que conmigo sucedería lo mismo.

Un faro recién estrenado iba a iluminar aquella noche la bahía.

Como mi padre en su calidad de ingeniero había intervenido en la instalación, estaba encerrado en su despacho para que todo funcionase.

Mamá no se atrevió a llamarle.

Reclinada en la cama mordía un pañuelo, los ojos fijos en las pinturas, mientras Amalia intentaba confortarla.

De repente gritó y saltó fuera del lecho.

Yo caí al suelo de cabeza, rompiendo el cordón umbilical. El grueso tejido de la pequeña alfombra amortiguó el golpe. Del susto, mi madre se desmayó.

Cuando don Ramón Juliá —el médico de cabecera— llegó a casa, mi madre había recobrado el sentido. Del faro no se supo entonces nada más. Si se iluminó aquel día o no se iluminó.

Fue, desde luego, compañero inseparable de nuestra infancia y por las noches sus haces brillantes recorrían la bahía con su “tic-tac” de alerta.

A causa del golpe, lloré sin descanso sin querer comer. Mi llanto de recién nacido, con sus ahogos escalofrantes, descomponían los nervios más templados.

Don Ramón insistió.

—Tiene que tomar alimento. Aunque solo sea agua con azúcar.

—No quiere.

—Aunque no quiera. Así no puede seguir.

Mi madre no tenía leche y, en vista de las circunstancias, don Ramón propuso una fórmula desesperada.

—Habrà que ponerle un ama.

Para el corto presupuesto de mis padres, un ama significaba la ruina. Sin embargo, buscaron a una muchacha de Paterna, con los pechos repletos. Por fortuna, me negué a probar su líquido dulce.

Estaba desahuciada cuando un obrero de la fábrica se presentó en nuestra casa acompañado de una cabra.

—La leche de esta chiva la salvará —determinó—.

Estuvo en lo cierto y a partir de aquel instante empecé a engordar y a tener forma de persona.

No resultaba cómoda la convivencia con la cabra. Había que tenerla encerrada en un cuarto del piso bajo y sacarla a las horas previstas, porque, si se retrasaba un momento, se ponía nerviosa y empezaba a cornear. Me alimentaba directamente de ella, sin ordeñarla, y mi padre desinfectaba las ubres con agua recién hervida.

Aquel obrero me salvó la existencia. Don Ramón convenía que, sin su intervención, me hubiese muerto sin remedio.

Don Ramón no salía de su asombro. Siempre que me veía me tocaba la cabeza por donde había estado abierta la mollera.

—Parecía imposible. No comprendo cómo no se quedó tonta. ¡Con el golpe que se dio!

Era un médico de la Casa de Socorro, que lo mismo atendía un parto que una fractura. Un buen médico de cabecera.

El guarda de la fábrica quería mucho a mi padre. En realidad, a mi padre lo querían todos sus obreros.

—Don José tiene “sus cosas”. Pero sabe tratarnos y sabe mandar.

Lo respetaban y lo querían. Se sabían protegidos por la tenacidad de su carácter.

Si alguno enfermaba, mi padre exigía del seguro hasta el último cuidado. Más tarde, cuando se descubrieron los antibióticos y empezó la lucha de si pagaban o no pagaban la penicilina, mi padre se llegaba a casa del enfermo y discutía con quien fuese menester hasta que lograba la penicilina. Y a menudo él mismo se la inyectaba.

Con la gripe del 18 murieron muchas personas. Mi madre contaba la muerte repentina de un delineante justamente el día de San José.

El delineante tenía la costumbre de felicitar a mi padre con unas tarjetas de su creación en las que ponía toda su ciencia.

Aquel año trajo un almanaque con las hojas levantadas por un viento imaginario que dejaba al descubierto el 19 de marzo. Al ver la felicitación, las criadas se deshicieron en elogios.

—¡Dios mío! ¡Qué cosa más linda! ¡Qué mérito tan grande! Las hojas parecen de relieve.

El delineante escuchaba las alabanzas con su tez verde pálida. Como siempre había tenido aquel color, nadie se sintió inquieto.

De repente dijo que se estaba poniendo malo.

—No esperó a don José.

Salió.

A la noche, estaba de cuerpo presente.

El círculo de las golondrinas se hacía cada vez más grande. Piaban. Gritaban.

Tenían las alas negras, los pechos blancos, los ojos encarnados. Eran los pájaros elegidos que habían quitado las espinas al Cristo Redentor.

Venían. Se iban. Se alejaban. Se acercaban de nuevo con su lamento hecho círculo, hasta que el sol desaparecía... La mata del suspiro abría sus alas multicolores. Exhalaba su perfume agrio, su olor a sangre viva. Una planta hechizada.

Rakú se cambiaba de traje de faena por otro impecable de algodón azul fuerte. Abría la cancela del jardín. La cancela chirriaba.

—Mi yerno, el Embarcado, viene mañana de Cuba. A la noche cenaremos riñones al Jerez en “Los Tres Reyes”.

A nosotras el yerno de Amalia nos parecía un llavero. Quiero decir que a nosotras aquella palabra nos sugería la idea de un llavero removido.

—¿Tu yerno es un hombre?

—Ya lo creo. Un hombre muy hombre.



Las judías verdes caían en el lebrillo que Amalia sostenía entre sus piernas.

—¿Un hombre que puede hablar?

—Mi yerno, Dios me perdone, tiene un pico de oro.

Amalia cortaba los bordes de las judías. Arrancaba sus hilos.

—Estas habichuelas son de buena clase. Si fueran de mala condición tendría que pasar dos horas pelándolas.

—Mi yerno es un hombre de muchos posibles. Que no le queda en el mundo nada por ver. Ha visto hasta los monederos falsos.

Mi yerno entró en aquella casa. Le habían contado que nadie le quería arrendar porque pasaban cosas que no se explicaban. Mi yerno se sentó en la silla. Encendió un cigarro. Hay que decir que mi yerno tiene “posibles” para fumar buenos puros cubanos. Un embarcado será siempre un embarcado y la Trasatlántica será siempre la Trasatlántica, aunque ahora no sea lo que fue en vida del difundo Marqués de Comillas.

Mi yerno se asomó a la ventana. La calle estaba vacía. Cuando se volvió había un hombre en el cuarto, que no supo por dónde había entrado. Se encontró con un hombre sentado en la silla.

—¿Cómo está? —preguntó el otro— ¿Quiere tomar una copa? Dijo así: “¿Quiere tomar una copa?”.

A mi yerno le gusta el vino. Aceptó. El hombre salió del cuarto.

—Voy a buscarla.

—Se adentró por el corredor que llevaba al fondo de la vivienda. Mi yerno sabía que aquel corredor no iba a ninguna parte.

Pero se quedó esperando. A ver qué pasaba.

El hombre nunca volvió.

Mi yerno se fue por el pasillo, buscando. Todos los cuartos estaban vacíos. Mi yerno tentaba las paredes. Apretaba los muros, por descubrir algún resorte. Las paredes no se movían. Cuando se cansó de tentar salió a la calle.

Los vecinos dijeron.

—Esa casa tiene un hechizo. Por eso “la dan” barata.

Y otro que se le quedó mirando fijo, aclaró:

—¿Has oído hablar de los monederos falsos?

La palangana estaba llena de agua. El agua despedía un vapor. Mi madre echó en la palangana una pastilla que se fue deshaciendo, desangrando.

El agua se volvió morada, violeta, morada.

Mi madre cogió su vestido rosa, bordado de cuentas de cristal, y lo sumergió en el agua.

—Tenía un color muy claro para mí —explicó disculpándose—.

Mi madre tenía 24 años, el cabello castaño, los ojos celestes. Era joven, bonita, delicada.

Introdujo el vestido en la palangana y lo tiñó de malvarrosa.

Malvarrosa tampoco lo usó. Decía que no era propio de su edad.

Tenía veinticuatro años.

Amalia dijo al volver del paseo.

—Hay que comprar espinacas para la comida de papá.

Fuimos a los puestos de verduras de la calle del Veedor.

El aire estaba lleno de humo del aceite frito. Amalia entró en el freidor. Compró un cartucho de pescadillas y acedías.

—Ya tenemos cena, Meme, Micaela y yo.

Meme era el nieto de Amalia. El hijo de Micaela.

Seguimos recorriendo las verdulerías. Todas parecían oscuras, desapacibles, con un tufillo agrio.

—¿Hay espinacas? ¿Tienen ustedes espinacas?

—Tenemos espinacas.

Traían unos manojos verdes, con las raíces cubiertas de tierra.

—Estas no son espinacas. Son acelgas. Mi señorito quiere espinacas.

—Con un buen rehogo de aceite y dientes de ajo, quedan como espinacas.

—Mi señorito tiene el paladar muy fino.

—¡Ay! Entonces... está listo tu señorito.

Salíamos. Entrábamos.

—¿Hay espinacas?

—En Cádiz no se conocen. No llegan. Solo se conocen las acelgas. Son como las espinacas.

Caía la tarde.

Entrábamos. Salíamos. El papelón del pescado se enfriaba. A pesar del frío, seguía despidiendo un olor apetitoso.

—Meme se come las acedías. Micaela y yo las pescadillas.

—Meme no es nombre de persona.

Amalia reía. Enseñaba su diente amarillo.

—¡Claro que no es nombre de persona! Meme se llama Guillermo.

Entrábamos en las verdulerías. Salíamos.

Las mujeres recogían las cestas. Los gatos cerraban los ojos.

Aumentaba el olor corrompido.

—No hay espinacas. No se canse. A Cádiz solo llegan las acelgas.

Entrábamos. Salíamos.

La fuente aparecía en la mesa con su rehogo de aceite y dientes de ajos.

Mi madre miraba a mi padre. Mi madre y María Luisa tenían la misma mirada dulce, idéntico colorido.

—¿Quién ha dicho que estas yerbas son espinacas?

Rechazaba el plato.

—He dicho una y mil veces que quiero comer espinacas. He dicho una y mil veces que quiero comer espinacas. ¡Espinacas!

Mi hermana María Luisa era dulce y buena, como mi madre.

Ahora está en el osario del Cementerio de Sevilla.

Su primera tumba estuvo en el suelo. En la tierra.

Mi madre dijo:

—¡Dios mío! Si pudiera verla... Si pudiera abrir y ver lo que hay. Si pudiera verla otra vez.

Mi madre tenía los ojos llenos de lágrimas.

Años más tarde la sacaron de la tierra y la llevaron al osario. Ya no quedaba nada de ella. Nunca me atreví a imaginar qué era lo que quedaba de ella.

Mi hermana María Luisa estaba en el campo con los pulmones dañados.

María y María Luisa nunca se conocieron. Resulta extraño que dos hermanas no se conozcan y que una pueda ignorar la existencia de la otra. Sin embargo, Marita nació cuando María Luisa había muerto. Cuando estaba ya en el osario del Cementerio de Sevilla.

De mis hermanos soy la única que recuerda bien a María Luisa. Que la recuerdo muy bien. Tan buena, tan dulce, tan parecida a nuestra madre.

—Mi padre decía.

—Algún día me iré de este poblacho. Me marcharé lejos.

Cuando mi padre hablaba de aquella forma la garganta de mi madre temblaba. Temblaban también sus manos y hasta las venas azules que se transparentaban bajo la piel. Era un temblor de muerte y se comprendía que no pudiese tragar la comida que, por esa razón, quedaba intacta en el plato.

—Mi padre hablaba muchos idiomas. Cuatro, por lo menos.

Había estudiado en París, en la Sorbona, con el matrimonio Curie. María Curie le felicitó un día por su trabajo y le ofreció un puesto en el laboratorio. Mi padre se decidió por la electricidad.

Su elección le amargó la existencia. Se vio forzado a vivir en una ciudad de provincia, donde la gente no se ocupaba de la química y le gustaba, por el contrario, el cante y el baile. Y luego tenía a mi madre que disfrutaba de la Velada de los Ángeles y se conformaba con las cosas sencillas y admiraba las comedias de los Álvarez Quintero.

—Mi padre había visto mundo. Había estado en América. Había viajado por Europa. La vida, en Cádiz, le parecía paralizada. Y por si esto fuera poco, estábamos nosotras, unas niñas debiluchas que carecíamos de músculos. Ni siquiera había un varón. Nada le retenía.

—Me iré lejos. A Rusia. O al Canadá. Allí necesitan ingenieros.

La garganta de mi madre se crispaba con un glú-glú sordo. Como un corazón herido.

—Mi padre leía revistas extranjeras. Conocía los inventos que se inventaban. Tenía algo de biólogo. De médico naturista.

Nos miraba el blanco de los ojos para saber si estábamos anémicas y nos hacía contraer los brazos para que nos saliesen bola.

—Estas niñas tienen los bracitos de alambres —se lamentaba—.

En una revista neoyorkina descubrió el anuncio de la “sopa de Hércules”. Se la enviaron en un barco de carga. Llegó dentro de un envase de cartón. En la etiqueta figuraba un hombre con taparrabos. Un atleta de músculos tensos y pecho abombado. Lo que se llamaba un hombre moderno.

—¿Han tomado las niñas la “sopa de Hércules”? — preguntaba— no bien volvía de la oficina.

La sopa era repugnante. Un brebaje de yerbas desconocidas. La “sopa de Hércules” no se podía tragar, y si se tragaba, no se digería.

María Luisa se la tragaba sin rechistar. Enseguida corría a vomitarla.

Elena y yo la vomitábamos al instante. Mi madre nos sujetaba la frente para impedir que nuestras venas estallasen. Cuando se calmaban los estómagos nos daban croquetas calentitas.

—Que no lo sepa papá. Tiene tanta ilusión con la “sopa de Hércules”.

—Eso de la “sopa de Hércules” debe ser como el “paliano” —murmuraba Amalia—. El “paliano” es una medicina que te mueres con ella o te salvas. Meme, mi nieto, estaba en las puertas de la muerte. El médico de la “Iguala” ya se había despedido.

—No hay nada que hacer.

Una vecina preguntó al médico de la “Iguala”.

—¿Podemos encargar la caja?

Los vecinos querían mucho a mi nieto y habían hecho una “derrama” para costear el entierro. Cogían un pañuelo y llamaban a las puertas de los “partidos”. De “las salas y las alcobas”. Cada uno echaba lo que podía. Alguno se disculpaba:

—Lo siento.

Tenía su explicación. Estaba “parado”.

Para el entierro de Meme todo el mundo quiso dar alguna cosa. Habían pensado que llevase caballos blancos, adornados

con plumas blancas. Era un niño. Todos lo querían. Dijeron que “corrían” con los gastos.

Antes de encargar la caja, pensé que sería mejor darle el “paliano”. Trajeron el frasco de la botica. El mancebo advirtió:

—Esto del “paliano” es más fuerte que una traca. Es una medicina italiana que se muere uno con ella o se salva.

—Es un niño. Está a las puertas de la muerte.

—Si está a las puertas de la muerte, no digo nada. Puede llevársela.

Le di una cucharada de café. Tuve que abrirle la boca porque tenía los dientes encajados. Tomó el “paliano” y volvió los ojos.

La vecina encargada de “dar los pasos” para el entierro corrió a la funeraria. Sin mantón ni nada en la cabeza. De nerviosa que iba.

Meme revivió. Pidió “hacer de cuerpo”. Hizo de cuerpo cuanto pudo. Muchas veces. Cinco escupideras y echó una tela negra que le arrancó el mal.

La “sopa de Hércules” humeaba en la sopera. Mi madre nos animaba. Mi padre decía:

—Esta sopa os pondrá fuertes. Os quitará esos bracitos de alambres que tenéis.

Nos miraba el blanco de los ojos para ver si teníamos anemia.

Los purgantes eran otro suplicio. Traían agua de Carabaña o aceite de ricino. A elegir.

Yo elegía el agua de Carabaña. Había aprendido a beber el vaso sin respirar hasta el último sorbo. Entonces sabía lo que tragaba y me daban unas arcadas tremendas.

—La “sopa de Hércules” os pondrá fuertes. Os quitará esos músculos de gallina que tenéis.

Un día ya no se habló de la “sopa de Hércules”. Sucedió cuando nació “Ioncito”.

En el cuarto de juegos había una jaula con tres pájaros, castigados a vivir fuera de la pajarera porque se habían negado a

cantar. Eran unas jilgueras grises, unas hembras estúpidas, con los pechos de un solo color. Se pasaban la vida desafiando con su presencia a los gatos que se estiraban en su deseo de alcanzarlas.

La mujer de la limpieza vino un día a ver a mi padre.

—Señorito, la canaria que estaba empollando ha muerto.

Mi padre subió a la torre. En el nido descubrió tres canarios recién nacidos y un huevo sin abrir.

—¿Lo tiramos? —preguntó la mujer—.

—No digas tonterías. Este nacerá como nacieron sus hermanos.

Se encerró en su despacho.

—No hagáis ruido. Papá está trabajando.

Al atardecer salió de su encierro.

—Que suba Rakú.

Rakú apareció con su caja de herramientas. Dirigido por mi padre, instaló, en el mejor rincón de la casa, un extraño aparato conectado a la electricidad. Sobre el aparato dispuso un nido y en el nido acostó el huevo huérfano.

Mi madre recibió la consigna de vigilar un termómetro que señalaba la temperatura. Varias veces al día Rakú se acercaba a la casa.

—Pregunta don José que cuánto marca el termómetro.

Temía que los saltos de la tensión eléctrica, tan frecuentes en aquellos tiempos, terminasen por achicharrar a su protegido. Mi madre le tranquilizaba.

—Diga a don José que no se preocupe. El termómetro marca lo que debe marcar.

Para vigilar la evolución del huevo mi padre dejó de ir al Casino. Las criadas bajaban la voz al pasar junto al artefacto y nosotras, las niñas, corríamos de puntillas.

Nació “Ioncito”, un canario calvo, de apariencia desnutrida y cuello balanceante.

Mi padre le puso aquel nombre en recuerdo del ion que le había hecho nacer. Un misterio eléctrico que nunca he comprendido.

Mi madre lo recibió con cariño. Le dio un preparado de pimienta y coñac y lo cobijó en su pecho para que no perdiese calor. A los pocos segundos, el pájaro, sin plumas, se movía por toda la casa.

Ioncito no pisó la pajarera. Le habían cortado las alas y su vuelo, rasante, se desenvolvía muy cerca de nuestras narices.

Ioncito compartía nuestra vida. Bajaba al jardín. Revoloteaba entre nuestros juguetes. Comía, cuando nosotras lo hacíamos. Era el ojo derecho de papá. Su hijo varón.

Creció hermoso, bien nutrido y mi padre lo arrullaba entre besos.

—Corazón de mi vida. Corazoncito de papá.

A mi madre se le saltaban las lágrimas.

Ioncito sufrió un accidente. Amaneció un día con la pata derecha quebrada.

—Esto sucede por no tener cuidado con “el niño”.

—Reprochó mi padre.

Consultó sus textos de biología, sus volúmenes de medicina, sus libros de química. Finalmente, celebró consulta con el doctor don Ramón Juliá.

El médico fue terminante.

—En su lugar, lo remataría.

Los ojos de papá relampaguearon. Al quedarse solo gritó.

—Ese don Ramón es un bestia. ¡Pretender que remate a Ioncito!

Pasó muchas horas cavilando. Mi madre le miraba conmovida.

—Si esto hace con un pájaro, ¿qué no hará con sus hijos?

Ioncito no cesaba de piar. Mi padre tomó una decisión.

Operaría a Ioncito, le amputaría la pata quebrada.

La intervención se desarrolló de acuerdo con las reglas de la más pura asepsia. En un puchero se esterilizó un gran cuchillo de cocina que hirvió durante cuarenta minutos.

—A esta temperatura se achicharran todos los microbios.

Después extrajo del agua un cuchillo con ayuda de unas pinzas, las manos embutidas en guantes de goma, mientras mamá, que actuaba de enfermera, cubría su rostro con un pañuelo impecable.

En el centro de la mesa, sobre una servilleta, yacía el canario narcotizado con cloruro de etilo. Una bombilla de gran potencia iluminaba el campo operatorio.

La intervención resultó ser un éxito. Ioncito recobró el sentido y todo pareció terminado. Sin embargo, la convalecencia



resultó penosa. El muñón no cicatrizaba y era difícil conseguir que el pájaro permaneciera inmóvil. Cada vez que detenía su vuelo el muñón recibía un golpe inevitable. Sangraba. La herida no cesaba de sangrar.

—Debiste escuchar a don Ramón. El pobre habría dejado de sufrir.

—Rematar a Ioncito. Alma de asesina. Eso es lo que tienes. Decidió ponerle una pata de palo.

Para conseguirlo, pesó a Ioncito en una balanza de platero y dedujo del peso total el peso de una sola pata. Con estos datos calculó la resistencia que debía tener el pilón para soportar el cuerpo.

Todos los palillos de dientes de los ultramarinos de la calle San José fueron examinados hasta encontrar uno capaz de sustituir el miembro amputado.

No resultaba grato el espectáculo de Ioncito, en su vuelo rasante, el palillo de dientes colgado de muñón.

Pudo sobrevivir una corta temporada.

Cuando murió mi padre sintió una pena profunda. Todos sentimos su muerte, pero mi padre llegó a extremos delirantes. Se negó a salir y los amigos del Casino le mandaban telegramas de pésame. Para burlarse.

Al final de su vida se aficionó a las tortugas.

Era dueño de tres enanas que se paseaban al sol. Las criadas les tejían bufandas de colores para evitar que se enfriasen, como si sus caparazones no pudieran preservarlas de los rigores del invierno.

Si mi padre salía de viaje, telegrafiaba a su casa.

—“Díganme, cómo siguen ‘las niñas’”.

Marita había muerto. Llamándole.

Su telegrama recibía respuesta inmediata.

—“‘Las niñas’, bien. Estrenaron jerséis amarillos”.

## CAPÍTULO II

De la Huerta de las Hermanitas llegaba el crujido de la noria y de lo más hondo de la calle los golpes de las pelotas que saltaban en las pistas del Club de Tenis.

La luz era limpia. El cielo celeste.

Las mañanas resultaban deliciosas. Mi padre se había marchado a su trabajo y mi madre, con aquel carácter suyo que le permitía disfrutar de cualquier momento, nos hacía peinados nuevos, nos enseñaba las primeras letras, o sacaba de una caja de madera, que olía a rosas, todos sus tesoros. Collares, abanicos, encajes, mantillas, peinetas, fotografías, sellos, lentejuelas.

—Este es el abuelito Juan. Mi hermana Gracia, la que murió de amor. Tío Alfredo, el que se ahogó en Cavite. Mamá en Manila con traje de tagala. Convaleciente de la fiebre amarilla.

De pronto, un júbilo de cascabeles estallaba en la calle.

Las criadas gritaban.

—¡Un bautizo de rumbo, señora! Un bautizo de gente “tropa”.

Y allí mismo, casi en la puerta de la iglesia, las mejores palmas “cruzadas” de Cádiz comenzaban a “jalear”.

Terminada la ceremonia, la fila de coches de caballos se ponía en movimiento. Iba primero el recién nacido en un landó de llantas de goma, seguido de los invitados, en “familiares” con ruedas de hierro.

—Los padrinos convidarán en una venta de Puerta Tierra, y hasta que caiga la noche se cantará y se bailará.

El eco de los cascabeles llenaba la calle hasta que el cortejo desaparecía. Luego, volvía el silencio.

Las ventanas de la “casa de al lado” se cerraban con pereza. Los ancianos de las Hermanitas volvían con sus hamacas, o azadones, los palúdicos del Hospital, a sus camillas.

Entre las matas del suspiro nacía un murmullo.

—¿Qué pasa?

—Es Rakú que está bailando el tango gaditano.

—¡Dios mío! Que cierren los balcones. Que las niñas no vean bailar a Rakú.

Rakú era de mediana estatura, rubio y extraordinariamente simpático. Se llamaba Jesús Sáez, pero en aquella época nunca supimos su verdadero nombre. Todos le conocían por Rakú, apodo que le había quedado después de un suceso que los enterados narraban de esta manera.

—Vino a Cádiz un indio de la India. Un luchador que desafió a los gaditanos. Se llamaba Rakú.

Este de la fábrica subió al ring y el indio le dio más golpes que a una estera. ¡Vamos! ¡Que lo “esmolonó”!

Desde aquel día, le quedó el nombrecito. ¡Ya se sabe! ¡La guasa! Entraba en la taberna o en una reunión y todos decían: “Aquí viene Rakú”. Ya se sabe lo que se quiere decir cuando se dice “ciega está la niña” o “descalza viene la criatura”. Ojos grandes y zapatos nuevos.

Cuando Rakú bailaba el tango gaditano se recogía la chaqueta hasta la mitad de la cintura, sacaba el trasero, y se movía con gestos lúbricos, propios del baile popular. No contento, se acompañaba de una cancioncilla que comenzaba de esta manera.

Ponme la mano aquí,  
Catalina mía, Catalina mía...

¡Que cierren las ventanas! Que está bailando Rakú.

Los otros empleados aprovechaban la ausencia de mi padre para jalear. Jaleaban todos. Sin excepciones. Hasta el mismo encargado.

—¡Arsa y toma! ¡Arsa y dale!

...Catalina mía. Catalina mía...

Mi madre hubiera podido decírselo a mi padre. Sin embargo, mi madre pensaba siempre en los hijos de los demás.

—Que cierren los balcones.

...Que la tengo, tengo,  
que la tengo fría.

Rakú tenía otra faceta. Cuando se fundían las luces o no funcionaba un enchufe entraba en el piso muy serio con su traje de algodón bien estirado, acompañado de su caja de herramientas. Maniobraba en los hilos y la luz se hacía.

Parecía un milagro.

—Que le sirvan una copa a Rakú.

—¿De marca, señora?

—De marca.

Traían una botella de Agustín Blázquez y Rakú bebía un vaso que consumía de un solo trago. Alzaba la cabeza y el vino se deslizaba por su garganta. Una garganta tostada de piel clara.

La nuez de la garganta se movía.

Había otro Rakú. El que cortaba flores en el jardín y nos mostraba el fondo de la alberca.

—Rakú, córtame suspiros.

—Rakú, súbeme al pilón, que quiero ver los peces.

Por las tardes salíamos hacia el parque Genovés.

Rakú esperaba junto a la verja con su caja de madera.

—Adiós, Rakú.

—Adiós, Rakú.

—Adiós, Rakú.

—Adiós, María Luisa.

—Adiós, Merceditas.

—Adiós, Elenita.

Rakú murió. Durante la Guerra Civil.

—¿Y no se puede hacer nada por él? ¿No podemos salvarlo?

—Nada, niña. Ya está muerto. Fusilado.

—Pero no podemos...

—Nada, niña. Ya está enterrado.

¡Pobrecito, Rakú! Con su traje de faena, su buen humor, su valor indudable, y aquel tanguillo de letra imposible.

Ponme la mano aquí,  
Catalina mía, Catalina mía...

Mi madre tenía la alegría de vivir y mi padre la tristeza de vivir. Por ello, mi madre fue capaz de experimentar felicidad en

medio de sus amarguras, mientras mi padre no conoció aquel sentimiento, a pesar de que lo tuvo todo para ser dichoso.

Mi madre era valiente, de un valor moral admirable. Afrontó la pobreza y las tribulaciones y superó las peores circunstancias sin perder el buen humor. Así se mantuvo a lo largo de toda su vida. En la adversidad, durante la revolución, en su agonía y en su muerte. Nunca le conocí un gesto agrio y siempre tuvo, a punto, una sonrisa.

Carecía de ambiciones materiales.

—Hay tanta felicidad, en un vaso de agua —solía decir—.

En el verano, cuando todavía lucía el sol, se cerraban las ventanas de nuestra casa. Un murmullo alegre subía de la calle.

—¿Qué es eso, mamá?

—Son las gentes que van a la Velada de los Ángeles.

A mi madre le gustaba la Velada. Pero nunca fue a ella. Se desarrollaba en el vecino parque Genovés. Por esta circunstancia oíamos la música de los “tíos vivos”, los cascabeles de los muñecos que recibían las perdigonadas del “tiro al blanco”.

La luz del faro recorría las fachadas. Los árboles, la alberca. El suspiro abría sus flores.

El grifo del pilón goteaba.

Esta niña chiquita  
no tiene cuna.  
Su padre es carpintero  
le va a hacer una...

La “nana” no traía sueño. Traía congoja.

### CAPÍTULO III

El tranvía arrancaba. Nosotras cogíamos sitio en la jardinera, un armazón de hierro cubierto de bancos horizontales.

Nos sentábamos en ellos. Éramos muy delgaditas.

—¡“Dejar” sitio para cuatro personas! —recomendaba Amalia— Llevamos medios billetes.

Había letreros de porcelana blanca escritos en caracteres negros: “Se prohíbe escupir”; “Se prohíbe hablar con el conductor”; “Lleve cada viajero su billete”; “Nueve asientos”.

Circulaba una brisa fresca de día recién estrenado.

Arrancaba el tranvía. Se alejaba el pasaje de la Alameda, los rayos de sol iluminaban sus árboles.

El movimiento del tranvía nos separaba y ocupábamos los asientos prohibidos.

Saltaba el tranvía. Chirriaba el tranvía al entrar en las curvas. Aparecía el cobrador. Nos apretábamos entre sí.

—Las niñas llevan medios billetes.

El cobrador era hombre importante. De su cuello pendía una caja llena de billetes de colores. Según los trayectos.

—A San José.

—Al Balneario.

—A San Severiano.

—A la Plaza de Toros.

—¿Ha dicho medios billetes?

Mi madre tragaba saliva.

—La mayor no ha cumplido seis años.

El hombre nos miraba con severidad. Nos apretábamos. Éramos muy delgaditas.

María Luisa había cumplido seis años y a lo mejor se notaba.

—Por esta vez, pase. Pero me parece que la niña ha cumplido ya seis años.

Acercaba el dedo a la boca y untaba saliva. Con el dedo bien untado, arrancaba los billetes.

—Que dejen cuatro sitios libres para que puedan ocupar cuatro viajeros. ¡De los que pagan!

Desaparecía. Mi madre nos miraba con una sonrisa cómplice.

Iniciado el siglo, el nuevo transporte entusiasmó a la ciudad, y las chirigotas carnavalescas no dejaron de señalarlo.

Se ha vuelto Cádiz loco con los tranvías.  
¡Vaya negocio bonito que ha hecho la Compañía!  
Y hay gaditano y hay gaditana que sueña con el trole y la campana.  
Y otros que no tienen ni pa' café,  
que se pasan la vida en San José.

Saltaba el tranvía. En sus “paradas” los coches de caballo estaban sin alquilar.

La cuesta de Plocia mostraba los muelles cuajados de mástiles. Las cigarreras de la fábrica de tabacos no saldrían hasta el anochecer. Entonces llenarían la cuesta con sus figuras airosas, envueltas en los mejores mantones negros de la ciudad.

—Ellas “lo ganan” muy bien —explicaba Amalia—, se sientan en una silla, se ponen a liar tabaco y la que tiene los dedos ligeros saca un dineral. Pero no tenga usted por vecina a una cigarrera, ¡Virgen del Carmen!, ¡qué genio el de esas mujeres! A los hijos se los dejan a “la vera”, en unas cunas, mientras trabajan. Entre cigarro y cigarro le dan el pecho. Lo malo de las cigarreras es que acaban “enviciándose” con el tabaco.

Saltaba el tranvía.

Con los saltos y le lejanía del cobrador nos corríamos por los asientos, como si tuviésemos billetes de verdad, en lugar de medios billetes.

### “BEBA COÑAC PEDRO DOMEQ”

Un león y una botella derramada al alcance de las fauces.  
Las murallas de Puerta Tierra nos cubrían con sus sombras.  
El resplandor del sol se apagaba. Las piedras aparecían corroídas por el salitre. Los carabineros abandonaban sus garitas para buscar el contrabando. Reteníamos el aliento.

Era un momento emocionante.

Pasadas las murallas, circulaba un aire ligero, salado. El mar se veía a un lado y a otro la carretera. A la derecha y a la izquierda.

En San José esperaba un coche de caballos. Con su carga.

Si era blanco sabíamos que había muerto una muchacha. Si era celeste, un recién nacido. Los negros traían a las personas mayores. La calle se llamaba de San Miguel Arcángel.

—Ese pobrecito ya tiene poco que hacer —murmuraba Amalia—.

Mi madre se santiguaba. Rezábamos un padrenuestro.

¡Siempre la tristeza de San José! Siempre aquella tristeza de tener que pasar por delante de la calle San Miguel Arcángel, con su fondo en sombras y las puertas del Cementerio rojas con cruces oscuras.

Hubiéramos querido olvidar la existencia del camposanto. Pero estaba allí y no era posible utilizar otro camino. El único que había. Con el mar a un lado y a otro, a la derecha y a la izquierda. Y aunque desviásemos la cabeza, el cementerio seguía aguardando.

—Lo peor es la fosa —aseguraba nuestra niñera— Un nicho es algo diferente. Se está como abrigadito. Y no digamos un panteón.

Si mi padre, el pobrecito, hubiera querido, otro gallo me cantara. Pero no quiso. Y eso que fue jefe de consumos en la Línea de la Concepción. Un jefe de consumos que si hubiese querido... ¡No digo nicho! Panteón tendría si hubiese querido. Pero no quiso.

Cosas del buen nombre. Yo, iré a la fosa.

La playa aparecía intacta.

—Deme una caseta para tres.

—No puedo. Hay que tomar casetas individuales.

—Son niñas. No han cumplido los seis años.

La caseta era pequeña, con espejo diminuto y azogue confuso.

Nos desnudábamos. Quedábamos en cueritos. Amalia nos vestía bañadores azules, ribeteados de trencillas blancas.

Salíamos de la caseta.



Siempre hallábamos una playa diferente, según hubiese subido o bajado la marea. Y silencio.

El bañero preguntaba.

—¿Le mojo la cabeza?

—La cabeza no.

—Sí, bañero. Mójele la cabeza y dele una buena zambullida. Pero solo una.

Respiraba hondo. El hombre cogía mi cabeza y la hundía en el mar.

El mar se cerraba sobre mis ojos y el miedo que me producía la zambullida era tan grande que equivocaba el ritmo de la respiración y, cuando tenía la cabeza dentro del agua, en lugar de soltar el aire abría la boca y tragaba un buche amargo. Ya estaba fuera. Tosía. Respiraba.

La playa aparecía cuajada de garitas. A veces mi madre alquilaba una garita. Otras solo alquilaba la silla. Toldo no alquilaba nuca, y los finales de mes se quedaba al borde de la playa, de pie, con los albornoces colgados del brazo. Tenía veinticinco años.

Las garitas eran asientos especiales de mimbres, con aberturas a derecha y a izquierda para poder mirar. Estaban copiadas de las garitas cuarteles, en mimbres y con un asiento.

Mi madre se sentó en una garita y quedó escondida. Yo, no la veía.

—¡Mamá!

Soplaba el levante. Azotaba con furia la playa. El paisaje se volvió confuso. Las arenas se arremolinaban y las garitas rodaban, derribadas por el viento.

—¡Mamá!

Una garita cayó sobre mí. Quedé atrapada bajo su concha, sin que nadie adivinase dónde me encontraba.

—¡Mamá!

El viento se llevaba mis gritos.

—¡Dios mío! Si llega a subir la marea... Con esta niña debajo de la garita. Sin nadie que pudiese verla.

## CAPÍTULO IV

Sobre nuestra infancia gravitaba el esplendor de una grandeza desaparecida. La encarnaba el “abuelito Juan” que había hecho su fortuna en América. El mismo que, más tarde, se instalaría en Cádiz por influencias de su mujer, una señora andaluza, a quien su marido adoraba.

Mi madre vivió en casa del abuelo y creció en su compañía hasta que el anciano murió. De sus cocineros franceses alcanzó a conocer el más joven, Gerardo, que tuvo confitería propia en la calle San Francisco.

Mi madre supo del sabor de las buenas salsas, de los “soufflés” curruscantes, de los matices de las mantequillas y las asperezas de los aceites. Sin embargo, se conformaba con lo que tenía, sin aludir, jamás, a los refinamientos que había disfrutado.

Mi abuela y sus hermanas se vestían en París, en Worth, hablaban inglés y montaban a caballo por el Parque gaditano con la gracia de las buenas Amazonas.

Fueron muy bonitas, de belleza clásica, y tan parecidas que su semejanza se conservó, inalterable, hasta el final de sus días.

Las tres mayores se casaron al gusto de la madre. La primera con un aristócrata de La Montaña. Las siguientes con dos hermanos valencianos que llegaron lejos en la carrera diplomática.

La certeza de que ningún yerno continuaría la empresa americana entristecía al abuelo, inquieto por el destino de su magnífica hacienda de “Paysandú”, atravesada por cuatro ríos, bautizados con los nombres de sus hijas. El de su estatua del pueblo de Colón, próximo a Montevideo, erigida por recordar la primera llegada de los vinos de Jerez al antiguo virreinato de la Plata.

Semejantes razones le llevaron a proyectar la boda de su hija pequeña –mi abuela– con un banquero que había iniciado sus actividades en el comercio de telas, circunstancia que erizaba la sensibilidad de su mujer, la cual aseguró que, “mientras ella alentase, no entraría una vara de medir en la familia”.

Sabiéndose muy enferma, aprovechó el viaje de su marido al Nuevo Continente y casó a la niña con un ingeniero naval adscrito a la Marina de Guerra. Guapo, bien educado y sin fortuna. Mi abuelo.

El matrimonio frustró las esperanzas del luchador que se resignó a liquidar los negocios y a colocar el dinero en cortijos del término de Jerez. Uno de ellos, “Monteagudo”, sigue siendo de los importantes de la provincia.

En la Feria del frío se recordaba la muerte del torero Granero. El “Charlatán” apostado ante la barraca atraía con sus gritos a la muchedumbre.

—¡Pasen, señoras y caballeros! Niños y militares. Entren a contemplar la espantosa cogida del diestro Manuel Granero, empitonado en la plaza de Madrid por un toro de Veragua llamado “Pocapena”.

En la barraca reinaba un clima de velatorio. El público miraba sobrecogido, las fotografías de la tragedia, hasta detenerse en el cadáver del matador reproducido en cera, a tamaño natural, tendido sobre la mesa. Lo que se dice “de cuerpo presente”.

Vestido de cintura para abajo, con el pantalón del traje de luces, aparecía con el pecho desnudo, el rostro destrozado por el terrible derrote que le arrancó un ojo.

Paz Moguer, niñera de Margarita, sollozaba, sin consuelo.

—¡Dios mío! Y qué pena la de aquella madre. El señor no permitía, ni lo permitía, tampoco, su padre putativo el Patriarca San José, que se tenga que pasar por semejante trance.

El público asentía, mientras el poniente se colaba por las rendijas de la barraca.

La luz era cruda. Calculaba para conseguir que ningún detalle de aquel horror se perdiese. La gente abandonaba el lugar con el corazón encogido.

Paz, hinchaba su pecho, estrangulaba un suspiro y cruzaba por delante del charlatán con gesto de circunstancia. Como dándole el pésame.

La pelota al saltar en la pista dejaba un sonido especial, un golpe seco. Dos figuras vestidas de blanco se movían de un lado a otro de la red.

—Es el cónsul de Inglaterra. Con un amigo.

Pasaban los entierros. De recogida. Cuando ya no llevaban el muerto porque lo habían dejado en San José.

La cochera de las Pompas Fúnebres lindaba con la Caseta del Salvamento de los Náufragos y el escudo del pintor Abárzuza.

—Lo que toca hoy, esto ha terminado.

—¿Morirá un niño chico?

—Eso solo lo sabe Dios.

Estaba delante del fotógrafo con un libro de misa entre los dedos, un reclinatorio bajo las rodillas y un aparato especial sujetando la cabeza.

—¡A ver! Quieta un momento. Sonríe.

Junto a Reymundo, mi tía me miraba, anhelante, aguardando la sonrisa.

Yo no podía sonreír. Sentía la corona resbalar por el cabello, los bucles deshechos.

Mi tía no había sabido formar tirabuzones y de nada había servido el martirio de los bigudíes durante toda la noche.

La corona se deslizaba, tiraba el velo. Lo torcía.

Una corona de azahar artificial. De novia de pueblo. Habíamos olvidado la de siete rosas que llevé el día de la primera comunión.

Pero mi tía, sin inmutarse, arregló, a su manera, el asunto.

—No importa. En la fotografía no se nota.

Se notaba.

Lo supe cuando me vi reflejada en el espejo. Habíamos ido a casa de Reymundo con el traje blanco guardado en una caja. El rosario, los guantes, el libro de misa. Llevaba los bigudíes cogidos para que el pelo estuviese rizado. Mi madre los había enrollado la noche anterior, con agua de colonia.

Cuando mi tía me quitó los bigudíes no supo formarme los tirabuzones.

—Es igual. Te cardaré el pelo. Resultaba más moderno.

Me cardó.

Una cascada terrible. Tomó el velo y lo prendió en la cabeza con ayuda de alfileres de perlitas. Fue, entonces, cuando descubrimos que habíamos olvidado la corona de las rosas, réplica de la Santa Teresita.

El traje era muy bonito. De “nipi” blanco con muceta de nidos de abejas. Lo había estrenado María Luisa y me quedaba muy bien.

Con el azahar estaba ridícula.

—Voy a sacarte una “punta”.

Reymundo apremiaba.

—Sonríe un poco, ¡por favor! Sonríe un poquito.

Yo no podía sonreír. Estaba furiosa. Furiosa. Lo que se dice FURIOSA.

## CAPÍTULO V

Las casas de Cádiz tenían un piso bajo, entresuelo, principal, primero y segundo. Además de la torre.

El patio, protegido por la montera de cristales, ocultaba el aljibe. En tiempos de las colonias, las habitaciones de las plantas bajas se utilizaban para almacenar mercancías.

Los entresuelos, húmedos, con hedor agrídulce, mostraban las pinturas deshechas.

Los pisos principales nobles, espaciosos, con solerías de mármoles italianos, herrajes barrocos y puertas de caoba, cobijaban los salones, el comedor y el antecomedor, con su torno para transportar los alimentos desde lo más alto del edificio.

Los dormitorios se disponían en los pisos primeros y en los segundos las cocinas, el planchero, la lencería, los lavaderos y las habitaciones del servicio.

Quedaba la torre, semejante a una garganta dominando la ciudad.

Desde las torres se divisaban las bóvedas amarillas de la catedral, las playas rubias, el horizonte lleno de barcos, las salinas con sus espejos de colores centelleantes.

Cuando Cádiz era Cádiz, las torres servían para dialogar con los navíos que regresaban de Ultramar.

—Los armadores descubrían con sus catalejos los vapores de sus navieras, y con banderas anunciaban el momento de la llegada.

—No bien aparecían las velas, o el humo de la chimenea, se preparaba la descarga. Las primeras mercancías alcanzaban precios fabulosos.

—Las últimas hallaban el mercado saturado y su valor por los suelos.

—Atracaban barcos de Brasil, de Cuba, de Puerto Rico, de Manila, de Hong Kong.

—Traían té, canela, azúcar, café, sedas, mantones, chinerías, habanos.

—Troncos de caobas, servían de lastre a las embarcaciones.

Cuando nació, aquel mundo fabuloso había desaparecido. Solo quedaba su recuerdo en los rótulos de algunos ultramarinos.

### “Hay té de Ceylán”

Las fachadas de las casas seguían pintadas de blanco, de rosa, de “tierra de Sevilla”, de celeste. La ciudad mostraba una fisonomía amable, acariciada por la brisa que circulaba, sin descanso, por plazas y bocacalles.

Las familias pudientes habitan los cinco pisos. Las menos afortunadas se reservaban el principal y arrendaban los restantes.

En los entresuelos limitaban sus aspiraciones.

—Más de cinco duros no podemos pedir. Se trata de un entresuelo.

El entresuelo más entresuelo que recuerdo era el de Mariquita Cádiz, “modista de sombreros”.

Mariquita no se llamaba así por mote, sino por curioso azar. Copiaba, sin saberse cuál era uno y cuál era otro, todos los modelos del sprit.

Cuando llegábamos a su casapuerta, tirábamos del cordel de la campanilla y desde el entresuelo una voz arrebatada inquiría.

—¿Quién es?

—Gente de paz —replicaba Amalia, que conocía las fórmulas cabalísticas.

Aunque bien pensado, resultaba absurdo suponer que una vieja y tres niñas llevasen consigo la guerra.

La sala de pruebas de Mariquita estaba impregnada del perfume de la alhucema.

Del techo pendía una sombrilla japonesa, abierta en su total dimensión, adornada con ampollas de las primeras inyecciones. Un lujo exótico que esclarecía la penumbra del cuarto.

Había también pay-pay cruzados en las paredes y un mantón de Manila con figuras orientales extendido sobre el piano. Un “chinero” de laca negra, guardaba su juguetería asiática.

Amalia suspiraba —nosotras lo sabíamos— por una sala como aquella.

—Mariquita puede —confesaba resignada—, tiene un hermano “marconi” de la Transatlántica.

Mariquita nunca usaba sombrero.

Las clases sociales estaban definidas por el atuendo exterior y ciertas costumbres. Las señoras de la sociedad llevaban sombreros. La clase media pequeñas mantillas de blondas, alzadas sobre peinetas, las mujeres del pueblo pañolones negros. De “espumilla” en verano, de felpa en invierno.

Quedaba otra categoría especial, la de las “vuelas”. Mantos largos de gasa negra tendidos de la cabeza al filo del vestido, privilegio de las viudas de los funcionarios públicos y de sus huérfanas.

Amalia tenía derecho a “vuela”. Su padre había sido jefe de consumos de la Línea de la Concepción. ¡Aquel jefe de consumos que si hubiese querido...!

Cuando alguna familia intentaba cruzar las barreras sociales se tenían muy en cuenta sus orígenes.

—¿Esos, en el Casino Gaditano? Ni pensarlo. Les echarían bola negra. Su madre fue de pañolón.

O un matiz todavía más siniestro.

—Su abuela era de palmas.

Esto de ser de “palmas” significaba que si la familia había celebrado algún acontecimiento —boda o bautizo—, en vez de comportarse con sosiego, se había revuelto su sangre y había habido cante y baile. Y por supuesto, golpes de palmas.

Al salón de té de la Confitería de Viena asistían muchas muchachas de la buena sociedad acompañadas de sus madres. Y a falta de ellas, de sus “doñas”. Se tomaban helados de vainillas servidos en copas muy altas de sabor delicioso. Anterior a las dos guerras. Todo resultaba delicado, el murmullo de las conversaciones, la tonalidad de las paredes, el “punto” de los barquillos, las servilletas y manteles. Las señoras se saludaban con un saludo ceremonioso, jugado en tres tiempos, puesto de moda por la familia Eche copar. Un saludo de difícil manejo en el que solo intervenían la cabeza y la garganta. Se inclinaba la frente y se sonreía un poco, justo lo suficiente para que la sonrisa durase hasta el fin de la inclinación.

Este saludo solo se intercambiaba entre personas que fuesen “visita”.

Ser visita de una casa quería decir que una tarde cualquiera se llegaba al portal, a pie o en coche, y se entregaba una tarjeta al



servidor que abría. El criado o la criada regresaba poco después para anunciar que la señora estaba en casa y que recibía.

Las “doñas” eran señoritas de buenas familias “venidas a menos”. Las había de velo y de sombrero y, según el uso de tales accesorios, así se pagaba. La “doña” de mis tías, se llamaba Manolina. Sin tarifa fija, pues unas temporadas era de “velo” y otras de sombrero.

El ser “visita” de una casa importante no resultaba fácil. Había familias que se pasaban la vida intentándolo y otras que lo conseguían al primer momento.

—El duque de Almodóvar se casó dos veces. La última con una cordobesa muy graciosa. Pura, de nombre.

—Los Moreno de Mora no tuvieron hijos. Vivieron siempre en Cádiz y en París. Micaela era una belleza, tal como está en el retrato de Fernández Cruzado expuesto en el Museo.

—La Beneficencia de Cádiz la hicieron los Mora. El Hospital de su nombre. El Colegio de San José. Y tantas cosas.

—Las Patero eran muy bonitas. María Eugenia dejó al morir doce hijos. Era una Ehecopar. Por su madre.

—Los Martínez de Pinillo vinieron de La Rioja. Son los dueños de la Naviera y siempre están metidas en las Esclavas.

—Cuando “Monina” aparecía en el palco del Gran Teatro, todos los gemelos se clavaban en ella. Era una preciosidad. Con la cara llena de lunares.

—Las Agacinos fueron cuatro hermanas: Sara, Ruth, Ester y Rebeca. Las llamaban “las señoritas del Antiguo Testamento”.

—Don Ramón Carranza era gallego. Un marino de guerra casado con la sobrina predilecta de los Mora.

—Los Fernández de Castro llegaron de Comillas. Propietarios de barcos. Muy religiosos.

—Mercedes Santaolalla nació en Madrid. “Figuró” después de Carmen Vea Murguía. Carmen y Mercedes fueron muy guapas, con mucho sentido para la organización. Sus fiestas todavía se recuerdan.

—Cuando los Astilleros Vea Murguía “se vinieron abajo”, los compró Horacio Echevarría. Un bilbaíno. Carmen Vea Murguía levantó su casa y su refugio en Puerto Real, como han hecho siempre los señores de la provincia, venidos a menos.

Antes de marcharse, mandó recado a Mercedes.

—“Te dejo mi sitio”.

Todos sabíamos que, si no se hubiese arruinado, nunca se lo hubiese dejado.

El marido de Mercedes fue dueño de la Banca Aramburu. Sus bailes resultaban muy divertidos. Yo me puse de “largo” en uno.

—Había dos ramas de la familia MacPherson, de un hermano y de otro hermano. Todas las primas vivían juntas. De la rama mayor no queda nadie. Margarita se metió a monja irlandesa. Vive en el convento de Sevilla, hecha una santa.

—La Marquesa de Angulo, guapísima, como todas las Rochas, se casó de segundas, con un muchacho que pedía ser su hijo, cuando la conoció era novio de un Adalid. De la ganadería.

—Las Duarte, las Poggio, las Picardo, eran nuestras amigas y, por encima de todas, Pepita Carpintier.

—Como sucede siempre, las más importantes eran las más sencillas. Por eso resultaba encantadora Micaela Picardo, amable, acogedora, bien educada.

—Los Lasquety, los Jiménez Alfaro, los Bustillos, son familias de marinos, ¡de guerra naturalmente!, como los Nuche, Pastor, Gómez Pablos, Topete, Moreno, Bastarreche, Abárzuza, Cervera, Suances y Fernández de la Puente.

—En Cádiz la gente es fina, de carrera, y aunque no hay grandes fortunas, tampoco somos “piojos resucitados”.

—Al Gran Teatro Falla vinieron las Arderius, unas triples muy guapas y muy decentes. Todas se casaron bien. Cuatro en Sevilla, dos en Jerez y una en El Puerto de Santa María. Las llamaban las Arderius por el nombre del empresario. La viuda del ganadero Concha y Sierra es una Arderius, madre de la Esparterita.

—¿Y Pemán?

—Pemán era un niño. Pero ya prometía.

## CAPÍTULO VI

Entre los trigos crecían las amapolas, los jaramagos, José decía:

—Mariquita, tienes que cortar yerba para los conejos y espantar los gorriones que se comen la cebada.

Mariquita era una niña “recogida”, hija de una hermana de Dolores, la casera del “recreo”. Milagritos era hija de verdad. Milagritos estaba más consentida que su prima. Más mimada.

Por las tardes, la casera colocaba entre sus rodillas la cabeza de Milagritos o de Mariquita y les quitaba las liendres. Era muy limpia, “como los chorros del oro”.

Mariquita tenía trenzas negras, largas y a veces lloraba a escondida. Se notaba que sentía una pena muy grande porque su madre había muerto. Sus hermanos estaban peor. En el hospicio. Hasta nueve.

A Mariquita le gustaba cantar la canción del torero Juan Belmonte. La cantaba siempre que podía.

Dicen que Belmonte es feo,  
pero tiene corazón,  
que a sus hermanos, los más chicos,  
del hospicio los sacó.

La casera era muy hacendosa. Siempre estaba remendando los babis de Mariquita y de Milagritos. Los pantalones de su hijo Manuel.

Tenía mucha gracia para “echar piezas” a las prendas, y el tejido nuevo quedaba incrustado, semejante a sangre fresca.

El cabello de Mariquita era negro. El de Milagritos rubio. De noche, comían acedías envueltas en harina.

La casera se levantaba con el sol y se marchaba al Puerto cruzando el “lejío”, que era, en realidad, El Ejido. Un terreno sin cultivar entre la ciudad y las pequeñas fincas de los alrededores, llamadas “recreos”.

En los recreos soplaba el levante. Cuando don Ramón Juliá nos mandaba a El Puerto de Santa María, nos poníamos muy contentas.

—Mañana nos marchamos al “Wenceslao”. Don Ramón ha dicho que necesitamos aire puro.

Íbamos.

Detrás quedaba la casa con sus golondrinas, su alberca, Rakú y la mata del suspiro.

Amalia cuidaba a mi padre. No podía acompañarnos por culpa de la pierna de Micaela y por culpa de su hijo Jesús, que estaba soltero.

—No puedo dejarlo solo, señora —explicaba—. Ahora, lo gana bien.

Viajes, fotografías y, cuando vuelve de los pueblos, es natural que quiera encontrarse la comida “aviada” y la muda limpia.

Desde que volvió del “moro” se ha puesto a trabajar. Es viajante de fotografías. Ampliaciones y miniaturas. Va por los pueblos visitando las casas de los guardias civiles y las casas de la gente de “posibles”.

Ya se sabe. Siempre hay un muerto.

Jesús se lleva las fotografías y hace unas ampliaciones preciosas. También hace miniaturas que coloca, luego, en un alfiler de corbata o en un anillo de oro bajo.

Mi hijo “le habla” a una muchacha decente que tiene las facciones muy labraditas. Antes le hablaba a una viuda, ¡que vaya usted a saber, señora!, si era viuda o lo que sería aquella mujer.

Jesús vendía por los pueblos miniaturas y ampliaciones de personas muertas que, después de ampliadas, resultaban más muertas todavía.

Amalia se quedaba en Cádiz preparando la muda limpia de Jesús y cuidando de mi padre.

Venía en su lugar Elena Álvarez, pequeña, saltarina.

La queríamos mucho, aunque no supiese contar los cuentos que Amalia contaba.

—Elena es una buena persona. La colocaron en “la Eureka”, la fábrica de chocolate... ¡Fíjese qué colocación! ¡Todo el día sentada! Pero arrugaba papeles de plata y no sabía envolver

las medias libras. Arrugaba los papeles de plata. Los partía sin querer. Para los niños, sirve.

El “recreo del Wenceslao” era un lugar delicioso. Había la noria. Y “Girona”, la vaca. Y “Amapola”, la hija de “Girona”. Y Mariquita. Y Milagritos. Y los caseros. Y Manuel.

Manuel trabajaba en la huerta. Escardaba. Sembraba tomates y coles. Sacaba las patatas de la tierra. Hacia correr el agua por las regueras y arrancaba las malas yerbas. Con el azadón trazaba senderos para el riego.

También preparaba cestos de nísperos y damascos que vendía en el mercado.

—Este bacalao lo he comprado “a dita”. Por eso está rancio —decía su madre—. Ya se sabe, señora, lo que son las cosas, compradas a “dita”. No se puede exigir. ¿Pero qué quiere? Siempre estamos entrampados... ¡Hasta los ojos!

Mi padre instaló la electricidad en el recreo y todos dijeron que, por las noches, parecía un ascua de oro.

Cuando caía la tarde íbamos a casa de los caseros. La mujer remendaba los pantalones de Manuel. Los babis de Mariquita y Milagritos.

Mi madre sentía miedo de la noche en el campo. Del silencio de la noche del campo.

Antes de acostarse miraba debajo de las camas y dentro de los armarios, por si se había escondido un ladrón.

Los perros ladraban.

Los perros, cuando ladran, hacen el campo mayor. Mas solitario y lejano.

Elena Álvarez descubría cosas terribles.

—Señora, hay un cuarto lleno de cabezas cortadas.

—Señora, he visto la cueva de los monederos falsos.

—Señora, Miguel, el electricista, ha querido abusar de mí.

Las cabezas cortadas resultaron perchas de madera empotradas en un hueco abovedado que así, en la oscuridad, podían tomarse por bultos humanos. La supuesta cueva, la bodega de la casa. En cuanto a Miguel, el electricista, no volvió a pisar el recreo.

Nunca supimos lo que había pasado.

—Se sentó frente a mí y entonces fue y dijo: “Ven muchacha. Acércate que quiero enseñarte una cosa que te va a gustar”.

Entonces fui y...

Nunca supimos lo que había pasado. Siempre se interrumpía el relato impidiendo conocer el final.

Miguel no volvió por el recreo.

Dijeron que estaba bebido.

El trigo, cuando crecía, se llenaba de gorriones.

Las amapolas dejaban en las manos su líquido lechoso. Tenían hojas velludas, ligeras, que se pegaban a las narices. Había, también, jaramagos y, sobre todo, gorriones.

—Tienes que salir a espantar a los gorriones. ¿Has oído, Mariquita? Pegaba el sol.

Si Milagritos se quedaba en casa, Mariquita se acordaba de su madre:

—Si mi madre no estuviese muerta... Cuando mi madre vivía, aquello no era trabajar. Jugábamos en la calle y mi madre solía decir: “Ve y dale una vuelta al puchero”. Entonces, iba y sacaba el caldo. Si había manteca colorada, la echaba en la olla. Aquello no era trabajar.

Salíamos con Mariquita. Llevábamos tapas de cacerolas viejas que golpeábamos entre sí.

—¡Oéééééé! ¡Oéééééé!

Hacía mucho calor.

Los gorriones se alzaban en bandos ligeros. Y volvían a caer, un poco más adelante, sobre los trigos.

—¡Oéééé!

A veces, cortábamos higos chumbos de las chumberas que separaban nuestro recreo, del recreo de los Osborne.

También comíamos damascos verdes.

Entre las hojas de las chumberas se divisaban los pavos reales del jardín vecino.

—¡Oéé!

Los gorriones se levantaban, para volver a caer. Era un trabajo inútil.

—Lo bueno sería coger caracoles. Se les deja toda la noche en agua, para que suelten la baba, y después se les hace un guisito con mucho comino y mucho ajonjolí.

Había hileras de hormigas negras que llevaban el trigo a los hormigueros. Y hormigas rubias, más perezosas. Y escarabajos arrastrando grandes bolas.

—Lo malo son los alacranes. Si te pica un alacrán, no lo cuentas.

El Ejido quedaba lejos. Y también quedaba lejos el colegio de los Jesuitas, con sus campos de fútbol y sus muchachos deportistas.

—¡Oééé!

Saltaban los gorriones.

Manuel partía, con la navaja, un pan de “bobo”. Le daba un corte, circular y sacaba toda la miga. En el hueco echaba una cebolla picada, recién cogida de la tierra, tomate, aceite y sal. Tapaba el hueco con la miga y empezaba a comer.

La boca se nos volvía de agua.

Pegaba el sol. Bordoneaban las avispas.

—Milagros Alberti es de aquí, del Puerto. Una familia principal “venida a menos”. Tiene un primo poeta. Rafael se llama.

Quemaba el sol. En El Ejido.

Las noches que no comían acedías, la casera hacía gazpacho, o una piriñaca, con cebollas, tomates y pimientos verdes. Todo picado.

La hermana mayor de Milagritos preparaba su ajuar. Para cuando le saliera novio. Servía en una casa del pueblo y por las noches, venía a dormir con su familia.

La madre colocaba el lebrillo del gazpacho en el centro de la mesa. Cortaba pan y cada uno, se migaba lo que quería.

Masticaba en silencio, y se escuchaba, muy claro, el glúglú del agua pasar por sus gargantas.

—¡Aquí nada de tonterías! Cucharada y paso atrás.

La hija que estaba sirviendo, apenas hablaba. Era una muchacha silenciosa que nunca alzaba la voz. Cuando terminaba de cenar, recogía el lebrillo, las migas, y las cucharas.

Traía agua, estropajo, arena, jabón verde y fregaba, a conciencia, la mesa donde habían cenado. Quedaba limpia, brillante y ya podía colocar, encima, la máquina de coser para rematar los dobladillos de las sábanas.

Mi madre estaba muy delgada. De repente se le contraía las entrañas y se derrumbaba en la cama, el rostro crispado de dolor.

Era un momento terrible.

Nosotras nos echábamos a llorar. Ni siquiera llorábamos del miedo que sentíamos.

Ella se colocaba boca abajo y nosotras ni respirábamos. Enseguida, tomaba unas gotas de láudano y volvía a sonreír. Nosotras sonreíamos con ella, como si de nuestras entrañas hubiesen arrancado el mordisco de un perro.

—“Mi madre, la pobre, murió de un cólico miserere. El médico dijo que no había nada que hacer. Todos mis hermanos fueron al Hospicio. A mí me recogió mi tía”.

Mariquita cortaba yerba para los conejos. Si por las noches no tenía cortada bastante yerba, su tío le regañaba.

—Que no se te olvide otra vez. Te lo tengo dicho y repetido. Hay que tener siempre yerba para los conejos.

Mi madre quería engordar.

Todos los días tomaba leche recién ordeñada con mucha espuma, de Girona o de Amapola. Una leche tibia, suave.

Primero tomaba un vaso. Después, un segundo vaso. Nunca llegaba al tercero. Decía que, si pudiera tomarlo, engordaría.

Cuando en la calle se cruzaba con una persona muy delgada, preguntaba anhelante:

—¿Estoy como ella?

Íbamos a la farmacia. Se pesaba y miraba con interés el cartoncito que le daban. Un día rompió a llorar. Pesaba cuarenta y cuatro kilos. Le dolían las espaldas.



—“Enseguida que mi madre murió, las vecinas dijeron que nos teníamos que poner de luto. Mi padre se fue a Río Tinto a trabajar en la mina. Nunca ha vuelto por el Puerto”.

“A mis hermanos los llevaron al Hospicio. Yo me quedé con mi tía. Mi tía me recogió”.

En el recreo vivíamos felices. Nadie gritaba. Mi madre llegó a engordar dos kilos y medio.

Mariquita y Milagritos apartaban las hormigas. Hacían divisiones con montoncitos de tierra.

—Aquí, la cocina. Aquí, el comedor. Aquí, el dormitorio de los padres.

Ponían una piedra sobre otra.

—¡A dormir! Como hacen los mayores.

Era una vergüenza terrible. No podíamos creerlo. Pero decían que los perros también. Y hasta los gatos.

Espantaban los gorriones. Las chumberas dejaban morir sus pencas. Se volvían amarillas y quedaban, bajo la yerba, llenas de púas.

—A coger yerba para los conejos. Los gorriones se han comido las espigas.

Fuera ladraban los perros. Mi madre escuchaba.

El levante silbaba. Un levante furioso, que casi arrancaba la casa.

—Señora, ¿nos matarán?

Las pisadas eran recias. De hombres calzados con botas.

—¿Nos matarán?

Se oían los pasos por la terraza que rodeaba el edificio, y acercarse a las rejas de los dormitorios.

Sonaron unos golpes. Varios golpes sobre los cristales de los cierros.

Nos echamos a llorar. Mi madre no respiraba.

—¿Nos matarán, señora?

Se alejaron los pasos. Los perros no cesaban de ladrar. El campo se había vuelto inmenso.

Callaron los perros. El levante soplaba.

Al día siguiente la casera explicó.

—Eran unos borrachos. Unos hombres borrachos que volvían de la Feria de Jerez.

Con el sol el miedo se había disipado. La noria chirriaba. Los árboles estaban llenos de luz. En El Ejido reinaba el silencio.

—Amapola.... ¡Vamos, Amapola!

Los canjilones vaciaban su carga de agua, en el pilón de la alberca.

Las regueras distribuían el líquido por los arriates.

Nos quedamos en el recreo.

A mi padre le traían los camaleones del Ejido. Los guardaba en una mesa de su despacho y a menudo aparecía en el “Wescenlao” con el favorito de turno.

Los camaleones me fascinaban. Verlos actuar era como presenciar un hechizo.

Venía primero el número del cambio de color. El animalito pasaba del verde seco, al verde rabioso. Para conseguirlo bastaba dejarlo, unos instantes, sobre el hule de la mesa de la cocina.

Ya verde, mi padre lo gratificaba con un almuerzo de moscas vivas, hormigas voladoras, vivas. Y gusanos. Vivos también.

Las más espectaculares resultaban las moscas.

Mi padre las traía en un sobre, que abría en el momento oportuno. Al recobrar la libertad se paseaban aturcidas por la mesa donde el camaleón, inmóvil, giraba sus ojos abultados, con una mirada humana calculadora, de prestamista o usurero.

Cansada de volar alguna mosca se detenía en el hule, ajena a lo que le esperaba.

El camaleón aprovechaba el instante para clavarle sus pupilas magnéticas.

La mosca se desconcertaba.

Sin moverse, y sin dejar de acechar, el camaleón estiraba el pescuezo y alargaba el espinazo, todo lo que daba de sí. Las cuatro garras en tensión.

Hipnotizada, la mosca quedaba a su merced.

El pequeño monstruo se acercaba, suavemente, hasta un punto preciso. Entonces, se detenía en seco. Sacaba una lengua larga, electrizante, y de un solo lengüetazo atrapaba al insecto.

Lo mismo hacía con las hormigas. Y con los gusanos.

Terminado el almuerzo, mi padre obsequiaba al camaleón con una colilla encendida, que el bicho fumaba a conciencia, tragándose el humo.

Sus ojillos reflejaban delectación indudable.

En ocasiones, le atacaba la náusea y, ebrio sobre el hule, daba tumbos de borracho.

A mi padre le gustaba llevar en la solapa el camaleón de turno.

Por estas razones, aquellos animalitos se nos presentaron de franela gris, azules con rayas blancas, a cuadros Príncipe de Gales.

El favorito se llamaba “don Jorge”. Nunca he sabido por qué. Los buches se le llenaban de moscas. De gusanos. De hormigas. Cuando la náusea era muy fuerte, se dejaban sobre el hule una papilla repugnante.

Las mujeres salían a las puertas de las casas y gritaban al pescadero.

—¡Aquí! ¡Oiga! ¡Aquí! Deme un kilo de caballas.

El hombre llevaba colgado un peso reluciente. Cogía el peso en una mano, colocaba las pesas de un platillo y las caballas en otro.

—No lo tuerza. Le digo que no ladee el peso. Démelo bien despachado.

El hombre la miraba con sorna.

—¿Bien despachado? ¡Qué graciosa! Y entonces, ¿dónde queda la ganancia?

Las mujeres mandaban a sus hijos a los campos vecinos. Con la noticia.

—Hay caballas. Están vendiendo caballas en el “lejío”.

Las caballas eran unos pescados azules de color denso sabrosos.

Unas sardinas bien alimentadas del tamaño de arenques.

El pescadero recorría los campos. En cada recreo hallaba un cliente. Aparecía con su carga en un cesto.

—¡Caballas! ¡Llevo la buena caballa!

Comían hasta saciarse. Luego venían los salpullidos, los cólicos, las vomiteras.

—¡Caballas! ¡Que llevo la buena caballa!

## CAPÍTULO VII

En el colegio preguntaban a las niñas.

—¿Alguna de ustedes ha visto *Las Corsarias*? Y ¿*El Príncipe Carnaval*? ¿Hay alguna que lo haya visto?

Si alguna niña había visto *Las Corsarias* o *El Príncipe Carnaval*, la llevaban al despacho de la superiora y la expulsaban del colegio. También expulsaban a las que sabían la letra de la canción “Es mi hombre”.

Nosotras nunca fuimos a ver *Las Corsarias* ni tampoco el *Príncipe Carnaval*. Por aquellas fechas el único teatro que conocíamos era el de La Tía Norica.

Todos los años, en vísperas de Nochebuena alzaban la barraca de La Tía Norica en la Feria del Frío. Se trataba de un guiñol primitivo que nos entusiasmaba. Tenía tanto éxito que para encontrar localidades era preciso aguardar cola y con frecuencia el taquillero asomaba la cabeza y anunciaba la terrible nueva.

—No quedan entradas.

Las entradas eran de dos clases, según rezaba la pizarra.

“Adultos, una peseta. Niños y militares, quince céntimos”.

Los “quintos” tenían el mismo horario que nosotras y el mismo nivel económico.

—Los pobrecitos quintos no tienen una perra. Ni una perra chica tienen los pobres para comprarse una entrada.

Cuando mi Jesús servía al Rey en el “moro”, yo le mandaba lo que podía. Porque en el servicio no ganan.

El hijo de mi vecina tuvo más suerte. Era bajito de cuerpo y antes de que lo tallasen se fue andando hasta San Fernando. Ida y vuelta. De modo y manera que nunca sirvió al Rey porque con la caminata se le encogieron las carnes y cuando lo midieron no dio la talla.

Arreciaba el frío. La cola se inmovilizaba.

Las funciones de la Tía Norica carecían de horario. Empezaban cuando el dueño de la barraca lo decidía.

—Solo podemos esperar hasta las cinco —advertía Amalia—, después no podemos quedarnos. Los quintos tampoco. A las

siete llaman a “retreta” y el sargento arresta a quien no llega a tiempo. Con el servicio no se puede jugar.

Azotaba el frío. Un poniente delgado que llegaba del Castillo de San Felipe. El único alivio lo proporcionaban los braseros de las castañas y los más sustanciosos de las patatas fritas “a la inglesa”.

Hasta entonces, se habían vendido cotufas, altramuces, avellanas. Nunca patatas fritas.

Bajo el toldo de lona, un hombre –rigurosamente vestido de blanco– movía el aceite del caldero, mientras una mujer, ataviada de igual suerte, cortaba las patatas con una cuchilla especial.

Las patatas se precipitaban en el líquido burbujeante.

—El “gachó” ese, ¿será un misté?

—¡Vaya usted a saber lo que será ese tío!

—¡Oiga! ¿“Mony”? ¿“mony”?

—¡Qué “mony” ni qué puñeta! –contestaba el freidor–. A tres chicas el cucurucho.

El Teatro de La Tía Norica olía a orines. Y a interior de bota de soldado.

El espectáculo resultaba excitante. La Tía Norica, con su voz destemplada, gritaba sin cesar al pobre Batillo, que terminaba empitonado por un toro.

—¿Se salvará?

—No creo. La cogida ha sido de muerte.

—El año pasado también lo cogió. Y este año sigue vivo.

—Pero esta cogida, niña, ha sido peor que la de “Granero”.

Fuera esperaba la gracia de los vendedores orientales. Sus farolillos de papel plisado, sus collares de perla, los abanicos confeccionados con cadenetas que, según se abriesen en uno o en otro sentido, se convertían en bolas, estrellas y pay-pays.

Por la mañana desaparecía los “charlatanes”, personajes fabulosos que vendían, a gritos, productos increíbles y realizaban “cara al público” operaciones que parecían milagros.

Sin dejar de ponderar las virtudes de la mercancía –quita manchas, lociones para el cabello, polvos para el dolor de muelas–, tan pronto borraban la grasa de una solapa como detenían, en seco, la punzada del cariado colmillo del espectador, o colocaban sobre el moño de una muchacha de servir la centelleante peineta que la transformaba en reina.

El príncipe de los charlatanes se llamaba Pepe el Gitano. Pepe hacía delirar el servicio doméstico. Moreno, bien plantado, con un diente de oro en la encía superior y una cadena del mismo metal —con moneda a juego— cruzando el chaleco, vendía “a dita” jabones perfumados, peines “finos” para las liendres, puntillas, mantones, gargantillas. Productos ennoblecidos por historias de contrabandistas.

—En cuanto “junte”, me compro los “cordobeses” de corales que tiene Pepe el Gitano.

—El mantón lo ha traído de Gibraltar. Ha venido embarcado por mor de los civiles que vigilan en el Toril.

—Se liaron a tiros unos con otros. El tabaco tenía más sangre que una carnicería.

—Donde se ponga Pepe que se quiten los demás.

En casa nos esperaba el Nacimiento.

Mi madre había conseguido el río con un trozo de espejo disimulado entre el musgo. Estaba el Portal señalado por una estrella de papel de plata, el Belén, el Niño Jesús, la Virgen, San José, y la nieve de ácido bórico, indicando un mal tiempo que nunca existió en Israel.

Amalia traía las zambombas. Las panderetas acompañaban los villancicos, cargados de pobreza cotidiana y de melancolía.

En el portal de Belén  
han entrado los ratones,  
y al pobre de San José,  
le han roído los calzones.

Todavía reinaba el invierno cuando llegaba la Semana Santa con su desfile de procesiones, por la calle de San Francisco.

La fecha solía coincidir con una ráfaga de mal tiempo y el viento y la lluvia azotaban las bocacalles y nuestras espaldas.

Nos fascinaban los pasos en “carne viva”. Aquellas figuras de la Pasión con miradas y movimientos. San Pedro y su cesta de peces crudos. Los Apóstoles con sus largos mantos coloreados. El grupo de angelitos arrastrados por carros celestes.

La Verónica y su lienzo extendido donde aparecía el rostro macerado de Jesús. Y, sobre todo, La Magdalena.

La Magdalena resultaba inolvidable. Una bella mocita de barrio, que más tarde supe que no era “mocita”, sino pupila destacada de la mejor “casa mala” de la ciudad. Escogida en votación secreta por sus clientes del Casino.

Surgía con una túnica rutilante constelada de lentejuelas y el cabello destrenzado derramado por las espaldas.

La Magdalena miraba a su alrededor satisfecha de su triunfo, y es posible que concertase alguna cita *non santa* a través de guiños delicados.

El abandono de tanta magia nos entristecía, pero mi padre siempre estricto había fijado la hora de volver a casa. Mientras llegaba observábamos, hechizadas, el desfile en los brazos de Amalia Cámara, o de Paz Moguer, que nos alzaban por encima del público en turno riguroso.

—A mí.

—Ahora a mí.

—Ahora me toca a mí.

## CAPÍTULO VIII

En Puerto Real, la casa de mi abuela tenía patio primero, segundo, y huerta-jardín.

La huerta-jardín estaba abandonada. Sin embargo, conservaba el esquema centenario de una higuera y algunos naranjos.

El olor de la higuera resultaba dulce. Denso.

Los higos negreaban.

Las avispas cercaban la higuera. Se pegaban a las grietas de los higos, borboteando sin descanso.

Crecían los jaramagos.

Altas ortigas, de hojas malignas, inmovilizaban la puerta trasera, impidiendo la salina.

El pozo era hondo. El agua quedaba lejos. Hasta el brocal, subía su perfume agrio. Si se lanzaba una piedra, la luz de agua se movía.

En ocasiones, sin que nadie conociese la razón, nacían lirios afilados.

Era la vieja casa, de la familia materna.

Al amanecer, los obreros del “Dique” cruzaban la calle. Embarcaban en el remolcador que los conducía al otro lado de la bahía.

—El “Dique” es el pan de Puerto Real. Sin el “Dique” se morirían de hambre todos los cristianos.

Era un pueblo con historia. Con Palacios. Y patios-jardines.

—Puerto Real ha sido el refugio de la provincia.

Los que vienen “a menos” se instalan en Puerto Real. A seguir viviendo como señores.

En nuestra casa no crecía nada, solo los lirios que nadie había plantado.

Había un patio primero. Y un patio segundo. Y una huerta. Y el mar al fondo de la calle.

La primavera en Puerto Real estaba cargada de dulzura. De “Las Canteras” llegaban la brisa, el humo perfumado de las piñas asadas en los calveros. El silbido del tren.



Los coches de caballos, protegidos por toldillas crudas, recorrían las calles silenciosas derramando su rumor de cascabeles.

En la casa de Puerto Real quedaba la sillería romántica que mi tía no había querido dejar en Cádiz, porque “las antiguallas”, como decía, le ponían nerviosa.

A menudo llamaban a un chamarilero.

—Fui y le dije al chamarilero. “Llévese todas estas antiguallas. No quiero volver a verlas. Se las regalo”.

Ahora voy a pedirle a mamá que compre muebles cubistas. Pintados al duco.

En la casa de Puerto Real quedaban veladores de caobas rubias, consolas de palosanto, cómodas isabelinas. Muebles firmados por artesanos ingleses.

Había también sillas paticojas. Y camas con los muelles desfondados.

Las ventanas de la planta baja, con sus “cierros” protegidos por herrajes, aproximaban la vida del pueblo. Las pisadas de los trabajadores que iban o volvían del Dique. La esquila de las cabras. El topetazo del macho cabrío.

Los machos cabríos tenían barrigas cubiertas con delantales de sacos.

—¿Y eso para qué sirve?

—Para que no peleen. Los machos cabríos son muy celosos. Hay que ponerles delantal para que no topen entre sí. Con el delantal no pueden.

Podían.

A veces, se les enredaban los cuernos en las cornamentas de sus rivales, y permanecían en medio de la calle, horas enteras, empujándose. Sin avanzar ni retroceder. En ocasiones, morían allí mismo con los huesos quebrados.

La llegada de los Manteolas al Paseo de Las Canteras resultaba inolvidable.

Un grupo de criaturas bellísimas y nombres sonoros aparecían en un coche de caballos, de traza campesina, galopando, a todo galopar. Como películas del Oeste.

Las conversaciones se interrumpían y se hacía un silencio teñido de hechizo, las miradas prendidas en las siete cabezas rubias.

—Viven al otro lado del Río San Pedro. En una finca que llaman “La Cerería”. Entre dunas y salinas, donde crecen las adelfas.

La casa de Socorro Paul, con sus patios muebles jardines, era pura armonía.

## CAPÍTULO IX

Cuando fui mujer, hice un viaje a Montevideo, donde mi padre había pasado su infancia. De donde salió a los catorce años después de enterrar a su madre. Mi abuela Consuelo.

Mi padre deambulaba por la ciudad, el gesto ausente, reviviendo viejas emociones. Había llegado al barrio de su niñez arrastrado por el azar y frente al hecho consumado los recuerdos le dominaban.

El sol del verano tenía dulzura de las siestas andaluzas. Montevideo guarda semejanza con Cádiz. Sus mismas calles recogidas, idéntico color en las fachadas, arquitectura barroca, de un solo piso.

La calle estaba llena de luz.

La casa de mi abuelo cobijaba un jardín, con limones, magnolios y naranjos.

—Para visitar a los enfermos, mi padre usaba un coche de caballos.

Detrás de la verja, estaba la cochera. ¡Fíjate! Todavía existe.

—En aquel cuarto murió mi madre. Antes de morir se despidió de todos nosotros. Dijo cosas que nunca olvidaré, porque se estaba muriendo y conservaba la lucidez. A mí me quería más que a mi hermana.

Cada vez que veía una película de Joan Crawford, me daba cuenta de que me recordaba a otra persona. Pero no sabía decir a quién.

Aparecía en la pantalla y comprendía que me recordaba a otra persona. Hasta que caí en la cuenta.

Tenía los ojos de mi madre.

—Estuvo agonizando muchas horas y quiso despedirse de la familia. De mi padre, de mi hermana y de mí. Sobre todo, de mí.

Si mis padres no se hubiesen venido de Barcelona, mi madre viviría. Todos los años tomaba las aguas de un Balneario del Pirineo que le hacían mucho bien. Aquí, en Montevideo, no había balnearios y a los dos años de llegar se puso enferma y

murió. Tuvo una muerte terrible, llena de dolores. Murió con todo su conocimiento. A mí me quería más que a ninguno.

La vieja casa del abuelo formaba un recodo.

— Mi padre era un médico de mucho porvenir. Le ofrecieron la dirección de un Sanatorio y se vino de Barcelona. Hizo mal, porque en Cataluña estaba el Balneario que sentaba bien a mi madre. Dejó tres casas en el Barrio gótico y unas tierras en Piacenza.

—El cementerio donde estaba mi abuela se levantaba cerca del mar. Un parque espléndido, luminoso.

Compramos flores para su tumba. Lilas y rosas. Quise preguntar en la oficina por el emplazamiento del panteón. Pero mi padre se opuso.

—Deja. Estoy seguro de que lo encontraré.

Avanzamos por los senderos de tierra mojada. A un lado y a otro del camino se alzaban tumbas de diversas confesiones.

Escaseaban las cruces.

No quiero decir que no hubiese cruces. Pero faltaba el sello, absolutamente cristiano, de nuestros cementerios.

Un jardinero de color, el único hombre negro que vi en el Uruguay, trabajaba la tierra. Cuidaba las plantas de los arriates. Pensé que sería conveniente preguntarle por nuestro enterramiento, pero mi padre volvió a negarse.

—Deja. Lo recuerdo muy bien.

Llegamos al fondo del jardín. El mar se veía muy próximo.

Mi padre torció a la derecha por un camino delgado. Se detuvo ante una tumba, perfectamente cuidada, señalada con una cruz. Nuestro nombre de familia aparecía tallado en mármol.

Tenía doce años cuando enterraron a su madre y medio siglo después recordó, sin un titubeo, el camino que le llevaba hasta ella.

El jardinero se había aproximado.

— El doctor era un santo —comenzó a decir—. En Montevideo le veneraban. Si sus enfermos no tenían dinero, nunca les cobraba y les dejaba un pesito bajo la almohada. Para comprar los remedios.

Mi padre quiso saber cuántas personas estaban enterradas con su madre. Supo que le acompañaba mi abuelo y la segunda

mujer de mi abuelo y algún nieto de mi abuelo que, como es natural, eran sobrinos de mi padre, aunque él lo negase.

—Hay que sacarla cuanto antes de ahí y llevarla a España.

Habló con el Embajador. Con el Cónsul. Con el abogado que se ocupaba de los traslados. Quería llevarse a su madre y también a su padre.

El abogado insistía.

—Para trasladar a su padre, tiene que contar con los otros hijos.

—¿Qué hijos?

—Los del segundo matrimonio de su padre.

—Esos no cuentan.

—Para la ley, cuentan.

—Es igual, no pienso hablar con ellos.

—En tal caso solo podrá trasladar a su señora madre. Sin permiso de la familia solo ella puede ser trasladada.

Inesperadamente, desistió del proyecto. Nunca volvió a mencionarlo.

—Cuando marché a París, a la universidad, mi padre me dio dinero.

En el barco cambié los pesos por monedas de oro. Al llegar a Cádiz hicieron sonar las monedas sobre el mármol de un mostrador.

—Son falsas, muchacho. Te han engañado.

Me habían engañado. A los catorce años.

—Mi padre había recobrado la fe. Había vuelto al catolicismo.

Yo no podía creerlo, porque antes de marchar a Europa nunca hablábamos de esos problemas.

—Las monedas eran falsas. Hasta que me mandaron dinero lo pasé mal. Cuanto tenía, estaban en aquellas monedas.

## CAPÍTULO X

A mi tía Gracia la tengo siempre presente. Y me digo que, mientras la recuerde una sola persona, no habrá muerto por completo.

En el único retrato que se conserva de ella aparece vestida de japonesa. Lució el disfraz en un baile de Piñata, celebrado en el Casino Gaditano.

Sus rasgos delicados, su óvalo fino, su mirada impregnada de tristeza... ponen de manifiesto que, cuando se hizo la fotografía, estaba ya condenada.

Había nacido en pleno auge de la familia y su presentación en sociedad constituyó un acontecimiento.

Morena, delgada, con mucha raza, su encanto resultaba tan evidente que acabó por imponerse, a pesar de no reunir los cánones estéticos que imperaban en sus días.

—No es muy guapa. Pero tiene “algo” —reconocían sus contemporáneos—.

Guardaba indudable semejanza con la Gran Duquesa Tatiana, hija de los últimos Zares de Rusia.

Muy pronto, en el horizonte de su vida, apareció un pretendiente. Un joven diplomático de regular fortuna y excelente físico. Título, además, de Castilla. Lo que, entonces, se consideraba “un partido”.

Mi tía respondió a su demanda, asegurando que, de momento, no pensaba casarse.

Su decisión, sorprendió a mis abuelos. ¿A qué aspiraba?

Gracias confesó que no le gustaba el muchacho y que aspiraba a casarse por amor.

Sentada ante el “mundillo” tejía encajes delicados. Vestía faldas de colores pálidos, blusas de “nipi” y, cuando salía a la calle, se cubría los cabellos con un canotier de paja cruda, adornado con cinta escocesa donde predominaba el azul marino, el rojo, el amarillo.

Estrechada a preguntas acabó por reconocer que se había enamorado de un muchacho de familia oscura, que no era “visita”

de la casa y solo contaba para vivir con su sueldo de oficial de Infantería.

El golpe, para sus padres, resultó terrible.

Mi abuelo decidió que no consentiría aquel matrimonio mientras su mujer se lamentaba.

—¡Dios mío! ¡Si al menos fuese artillero!

Al parecer, la artillería prestaba en aquellos tiempos una especie de timbre de nobleza de segunda clase.

Una muchacha podía casarse, sin decoro, con un artillero. Nunca con un oficial de Infantería. No aludo a la Intendencia porque sospechó que, socialmente hablando, no contaba y sus oficiales vivían encerrados en sus cuarteles, como los israelitas en sus guetos.

Gracia no cedió. Comenzó una auténtica oposición con el ceremonial y la dureza de las grandes oposiciones.

Las numerosas criadas y los dos marineros que hacían las veces de mozos de comedor fueron convocados por el dueño de la casa.

—Les he llamado para decirles que todas las cartas que mande la señorita y aquellas otras que reciba deben entregármelas.

El primero o la primera que desobedezca esta orden serán despedidos.

Y aquellos hombres y aquellas mujeres, típicamente españoles, terminaban prevaricando por sentimentalismo. Nunca por el vil metal. Actuaban movidos por impulsos complejos, donde se mezclaban la tentación rebelde y el deseo de ayudar a la señorita que se había enamorado de uno que era más pobre que ella.

La madre del pretendiente, viuda, osada y sin matices, decidió jugarse el todo por el todo.

Sin consultar a mi tía, y constándole la oposición de sus padres, se presentó en casa de mis abuelos a “pedir” la mano de la muchacha.

El criado la condujo a un salón a donde volvió, poco después, para decirle que los señores no recibían.

Congestionada, furiosa, la visitante bajó las escaleras y ya en el patio alzó la cabeza y gritó a las ventanas cerradas.

—¡Maldigo esta casa! ¡Y maldigo a esta familia de orgullosos!

Su maldición no tardó en cumplirse.

Encerrada en su cuarto, Gracia pasaba las horas llorando sin consuelo. Se negó a comer y por las tardes comenzó a tener fiebre.

Mi abuelo la mandó a Ronda. Pero ella debió pensar que su enfermedad ablandaría las resistencias y no siguió el tratamiento indicado.

En vista del fracaso la enviaron al Pirineo.

Panticosa era un nombre mágico y trágico. De esperanza y de muerte.

Al conocer el traslado el novio desapareció.

Gracia creía que la falta de correspondencia se debía a la intervención de sus padres. Cayó en intensa melancolía.

El invierno en las montañas resultaba penoso. Las nieves del Pirineo deprimían el ánimo de la enferma que prometió hacer lo posible para curarse, si regresaban a Cádiz. Debió pensar que la cercanía con el novio facilitaría las comunicaciones.

Los médicos convinieron que el factor moral influiría decisivamente en su salud.

El muchacho había desaparecido. Para entonces, mis abuelos le hubiesen implorado su vuelta. No podían resistir la mirada de su hija haciéndoles responsables de su infelicidad.

Gracia hervía de fiebre.

La pérdida de peso la transformaba en una sombra. Esperaba siempre una carta que no llegaba. De cuya desaparición culpaba a los suyos.

Alguien dijo que el novio se había casado en Canarias. Mis abuelos se desvivieron para que la hija ignorase la verdad. Sin embargo, algo debió saber porque aquel dejarse morir sin rebeldía dio paso a un afán, patético, de detener lo inevitable.

Los alimentos que durante meses rechazó los reclamaba ahora y se esforzaba en ingerirlos luchando con su inapetencia.

Por las noches la fiebre subía, inexorablemente. Treinta y ocho dos. Treinta y siete nueve.

Gracia vigilaba el termómetro. Si el mercurio no alcanzaba los treinta y ocho grados, una sonrisa de esperanza iluminaba su rostro.

El verano llegó con su luz delirante, sus fiestas al aire libre.



Gracia no tenía fuerza para abanicarse. El simple gesto de mover un brazo la dejaba exhausta.

Resultaba imposible dominar la enfermedad. No había medicinas eficaces ni terapéutica cierta.

El calor mataba.

Demasiado grave para soportar un viaje, el médico desaconsejó su traslado a región de clima más dulce.

Los días de levante en calma la atmósfera aplastaba los cuerpos agotados.

Gracia no se quejaba del calor ni del levante en calma ni de la forzada inmovilidad. No se quejaba de nada. Abría los ojos, miraba a su alrededor y comprobaba que seguía viva. Aquello le bastaba.

—Quisiera acercarme al balcón para ver pasar a las gentes que van a la Velada.

Mi abuelo la cogía en brazos y la depositaba junto al balcón. Entre cojines.

La muchacha respiraba hondamente. Abría los ojos. Musitaba con humildad.

¡Gracias, papaíto!

Hería aquel tono resignado, sin defensa. Ella, que había luchado por conseguir el amor, se había transformado en una criatura sumisa. Con un solo deseo. Vivir.

Había pedido al médico que intensificara el tratamiento de los botones de fuego, tan doloroso.

El médico aparecía en el cuarto con su sonrisa profesional, su gesto de falso optimismo.

—Vamos a mirar a esta perezosa.

Gracia clavaba sus ojos en el recién llegado, con la expresión inenarrable de los enfermos que ansían salvarse.

El médico le aplicaba el estetoscopio. Sabía, de antemano, lo que iba a escuchar.

—Respira hondo, hija mía. Respira muy hondo.

Obedecía como una niña juiciosa. El aire llenaba sus pulmones destrozados.

—Respira hondo. Respira muy hondo.

El médico era el clásico médico de cabecera. Limitado en ciencia y en medios. Generoso de tiempo y cordialidad.

Guardaba el estetoscopio con parsimonia, intentando alejar, siquiera fuese un momento, el instante de afrontar aquella mirada.

—¿Estoy mejor?

—Estás mucho mejor. Con el régimen que sigues te curarás.

—¿Tardaré mucho?

—Hay que tener paciencia.

—La tendré. Si usted dice que voy a curarme, tendré paciencia.

El médico se lavaba las manos. Salía acompañado de los padres que no tenían valor para preguntar. En la galería movía la cabeza, desalentado.

—No hay esperanzas.

Los ojos de mi abuela se llenaban de lágrimas.

—¿Cuánto durará?

—¿Quién puede saberlo? ¿Tres meses? ¿Cuatro? Un día, cuando menos lo pensemos, llegará el final.

—¿Y no puede hacer nada por ella?

Era una pregunta formulada mil veces.

—Al principio, si hubiese querido... Ahora el mal se encuentra demasiado avanzado.

¿Tendrá un vómito de sangre?

Mientras Gracia no viese su sangre creería en la curación. El día que un caño rojo saliera de su boca comprendería que estaba perdida.

Reclinaba en la almohada se concentraba en un solo deseo. Vivir.

Fuera el sol del verano brillaba.

Mi abuela corría a las iglesias, se arrodillaba delante de las Vírgenes. Suplicaba.

—Tú que lo puedes todo. Concédeme la vida de mi hija.

El cuarto de Gracia rebosaba de flores. Le gustaba tenerlas a su alcance por el placer de verlas crecer.

Parecía como si aquellas existencias, en constante evolución, le ayudasen a luchar con su muerte.

Del novio jamás se hablaba.

Mi abuela interrogaba a la vieja costurera que conocía a Gracia desde niña. La mujer aseguraba.

—No lo nombra, señora. Para mí, que lo tiene olvidado.

No era cierto.

Si se quedaba sola, las lágrimas bañaban su rostro.

—No quiero llorar. Quiero olvidarlo y vivir.

Se daba cuenta de su error. Había sacrificado una vida, de veinte años, por alguien que no lo merecía.

¿Qué oscura reacción llevó al hombre a comportarse de aquel modo? ¿Miedo a la enfermedad? ¿Hastío? ¿Deseos de vengarse de una familia que le había humillado?

Las horas en el cuarto de la enferma discurrían interminables.

Flotaba siempre la misma pregunta planteada con una voz de niña.

—¿Estoy mejor?

De día el sol iluminaba las cortinas almidonadas, la colcha de batista con su fondo de seda pajiza.

Sobre la almohada reposaba el rostro de Gracia, en el que solo vivían los ojos. Al alcance de su mano tenía la colección de sellos, las mariposas, los encajes, pero sus dedos no soportaban ya el peso de los palillos de naranjo.

Si lo intentaba, quedaba inerte.

A veces tomaba un espejo. El azogue le devolvía una cara agonizante. Entonces, suplicaba a la persona que tenía más cerca.

—¡Por favor! ¿Quieres darme el termómetro?

Lo colocaba bajo el brazo. Aguardaba. Si el mercurio no llegaba a los 38 grados, esbozaba una sonrisa.

—Estoy mejor, ¿verdad? Yo me encuentro mucho mejor.

Pasó el verano.

EL cambio de las estaciones resultaba funesto para los tuberculosos.

—Un año más, Virgen María. Consigue de Tu Hijo que viva siquiera un año más.

Llegó el otoño con su poniente desapacible, sus lluvias constantes, su terrible humedad. Fue preciso cerrar los balcones.

El agua golpeaba los vidrios.

Al atardecer, los reverberos dejaban luces redondas sobre los veladores.

En ocasiones, mi tía Margarita llevaba el violín al cuarto o era mi madre la que, desde el salón, interpretaba en su arpa alguna melodía.

—El invierno es malo para los tuberculosos.

—Doctor, ¿cree usted que llegará a la primavera?

Parecía un milagro que siguiese viva con tan poco peso, tan escasas fuerzas, tan frágil voz. Su voluntad la sostenía y fue entonces cuando experimentó el deseo de retratarse con el traje de geisha que había llevado a un baile de Carnaval.

La víspera de Nochebuena recibió la comunión. Bajo un palio de oro llegó el sacerdote, precedido por música de campanillas. En el portal aguardaba la familia, la gran escalera embellecida con flores de las huertas de Chiclana.

Recogida en sí misma, Gracia suplicó.

—¡Jesús mío! ¡Tú que todo lo puedes! ¡Cúrame!

El hogar quedó impregnado de esa paz que produce siempre la presencia del Redentor.

Hubo una tregua misteriosa. La fiebre descendió a 37 grados. La voz de Gracia pregonaba el prodigio.

—Estoy mejor. Estoy mucho mejor.

Pasó el invierno. Se anunció la primavera. El sol hacía reverberar los espejos azules, rosas, amarillos de la sal cuajada en las salinas.

El aire arrastraba el perfume de los pinares de Puerto Real, el olor de las mareas bajas.

Gracia confió a Isabela.

—No tengo miedo a morir. Tengo miedo a la agonía.

Mi abuela se animaba con una esperanza loca, sin fundamento.

—Si ha soportado el invierno, soportará un año más.

Bruscamente, la resistencia de la muchacha se quebró y comenzó el final, lento, cruel, interminable.

Dos religiosas sostenían sus hombros. Fuera la primavera continuaba.

En el cuarto de Gracia los minutos y hasta los segundos tenían una dimensión nueva.

Cayó la noche, lucieron los reverberos, y la agonía continuaba.

—No me da miedo la muerte. Me da miedo la agonía.

Llegó la madrugada.

Los huesos de su rostro horadaban la piel y seguía respirando, sosteniendo por aquellas manos que alzaban sus hombros.

Llegó el nuevo día. La agonía continuaba.

El sol se puso amarillo.

Los párpados de Gracia se abrieron, desmesurados. Brillaron sus pupilas. Gritó.

—¡Madre!

Nunca la había llamado de aquel modo.

El nueve de abril terminaba.

Arreglaron sus pobres despojos y todas las flores del campo —amapolas, clavellinas, margaritas— estuvieron presentes en su entierro.

Una voz mintió.

—Parece dormida.

No era verdad. La muerte, al llevarse el alma, había dejado, como de costumbre, un ser desconocido.

El cortejo, por las calles de Cádiz, despertó la tristeza.

—Una muchacha joven ¡Qué gran dolor!

Celebraron sufragios. Se imprimieron recordatorios que se guardaron en los libros de misa de sus hermanas y amigas.

Con el tiempo, los que la habían conocido desaparecieron y fue entonces con el olvido cuando mi tía Gracia murió de verdad.

## SEVILLA



## CAPÍTULO XI

En la calle Goyeneta se plantaban en las esquinas, no bien la noche caía.

La calle Goyeneta se iniciaba en el Palacio de los Condes de Lebrija donde una fuente romana serenaba el ambiente corrompido.

Durante el día, las mujeres de la calle Goyeneta permanecían invisibles. Solo alguna retrasada que luego supe que se llamaba “de dormida”, osaba mostrarse a la luz del sol.

Vi a una de aquellas “dormida” tambalearse ante un puesto de tejeringos y balbucear con su voz de borracha.

—¿Quién ha dicho que yo no tengo hombres? Tengo a los hombres, así... ¡Así! Y apiñaba los dedos, formando capullos.

Las verduleras del mercado comentaban con las cocineras.

—¡Habrase visto! La muy perdida.

Pasaban los estudiantes de la Universidad. Los niños del Colegio de Villasís.

En la esquina que formaba la calle Cuna con la plaza de la Residencia de los Jesuitas había un edificio a medio construir que nunca se terminaba. Perteneía a un matrimonio sin hijos, hermético y solitario.

—Al casamiento se opuso la familia del novio. El padre de la señora obligó a la boda. El novio se casó, pero hizo a su mujer muy desgraciada.

El patio de la Condesa de Lebrija guardaba la belleza de los mosaicos romanos que, durante siglos, habían permanecido bajo los olivos de Castilleja de Guzmán.

Un hombre araba la tierra de Aljarafe. Se le atrancó el arado y descubrió una piedra de colores. Siguió escarbando. Las piedras se hicieron más grandes. Apareció el suelo de una casa. Y columnas. Dicen que del templo.

—Hubo un rey en Sevilla, un emperador llamado Adriano. Aquí mismo había nacido. A “orillas” de la Pañoleta. Encontraron su cabeza con la “jeta” rajada.



El agua de la fuente mojaba los rostros de las Dianas. Los pámpanos de los mercurios.

La casa de Lebrija tenía un segundo patio cubierto de magnolios. Un rincón donde la tristeza podía tocarse.

Este patio se divisaba desde nuestra casa y su hueco sombrío dejaba escapar el perfume dulzón de las flores.

—El marido de la condesa tenía un sobrino huérfano al cuidado de un tutor nombrado en el testamento de su difunto padre. El muchacho era muy rico. El tutor echó sus cuentas y pensó que le convenía para yerno. De modo y manera que le metió por los ojos a su hija. Una muchacha bien parecida de pelo rubio.

La Ley no consentía el matrimonio. Pero el padre de la mocita que tenía mucho código organizó la boda con sabiduría. Si por un lado hacía ver que estaba en contra, por otro decía a los novios lo que tenían que hacer para casarse.

La pareja siguió sus consejos. Una mañana en misa de alba se arrodillaron delante del cura. Cuando el sacerdote se volvió para la bendición, los novios se agarraron de las manos y dijeron que sí, que se querían casar. Y casados quedaron.

En Sevilla se armó un escándalo grandísimo. No se hablaba de otra cosa. El conde se fue a Roma, a contárselo al Santo Padre, y el Papa prohibió los matrimonios “por sorpresa”, que así se llamaban esta clase de matrimonios. Ellos, la verdad, fueron muy felices.

Cuando el calor apretaba, los colchones se volvían de fuego. No era posible dormir. Y luego había aquel meublé misterioso y la tienda pequeña de una sola puerta, cubierta con la cortina de lienzo crudo.

—En las Cabezas de San Juan, don Felipe Bartolomé cría sus toros bravos. Don Felipe se casó con una viuda madre de dos hijas. Y, por si fuera poco, estaba la señorita María Ríos. Con tanto salero.

Eran criadas nuevas, que hablaban de las casas donde habían servido.

Amalia se había quedado en Cádiz, cuidando de su hijo Jesús y de su hija Micaela. Al cuidado de su hija Julia.

Elena Álvarez también se había quedado en Cádiz, con su hermana, la viuda del fotógrafo. Y también se había quedado en Cádiz Paz Moguer.

Las criadas eran nuevas. Unas desconocidas que hablaban de toros bravos, de fincas, de automóviles.

—El cortijo era una bendición. Por la parte baja estaba el río. En la dehesa, pastaban las vacas de vientre. A la tarde, el *chauffeur* pedía orden.

El calor irritaba los nervios. Los gatos maullaban durante la entera noche. Las criaturas no lograban dormir.

Había un recién nacido que se ahogaba de llorar. Que se asfixiaba. Detenía su llanto y parecía que nunca volvería a respirar. Cuando el sueño se hacía posible, el llanto regresaba en alarido chirriante.

La atmósfera no se movía, el río dejaba su vaho de fango. Los colchones potenciaban el calor.

En la taberna del torero Juan Luis de la Rosa se cantaba cante grande. De amanecida se alzaba la brisa. Comenzaban a circular los tranvías y era el momento de cerrar los balcones y ahogarse de calor. O de abrirlos y que la luz penetrase.

Estábamos en verano. En Sevilla.

Nadie dormía.

—Que hiervan el agua de beber. Se ha declarado una epidemia de tifus.

El vapor atufaba la casa.

El hielo no podía utilizarse fabricado, como estaba, con agua contaminada.

Saltábamos las azoteas, sorteado los pretilos.

Una gran rendija en el mismo techo del teatro caía directamente sobre la escena.

—Es una lástima que, teniendo palco propio, tengan que ver de este modo los varietés. El palco se divisaba en la oscuridad, vacío, tapizado de terciopelo.

—El director que murió llevaba a su familia al palco. Y luego, cuando se habían cansado de los números, nos daban las entradas. Mi Águeda disfrutaba mucho con las cupletistas. Se adivinaba el resentimiento de la mujer. Su evidente encono.

En el escenario aparecía Dora, “La Cordobesita”. Primero, vestida de seda negra, con flecos negros y sombrero ancho del mismo color. Zapateaba, muy bien zapateado, el fandanguillo de Almería. Un foco de luz realzaba su figura. Resultaba fascinante.

—Dicen que “le habla” a Chicuelo. El matador de toros. Dora es una muchacha decente. ¡Más mocita que María Santísima! Su padrastro le pega unas palizas de muerte. No se sabe por qué.

La bailarina se paseaba al ritmo de un pasodoble. Lucía un mantón amarillo, sin ningún bordeado. A mitad del baile se acercaba a los bastidores y lo cambiaba por uno cuajado de flores. Enseguida, lo trocaba por un tercero, esta vez blanco, con rosas del mismo color. Llegaba a sacar hasta veinte mantones diferentes.

—Tiene un capital en mantones ¡Un capitalazo! El padrastro no quiere que se case. El padrastro lo que quiere es que Dora trabaje como una negra y le llene la barriga.

“Chicuelo” ha dicho que “la quita de las tablas”. Ha comprado una casa en La Alameda y la quita de las tablas.

—Al Imperial de Sevilla han venido siempre las mejores atracciones.

—El otro director dejaba que su familia fuese a los varietés. Al fin y al cabo, el teatro es propiedad de la Compañía.

Se marchaba Dora y aparecía otra mujer, perfectamente maquillada que cantaba y bailaba con gracia singular. Cuando terminaba el número, se quitaba la peluca y resultaba un hombre.

—Desde luego, es un hombre. No, un marica. Un hombre. Transformista le dicen. Mi padre no quería hablar del palco.

—Si luego hay que desahuciar al empresario, ¿cómo voy a mandarlo a paseo si antes acepté su palco? Sucede lo mismo con las cajas de vino y las cestas de Navidad. Se devuelven y tan tranquilos. Se devuelven sin mirarlas y en paz.

## CAPÍTULO XII

Al atardecer, Rufina subía a su cuarto.

Delante del espejo se preparaba para peinarse. Se quitaba todas las horquillas y las depositaba en el filo del palanganero, en equilibrio especial. Una vez sin horquillas se destrenzaba la trenza del moño.

—Aunque me esté mal el decirlo, siempre he presumido de pelo.

No es mérito propio. Es cosa de familia. A mi madre que, en gloria esté, le llegaba la mata hasta el mismo filo del vestido.

Tenía un cabello hermoso, negro, anillado, recogido sobre la nuca.

Rufina era una mujer misteriosa que nadie sabía si estaba casada o “malcasada”. Ni tampoco viuda.

Desde luego, no era una mocita. Había en ella una satisfacción secreta, un reflejo interno que nada tenía que ver con el desencanto de las solteras enteras. Las otras criadas aseguraban que, entre el “monillo” y la enagua, escondía cartas de amor.

De atardecido, subía al dormitorio. Se colocaba frente al espejo y se quitaba el vestido.

Con una toalla rosa y una pastilla de “jabón de olor” lavaba brazos y cuellos. Más tarde se daba polvos que dejaban un velo pálido en tez aceituna.

Algunos días utilizaba un peine “fino”, las púas trabadas con hilos “para que no se le asentase la miseria”.

Sus compañeras no la querían.

—Relatar, como relatar, relata lo suyo. Pero ya me gustaría saber, si es verdad lo que refiere. Dice que su marido es un viudo de Lucena y que la noche de bodas, los “entenados”, le dieron una paliza. Por eso se escapó.

Para creerla tendría que escuchar de boca de los entenados que es verdad lo que dice.

—Cartas recibe muchas. Escritas con buena letra. Enseñada que las lee las guarda en el monillo.

—A mí me tienen contado, que lo del viudo no es cierto. Que le “hablaba” a un hombre casado. Un rico de campo. Y que la mujer, al enterarse, la “pregonó” por el pueblo.

Era guapa. Secreta. Dichosa.

Guisaba bien y por las tardes se las arreglaba para tener que ir a la tienda.

La luz de Sevilla, en aquella hora, tenía una mezcla particular. De alegría y tristeza. Un sentimiento complejo que nunca he podido explicarme. Por la parte del río el crepúsculo dejaba cielos cuajados de claridades.

Las bocinas de los automóviles traían llamadas de aventuras. Deseos de huir hacia la ruta de Cádiz. Hacia el camino de Jerez que conducía al Atlántico.

Nuestra casa no tenía ahora ningún jardín. Ni la húmeda fragancia de las viviendas construidas cerca del mar. Era el edificio hermético de una calle ciudadana.

Desde nuestros balcones se veía un escaparate de muebles metálicos de una fealdad indescriptible. Camas, lámparas y apliques mostraban la crudeza de sus terribles arabescos.

Había también el lujo falso de las colchas de damascos – moradas, azul-violeta, encarnada –, delicia de las muchachas de servir.

—En cuanto me “junte”, me compro una colcha en “La Ciudad de Londres”. Aunque tenga que empeñarme hasta los ojos.

Circulaban los coches de caballos con el crujido de sus látigos. Los días de lluvia los caballos resbalaban y de los cascotes salían abanicos de fuego.

Ante las vitrinas del fotógrafo “Castellanos”, las gentes se detenían para mirar los retratos de los infantes de Borbón. Recuerdo al infantito Carlos que más tarde me ofrecería un “polo” de naranja en una heladería de la calle Tetuán.

Sevilla era el río. Y Triana. Y el Paseo de las Delicias. Y los Jardines de Catalina de Ribera. Y era, también, el eco de los automóviles que se marchaban al mar. A las salinas y a la playa de la Caleta, con sus techos y sus catedrales.

En la Plaza de América las palomas se acercaban en vuelo rasante, batiendo las alas.

Se detenían sobre nuestros hombros, quisiéramos o no quisiéramos, y sus garras, agudas, atravesaban nuestros vestidos.

Las palomas tenían un ojo rosa, un pico rosa, un buche lleno de ruidos.

Los machos resultaban insoportables. Se movían en redondo arrastrando las colas, tratando de convencer a las palomas. Cuando las convencían, se montaban en sus cuerpos y picaban las cabezas hasta dejarlas calvas.

—Las palomas de la Plaza de América son una preciosidad. Si te llenas las manos de cañamones, vienen volando.

Venían. Desde luego. En vuelo incontenible. Batiendo los cartílagos. Con un ojo rosa, su pico rosa, su garra sola.

La tierra del Parque María Luisa era amarilla, de albero, como la plaza de la Maestranza.

En la Glorieta de Gustavo Bécquer se guardaban sus versos.

Había tres mujeres de piedra, tres musas esculpidas por Benlliure. Entre las ramas de los árboles discurrían rayos de sol cuajados de insectos.

Los rosales estaban llenos de rosas y los naranjos de azahar. El Parque de María Luisa era silencioso, sin más ruido que el zureo de los palomos. Los coches de caballos, al cruzar los senderos, lo hacían blandamente, amortiguando los golpes de sus herraduras.

—Joselito murió en la Plaza de Talavera. De una mala cornada.

Los Hércules se pusieron de luto. La Macarena también. Ha sido el mejor torero que *hemos* tenido en Sevilla.

Por las calles angostas discurrían transeúntes.

Recibían en sus gargantas la frescura de los patios.

—La viuda del ganadero tiene una hija, “la Esparterita” la llaman.

En nuestra casa había ahora un automóvil, un Minerva cuadrado que usábamos los domingos en las excursiones que organizaba mi padre, para ir a Carmona, La Cuesta de la Media Fanega o Aracena.

El mecánico se llamaba Fernando. Un hombre vestido de gris, tocado de gorra de plato. En la carretera de Aracena surgían pueblos de nombres aiosos. La Galaroza, Higuera de la Sierra, Guadalcanal.

El campo era de monte bajo cubierto de tomillo, jara, lentisco y un fondo de aire estimulante. En Aracena, las cuevas se podían visitar gracias al talento de su primer marqués, don Javier Sanchez-Dalp. Se contaban prodigios de aquellas cuevas. Salas de columnas amarillas.

El camino de Carmona estaba cuajado de olivares. En el depósito de gasolina de la entrada del pueblo coincidían dos senderos. Entrábamos por uno y salíamos por otro, sin pasar por la ciudad. La cuesta de la Media Fanega, en el límite de Extremadura, mostraba su paisaje adusto. De los hilos del telégrafo colgaban pájaros arrecidos.

### CAPÍTULO XIII

Las casas de Sevilla eran casas cerradas. Como las de Granada.

No puedo recordar la primera vez que fui a Granada, porque cuando me llevaron carecía de memoria.

Mi madre nos contaba sus paseos por El Generalife, acompañada del murmullo de las aguas que se precipitaban en los jardines desde el Mulhacén.

Las casas de Granada estaban cerradas para el forastero, como las de Sevilla.

En un “Carmen” prodigioso, colgado sobre la ciudad, vivía una amiga de mi madre. Hasta sus patios subían los rumores de las calles moriscas. De las plazas y plazoletas cristianas.

Mi madre fue a visitar a su amiga.

Un quieto silencio, de cementerio, dominaba el camino de cipreses que conducía hasta la casa.

En la entrada aguardaba una muchacha que hizo con la mano un gesto de bienvenida.

La persona que le acompañaba señaló a sus ojos para indicar que la joven no veía. Se había quedado ciega, repentinamente, a los veinte años.

A solas con mi madre le confió su deseo de morir. La belleza que les rodeaba aumentaba el patetismo de la situación. Mi madre la confortó, como pudo, y en apariencia la dejó sosegada. Hasta creyó haberle llevado un poco de alegría. La sonrisa de los buenos tiempos iluminaba su rostro cuando se despidieron en la puerta. La acompañante, incluso, halló un momento para rogarle.

—Vuelva otro día. Nunca la vi tan contenta.

Cuando mi madre volvió, su amiga había muerto. La encontraron tendida en la cama, el pecho empapado en sangre.

En Sevilla y en Granada las casas resultaban herméticas. No es que fueran casas hostiles, porque si un azar permitía conocerlas se volvían acogedoras. Pero un extraño complejo, hecho orgullo, pudor y recelo hacia lo nuevo, cerraba verjas y cancelas. Carecían



de la espontaneidad de los hogares de la costa abiertos para el forastero. Quizá porque el trato continuo con el mundo de las antiguas colonias les había familiarizado con las costumbres de otras tierras.

Mi madre quedó reducida al trato con las mujeres de los jefes de la empresa que mi padre dirigía. Amistades espinosas que no vacilaban en plantearles problemas que la pobre no podía resolver.

—Es preciso que influya con su marido para que Pedro no tenga que ir a la oficina a las nueve de la mañana.

El otro director le dispensaba madrugar. Era como un hermano.

Mi esposo tiene los bronquios enfermos, ves lo que yo digo, si cumple, qué necesidad tiene de empezar su trabajo a las ocho. Pero don José se empeñaba en que entrase a la misma hora que los demás. Ese régimen le costará la vida.

Mi madre no sabía qué hacer con los bronquios de don Pedro. Estaba entre la espada y la pared. Entre la mujer de don Pedro y el criterio cerrado de mi padre que había hecho cuestión de principio poner orden en aquella empresa desorganizada.

La mujer de don Pedro poseía una huerta deliciosa en el término de Espartinas, con frutales, noria, pozo y sol.

Las vísperas de fiestas se iniciaban con una batalla sorda entre la señora y mi padre. Aquella nos invitaba a la huerta con la esperanza de que el jefe de su marido prevaricase. La tentación llegaba envuelta en el proyecto de comer naranjas cogidas de los mismos árboles, en columpios maravillosos. En meriendas de pan y miel.

—A la Cuesta de la Media Fanega, Fernando.

Recordábamos los pájaros arrecidos. Las vetas violáceas de sus montañas.

—¿No vamos a Espartinas?

—¡Ni pensarlo! Don Pedro es una buena persona y un hombre honrado. Pero como oficinista, una calamidad. Al trabajo hay que ir a las ocho en punto. Nunca a la media mañana.

## CAPÍTULO XIV

Nuestro médico era ahora una eminencia. Un sabio encerrado en provincias de los que alcanzan reputación muy por debajo de sus méritos. Se llamaba don Estanislao del Campo.

Explicaba medicina interna en le Facultad sevillana. Era hombre de izquierda, caritativo y brusco. Su aparente sequedad ocultaba ternura sincera.

Me curó una pleuresía tan bien curada que años después sus colegas pretendieron que don Estanislao había equivocado el diagnóstico. A su entender, una pleuresía deja siempre rastro y mis pulmones no presentaban huellas.

Tuve, sin embargo, una pleuresía y don Estanislao me curó.

Mi padre le admiraba y no le admiraba. Quiero decir que le admiraba en teoría sin practicar sus consejos.

Contrajo una grave ciática que decidió combatir con baños fríos de asiento, de acuerdo con el artículo de una revista extranjera.

A las seis de la mañana, en pleno invierno, ya estaba dispuesta la bañera con agua, casi helada.

Mi padre aguantaba las bajas temperaturas con los dientes castañeantes. Veinte minutos. Veinticinco. Treinta. Hasta que sonaba el despertador.

Cada día estaba más tullido y don Estanislao no se explicaba la razón de su empeoramiento.

A mi madre se le planteó un problema de conciencia. ¿Debía decir al médico lo que sabía o permitir que continuase ignorándolo con riesgo evidente para la vida de mi padre?

Los dos hombres eran difíciles.

Finalmente, confesó la verdad.

Don Estanislao la escuchó atónito, dolido. Sin embargo, por no comprometerla, fingió no haberse enterado. Dejó de frecuentar la casa y envió, en su lugar, a uno de sus ayudantes con el pretexto de sus muchos quehaceres.

Mi padre, que ya tenía que arrastrarse hasta la bañera, continuó, impertérrito el tratamiento. Con una concesión. Elevó la temperatura del agua a 36 grados.

Auxiliado por un termómetro, media las calorías.

Las mañanas discurrían en un trasiego de cubos de agua caliente y cubos de agua fría que se iban mezclando con esmero.

Nunca logré saber, cómo se curó.

Para nosotros la Semana Santa, era una Semana Santa especial. Vuelta de espaldas.

Siempre veíamos las procesiones “de recogida”, cuando los “pasos” desfilaban sin horario fijo. En soledad completa.

Resultaba fascinante verlos surgir en el aire rodeados de velas encendidas en un silencio solo turbado por el quejido de alguna saeta.

Pilatos, por no perdé,  
el empleo que tenía,  
condenó al Hijo de Dios.

—¡El pobre! ¡Hay que disculparlo! Por no quedarse “parao”.

—Pero, condenar a un inocente...

—Tenía que mirar el pan de sus hijos. Si no lo hubiese mirado, hubiera perdido la colocación y se hubiera quedado cesante.

Cruzaba el Cristo de la Buena Muerte, camino de la Universidad, de espaldas curvadas por el dolor de la agonía, un lecho de claveles rojos alfombraba las piedras del Calvario.

—Ahora vendrá la Santísima Virgen de los Dolores con San Juan. El único que no abandonó a la pobrecita.

Llegaba Nuestra Señora con el corazón atravesado por siete cuchillos.

Era el desfile incesante de criaturas que habían vivido en Israel y dejaban en las calles sevillanas el reguero de las coplas que recordaban sus acciones.

—El peor fue Judas.

—Ese está condenado.

—¿Podía volverse atrás?  
—Podía. Pero tenía que hacerlo. Estaba escrito.  
—Y si estaba escrito, ¿cómo podía volverse?  
—Por el libre albedrío.  
—¿Pero si estaba escrito y tenía que hacerlo?  
—Estaba.  
—¿Entonces?  
—Que se calle esa niña con ese trabalenguas. Que se calle esa niña o nos volveremos locos.

El Domingo de Ramos las palmas rubias de Orihuela se agrupaban en el atrio de la parroquia del Salvador.

Había un Evangelio largo, de más de una hora. Los fieles escuchaban de pie mientras la muchedumbre se paseaba por el templo con la intención de admirar la escultura de Jesús de la Pasión.

Día amarillo. De mucho sol.

A medida que la Semana Santa avanzaba se producía un cambio sutilísimo en el ambiente. La luz derivaba hacia el morado y en la madrugada del jueves la tragedia alcanzaba su dimensión hasta oprimir físicamente a la ciudad.

Los nazarenos, silenciosos y extenuados, desfilaban con un largo llanto caliente de cera derretida.

Los sevillanos se agrupaban en las esquinas.

En espera del clarín anunciador de la Macarena.

Soldados de la guardia de Tiberio precedían a la Virgen con sus cascos relucientes, sus rodelas plateadas, sus medias rojas y más tuétanos de la ciudad del Betis, que lo fueron nunca del Trastévere.

En ocasiones íbamos a la calle Sierpes a presenciar los desfiles.

Los caballos de la “carrera” resbalaban cerca de nuestros asientos.

Mi madre recomendaba a Carmen.

—Tenga mucho cuidado con los caballos. Que las patas no vayan a lastimar a las niñas.

Olíamos a incienso. A laurel.

Un “trompeta” tuberculoso, del que se decía que tenía “mucho pecho”, echaba los pulmones por la boca en su deseo de sorprender a las multitudes. Los labios crispados, las cuerdas de

la garganta en tensión, arrancaba al instrumento un único y escalofriante quejido.

—Está tísico, *pasao*.

—El pobrecito se empeña. Pero esa corneta acabará con su vida.

La gente venía de lejos. De Zaragoza. De Albacete. De Ciudad Real. El cruce de las calles se volvía sofocante. Había que meterse en la muchedumbre y luchar, a brazo partido, con la marea humana.

Un caballero bajito protegía a una señora robusta.

—No tocármela ¡He dicho que no me la toquéis! Al primero que me la toque le rompo el alma.

Inesperadamente, mi padre decidía.

—Mañana nos vamos a Ronda.

—¿A Ronda? ¿En Semana Santa?

Nos metíamos en el Minerva y dejábamos Sevilla, enfrecida por el entusiasmo y la piedad.

En el Hotel Victoria encontrábamos un mundo de sosiego. Lo dirigía una inglesa, Mistress Low, y había sido refugio del poeta Rilke.

Las trompetas quedaban lejos. Y las marchas fúnebres que acompañaban las procesiones.

En el salón crepitaban las chimeneas.

Parejas de jubilados británicos jugaban al bridge.

Nadie alzaba la voz.

Un botones cuidaba del parqué con tal esmero que, si una persona dejaba huellas sobre la madera encerada, se precipitaba para borrarlas. Todo respiraba orden, calma, bienestar.

A las siete de la tarde, los caballeros cambiaban sus trajes de franela por el esmoquin y las señoras las faldas y jerséis por largos vestidos de gasas, bordados de mostacillas.

Mi madre hablaba un inglés vacilante, cuajado de pausas.

—*But...*

—*But, you...*

A nosotras nos divertía el balbuceo.

El lunes de Pascua regresábamos a Sevilla. Encontrábamos, de nuevo, las historias contadas por las criadas.

—A los señores del Palacio del Duque les nació un hijo negro.

Que vaya *usté* a saber dónde lo tendrán escondido.

La historia del hijo negro recorría la geografía española como un eco de ultramar. Siembre había un palacio —en Sevilla, en Asturias, en Madrid— habitados por indianos ennoblecidos con el drama del hijo de color.

No sé si nuestras criadas sabían más historias que las criadas de otras casas. O si nosotras fomentábamos sus relatos.

El caso es que cada una tenía la suya. Como cada esquina.

Cada patio. Cada jardín.

Y luego, había los nombres inquietantes de ciertas calles que jamás pude olvidar.

“Susona”, “Doña María Coronel”, “Cabeza del Rey don Pedro”.

—Se echó a la cara un caldero de aceite hirviendo. Doña María Coronel.

—El rey estaba loco por ella. Y como doña María era una viuda decente que no quería pecar, se encerró en clausura.

Pero don Pedro la avasalló y llegó a la cocina. La señora, no sabiendo qué hacer, se echó el caldero a la cara.

—Todos los años enseñan su momia en el Convento donde está enterrada. Con la cicatriz que la marcó.

Por aquella puerta salía don Pedro del Alcázar, las noches que iba en busca de su querida.

—Susona era una hebrea más guapa que La Sultana. Ahí mismo vivía. A la vera del Callejón del Agua.

Calles de Bustos Tavera. De Miguel Mañara.

—El Tenorio “está sacado” de don Miguel. Su tumba es la de la puerta de La Caridad. Quien entra y sale pisa su sepultura.

—Los señores de La Maestranza son Hermanos de la Caridad. Cuando mueren se entierran en limosna. Llevan una caja de pino como el pobre más pobre.

—Los toros de Mihura tienen malas intenciones.



CÓRDOBA





## CAPÍTULO XV

Eran varios los patios del colegio. El primero mostraba la estatua de San José Calasanz con su niño cogido de la mano.

El segundo, plantado de naranjos, estaba reservado para recreo de las monjas que se paseaban bajo sus arcos barrocos, pintados de amarillo.

En el último patio no crecía ni la yerba. Ni tan siquiera los jaramagos. Había un pozo con brocal de hierro y la tierra gris, mil veces pateada por las colegialas.

Las medianas se ponían muy derechas. Se les estaban hinchando los pechos al tiempo que les nacía un bello delicado bajo los brazos. Se sentían importantes.

También se sentían importantes las que habían cumplido trece años.

Los trece años era una edad crucial. En la que sucedían cosas escalofriantes.

—Ya he cumplido trece años. Dentro de poco tendré... el mes.

—Me puse mala durante las vacaciones. Ahora me pongo mala todos los meses. Mi madre me dijo: “Esta niña no se debe enfriar”. Por eso me compraron medias largas.

Otras usaban sostenes y se referían al detalle con orgullo.

María Luisa no se ponía mala.

Yo quería que ella, que ya había cumplido trece años, se pusiera mala. Que fuese como las demás.

A la hora de la comunión y por las tardes, cuando el sacerdote bendecía con el Santísimo y se cantaba el *Tantum Ergo*, pedía siempre lo mismo:

—¡Señor! Que mis padres se quieran. ¡Dios mío! Que mi padre quiera a mi madre. Que mi hermana María Luisa sea una niña como las otras.

Lo de “ponerse mala” era un secreto a voces. Cada niña contaba cómo le había sucedido.

—Me desperté y vi una mancha de sangre en la sábana. Mi madre dijo: “No hay nada que asustarse. Es natural”.

Otra decía.

—Yo no tuve que contárselo a mi madre. Se lo dije a mi hermana y ella fue y me dio todo. Las mismas cosas que usaba.

Una tercera señalaba que ni siquiera se había enterado.

—Ni siquiera me enteré. Estábamos en El Gran Capitán. Llevaba un vestido rosa. Pasé mucha vergüenza.

Se erguían. Levantaban las cabezas y sacaban los pechos.

Las demás estábamos rasas. A mí no me importaba estar rasa. Pero quería que María Luisa fuese como las otras.

La miraba muy fija. A veces me parecía que algo estaba cambiando en ella.

Le salieron granitos en la cara. Barrillos.

Uno de aquellos granitos se rompió y dejó, junto a su boca, una costra parecida al hojaldre.

Fui mala.

Recuerdo que le dije... ¡Oh sí!, lo recuerdo muy bien...

—Tienes un hojaldre al lado del labio.

Se lo dije con burla. Para burlarme de ella.

Mi hermana me miró con su mirada dulce. Aquella mirada suya de madrecita y reconoció sin enfadarse.

—Estoy hecha un adefesio.

No era verdad. Solo que no estaba tan bonita como de costumbre.

En las vacaciones estrenamos unos trajes color verde manzana, con muceta y plisado bajo la muceta.

Eran los trajes “buenos”. Unos trajes muy bonitos que mi propia madre había cosido.

Ella seguía con sus vestidos color avellana y no se pintaba los labios. Nunca se hacía trajes nuevos.

La madre de Julia Navarro resultaba fascinante. Parecía una mujer de figurines. Su color preferido era el rosa palo y se ponía sombreros de copas muy altas, encajados hasta las cejas. Rubia, arrogante, muy parecida a la reina Victoria.

Mi madre siempre vestía color avellana. Sin embargo, cuando la veíamos llegar con su traje color avellana, corríamos

hacia ella y nos apretábamos contra su corazón y la besábamos muchas veces, como si temiéramos perderla.

Un día, poco antes de las vacaciones, vino de Sevilla para sacarnos del colegio.

Las monjas la sentaron en el estrado de la clase, donde tenían lugar los exámenes, que nada tenía que ver con los del instituto, en los que siempre sabíamos las respuestas.

Las monjas lo celebraban, para “quedar bien”, con una madre provincial, que visitaba el colegio en aquellas fechas.

Las niñas, al ver a una desconocida, se pusieron nerviosas.

Abrían la puerta de la clase. Se daban codazos. Retrocedían.

—¡Dios mío! Hay una señora en el estrado.

—Yo no me examino.

Nosotras, las tranquilizábamos...

—Es mamá. Es mi madre.

Y con ello creíamos que nadie podía sentir vergüenza. Y mucho menos miedo.

Durante el tiempo que vivimos en el colegio de Córdoba apuntábamos por las noches los días que faltaban para las vacaciones.

Hacíamos una cruz sobre las fechas y las cruces se convertían en los días que nos habían robado estar con nuestra madre.

De noche, en mi “camarilla”, intentaba recordarla.

Tenía mucho miedo de perderla. Y luego sabía que mi padre no la quería. Era terrible saberlo.

Rosario dormía en la camarilla vecina. Para vernos alzábamos el lienzo que nos separaba, a pesar de estar prohibido.

Rosario era morena con el cabello rizado y un “pico de viuda” en la frente.

Recibía cartas de un hermano suyo, guardiamarina de la Escuela Naval de San Fernando y nos consolaba que tuviese el mismo horario que nosotras. Se levantaba también a las seis y media y se pasaba el día estudiando.

Rosario no tenía madre. Ni padre.

Parece difícil decir: “No tengo padre ni madre”.

Ella lo decía.

—No tengo padre ni madre. Somos catorce hermanos y cuando mis padres murieron nos repartieron entre la familia. Para el más pequeño no quedó ningún tío.

Yo me fui con la hermana de mi madre que siempre está nerviosa. Su marido es muy bueno. Él me buscó esta beca.

Rosario era una “beca”.

Las monjas decían.

—Ustedes, “las becas”, que tienen tantos motivos para estar agradecidas, deberían ser las primeras en dar buenos ejemplos.

—Mucho orgullo me parece que trae usted para ser una “beca”.

“Las becas” no debían reír en clase. Ni hablar en las filas. Ni portarse mal.

“Las becas” no eran niñas diferentes. Solo que se sabía que eran becas, porque las monjas lo decían.

Rosario era de buena familia. Una “beca” de muy buena familia. Una aristócrata. Había otra “beca”, hija de un periodista que siempre llevaba los babis remendados.

La monja que nos daba clase se llamaba sor María del Santísimo Sacramento. Era culta, enseñaba bien y la queríamos mucho. En realidad, la hubiésemos querido mucho más si no hubiera estado diciendo en todo momento a las “becas” que no hicieran esto y lo otro. Que parecía mentira que siendo como eran, unas “becas”, hicieran esto y lo otro.

Más tarde, en la universidad, aprendí que ser beca era el título de mayor prestigio que se podía tener.

La madre María vigilaba el estudio.

Se quedaba observando a las niñas sentadas en los pupitres y de repente preguntaba:

—¡Vamos a ver! ¿Es que las medianas no tienen pudor? Cierren las piernas. En este momento les estoy viendo más de medio muslo.

Las medianas éramos su pesadilla.

Yo era una mediana. Como las otras.

Los domingos de sol nos llevaban a una huerta de naranjos, deliciosa, situada muy cerca de las ruinas de Medina Azahara.

Caminábamos en fila, de dos en dos, y las mayores se citaban con sus pretendientes, que les esperaban en las esquinas por verlas pasar.

Algunas medianas también tenían pretendientes. Niños de pantalón cortos y medias “sport”. Resultaba emocionante.

En general las medianas, rasas de pecho, no causábamos impresión. Pero había excepciones. Rafaelita Cabanás era una de ellas. Guapa, espigada, coleccionaba admiradores. Incluso se susurraba que sor María del Santísimo había querido expulsarla del colegio porque tenía novio “formal”.

Cuando cruzábamos el puente que dejaba Córdoba a nuestras espaldas aparecía un gran edificio, con esta inscripción: “Vañó. Muñón. Y Compañía. Fábrica de aceites y de aceitunas”. Pilar Vañó, hija del propietario, estaba interna en nuestro colegio. Había nacido en Baeza.

En el colegio había niñas de Lucena, de Puente Genil, de Úbeda, que sufrían añoranzas de sus pueblos. Cuando salíamos a pasear aseguraban que Córdoba no tenía punto de comparación con ellos.

Había un pueblo con nombre de persona. Se llamaba Pedro Abad.

En la huerta de las monjas crecían los geranios. Para hacernos fotografías, las monjas permitían que nos adornásemos las cabezas con ellos.

Almorzábamos tortillas de patata y naranjas. Eran días felices.

En ocasiones, las monjas recibían la visita del capellán y se ponían muy contentas, le daban café con leche, acompañado de bizcochos. Luego, sentadas a su alrededor, escuchaban lo que el sacerdote les contaba.

La hija del periodista, la beca que no tenía madre y si una madrastra y muchos hermanos, comentaba.

—Debían tener cuidado. Después la gente cuenta lo que quieren.

Aquella beca era pobre.

Ni siquiera había podido quitarle el babi negro del luto de su madre. Seguía llevando el babi negro, a pesar de que su padre se había vuelto a casar. Cuando los sábados recibía la ropa limpia, sentía vergüenza de que viésemos las sábanas remendadas.

Rosario también tenía las sábanas remendadas. Pero a Rosario no le importaba.

Siempre hablaba de sus hermanas gemelas, las que vivían en Madrid con otros tíos.

Alguna niña explicaba.

—Los tíos de Rosario son duques. Mi madre me ha contado que, si su tía no fuera tan nerviosa, Rosario no tendría que ser una beca.

Las niñas, cuando salían los domingos, contaban cosas fantásticas.

—Mi madre se ha cortado el pelo, a lo “garçón”.

—Mi tía se ha hecho la permanente.

—Dio cinco duros para pagar la *misamplis* y luego dijo: “Quédese con la vuelta”.

Si la Feria se aproximaba, hablaban de las Casetas.

—La modista de mi hermana ha dicho que este año las Hoces estrenarán modelos de París.

—Vendrán caballistas de Priego, de Andújar, de Jerez.

—Beberán champán helado. En la feria pasada una de las de Hornachuelos bailó el charlestón.

—“Camará” estaba con ellas. El torero “Camará”.

Nos encontrábamos en un rincón de la huerta, en una especie de placita rodeada de naranjos.

Algunas mayores se habían escapado, para ver “a los niños” que, según se decía, estaban subidos en las copas de los árboles.

La tarde era muy hermosa.

La monja que vigilaban a las internas nos había reunido. Todas llevábamos amapolas en los cabellos.

Habíamos comido naranjas, cogidas directamente de los árboles y todavía quedaban naranjas en los bolsillos de nuestros babis. Flotaba un perfume fragante.

La monja propuso.

—Voy a escoger a la niña más guapa de la reunión. A la más guapa de esta tarde.

Me miraba.

Yo no podía creerlo.

Estaba lisa y rasa. Y había medianas con tirabuzones rubios. Y mayores de largas trenzas morenas. Y aquellas otras que ya usaban sostenes.

—Voy a escoger a la que me parece más guapa. Sinceramente. De todo corazón.

Me miraba. El naranjal esparcía su penumbra olorosa.

Cuando me señaló, no podía creerlo. Las otras niñas tampoco.

Estábamos asombradas.

Nunca he podido olvidarlo.



## CAPÍTULO XVI

Me despertaba en medio de la noche. Las campanas de la Mezquita volteaban.

Al otro lado de la cortina se oía la respiración de Rosario. Mi “camarilla” carecía de ventana, de modo que no quedaba otro remedio que ir al cuartito. Como si lo necesitase.

Saltaba de la cama y cruzaba el dormitorio por un extraño pasillo formado con sábanas.

En el cuartito la ventana estaba abierta de par en par. Había cubos repletos de agua y hojas de periódicos colgadas de un garfio.

Julia decía que aquello no estaba bien. Que debíamos usar papel higiénico.

Por la ventana se divisaba un trozo de cielo. Pequeño. Lejano. Cuajado de estrellas.

Había silencio. Sobre todo, cuando las campanas de La Mezquita callaban, después de marcar las medias horas.

El único sitio para sentarse era la tapa. Así que me sentaba en ella con las piernas encogidas, arrebujada en el camisón.

El cielo quedaba lejos.

¿Estaría muerta mi madre?

Me desvelaba su recuerdo. Sus ojos celestes cuajados de lágrimas. Aquellos ojos, enrojecidos, de algunas mañanas. Brillantes de haber llorado.

Resultaba angustiioso permanecer en el cuartito con la ventana dejando pasar el cielo de Córdoba sin poder ir hasta el Sevilla.

Mi madre necesitaba protección. Estaba muy delgada. Margarita era demasiado pequeña para ayudarle.

Otras veces me preguntaba.

—¿Y yo? ¿Qué hago? ¿Por qué he nacido?

Volvía al dormitorio. Encontraba la cama fresca. Las sábanas frescas. Al otro lado del lienzo, Rosario se movía con un suspiro prolongado.

Recostaba la cabeza en la almohada, cerraba los ojos y me quedaba dormida.

Al instante un golpe terrible me desencajaba las sienes.

Era la campanilla que agitaba la monja del dormitorio. Su voz aguda, gritando, a todo pulmón.

—¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima! He dicho.

—¡Vamos! No se retrasen las medianas.

Mi colchón tenía un hoyo en el centro. Cada día se hacía más profundo.

No tenía fuerzas para alzar el colchón en vilo, como hacían las niñas de Puente Genil, que cogían el colchón entre los brazos y lo dejaban caer saltando sobre los muelles.

Sin perder un momento, estiraban las sábanas, las mantas, la colcha, las almohadas.

La cama quedaba magnífica, esponjosa. Con su buena joroba en lo alto.

Yo no podía mover el colchón.

La monja del dormitorio se disgustaba.

—Ese colchón se está convirtiendo en una cunita. Mañana deshará la cama cuantas veces sea menester. Hasta quedar bien hecha.

Llegó de Sevilla una carta. Había nacido un niño y le habían puesto de nombre José. No podíamos creerlo. Estábamos en el recreo cuando nos llamaron al despacho de la superiora. La Madre nos dio la noticia. No podíamos creerla.

María Luisa se puso muy contenta. Elena se puso muy contenta. Yo también.

Había nacido un niño... en nuestra casa ahora podíamos decir:

—En casa hay de todo: niños y niñas.

Los árboles aparecían cuajados de azahar. Había flores de azahar en los árboles. Incluso en los naranjos salvajes.

Mi madre escribía.

“El niño es muy gracioso. Se parece a Margarita. Nunca llora”.

El tren de Córdoba a Sevilla salía a la media noche. El aire se volvía cuchillo. Pero nada importaba ante la indescriptible alegría de las vacaciones.

Por las ventanas del vagón, cruzaban los castillos cristianos levantados a lo largo del Guadalquivir. De cuando el campo de Córdoba era, todo él, una frontera.

En nuestra casa, la mesa del comedor, el día de Navidad, resplandecía. Se trataba de una fiesta que mi padre cuidaba con cariño y generosidad. Había pavo, foie gras francés, lengua escarlata, salchichón de Vich y champán. Todo excelente.

El ingeniero de turno estaba invitado a la casa. Llegaba puntual y permanecía silencioso, sin saber qué hacer con las manos. Era la primera vez que venía a casa de su jefe.

El día había sido de alegre ajeteo.

Primero, habían tenido que ocuparse de la cena. Y enseguida, de la cristalería, los manteles, las servilletas, los cubiertos.

Nunca había bastantes servilletas.

Mi madre compraba varios metros de damasco que convertía en servilletas al ritmo mágico de la máquina de coser. La tarea le entusiasmaba pensando que, de este modo, completaba su siempre escasa lencería.

Entonces no había costurera. Más tarde la hubo. Una mujer de la que no puedo recordar su nombre. Recuerdo sus manos ágiles y el crujido de la aguja al rozar el dedal. Una criatura excelente que siempre estaba tomando bicarbonato. Murió en el hospital de Sevilla años después. De un tumor maligno.

Fui a verla con mi madre, a la sala general y el olor a éter estuvo a punto de acabar con mi estómago. Agradeció nuestra visita y relató su operación, sin dejar de sonreír.

—¿Se acuerdan ustedes del bicarbonato que tomaba después de las comidas? Este es el resultado.

Señalaba su vientre abultado.

A la salida, la persona que le acompañaba confió.

—La pobrecita se muere. Ni siquiera han podido operarla. Le abrieron y la volvieron a cerrar.

Recuerdo su sonrisa y sus manos. Pero no puedo recordar su nombre.

Margarita vivía una existencia propia.

Se refugiaba en el rincón más alejado de la azotea, y allí pasaba las horas. Con su “Pepe” de barro.

En una caja de zapatos guardaba cuentas de ámbar, lagartijas disecadas, punzones, flores de adormideras.

Antes de morir, las lagartijas corrían de un lado para otro. Cuando se morían, mi hermana las embalsamaba y les hacía entierros suntuosos, en los que aparecían recostadas sobre pétalos de geranios.

El cerebro de Margarita hervía.

Soñaba con la Historia Sagrada. Con las princesas incas. Con Egipto. Sobre todo, soñaba con Egipto.

Tenía una cicatriz en la barbilla, una marca semejante a la del ganado, la niñera de Pepe:

—Me salió un carbunclo en la cara, y mi padre, que en gloria esté, determinó: “O la señalamos para siempre o se muere”. Pusieron un hierro en las candelas y quemaron el carbunclo. Mi Jiménez se desmayó. Mi Jiménez es mi hermano más chico, el único que no tiene nombre. Creyeron que me moría, pero no me morí, y aquí estoy, con esta cicatriz que me iguala a la de la canción:

Por la mancha que tengo en la frente,  
murmura la gente  
que soy pecadora...

Desentonaba.

Al principio parecía que todo iba bien. Sin embargo, enseguida desentonaba.

La mecedora se movía con ella. Pepe, el niño, también. Dormido en sus brazos.

—En mi pueblo, las heridas enconadas las curan con nidos de golondrinas. La sangre “se para” con telas de arañas. Los dolores fuertes se alivian con tórtolas colocadas en la misma boca del estómago. Partidas en dos.

De noche, cuando me acordaba de mi madre, lloraba. Rosario alzaba la cortina.

—¿Qué te pasa? Yo no tengo madre y no lloro. Tampoco tengo padre.

En las vacaciones de Semana Santa las monjas nos llevaron a ver las procesiones al balcón del palacio de los tíos de Rosario.

El pariente de una niña presenciaba el desfile en la calle. Al descubrirnos, gritó a la monja que nos acompañaba.

—¡Vamos! ¡Madre! Deje que las niñas se asomen. Que lo que se han de comer los gusanos lo disfrutemos los cristianos.

Dijeron que era de Bujalance.

Los domingos no teníamos esperanza y mucho menos los jueves.

Por eso nos sorprendió el aviso de la portera diciendo que teníamos visita.

Fuimos al salón.

Nos encontramos con tío Fernando.

Tío Fernando era primo de papá. Vivía en Barcelona. Bajito y muy cariñoso, estaba casado con una mujer guapísima de la que mi madre aseguraba que no había visto nunca criatura más simpática.

Residían en una torre importante y todos los años cambiaban de automóvil.

La mujer de mi tío pretendía que un automóvil solo podía durar una temporada. Su lenguaje parecía de otro mundo.

Tío Fernando esperaba en la penumbra del salón con una caja de bombones maravillosa, de tres pisos. Venía de Sevilla y había prometido a nuestros padres que nos visitaría a su paso por Córdoba.

Recuerdo que repitió el gesto varias veces durante el tiempo que permanecimos en el colegio, lo que era muy de agradecer. Tenía las tardes libres y hubiera podido pasarlas en el cine o sentado en la terraza de un café del Gran Capitán. Pero era tan bueno que se sacrificaba y venía a visitar a unas niñas desconocidas y, por si fuera poco, nos traía bombones.

Mi madre quería mucho a tío Fernando. Mientras vivió se conservó nuestra familia. Daba consejos acertados a mi padre, procurando dulcificar su carácter.

Un día apareció con él. Nos sacaron del colegio y cuando papá comenzó a examinarnos de la tabla de dividir y quiso saber si conocíamos la raíz cuadrada de ocho, mi tío cortó en seco sus preguntas.

—¡Vamos! ¡Deja a tus hijas en paz! Hoy están de vacaciones.

Había comprendido que se trataba de un día extraordinario y que no podíamos volver al colegio y contestar a nuestras amigas.

—Pues nos preguntó por el común divisor. Luego nos hizo recitar la tabla de multiplicar. La del nueve. Y más tarde, los nombres de los Reyes Godos.

Mi padre nunca nos llevó a la Mezquita.

La Mezquita de Córdoba era un misterio. Las niñas no se cansaban de hablar de ellas. Sabíamos que estaba rodeada de naranjos. Que el río discurría muy cerca. Que todavía guardaba el altar de los árabes, orientado hacia La Meca.

La Mezquita encerraba un bosque de columnas rosas y caminos de arcos bellísimos. Las niñas de Córdoba aseguraban que era una de las Siete Maravillas del mundo. Para mí, la Mezquita significaba una campana en la noche.

En el colegio había una niña que venía de Sevilla, del Sagrado Corazón de Jesús.

Contaba que sus padres la habían mandado a Córdoba, a causa de una alegría producida por la ciudad, y apenas disimulaba su descontento.

Lamentaba, sobre todo, que no rezásemos en latín y no hiciéramos la reverencia en “seis tiempos”.

—En el Sacré Coeur rezábamos en latín y hacíamos la reverencia en seis tiempos. A las infantitas la recibíamos en la puerta del Colegio con la reverencia de Corte que era, más larga, que la reverencia en “seis tiempos”.

Se notaba el disgusto que le causaba el Colegio de Córdoba donde no había infantitas y por el contrario había “becas”.

Las “becas” le sacaban de quicio.

—Esto de las becas es horrible. Parece de colegio gratuito.

—En el Sacré Coeur hay mucha disciplina. Cuando se representan las comedias, no se mira al escenario. Las niñas se colocan a lo largo de la pared, frente a la reverenda Madre, de espaldas a la función. Está prohibido volver la cabeza.

Algunas veces entendíamos el argumento; otras no. Si “nuestra Madre” daba permiso, podíamos inclinarnos un poco, nunca completamente, para no darle la espalda.

Las monjas decían que las alumnas del Sacré Coeur teníamos que diferenciarnos de las niñas de las Hermanas de la Caridad.

Las del colegio de Córdoba escuchábamos incrédulas. Parecía imposible que se pudiese asistir a una función sin ver lo que sucedía en el escenario.

—Las vacaciones me daban mucha pena. ¡Dejar mi colegio para ir a casa!

—En el Sacré Coeur no teníamos recreo. Solo cinco minutos de jardín, para estirar las piernas. “Los medallones” eran la máxima recompensa. Si me hubiese quedado en Sevilla, ahora sería “medallón”.

Nunca supimos si hablaba en serio. Hasta que un día Rafaela Cabanás le cortó en seco.

—Las infantitas de Sevilla no han sido alumnas del Sacré Coeur. Fueron alumnas de las “Irlandesas” de Castilleja.

Los monaguillos eran criaturas importantes. Sobre todo, el que manejaba el incensario.

Daba gusto verlo lanzar al aire, las cadenas del braserillo plateado y balancearlas a lo largo del altar esparciendo nubes olorosas. El gesto dejaba una niebla sagrada entre El Santísimo Sacramento y el resto de la cristiandad.

Con frecuencia las monjas cambiaban de monaguillos. Sucedió cuando les nació bozo en el labio superior y adelgazaban hasta el delirio. Pálidos y macilentos, se desentendían del símbolo de su alta jerarquía para mirar de reojo a las medianas de las filas primeras.

Les sustituían niños rubios que solo vivían para defender sus derechos sobre el incensario. En ocasiones, durante la bendición o en plena misa, estallaba la sorda rivalidad que los dividía. Un monaguillo de segunda clase intentaba apoderarse del objeto plateado a través de pellizcos y patadas disimuladas.

Conseguido el objeto, agarraba el incensario. Abría de golpe la tapa y el vencido debía presentarle la cuchara colmada de hierba olorosa. Cerraba el brasero. Recogía las cuatro cadenas y lanzaba el incensario a los aires con gracia particular tan alto como podía, en balanceo escalofriante que dejaba tras sí un reguero perfumado.

Los monaguillos de Córdoba eran tan listos que podían dominar en un momento los impulsos peligrosos de aquel vaivén.

El andar con fuego otorgaba responsabilidades.

Encender y apagar velas. Transmitir la llama del pabito a palmatorias y candeleros. Hasta que un día desaparecían para siempre.

Las medianas sufrían su ausencia. La mayoría de las medianas estaban enamoradas de ellos.

Los sacristanes llevaban sotanas remendadas, manchadas de cera.

El sacerdote era como un Dios. Lejano. Respetado.



## CAPÍTULO XVII

El instituto de Córdoba tenía patio-jardín y aulas llenas de sol. El calor sofocaba.

El instituto de Sevilla tenía patio de tierra húmeda ablandada por el riesgo y paredes manchada. Tenía también varios patios de losas reverberantes y una verja en la fachada exterior que cobijaba los arriates donde crecían las adelfas.

Las aulas de los dos institutos aparecían desconchadas. Las maderas de los pupitres apuñaladas por nombres y corazones.

En los retretes el hedor repelía. La primavera se convertía en un martirio. Entre las vacaciones y el encierro estaba aquel tiempo infernal representado por los exámenes. Álgebra. Trigonometría. Latín.

A medianoche me despertada sobresaltada y me ponía a repasar los temas. Sin poder encender la luz.

El calor sofocaba.

En las aulas del instituto de Córdoba los niños, perdida su arrogancia del invierno, entraban y salían con las caras descompuestas.

Eran seres extraños dominados por bedeles, que habían adquirido importancia insospechada al trasegar, llenos de altanería, las paletas de aprobados y suspensos.

El calor sofocaba.

La monja aparecía en “la camarilla” con el hisopo del agua bendita y esparcía una lluvia sagrada sobre mi cama. Como si realizase un exorcismo.

Una noche comprendí que no podía soportar su mirada y a partir de aquel momento decidí hacerme la dormida.

Entraba con el hisopo dispuesto y hallaba mis ojos cerrados, sumida en un falso sueño profundo.

La sentía quedarse unos segundos acechando mi respiración.

A veces, se le escapaba este comentario.

—¡No es posible! No puedo creer que se haya dormido tan pronto.

Yo dominaba mis músculos para que ningún gesto me traicionase.

No recuerdo su cara. Ni la razón de mi repulsa.

Se trataba de una vigilante de dormitorios a la que se perdía de vista el resto de la jornada.

La hora de la Bendición tenía su encanto mágico.

Era el momento de los buenos propósitos, de la lucidez mental, de las promesas sinceras. Tan conmovida estaba que no me atrevía a mirar de frente al Santísimo Sacramento.

El sacerdote alzaba la Custodia. Los monaguillos comenzaban a repicar. El incienso se esparcía.

Suplicaba al Señor la paz de mi casa. Que mi padre quisiera a mi madre. Que todos los hermanos estuviésemos juntos. Que ninguno se fuera de nuestro lado.

Me sentía insignificante. Menos que una piedra del campo. Pero deseaba ser buena y salvarme.

Se comprendía que Dios estaba allí, frente a los ojos. Cristo andaba por el mundo, curaba enfermos, resucitaba muertos. Echaba del templo a los mercaderes.

Cristo, de carne y hueso, con una madre, María, Cristo, por las calles de Israel con su lenguaje fascinante de hora tercia, denarios, hijos pródigos, mujer adúltera, “sepulcros blanqueados”.

Cristo muerto en la cruz. Y aquella frase estremecedora de su agonía:

—“Estoy exprimido. Como el racimo prensado por primera vez”. Y la Resurrección. Y el quedar en La Trinidad, con el Padre Eterno y la Paloma del Espíritu Santo.

Encarnación había nacido en Marchena.

Robusta, de dientes magníficos y manos parecidas a raíces, tenía la piel curtida por las lejías.

Encarnación se apellidaba Parra.

Todos los días, antes de salir el sol, fregaba los despachos de la Empresa de mi padre. Más tarde, hacía el lavado de nuestra casa.

Cuando se despedía la cocinera, Encarnación “se metía” en la cocina.

Era una mujer dispuesta que nunca parecía cansada.

De noche volvía a su casa por culpa de su hijo Pepe que ella llamaba de un solo tirón, “Mipepe”.

A fuerza de trabajar, Encarnación lo ganaba bien.

Tenía su mantón de espuma negra que unas veces estaba en el Monte de Piedad y otras fuera del Monte, según “Mipepe” hubiese gastado dinero. O no lo hubiese gastado.

El Pepe de Encarnación era un hombre antipático. Un “malange” que se las daba de señorito y no apreciaba a su madre como debía.

Encarnación lo adoraba.

Siempre estaba refiriendo “las cosas” de su hijo en un tono que lo mismo podía resultar de alabanza que de crítica.

—Es un sinvergüenza que no le gusta el trabajo. Pero gracia, la tiene el alma mía. El sábado, sin ir más lejos, se fue al Kursaal con Guillermo Pickman, vestido como un marqués. Había cobrado el jornal y allí se plantó a tirárselo con alguna querendona.

Me llegué a la puerta del Kursaal. Lo estuve esperando toda la noche. A la madrugada salió, muy “bien puesto” de vino. Entonces me acerqué y le pedí con una voz humilde.

“Señorito. Tenga caridad. Que todavía no he cenado”.

“Mipepe” me miró. Metió una mano en el bolsillo y me entregó un duro. Con un talante que me alegraría que lo hubierais visto. Parecía un rey.

—¿Y no le dio usted una guantada?

—¿Una guantada a mi hijo? Como se nota, muchacha, que no sabes lo que es tener un hijo.

Encarnación vivía en Triana, en un cuarto que se asomaba al río. Desde su azotea dominaba el Guadalquivir, la Torre del Oro, el Giraldillo. Un lugar privilegiado cuajado de ventanas florecidas.

Los barcos que llegaban de Sanlúcar se cruzaban con las gabarras que descendían de Alcalá.

Cuando las campanas de la Catedral volteaban, el aire se llenaba de música.

Los claveles del “señorito” crecían en las macetas y de sus pétalos, multicolores, se decía que estaban enamorados. Criaba también la dama de noche, y una flor misteriosa conocida como Pasionaria. En su cogollo se distinguían los puñales de María Santísima, la corona de espinas de Jesucristo y los tres clavos de la Cruz del Redentor.

Si en el invierno había soplado el levante, nacían, entre las grietas de los muros, jaramagos mezclados con las espigas.

Encarnación tenía zarcillos de corales, gargantilla a juego y una peineta de “oro bajo”. De cuando crio a la hija de los señores de Rojas.

Los días que Encarnación enseñaba sus filigranas se ponía triste, porque se acordaba de Cabello.

Cabello no era un pelo de su cabeza, como se pudiera creer, sino el padre de “Mipepe”.

—Cabello me quería desde que tuvo uso de razón. Pero mi pobrecito padre, que Dios haya perdonado, me dijo terminantemente: “Antes te quiero muerta que casada con ese hombre”.

Cuando se fue a servir al rey, sentó plaza de soldado y le mandaron al “moro”.

Estuvo fuera de Marchena mucho tiempo y ni se acordó de mí ni me puso una sola letra. Pero yo, no bien salían los hombres al campo, se me ponía Cabello en el pensamiento y no podía evitarlo.

—“A no pensar en tonterías y a limpiar y a guisar” —decía mi madre—. “Que es menester que te hagas una mujer de provecho”.

Yo tenía a Cabello en el pensamiento y como era la guerra de Melilla, y lo habían mandado al “moro”, pensaba que podía estar muerto y enterrado.

“A coser y planchar. Y a no pensar en tonterías”.

Si me mandaban a un mandado, vamos a poner, agachaba la cabeza. Hincaba los ojos en las losas de la calle y no miraba ni a un lado ni a otro.

Llegaba a la tienda y hacía el mandado.

—“Deme un pedazo de jabón. O una botella de lejía. O cuatro arenques”. Lo que mi madre había dicho. Pero ni miraba a la derecha ni miraba a la izquierda. Como si me faltaran los ojos.

Y eso que en el pueblo tenía fama de buena mujer. Porque en Marchena gustan las “jaquetonas” y yo, sin despreciar a nadie, estaba lo que se dice, “cantúa”.

Volvió Cabello del servicio y, el mismo día, me buscó.

—“Encarna, sé que no has mirado a nadie. Si me quieres, vente conmigo. Y si no, tal día hizo un año”.

Me fui con Cabello.

Mis padres no quisieron oír el santo de mi nombre y pregonaron que para ellos había muerto.

Cuando “Mipepe” nació, me coloqué de ama de cría en casa de Rojas. A la señorita Rosario, esa tan guapa, le di el pecho, al mismo tiempo que a “Mipepe”. Leche no me faltaba. Tenía más leche que un ama de Bollullos.

Al acabar la crianza, Cabello se casó conmigo. En la noche de boda se me quedó muerto en la cama. Ni a suspirar le dio tiempo. ¡Aquel hombre que parecía un árbol!

Cerré la puerta y, como tenía comprada cal, fui y encalé la sala. Fregué el suelo y amortajé a Cabello. Cuando todo lo tuve dispuesto, abrí la puerta de la calle y me puse a llorar. Como una Magdalena.

Las vecinas vinieron a consolarme y se hicieron lenguas de lo limpia que tenía la casa. De lo primoroso que estaba amortajado Cabello. Le había puesto el uniforme de gala, de cuando sirvió al rey. Hasta guantes llevaba el alma mía. Parecía un cromo.

Mis padres me perdonaron. Y como me había quedado sin la sombra de un hombre volví a Sevilla.

Los Rojas me buscaron casas para asistir. Fui saliendo adelante. A “Mipepe” nunca le faltó ni gloria. El día de su primera comunión parecía un príncipe. Hasta el pan me he quitado de la boca para que él lo comiera.

Aprendió a leer y a escribir. Porque —la verdad sea dicha— tendrá sus faltas, pero listo es un rato.

Los Salesianos me dijeron que llegaría a donde quisiera. Que partía un pelo en el aire y, después de partido, lo volvía a partir.

“Mipepe” fue siempre un buen hijo. Hasta el punto y hora en que llamaron a su “quinta”. Ese día se torció.

Hasta entonces, si yo le daba, vamos a poner, un poco de chacina, él me compraba una galleta de helado. Pero llamaron a su quinta y todo se torció. Volvió del cuartel, más blanco que unas panochas.

—“¿Por qué no me ha dicho usted que soy un hijo de puta?”  
—preguntó mirándome a los ojos.

—“Hijo de puta, tú, que has tenido una madre más *honrá* que María Santísima”.

—“Sí. Hijo de puta, yo. Que los papeles no mienten”.

Me dio una hoja donde se leía.

“José Parra Hinojares. Hijo de Encarnación Parra Hinojares y de padre desconocido”.

Cabello, con aquella muerte repentina, no le había reconocido.

Di “los pasos” para arreglar los papeles. Muchos pasos. No quería que “Mipepe” pasase por un bochorno que no le tocaba.

Pero como los muertos no hablan y Cabello no podía salir de su tumba para pregonar que “Mipepe” era su hijo, por mucho que relaté lo que había pasado, no me creyeron.

“Mipepe” tampoco me creyó.

Se metió en sí y ni quería comer. Contaba que, en el cuartel, los sargentos se cachondeaban de los quintos que no tenían padres.

Después del servicio dio en cavilar que era hijo de un señorito. Dejó de trabajar. Pero ya ves lo que son las cosas. Mucho tengo padecido. Muchas lágrimas he derramado por ese hijo. A pesar de todo, ¡bendigo la hora en que lo eché al mundo!

Durante la Guerra Civil, “Mipepe” desapareció.

—¿Y *tu* Pepe, Encarna?

—Vete a saber, niña, dónde estará “Mipepe”.

Había dejado la sala que se asomaba al río para vivir en una chabola del Cerro de Águila. Un rincón retirado donde nadie la conocía.

“Mipepe” se había comprometido al 18 de julio. De boquilla. En realidad, estuvo metido en la cama mientras sus compañeros se jugaban la vida en las orillas del Guadalquivir.

Su fanfarronada, sin embargo, lo tenía señalado.

Desapareció. Fue a esconderse en algún lugar de los alrededores de Sevilla.

En la primera Navidad de la guerra, Encarnación no durmió en casa. Asó un pavo y preparó un canasto de polvorones y mazapanes. A la noche, sin papeles ni salvoconductos, se fue, a campo traviesa, hasta el refugio de su hijo.

Volvió muchas veces. Siempre que hubo menester.

Aunque le dieron seguridades de que su Pepe no figuraba en la lista de los comprometidos, nunca quiso regresar a Triana.

Vendió el mantón de espuma, los pendientes de corales, la gargantilla. Perdió el cuarto que daba al Guadalquivir y quedó sin remedio en aquella casa del suburbio, sin más horizonte que la tierra calcinada.

Era una mujer leal. Buena como pocas.

Su Pepe no la merecía.

## CAPÍTULO XVIII

Coincidiendo con el verano, el curso finalizó y el regreso a Sevilla resultó maravilloso.

El campo aparecía cubierto de amapolas. Entre los trigos, aquellas flores de color de la sangre semejaban alaridos de vida. Los álamos bordeaban el Guadalquivir con destellos plateados. La expresión de tanta belleza oprimía.

Los castillos de la vieja frontera salían a nuestro encuentro. Volvíamos a nuestra casa. A nuestra madre. A la libertad.

—¿Qué hacen las medianas? ¿Es que no saben lo que es pudor? ¡Vamos! Cierren las piernas.

El río era un largo camino de espejos.

La estación de Sevilla apareció con sus arcos moriscos, sus maleteros vestidos de “crudillo” y los cigarrillos pegados a los labios.

—¿Puede llevar el equipaje?

—Enseguida. En cuanto líe el tabaco.

Impregnaban de salva el papel, sujetaban el pitillo en la boca y con una candela de mecha larga prendían fuego. Salía humo. Ya estaba dispuesto para la faena.

—¿Aviso un coche?

Aquel año, el campo —entre Córdoba y Sevilla— estuvo cubierto de amapolas. Flores del color de la sangre.

El tiempo era bueno. Lo que se dice demasiado.

María Luisa cogía a Pepe y lo mecía en sus brazos, con movimientos suaves. Margarita miraba a María Luisa. Mi hermana mayor sonreía.

—También te quiero a ti. Pero el niño es más chiquito.

Se inclinaba para besarlo.

María Luisa seguía siendo una madrecita. Era, de nuevo, la criatura dorada de siempre. De cabellos castaños llenos de luz. De voz sosegada.



Paseábamos por los jardines del Parque. El Minerva estrenaba tapicería de cuero rubio, que olía a riqueza.

En el Parque había glorietas dedicadas a la poesía, a la música, a las artes plásticas. Estaba la de los Hermanos Bécquer con sus musas desmayadas. La de los Quinteros con sus mosaicos terribles.

María Luisa escogía un banco de piedra, tomaba un libro y se ponía a leer. Elena y Margarita, jugaban.

Yo permanecía en un rincón, incapaz de concentrarme en la lectura, acongojada por una angustia inexplicable que luego supe que era un presentimiento.

La máquina de retratar estaba dispuesta.

Mamá dijo:

—Yo haré la fotografía.

Nos colocamos ante el estanque. María Luisa tenía a Pepe en sus brazos. El niño, moreno como un gitanito, miraba a su alrededor.

Marita no había nacido. Su puesto, junto a Pepe, ni siquiera se intuía.

María Luisa se situó en el centro y las tres hermanas la rodeamos. Había cumplido los quince años. Llevaba medias largas porque ya era una niña como las demás y estaba muy bonita. Muy dorada.

Con un gesto de madrecita levantó la cabeza de su hermano.

—¡Así! Para que se le vean los ojos —explicó.

Pepe tenía una mirada viva, curiosa. Nunca lloraba.

Margarita, también miraba a María Luisa. Pero no recogería ningún recuerdo.

El estanque despedía un olor agridulce. De agua corrompida. Los cisnes se deslizaban armoniosos.

Había nenúfares. Cuajados de avispas.

Los días discurrieron en paz. En la Plaza de la Maestranza hubo corrida de toros.

—Donde se ponga Joselito que se quiten los demás.

—Con ese delantal que llevan los caballos no se sabe cuándo los toros son mansos ni cuándo los toros son bravos.

Endenante daba gloria ver a un Murube, engolosinado con las tripas de un jaco. La plaza se llenaba de caballos muertos.

—Aquellos eran toros y no las cabras de hoy.

Mi madre lucía su mejor sonrisa. La que alegraba sus ojos azules. Contemplaba a su hija mayor.

—¿Verdad que se ha puesto muy bonita?

Estaba en lo cierto.

María Luisa se había espigado. Tenía un destello de luz en los ojos color de avellanas. Un halo en sus cabellos.

Iba por la casa airosa, haciendo cosas buenas. Mecer al niño. Peinar a Margarita. Esta no se cansaba de mirarla, sin disimular su ansiedad. María Luisa la tranquilizaba.

—También te quiero a ti. Pero el niño es más chiquito.

Margarita se desprendía de sus brazos. Huía, con la prisa de una lagartija. Cuando llegaba a la puerta se volvía y contemplaba, extasiada, a su hermana. Antes de desaparecer.

La oscuridad y el silencio, a la hora de la siesta, resultaban relativos.

Había el resplandor de las persianas. El murmullo de la perforadora, amortiguado por la costumbre. El grifo mal cerrado con su rosario de gotas.

La hora de la siesta estaba llena de pensamientos delirantes.

—Si mamá muriese, preferiría morir con ella. No podría seguir viviendo si mi madre estuviese muerta.

—Pero si mamá muriese, quedaría María Luisa.

Recuerdo que me moví en la cama. Que me estiré, cual larga era, en un sosiego egoísta. Liberada de toda responsabilidad.

La Fábrica se levantaba en las afueras. Los trenes cruzaban lejos, dejando la estela de silbidos y temblores. Su nube de azufre...

La vivienda del perito era de ladrillos rojos. El perito se llamaba Justino. Había nacido en Almería, esa Andalucía africana y, como su tierra, era tenaz, sacrificado, resistente.

Hijo de un engrasador, había llegado al puesto gracias a su talento y a que mi padre “le dio la mano”.

Delante de la casa había un jardín y, más al fondo, una huerta con lechugas, tomates, patatas y cebollas.

El espectáculo de la verdura conseguida en aquella tierra, casi mineral, significaba el triunfo de la voluntad de Justino.

Aguasantas, su mujer, no estaba bautizada.

Hija de un abogado libre pensador, vivía desgarraba entre el ambiente que la cercaba y la admiración que le inspiraba su padre, un ateo sepultado en el cementerio civil de Cádiz.

A menudo se quedaba absorta al recordar los días en que había escuchado a un sacerdote describir la condena eterna de los que negaban la divinidad.

Su familia materna era “de palmas”. Una clase especial de mujeres. De donde salían las “comprometidas” de los embarcados y las amantes secretas de los médicos.

Guapas, limpias, eficaces.

Aguasantas nunca tenía criada. Aseguraba que nadie lavaba la ropa como ella.

—Siempre la “empercochan”. Y yo no puedo resistir una ropa mal lavada. Me gusta meterla en jabón y enjuagarla, muy bien enjuagada. Luego la cuelgo de las cuerdas y me siento a ver cómo se seca al sol. Más blanca que las palomas.

Aguasantas tenía un gusto instintivo para vestirse. Delante de mi madre nunca afirmaba ni negaba. Hablaba midiendo las frases, con una particular cautela, como si temiese deslizarse.

En una Sevilla católica resultaban patéticas sus habilidades para disimular su carencia de formación religiosa.

—Cuando vayamos a misa —solía decirnos— avisadme en qué momento debo sacar el rosario. En Cádiz una amiga me lo decía: “Ahora”. Y mi hermana y yo sacábamos el rosario

No sabía rezar.

Ni siquiera conocía las palabras del Padrenuestro.

En la Iglesia se quedaba mirando los santos con una fijeza insistente y suspiraba con suspiros muy hondos, como veía hacer a las viejas que se paraban delante del Cristo de Limpias.

Debía creer que tales gestos formaban parte de la liturgia cristiana.

El Santo Cristo de Limpias se había puesto de moda. Los Padres de la Compañía aseguraban que algunas feligresas lo habían visto llorar.

En todos los templos existía una capilla dedicada al Santo Cristo de Limpias, al que miraban fijamente. Con la esperanza de ver sus lágrimas.

## CAPÍTULO XIX

La calle estaba dominada por un claroscuro extraño. María Luisa iba delante con una pisada airosa. Del patio de La Condesa de Lebrija. Salían ráfagas de frescura.

Mi hermana caminaba derecha, erguida. Tenía quince años y era su último paseo. Pero nadie lo sabía.

La noche resultó agotadora.

En la taberna de Juan Luis de la Rosa bulleron las palmas. Los tejados, cubiertos de jaramagos, semejaban bosques amarillos.

Por la mañana María Luisa confió.

—Me ha salido un barrillo muy feo, en el labio.

Me acerqué.

Durante la noche le había salido un granito diminuto, junto a la boca.

Apenas visible.

Hacía calor.

El aire húmedo parecía corrompido.

—Cuando comulgemos nos vamos a la consulta de don Carlos. Quiero que me dé una pomada.

En la Iglesia el bochorno era intenso. La luz delirante.

Las mujeres abrían sus abanicos. Los cerraban. Una y otra vez. Hacía las once el médico nos recibió.

Don Estanislao había muerto y ahora nos atendía un alemán gigante a quien el Armisticio había dejado sin trabajo.

Un hombre aséptico. De pocas palabras.

Examinó el labio de mi hermana.

—Ponte esta pomada. A la tarde iré a verte.

Volvimos a casa.

Durante la siesta las camas ardían. En la penumbra del cuarto María Luisa murmuró.

—Se me está hinchando el labio.

De atardecido vino el doctor Stein.

Reconoció, de nuevo, a mi hermana y pidió hablar con mi padre.

Cuando se quedaron solos puso una mano sobre su hombro.

—Lo siento por la pobre criatura. Su hija está condenada. No hay nada que hacer.

Mi padre no podía creerlo.

María Luisa estaba levantada mirándose en un espejo la hinchazón del labio. Por simple coquetería.

El diagnóstico, sin embargo, era terminante.

—Lo siento de corazón. Lo siento por la pobre criatura — insistió el médico sin dejar resquicio a la esperanza.

Mi padre luchó por la vida de María Luisa.

Todo lo que había leído, cuanto sabía, las soluciones almacenadas en su cerebro las puso en práctica.

Luchó con una fe ciega en la Ciencia. En la lógica. En el dos, más dos, dan cuatro. En la aparente verdad.

—No puede morirse. Si se logra eliminar la infección se salvará.

—¡Papaíto! —Llamaba mi hermana con su voz apenas suplicante.

El doctor Stein escuchaba a mi padre y la preparaba para el final.

—Cuando la infección llegue al cerebro y el dolor se haga insoportable, le inyectaremos morfina. Haremos cuanto dice y sugiere. Pero no conozco ninguna fórmula capaz de dominar la septicemia.

Mi padre miraba la barbilla de la niñera de Pepe.

—¿Y el fuego? Después se le haría un injerto. He leído que los cirujanos alemanes han hecho milagros con los heridos de la última guerra.

—Haremos cuanto podamos hacer. Pero hágase a la idea de que la niña está ya muerta.

Mi madre caía de rodillas.

Rezaba en silencio con intensidad.

—Papaíto. No te separes de mí.

Mi padre luchaba. Sin entregarse. Resistiendo. El diagnóstico aseguraba que, el fin, era solo cuestión de días.

María Luisa continuaba lúcida. Conocía a todo el mundo. Entrábamos en su cuarto y nos sonreía.

Tenía el labio un poco abultado. Solo eso. Pero, aunque nos mirase, estaba ya muerta.

A mi padre se le ocurrían soluciones inesperadas. Posibles en teoría.

—Si le provocamos un absceso a la cadera, la infección desguazará por allí.

Don Carlos bajaba la cabeza. Intentaba la solución.

El doctor Fleming estaba lejos. Nadie presentía su nombre.

Aseguraban que los sufrimientos del inocente aprovecha la salvación de otra criatura. Así debe creerse.

El sufrimiento de mi hermana, sus gritos lacerantes cuando el mal le llegó al cerebro y su rostro de madrecita se descompuso. La hinchazón monstruosa que le cerró los ojos y la dejó ciega.

¿A quién alivió?

—Papaíto. ¿Me oyes? No te separes de mí.

Mi madre ofrecía a Dios su vida por la vida de María Luisa. Mi padre era una sombra alerta con un solo pensamiento: que no muriese su hija.

La niñera de Pepe había explicado cien veces cómo detuvieron la infección del carbunco.

—Quédese tranquilo. Emplearemos el fuego. Pero debo advertirle que la mucosa del labio no es como el tejido de la barbilla. Pero quedese tranquilo. Se hará lo que se dice.

El dolor de mi hermana, hecho alarido, nos empujó a los rincones apartados.

Entonces, la mujer de Justino nos llevó a su casa.

En el jardín de la Fábrica no escuchábamos los gritos de María Luisa. Pero compartíamos su sufrimiento.

El calor asfixiaba.

Queríamos saber. Sin atrevernos a preguntar.

A jugar —proponía Aguasantas llena de buenas intenciones—. Margarita descubría lagartijas y se marchaba tras ellas. Otras veces se quedaba quieta mirando nuestros ojos, con el miedo de saber.

Yo permanecía en un banco, inmóvil, mi pensamiento junto a mi hermana. Mi pensamiento era mi hermana. No había sitio para nadie más.

Cruzaba el tren. Con su estela de pitos y temblores.

Elena llenaba las manos de tierra.

Era la primera vez que nos enfrentábamos con la muerte y no osamos preguntar. Ni siquiera quedaba la esperanza. Solo el milagro.

El médico había sido tajante.

—En otras enfermedades siempre se puede esperar. La septicemia es distinta. En la septicemia no hay esperanza.

Cuando Elena y yo nos mirábamos llevábamos la misma pregunta.

—¿Vivirá todavía? ¿Por qué había escogido Dios a María Luisa para sufrir y morir?



## CAPÍTULO XX

Llegó la noche del seis de julio.

Una de esas noches quietas, en las que el cielo parece tocarse con las manos.

El calor dominaba.

Aguasantas levantaba la cabeza, estiraba el cuello y se acariciaba la garganta en el intento de alejar el bochorno que se pegaba a su piel.

De vez en cuando estrangulaba un suspiro. O miraba a Justino.

Algo sucedía. Algo misterioso y terrible que no podía expresarse con palabras.

Las ventanas abiertas dejaban pasar el cielo. A menudo, una estrella se precipitaba en el vacío, con su relámpago de luces.

—Cuando cae una estrella, se pide una cosa y Dios la concede.

—¡Que no muera mi hermana!

Nadie nombraba a María Luisa. Como si estuviese prohibido.

Nadie osaba recordarla agonizante al otro lado de la ciudad.

Del Prado, llegaba la música de los aguaduchos, las coplas de los altavoces.

—¿No quieres un poco de pescado? ¿Y patatas fritas?

¿Cómo sería la muerte? ¿Cómo sería el instante de morir?

Aguasantas volvió a clavar los ojos en Justino, con su pregunta muda.

Era evidente que algo sucedía.

El hombre se acercó a la ventana.

Moreras polvorientas, las hojas perforadas por los insectos, conservaban el bochorno del día.

—Hace un calor insoportable —debíamos sacar el coche y dar un paseo.

Miré hacia el corredor. El teléfono se veía, al fondo, callado. Sin embargo, a pesar de su silencio, se comprendía que, de aquel lugar, se esperaban muchas cosas.

¿Cómo sería la muerte? ¿Por qué mi hermana tenía que morir?

Justino trajo el automóvil. Un Ford de segunda mano pintado de rojo.

—¿Cabemos?

—Cabemos.

—¿Y si le decimos al doctor Henkel que venga?

El doctor Henkel era un ingeniero suizo que vivía en un chalé de la vecindad. Tenía también automóvil y estaba solo en Sevilla.

Otras noches, antes de retirarnos, Aguasantas telefoneaba a nuestra casa y, aunque sabíamos que nada bueno podía llegar, sus palabras frenaban nuestra intranquilidad.

—Siempre igual.

—Han probado una medicina nueva, traída de Francia.

—Vuestro papá espera el resultado del experimento.

Los nervios de todo el día se aflojaban.

—Todavía vive —pensábamos.

—Mientras haya vida hay esperanza —insistía la mujer.

Aquella noche nadie propuso llamar a nuestra casa.

Margarita se había quedado dormida.

Nubes de mosquitos tenaces atacaban los rostros, los brazos desnudos, las piernas. Los platos cuajados de jazmines no bastaban para espantarlos.

El automóvil se puso en movimiento.

En la terraza del doctor Henkel, su dueño, aletargado por el calor, dormitaba. Dispuesto a cuanto le propusiesen.

Nos dirigimos al parque. Sus puertas estaban cerradas.

—Las cierran por los enamorados. Yo no quería ir. Ni escuchar la risa de nadie.

Salimos a la carretera.

Justino aceleró. El doctor Henkel imitó su gesto. Entre los coches se inició una competencia que alivió, de momento, el calor del día.

—¿Qué le parece, doctor Henkel? ¿Tiene algo que decir?

El suizo reía. Se sujetaba con fuerzas al volante y reía.

La separación del sufrimiento de María Luisa, aquel corte tajante entre su agonía y el fresco de la carretera, las risas, resultaba un desgarró terrible.

¿Acaso había muerto mi hermana?

Sin embargo, si hubiese sucedido una cosa tan espantosa, Justino y Aguasantas hubieran permanecido en casa.

La velocidad refresca, doctor. ¿Qué le parece si llegamos a Dos Hermanas?

La idea resultaba cruel. Alejarse de María Luisa. Abandonarla.

El matrimonio, sin embargo, ignoró nuestras miradas de súplica –de Elena y mía– acuciado por el deseo de escapar de la tensión de tantas horas.

Seguimos por la carretera. Entre olivares oscuros.

—Allí están las Marismas, doctor Henkel ¿Has oído hablar de las Marismas? ¿Y de la Isla Mayor? ¿Tampoco ha oído hablar de la Isla Mayor? Pero hombre, ¿de qué mundo sale?

En las Marismas se crían los mejores toros bravos. Por un semental los ganaderos mejicanos pagan lo que les pida.

Calló. Confesó al cabo de un instante.

—Tengo la garganta seca.

—Yo también. Como si hubiese bebido lejía.

—¿Entramos en Antequera?

—¿Te parece?

—A estas horas no hay nadie.

“Antequera” era una finca transformada en “Venta”. Durante las ferias se exhibían en sus corrales los toros que se lidiarían.

¿Estaban locos?

Indefensas, rebeldes, subimos la pequeña escalera cubierta por la dama de noche. Su olor corrompido, la luna llena, nos acompañaron hasta el reservado.

Había una mesa de pino, varias sillas de anea y carteles anunciadores de viejas corridas.

—Gaseosas no hay –puntualizó el camarero–. En esta casa tenemos miedo al agua. Hay buen jerez, buena manzanilla y buen rioja.

Se oía una guitarra acompañando la voz de una mujer.

—Es cante grande. Cante por seguidilla gitana.

Los ojos de Aguasantas brillaron.

—En Cádiz no se canta con guitarra, la música se hace con las manos, con el son de las palmas.

—No entiendo lo que dice —reconoció Henkel.

Aguasantas levantó los brazos. Pero se detuvo.

—Bebe un poco de tinto, niña —suplicó desolada—. El vino negro no daña y refresca.

Ella misma se sirvió un vaso.

—Ahora veréis como toco las palmas.

—Vamos a cantar sevillanas. Para que el doctor Henkel sepa lo que digo.

¿Había perdido la cabeza? ¿Cantar aquella noche cuando mi hermana moría? Cuando nuestras gargantas estaban agarrotadas por una pena tan honda que la sangre se volvía amarga.

Aguasantas bebió un segundo vaso. Sus “dentros” bulleron.

Justino, perdido el control, se unía a los ruegos de su mujer.

—¡Vamos niñas! Vamos a olvidarlo todo.

Tardé mucho en comprender que Aguasantas no sabía rezar. Que ni siquiera conocía las palabras del Padrenuestro y su ignorancia le hizo dominar, de buena fe y a su manera, la desesperanza y el dolor que sentía.

Cuando volvimos a casa el teléfono repicaba.

Justino descolgó.

Yo sabía que mi hermana había muerto. Lo supe toda la noche mientras ellos cantaban.



## APÉNDICE DOCUMENTAL



## MÁS PASAJES DE LA INFANCIA EN CÁDIZ (EXTRACTOS)

Exponemos parte de la infancia en Cádiz descrita en *Luisa Terry de la Vega*, que se refleja de forma muy similar, a veces idéntica, en *La infancia*, lo cual significa que tales descripciones las reutilizó Mercedes Formica décadas más tarde para publicar la obra que aquí editamos. Como hemos indicado, la novela por entregas *Luisa Terry de la Vega* se divulgó en *Medina* desde el 3 de mayo, número 59, al 30 de agosto de 1942, número 76. En ese periodo de tiempo, la directora de la publicación era Pilar Semprún, quien sucedió en las labores de dirección de la revista a Formica, ya que recordemos que esta actividad llegó hasta el número 56, correspondiente al 12 de abril de 1942. *Medina* publicó varias obras narrativas coleccionables. Las más representativas fueron, por orden de publicación, *El baile*, de Irène Némirovsky; *Luisa Terry de la Vega*, de Mercedes Formica; *El retorno a la tierra*, de Eugenia Serrano; *El tesoro de Gastón*, de Emilia Pardo Bazán; *Estampas de un amor*, de Luisa María de Aramburu; *La insaciable*, de Gracián Quijano; *¡Peligro de amor!*, de Elena Puerto (Mercedes Formica); *Me acuerdo de Arturo*, de Sylvia Visconti (Mercedes Ballesteros), y *Servicio secreto*, de Bárbara Rebenescku.

Los pasajes de la vida infantil de Formica en la ciudad gaditana, narrados en primera persona, llegan en *Luisa Terry de la Vega* hasta el principio del quinto capítulo (número 61, 17 de mayo de 1942) y vuelve en los capítulos undécimo y duodécimo (número 64, 7 de junio de 1942). Las evocaciones gaditanas, a partir de entonces, van menguando para conceder el protagonismo a Luisa Terry, a la cual se cita en *La infancia* en el primer capítulo. De forma que transcribimos estas partes para complementar los recuerdos de la ciudad que se observan de *La infancia*. Se notará que desde el primer capítulo hasta el quinto la ciudad es la protagonista, mientras que en el undécimo y duodécimo ya se incluye en el espacio a la protagonista. El objetivo de extraer estos pasajes no es seguir el argumento de la novela, que queda para otro tipo de estudio, sino únicamente



rescatar las rememoraciones de la autora que presentan a Cádiz como núcleo de las descripciones. Mercedes Formica no mostró mucho interés, pasado el tiempo, por esta obra primeriza, sobre todo, a partir de la década de los cincuenta, pero sí se refirió a ella en una entrevista que Bruno Benson le hizo para *Medina*, dentro de la sección “Valores actuales”, publicada el 25 de abril de 1943, en el número 110. En esa época, salvo esta obra y otras publicadas con el seudónimo de Elena Puerto, su carrera como narradora estaba tomando forma. Poco tiempo quedaba para dar a conocer *Bodoque*, por ella considerada su primera obra seria. En la entrevista indica que ya la ha terminado y que tiene en ella depositadas muchas esperanzas. Igualmente, anuncia que ha concluido una obra de teatro, que lleva por título *El amor inventado*, de la cual no hay constancia de su existencia. Y comenta cuál era entonces su máxima aspiración:

–Voy a serte sincera. Yo no desconozco que pertenezco a la generación un poco improvisada que dio la guerra, y, por tanto, que tengo muchísimo que aprender. No me interesa llegar enseguida, sino permanecer, y esta puede decirse que es hoy en día mi máxima aspiración: trabajar a fondo, no desanimarme con el fracaso e insistir hasta lograr una obra que merezca la pena.

Respecto a *Luisa Terry de la Vega*, pregunta Benson:

–¿En tu novela *Luisa Terry de la Vega* todos los personajes son reales o tal vez en su manera de producirse te dejaste llevar por la forma literaria?

–*Luisa Terry* no es ninguna novela, sino una auténtica biografía, y hasta hace unos seis años Luisa Terry se paseaba por las calles de Cádiz y de Puerto Real. No solo los personajes, sino el ambiente y el paisaje están tomados de la realidad.

Luisa había sido de pequeña mi amiga más íntima y durante años enteros vivimos una vida casi igual.

Su muerte, en un puesto de socorro del frente de Madrid, causó en mi ánimo hondísima impresión. Su vida fue tal como yo la he contado. Es decir, mucho más interesante y novelesca, ya que había matices en su carácter que yo no he logrado expresar.

Formica confesaba: “Rehago los últimos capítulos de *Luisa Terry*, que por haberlos empezado a publicar en folletón, cuando aún no había terminado el libro, tuve que hacer, por apremio de tiempo, un poco a la ligera”. Aspiración que no llevó a cabo, pero rescató algunas partes para el período gaditano de *La infancia*, que se leerán a continuación<sup>17</sup>.

Son unos bellos recuerdos de la ciudad gaditana de principios del siglo XX, repletos de lirismo y melancolía, el mismo espíritu que se percibe en *La infancia*, de un tiempo perdido, únicamente revivido en la memoria. La autora regaló en su obra estas palabras sobre su ciudad natal rindiéndole así homenaje sincero. Para quien conozca o quiera a la ciudad de Cádiz estas páginas constituyen un deleite, un viaje en el tiempo por calles, plazas, paseos, que aún hoy siguen existiendo (aunque en algunos casos hayan cambiado de nombres), monumentos, fiestas, juegos infantiles, costumbres, que hacen revivir sensaciones, aires, olores... Es cierto que las evocaciones que ofrece la autora poseen ese sabor nostálgico tan característico de volver a pasar por el corazón unas vivencias pasadas, pero, a diferencia de lo que ocurre en *La infancia*, en *Luisa Terry de la Vega* no tienen el tono de pesadumbre ocasionado por la dramática situación matrimonial de sus padres y, sobre todo, por la actitud de su padre hacia su madre e hijas. Evidentemente, como se trataba de contar la infancia de Luisa Terry, estas experiencias personales padecidas en su niñez las apartó para incluirlas cuando ella fuese la protagonista de la historia.

---

---

<sup>17</sup> En la transcripción que se hace de estos capítulos de la novela *Luisa Terry de la Vega* se ha modernizado la ortografía para adaptarla a las normas actuales.

CAPÍTULO I

Recuerdo los sucesos de mi primera infancia, aquellos años 18, 19 y 20, con más claridad y precisión que los sucesos de años cercanos.

Entonces todavía se hablaba en Cádiz de la guerra, que era, naturalmente, la guerra europea; de la división de la ciudad en anglófilos y germanófilos y de que si un huevo había llegado a valer una peseta.

Nosotros, mis padres y mis hermanas, vivíamos en uno de los escasísimos chalés, por no decir único, que había entonces en Cádiz. En un chalé de la calle de Sacramento, muy cerca del actual Hotel Atlántico. Por influencia quizá del armisticio, aquella calle fue bautizada de repente con el nombre de Avenida de Wilson. Nada justificaba, en verdad, aquel pomposo nombre, ni el ancho de la calle, de cuatro metros escasos, ni los árboles raquíticos y endebles, siempre en perpetua niñez.

Lindaba con nuestra casa el jardín de las Hermanitas de los Pobres, con sus dulces ancianos adormecidos y sus monjas de paso diligente y callado. La campana de las Hermanitas, tilín, tilín, tilinteando, rasgaba el silencio, silencio de cristal que le daba fisonomía de asilo.

Recuerdo siempre aquel San José de la puerta, con su ingenua petición en la mano, una cestita de pan, una latita de aceite, que nunca pedía más de lo que necesitaba, y los muros grises y carceleros del Hospital Militar, con sus heridos de Monte Arruit y sus enfermos palúdicos de aquella campaña del 21.

Mas cerca aún de nuestras ventanas abría su puerta falsa la capilla castrense de San Andrés. Los bautizos de los hijos de los carabineros de Puerta de Tierra alegraron nuestra infancia con su algarabía de “manuelas” cascabeleras y “familiares”, abarrotadas de invitados que jaleaban, con palmas de tangos y vivas a los padrinos, la reciente cristiandad del neófito.

¡Aquellas madrinas vestidas de negro, muy en su papel, llevando entre sus brazos el botón espumoso del mantejuelo, y aquella frase de ritual, del ritual gaditano, con que habían de saludar a la madre de la criatura!

—Me lo diste “moro”. Te lo devuelvo cristiano.

Y aquellos carabineros circunspectos, vestidos de verde, sin nada que registrar, fumando buenos puros cubanos.

Yo no digo que en aquella iglesia no se celebrasen bautizos. ¡No habían de celebrarse! Pero bautizos de rumbo, donde los padrinos “tirasen la casa por la ventana”, como los de los hijos de los carabineros, pocos, muy pocos.

Estos destellos de alegría, privilegio de la calle de Sacramento, estaban compensados por el paso lento y cansino de los coches de muertos.

Más arriba de nuestra casa existía una cochera propiedad de la Agencia de Pompas Fúnebres. ¡Aquellos caballos que recorrían todos los días el camino de San José! Sabíamos que ya no llevaban al muerto porque, o lo habían dejado o iban a recogerlo, pero el temor de lo que significaban amargaba nuestra alegría.

Y todavía cuando iban de negro eran más soportables.

¡Pero cuando se vestían de blanco!, con cabezadas de plumas de opereta, con gualdrapas blancas los caballejos, y angelitos de purpurina, queriendo volar; ¡cuando se vestían de blanco, el corazón se nos partía en mil pedazos, y un nudo atroz nos apretaba la garganta!

Porque sabíamos lo que aquel color significaba.

Amalia Cámara, nuestra niñera, que tenía un gran respeto por las cosas fúnebres y hablaba de los nichos como de un bien superior e inaccesible, porque sabía, ¡ay! —lo decía suspirando—, “que ella iría a la fosa”, nos explicaba que cuando los coches se vestían de blanco, iban a llevar a una muchacha joven o a un niño pequeño.

¡Qué daño nos hacía aquel color! ¡Quizá desde entonces me viene esa repulsión hacia las azucenas!

Azucenas que pudren  
peor que cizaña huelen.

El entierro más maravilloso, el que conmovió el corazón de nuestra amadísima Amalia y desató en alabanzas las lenguas de todo Cádiz, fue el de la viuda de Moreno de Mora, doña Micaela Gómez.

En el entierro de doña Micaela se repartieron esquelas.

Esas esquelas que siempre dicen las papeletas de los periódicos que no se reparten.

En el de ella sí; en el de ella se repartieron esquelas, que eran, por cierto, de muy buena cartulina, con un luto impresionante de más de dos dedos.

A su entierro concurren todos los coches de Cádiz, y la circulación quedó interrumpida más de dos horas. Bien es verdad que doña Micaela se lo merecía todo.

Su muerte cerró un ciclo en la vida gaditana.

El ir o no ir a las reuniones de “Casa de Mora” había significado, hasta aquel instante, el ser o no ser en sociedad.

Doña Micaela desapareció como desaparecieron las murallas de Cádiz. Yo no las conocí. Mi madre me ha contado que no había nada tan deprimente como aquellas murallas que limitaban Cádiz, dándole tono de fortaleza.

Yo no las conocí, pero me hubiera gustado conocerlas.

A pesar de que todavía, y a causa de ellas, se dice en Cádiz cuando se está al borde de la desesperación: “Voy a tirarme por las murallas”

Pero murallas han dado lugar a que esta canción se haga, también merecían subsistir:

¡Viva Cádiz porque tiene  
las murallas junto al mar  
y los cañones mirando  
el Peñón de Gibraltar!

## CAPÍTULO II

El levante penetraba en Cádiz de rondón por el Campo del Sur, y a todo correr se colaba, despeinando árboles, por las calles angostas y marineras. Al momento se le sentía silbar en las esquinas de la plaza de San Antonio, sembrado de semillas de acacias.

Viento cabezón, mal educado, viento sin miramientos ni escrúpulos que a codazo limpio estrellaba las ventanas abiertas con un gesto insolente, como diciendo: “haberlas tenido cerradas”.

Al primer estrépito de cristales rotos, las gaditanas clamaban con resignación: “¡Ya está ahí!, sin necesidad de decir su nombre, porque todo el mundo sabía a quién se referían”.

Aquellos días nos quedábamos en casa, y Amalia, para distraernos, nos contaba historias de monederos falsos.

Por las noches, acurrucadas en la cama, oíamos a mi madre rezar por los barcos que navegaban.

El levante arrastraba con su barriga el agua del mar y lo estrellaba contra el pecho de Cádiz. Pero Cádiz, blanca y señora, sabía soportar los ultrajes con dignidad.

*Con las bombas que tiran  
los fanfarrones  
se hacen las gaditanas  
tirabuzones.*

Cuando los días estaban tranquilos, y en Cádiz, salvo esas rachas de viento, el clima es delicioso, salíamos a pasear por la ciudad. Mi madre, con una gran resignación, quería que saliésemos a pasear por las afueras.

Amalia decía:

—Iremos al paseo de Labra.

En el paseo de Labra se construía por aquel momento el monumento a las Cortes. Estaban las figuras de mármol tiradas en el suelo, y los obreros picaban, con sonsonete melancólico, los bloques cuadrados.

Recuerdo que tardó mucho tiempo en acabarse. ¡Mucho tiempo! Y los bloques y las figuras se fueron oscureciendo por el polvo del carbón de los barcos anclados en el puerto.

Algunos días, los hijos del cónsul de Noruega, que vivían enfrente, bajaban a jugar al “monumento”. Traían unas bicicletas brillantes, con las llantas de goma muy infladas, y Rodolfo sorteaba con suma maestría las figuras de los forjadores de la primera Constitución.

A nosotros el paseo de Labra nos producía tristeza, porque siempre teníamos que regresar por las afueras dando un paseo, o dando un rodeo a Cádiz, que es igual, cuando el sol empezaba a ponerse.

Sabíamos que por la calle Isaac Peral atravesábamos la Alameda, entonces entablillada de andamios; nos santiguábamos ante la iglesia del Carmen, contemplábamos, llenas de curiosidad, el cuartel de Artillería, con sus granadas en la puerta y sus centinelas de guardia, y nos metíamos en la Avenida de Wilson, dejando a un lado el parque Genovés.

El sol, ocultándose en el mar, tenía una insoportable belleza llena de melancolía.

En el Campo del Sur, los artilleros de costa tocaban sus cornetines y realizaban ejercicios de tiro (Pum-pum-pum).

—¿Qué es eso, Amalia?

—Son los cañones de Santa Bárbara, que tiran tiros al mar.

—Digo yo que llegarán hasta La Habana. Mi “yerno” dice que por allí —y señalaba el Atlántico— se va a La Habana.

Amalia tenía un “yerno” embarcado lleno de sabiduría.

En Cádiz, la gente no se marcha a la Argentina, como en Galicia o en Asturias. Ni a México, ni a Nueva York. En Cádiz, la gente no va siquiera a Cuba. En Cádiz, la gente se va a La Habana.

Amalia tenía un “yerno” embarcado.

A nosotras la palabra “yerno” nos producía una impresión extraña, como de llavero removido o, mejor aún, como de traje de hombre atravesado por un llavero.

A ella le gustaba mucho hablar de él.

—Mi “yerno” ha traído un loro que sabe hablar.

—¿Qué sabe hablar? —preguntábamos espantadas—. Y Amalia, para convencernos, nos llevaba a su casa del barrio de la Viña. Cuando pasábamos por la calle de la Rosa, nos quitaba con disimulo el sombrero. Ella no decía nada por no molestar a sus vecinos, pero es que, si no hubiese tomado aquella precaución, los chiquillos nos hubieran corrido con el grito de guerra, de aquellos contornos:

—¡Un güito! ¡Un güito!

En su casa humilde de la calle de Patrocinio, su casa, que siempre estaba encalándose, nos enseñaba el loro.

—Lorrito rreal. Lorrito rreal. Para España y no para Portugal —decía Amalia, arrastrando muchos las erres.

—Lorito real. Para España y no para Portugal —repetía el loro.

Nosotras nos quedábamos extasiadas, y preguntábamos con estupor:

—Pero ¿es que tiene un hombre dentro?

Amalia, que tampoco estaba muy segura, guardaba silencio con un impresionante aire de misterio, mientras el loro, con su pecho de mil colores, muy hinchado y poseído de su importancia, nos lanzaba miradas con desprecio.

¡Amalia Cámara!

¡Qué amor de Amalia Cámara!

Pequeñita, muy limpia, con su pelo blanco peinado hacia arriba y recogido en todo lo alto en un rodete de tortita. Vestía siempre de negro, “con vuela” sobre los hombros, porque su jerarquía así se lo permitía, porque su padre había sido jefe de consumos en La Línea.

Un jefe de consumos, que si él hubiera querido –suspiraba algunas veces–, que si él hubiera querido... pero no quiso.

No decía esto por ambición –¡la pobre!–; estoy segura de ello; si acaso lo sentía era por no poder tener un buen nicho en San José.

¡Qué humilde era y qué señora! A mi madre la había conocido de pequeña, pero desde que se casó le habló de usted y nunca consintió sentarse en su presencia.

De seis en seis meses se le acercaba con el rostro radiante.

—Señora –le decía–. ¿Puedo salir esta noche sin hacer mucha extorsión? Dejaré a las niñas dormidas. Es que ha venido mi “yerno” y nos convida a comer unos riñoncitos al jerez en los “Tres Reyes”.

¡Riñoncitos al jerez! “Yerno” de Amalia Cámara.

¡Mi “yerno”!

Su “yerno”.

Hasta mucho después no comprendimos que un “yerno” era un hombre, y un hombre como los demás.

### CAPÍTULO III

Amalia Cámara, que había estado casada con un empleado de la Trasatlántica, cobraba una pensión que le pasaba el marqués de Comillas.



Del marqués de Comillas se hablaba en Cádiz con veneración y respeto y, cuando murió, los nuevos propietarios consideraron aquel chorro de pensiones como perjudiciales para la buena marcha de los negocios, y decidieron suprimir algunas. A mi niñera le tocó la china, como ella decía, contándosele a mi madre:

—Me ha tocado la china, señora.

Y como le había tocado la china, perdió sus seis reales diarios, que ella guardaba para su nieto Guillermo, que había quedado huérfano desde muy chico, pudiera llegar a ser tipógrafo.

Pero mientras los cobró una vez al mes la acompañábamos a esta diligencia y, a la salida, como un regalo, nos llevaba a pasear por Canalejas.

El paseo de Canalejas con sus palmeras descoloridas, su tráfico de tranvías chirriantes y nunca bien engrasados, con sus casas altísimas color rosacanela, con sus miradores mirando por descubrir los barcos que se fueron a Cavite y el puerto al lado, con esa alegría del que sabe que va a marcharse de nuevo.

En Canalejas estaban las oficinas de las navieras más importantes. Trasatlántica, Transmediterránea, Martínez de Pinillo y los cafés donde se traficaba el contrabando de Cuba y Filipinas.

Al atardecer, las cigarreras de la calle de Plocia pasaban entre piropos de contramaestres envueltas en negros mantones de espumas, los mejores mantones de la ciudad, causando la envidia de las criadas de servir, que juntaban, duro a duro, el importe de aquella prenda.

Los marinos de guerra, muy señores, con sus cocas brillantes, bajaban de San Fernando en un tranvía azul celeste, que, tintineando sin cesar su campanilla, se escabullía por la calle de Antonio López.

Nuestra ilusión era acercarnos al muelle para ver los barcos nuevos. Entonces las gentes iban al puerto para ver al Reina Victoria, el barco español más importante de aquella época.

Una verdadera corriente humana desfilaba todos los días por verle, y los marineros hacían en alto comentarios sobre sus características ante un corro de “pimpis”, que escuchaban con vagos proyectos de polizontes.

El Reina Victoria nos parecía inmenso, un verdadero palacio blanco lleno de ojos de buey. Y era tal su resonancia que,

enfrente, los jesuitas de El Puerto de Santa María castigaban a los alumnos indisciplinados con el castigo de no poderlo admirar.

Otras veces dejábamos los barcos grandes y nos íbamos por aquella parte del muelle, que no es muelle propiamente dicho, sino embarcadero de lanchillas y buques de menor importancia.

En él, los pescadores de caña, mudos, inmóviles, sin conocer la envidia, tiraban sus anzuelos al mar, sus pícaros anzuelos.

Pasaban minutos y minutos, y ellos nada decían ni se desesperaban y miraban el agua sucia del muelle, sin pedirle una explicación, resignados. Hasta que a una señal solo perceptible para ellos tiraban de la caña.

Salía larga, chorreando y, al final, con su traje de lentejuelas, brillaba el pobre pez, haciendo una última pirueta de bailarina.

Recuerdo que un día de estos, un día que la mar estaba muy picada, un hombre se cayó al mar.

En un instante, con la generosidad exclusiva de la gente marinera, saltaron al agua tantos salvadores que bien pronto el muelle se pobló de cabezas.

Braceando buscaban al náufrago, sin acertar con él, y era trágicamente divertido ver en aquel barullo cómo se preguntaban entre sí los salvadores.

—¿Es usted?

Yo, que había visto resbalar, quería señalar al ahogado, que braceaba, a punto de cansarse.

Pero ¿quién iba a hacerme caso a mí, en un muelle de Cádiz, de la mano de Amalia Cámara?

#### CAPÍTULO IV

De todos los paseos, el que nos gustaba era la plaza de Mina.

La plaza de Mina era y es una plaza cuadrada de losetas grises, con bancos de yeso a su alrededor y acacias altísimas, y tan encajonada entre calles, que más parecía un patio particular.

En el centro crecía un jardincillo sembrado de uñas de león, con cuatro estatuas blancas, sorbe las que corría una terrible leyenda.

En este jardín ocultaba el guarda sus majestuosos instrumentos de trabajo.

La plaza de Mina tenía y tiene cuatro lados, iguales a simple vista, pero muy distintos en realidad.

Había el lado de la Escuela de Bellas Artes, insípido, lleno de peritos mercantiles, por el que nunca paseábamos. El lado de los raíles del tranvía, donde los niños de los Maristas hacían estallar sus triquitraques. El lado de las casas importantes, el lado de la casa de Elena Gómez, de las Iraola, de las Duarte; el lado donde se paraba llena de majestad la berlina de la señora de Víctor.

—Son las cuatro. La berlina ha llegado ya.

Quedaba, por último, el lado “bueno”, el lado donde estaba el estanco, en cuyo reloj de madera negra mirábamos la hora, el botiquín de la Cruz Roja y la perfumería con sus grandes botes de cristal llenos de líquidos verdes y amarillos. El lado, ¡en fin!, donde estaba la casa de Elisa Reymundo.

Pensándolo bien, tal vez sin Elisa Reymundo la plaza de Mina no hubiera tenido tanto encanto.

¡Elisa Reymundo! ¡Rey-mundo!

¡Cierro los ojos y la veo como entonces muy pálida, casi sin color, con unas trenzas negras, negrísimas, y tan largas que se las podía enrollar como si fueran pulseras alrededor de los brazos!

¡Las trenzas de Elisa Reymundo! ¡Lo que nos daban que hacer sus trenzas!

Cuando jugábamos, por ejemplo, a “pa-se-mi-sí, pa-se-mi-sá”, en el calor del juego se oía de repente un grito de alarma.

—A Elisa se le ha perdido el lazo.

Y todas suspendíamos el juego y nos echábamos a buscar como locas el lazo hasta que este aparecía pisoteado, polvoriento, exangüe.

Elisa, entonces, se destrenzaba las trenzas y se las volvía a trenzar, todo ello con mucha parsimonia, causando la admiración de la plaza.

Se anudaba el lazo, las tiraba hacia atrás. ¡Oh, aquel gesto! ¡Aquel poderse tirar unas trenzas sobre la espalda!, y se reanudaba el juego.

Elisa era hija de un fotógrafo que había llevado a Cádiz las primeras fotografías de color.

Elisa era simpática, mandona, y exigía tributo para jugar con ella. Coleccionaba cintas de colores y, a veces, se quedaba en su encierro sin querer salir.

La plaza de Mina, desconcertada, gemía por su ausencia.

—¿Qué le pasa a Elisa?

—Dice que no quiere salir; que hasta que no encuentre una cinta de color violeta no sale.

Y por los refinos de la calle Columela se le buscaba el color para que Elisa volviese.

En la plaza de Mina se jugaba al diábolo, y Encarnita Díaz, con sus ojos de filipina, lo tiraba tan alto, tan alto, que creíamos que nunca iba a volver, y se cantaba el romance del rey Alfonso.

¡Qué angustia me producía aquel monarca que buscaba a su mujer! Cuando llegaba a aquello de...

Merceditas ya está muerta;  
muerta está, que yo la vi;  
la llevaban cuatro duques  
por las calles de Madrid.

No podía resistir más y rompía a llorar con desconsuelo.

—¡Pero si no eres tú! —me decían para que callara—; si es una reina.

—¡Ay! Pero aunque fuera una reina... “Merceditas ya está muerta...”.

Venían también a jugar las Gómez-Duarte, las hijas del almirante, que nos causaban mucho respeto porque tenían dos hermanos gemelos con nombre de apóstoles.

—Yo estaba en el colegio —nos explicaba Clarita—, y cuando volví me los encontré dormidos en una cuna. “El de la cinta rosa —me dijo mi tía— es Pedro; el del lacito azul es Pablo”.

A veces, estropeaban nuestros juegos los niños de los Maristas jugando al látigo. Hacían una fila muy larga, agarrados los unos a los otros, y echaban a correr por los cuatro lados de la plaza. Al llegar delante de la fotografía de Reymundo, el que iba a la cabeza se paraba de repente, y del impulso que traía, los demás se resbalaban por las losetas.

Menos mal que poco a poco la fila de los Maristas se iba aclarando, porque muchos de sus miembros ingresaban en la Escuela Naval.

Entonces la Plaza volvía a recobrar su perdido aplomo, y Encarnita Díaz podía lanzar el diábolo a lo alto del cielo y nosotras cantar el romance del rey viudo:

—¿Dónde vas, Alfonso XII?  
¿Dónde vas tú por ahí?  
—Voy en busca de Mercedes,  
que ayer tarde no la vi.

En esta plaza conocimos un día a Luisa Terry.

Recuerdo que la primera vez que al vimos estaba sentada, muy bien sentada, al lado de su madre, y llevaba puesto un traje de marinero. Un traje de lanilla azul con mucho vuelo en la falda, tableada, y cuello blanco y cuadrado, rematado por dos cenefas azules. En la cinta de su gorra se leía el nombre de Lepanto escrito con letras de purpurina.

Recuerdo que estuvo dos o tres días sentada viéndonos jugar y casi sonriéndonos; pero, cuando la mirábamos, se ponía muy colorada y bajaba los ojos.

Era entonces, como lo fue después, rubia, muy blanca, con la cara salpicada por pecas graciosas. Tenía la clásica fisonomía de las andaluzas cruzadas con ingleses. La cara de los Osborne, de los McPherson.

Un día que todas fuimos a la plaza vestidas de marinero nos pusimos a jugar a las vueltas. El juego consistía en realidad en dar vueltas para lucir el vuelo de las faldas. Había algunas que se quedaban tersas como una sombrilla de papel.

Otras, por el contrario, con menos tela, de dos faldas se sacaban tres, se combaban, suspirando, sin adquirir jamás elasticidad apetecida.

Luisa, con su mejor traje de marinero, su traje de hija única, nos miraba y nos miraba.

Se veía que ya no podía más.

Entonces yo me acerqué:

—¿Quieres jugar? —le dije.

Pero antes de que pudiera contestarme su madre me preguntó mi nombre. Yo se lo dije, y ella entonces exclamó:

—¡Digo! Si conozco mucho a tu abuela. Anda, Luisa, vete a jugar.

Luisa, muy colorada, se vino con nosotras. Al principio, no se decidía; pero, al cabo de un rato, puso un pie, después otro, y de repente, ¡zas!, la falda de Luisa comenzó a girar y a girar, llenando con sus vuelos la plaza de Mina. Los lazos de su sombrero culebreaban por el aire: “Lepanto”, “Lepanto”, “Lepanto”.

Serían las cinco de la tarde y la berlina de la señora de Víctor había salido ya camino de San Severiano.

¡Plaza de Mina! ¡Trenzas de Elisa Reymundo! ¡Traje de marinero de Luisa Terry! ¡Y aquellos hijos de un almirante, aquellos gemelos, Pedro y Pablo, con cintas de dos colores!

## CAPÍTULO V

Para volver a casa, Amalia tenía dos brazos, como todas las personas; pero, si hubiese tenido tres, tampoco le hubiese bastado.

El brazo bueno era el de la derecha, porque agarradas a él se quedaba una entre la pared y su cuerpo, y podía escucharse todo sin preocupaciones.

El brazo de la izquierda era mucho más desconsolado porque había que andar teniendo cuidado con el filo de la acera, bajarse de vez en cuando y caminar a cojetadas, cojeteando entre la acera y la calle y encogerse hacia adentro cuando venía un coche de caballos avisado desde lejos por el silbido del látigo. En este lado se perdían las palabras de todos los cuentos y nunca nos podíamos explicar el final.

La que se quedaba sin brazos caminaba delante sin entenderse nada. Por eso pedíamos los brazos con anticipación, con mucha anticipación, casi desde que amanecía.

—¡Pido el bueno!

—¡Pido el de fuera!

La que no se había dado prisa, ya sabía lo que le esperaba. Caminar delante como su estuviese sorda.

[...]

## CAPÍTULO XI

El día 31 de mayo, Elisa Reymundo se recluyó en su casa diciendo que hasta el invierno no volvería a bajar. Cuando sus dos trenzas desaparecieron en el umbral de la casapuerta, comprendimos que ya no teníamos nada que hacer allí.

Nos despedimos de la plaza con tristeza, pero llegado aquel tiempo, en la plaza de Mina no se podía jugar. No se podía jugar porque, como por la noche había música, desde las cuatro de la tarde los mozos del Ayuntamiento llenaban de hileras de sillas grises los huecos de sus cuatro lados. Las aguas del mar aún no estaban bendecidas y nadie se bañaba antes del 17 de julio; así que, durante varias tardes, anduvimos desorientadas, brujuleando sin paseo por todo Cádiz. Fue Luisa Terry la que nos trajo un día la solución. Como ella también se aburría en el cierro de cristal de las Soroa, empezó a venir por casa, y desde entonces todas las tardes bajábamos al jardín.

Nuestro jardín, aunque me cueste el decirlo, no era ese jardín deslumbrante que todos los niños recuerdan como el destello más vivo de su infancia. Nuestro jardín era un jardín abandonado, lleno de sucesos prodigiosos y de melancolía.

Montones de hojas secas crujían con la brisa del mar y crecían tan pocos árboles que puede decirse que su única vegetación la constituían aquellos grandes cuajarones de musgo verde que flotaban sobre las aguas, siempre quietas, de la alberca. Caracoles majestuosos pasaban sin prisa por los caminillos mal trazados, con los cuernos al aire, dejando tras de sí la baba brillante de su grandeza. Bandadas de golondrinas volaban sin cesar, pisando de un modo desconsolado, y filas larguísimas de hormigas negras caminaban hacia sus agujeros. Había rosas de pitiminí, de un blanco crema, que morían apenas nacidas, y crecía, sí, junto a las tapias blancas, la flor del suspiro.

¡Ay, la flor del suspiro! ¡Y qué gran lugar ocupa en nuestros recuerdos! La flor del suspiro es una flor malintencionada y pícara que se oculta de día y surge al atardecer. Solo el que haya tenido cerca una mata de suspiro, verde de día y coloreada de noche, sabe de la horrible tristeza que se puede llegar a experimentar junto a ella. Con las primeras sombras de la tarde

se abría la primera flor, que se multiplicaba al instante, como por arte de magia.

Había flores de todos los colores. Flores azules, amarillas y coloradas, flores tornasoladas muy misteriosas, con los colores de sus vecinas. Flores de las que se decía, en voz baja, que estaban enamoradas. ¡Cuántas veces permanecemos junto a la mata acechando el momento prodigioso de verlas nacer! ¡Cuántas veces espiamos los capullos engurruñados, finos y delgados como alfileres, que, de pronto, se abrían en forma de campanilla, sin que pudiéramos explicar cómo había sucedido! ¡Y cuántas veces también nos apartamos de ella con terror, sin querernos decir que era una flor viva! Recuerdo que era tanta la melancolía de aquel sitio que, aunque lo intentábamos, nunca pudimos jugar y siempre acabamos por sentarnos alrededor de Amalia Cámara para que nos contase historias de barcos perdidos.

¡Oh, aquella canción escuchada tarde tras tarde! Aquella canción tan olvidada hoy, en la que se hablaba de “los pobrecitos del Garellano”.

Quizá no fuese ese su nombre. Yo, sin embargo, lo recuerdo así. Marineros perdidos bajo las aguas de un mar antiguo.

Otras veces pedíamos a mi madre la caja de las medallas y, cuando esto ocurría, Amalia nos contaba historias de almirantes cuyas sombras se pasean paseo arriba, paseo abajo, dirigiendo embarques invisibles de marineros con traje de rayadillo. ¡Cómo nos enorgullecía el saber que habíamos tenido un abuelo contraalmirante! Un abuelo del que no conocíamos nada, ni su mirada ni su voz, del que solo conocíamos un montón de medallas que nunca se habían colgado y que nunca se colgarían porque ya no tenían dónde, porque su sitio estaba en el fondo del mar, junto a los peces y las caracolas.

Luisa escuchaba siempre las historias y tocaba las medallas con los ojos muy brillantes, como si se fuese a echar a llorar de un momento a otro.

—¿Te pasa algo, Luisita? ¿Estás mala? —le preguntaba nuestra niñera.

Luisa se ponía muy colorada y nada decía. Una tarde murmuró bajo, como si temiese decirlo.

—Es que el buen tiempo me da tristeza.

Y otra cuando ya había casi oscurecido.



—¡Quisiera irme en un barco!

—¿Y hasta dónde te irías?

—Me iría muy lejos.

—¿Pero hasta dónde?

Hasta donde se acaba la luz del faro –enrojeció un poco antes de concluir– ¡Yo quiero ser almirante!

Recuerdo que nosotras nos quedamos muy asombradas, sin saber qué pensar.

Amalia Cámara se echó un manto de vuela negra sobre los hombros y se la llevó a su casa.

Desde que murió su padre, Amalia llevaba luto eterno por haber dejado de ser la hija de un empleado.

Apenas habían desaparecido detrás de la verja de hierro, cuando Elena Álvarez, a quien después de Amalia nuestro corazón añora, bajó al jardín murmurando que aquello estaba muy oscuro y que la única claridad que tenía el jardín era aquella en que la luz del faro de San Sebastián se deslizaba por entre los troncos de los árboles, componiendo figuras de magia.

El haz de luz del faro de San Sebastián no era un haz de luz cualquiera, porque tenía espaldas negras, dos costados claros y un frente luminoso y cegador. Todas las noches del año se paseaba muy señor por las aguas del mar, escarolando nubes y refregándose por las fachadas rosas de las casas de Cádiz. Aunque callaba la boca y nada decía, se sabía perseguido por miles de ojos que lo esperaban y presentían. No eran tan solo los marineros que en las noches de tempestad huían de los escollos o en noches de calma deslizaban sus embarcaciones por entre las boyas panzudas que señalaban la entrada del puerto los que le aguardaban; no era la suya una misión exclusiva y marinera que se limitaba a decir: “por aquí puedes pasar, por aquí no puedes”, el faro de San Sebastián, circular y redondo enhebraba filas de corazones a su paso por la bahía.

¿Quién sino él llevó la tranquilidad a los cuartos oscuros de los niños desvelados y alivió el “sinsueño” de los guardiamarinas de San Fernando? ¿Quién sino él acompañó la soledad del colegio del Puerto, aquellas camarillas que se quedaban sin luz siempre demasiado pronto? Díganlo, que están deseando decirlo, cómo lo aguardaban, noche tras noche, Manolo Halcón, Julián Pemartín, Eduardo Lloset y Los Bobadilla.

¡Oh la emoción indescriptible de sentirlo llegar! ¡Y cómo brillaban los espejos de los cuartos cuando el faro de San Sebastián pasaba por delante de sus azogues!

¡Faro de Cádiz! ¡Pícaro faro que se ponía de perfil y se quedaba estrecho y delgado como las rajadas de luz debajo de las puertas, que se volvía de espaldas y nos dejaba a oscuras! ¡Oh qué momento, aquel momento en que todo desaparecía, en que todas las casas de la bahía, los bombos de la Carraca y la Escuela Naval de San Fernando se quedaban ciegos! Y aquel otro en que regresaba en carrerilla luminosa, jadeando por temor de haberse retrasado esta vez demasiado tiempo.

A zancadas por la mar, del Puerto a Cádiz, de San Fernando a Rota.

“Ahora veo”. “Ahora no veo”. Noche tras noche, sin perdonar una. “Ahora me pongo de frente”. “Ahora de perfil”. Sí. No. Sí. No. Como las margaritas de los versos.

¡Quién te vio y no te ve, faro del puerto de Cádiz, que naciste cuando yo nacía!

## CAPÍTULO XII

La infancia de Luisa Terry está tan unida a la nuestra que no podemos separarlas, ya que, salvo contadas excepciones, durante aquellos años nos vimos todos los días. Tuvimos la misma profesora, doña Manolina, que nos enseñó el catecismo, a multiplicar por tres, la Historia Sagrada... Y las Siete Plagas de Egipto, el maná prodigioso y David y Goliat desfilaron por delante de nuestros ojos. La pobre Amalia Cámara, completamente maravillada, se estremecía cada vez que le asegurábamos que aquellas cosas habían sucedido de verdad y que era cierto que Moisés, encerrado en una cesta de mimbre, había navegado por las aguas del Nilo hasta que la reina lo había descubierto.

Doña Manolina nos hacía leer en la *Flora*, un libro insoportable primo hermano del *Juanito*, donde toda la acción giraba alrededor de una niña modelo que llegamos a odiar. Flora dibujaba con un traje de muchos volantes, a la moda infantil sin infancia de los ochocientos ochenta. Con el pelo suelto y un aro gigante, era la niña buena que siempre estaba en su sitio, que

nunca hacía travesuras y que procedía de una familia sapiente, intolerante, que de vez en cuando se asomaba a los capítulos del libro para ponernos en terribles aprietos con sus preguntas. De don Prudencio de Burgos, el padre de Flora, verdadero archivo viviente, que tan pronto hablaba de astronomía como de moral, decía Amalia que era “todo un caballero”.

Con Luisa vivimos la infancia de los ocho, de los nueve y de los diez años; con ella vimos las procesiones de Semana Santa desde una esquina de la calle de San Francisco, y contemplamos el paso maravilloso de aquellos angelitos vivientes con alitas de papel de plata, que atravesaban la calle sentados en unos carros tirados por cisnes. El de la Fe, la Esperanza y la Caridad, prodigio rutilante de diademas de estrellas y sandalias de oro. Y la presencia de la Magdalena, con su melena suelta, una melena larguísima, espesa, mucho más importante que las trenzas de Elisa Reymundo. Una melena que le llegaba hasta el tobillo, rizada con tenacillas de dos cañones, que producía tempestades de asombro.

Otro recuerdo de aquella lejana época es el día del Corpus Christi.

Cuando pienso en el día del Corpus se me parte en dos el corazón como una naranja, porque el día del Corpus es tan solo una larga mañana, ya que, cuando los Santos Patronos han acabado de pasar por delante del Ayuntamiento, el día del Corpus había dejado de ser.

Amanecía siempre un día claro, de azul purísimo como los trajes de las Inmaculadas; amanecía mucho antes de las cinco y media, con esa madrigada sin horas de los largos viajes.

La plaza del Ayuntamiento se cubría de toldos blancos que oscilaban en el aire y que proporcionaban a la “carrera” un tono de siesta fresca. Altos mástiles engalanados con gallardetes y banderas de mil colores temblaban en el horizonte, y así vestida, la plaza del Ayuntamiento, colocada frente al muelle, parecía un navío que fuese a zarpar.

Por delante de las tribunas pasaban, ya destrenzadas, todas las trenzas de Cádiz, y en aquellas matas de pelo habían puesto las mocitas de barrio sus orgullos mejores.

Globitos rojos y azules se escapaban para siempre de las manos infantiles que los sujetaban y se quedaban flotando en el

cielo purísimo de aquel jueves incomparable, burlándose de nosotros, mientras la estatua de Moret, con sus faldones de bronce verde y su brazo extendido en el esfuerzo de un párrafo elocuente, pedía explicaciones al puerto por haberla colocado de espaldas.

Si las procesiones de Semana Santa tienen un tono de tragedia, reflejo del drama que representan, y su ambiente es de color gris-violeta, la procesión del Corpus Christi es una procesión blanca, llena de la alegría contagiosa que supone la afirmación de la fe.

Nunca podía disimularse ese contento que se extendía a lo largo de la “carrera” y que no podían apagar ni las fúnebres “manguillas” de las patejo. Dios pasaba en su Custodia de plata repujada, con sus mil campanitas tilinteando júbilo, sobre una alfombra de nardos blanquísimos y hojas de laurel.

Sacristanes y monaguillos lanzaban al aire incensarios solemnes, incensarios que se balanceaban ceremoniosos extendiendo por toda la plaza la grandeza de sus columnas bienolientes. Cruces y medallas flameaban destellos en el sol de la mañana y crujían las botas recién enceradas de los uniformes y los sables brillaban y las estrellitas de las espuelas.

Toda la jerarquía severa del Ayuntamiento acompañaba al Señor, que se alejaba en su nube de humo blanco entre vuelos de palio y capas pluviales, con las plumas lloronas de los cascos del escuadrón de Caballería. Y nadie se atrevía a mirar de frente hacia la Custodia traspasados de respeto, y la Custodia se perdía hasta el año próximo envuelta en el tronar de cornetines.

En aquella procesión estrenaba trajes de verano la ciudad de Cádiz y nosotras solíamos llevar vestidos de tiras bordadas y entredoses con cintas celestes y unos zapatos de cabritilla que siempre nos oprimían.

Con Luisa Terry paseamos también por el Cádiz antiguo, bajo el Arco de la Rosa y nos encariñamos con las altas palmeras de la plaza de la Catedral.

Cuando llegó septiembre fuimos a la Feria del Frío, en cuyo teatro de guñol se representaba año tras año la tragedia de la Tía Norica...



# Luisa Terry de la Vega

Por MERCEDES FORMICA-CORSI

## CAPÍTULO PRIMERO

Recuerdo los sucesos de mi primera infancia, aquellos años del 18, 19 y 20, con más claridad y precisión que los sucesos de años cercanos.

Entonces, todavía se hablaba en Cádiz de la guerra, que era, naturalmente, la guerra europea; de la división de la ciudad en anglofilos y germanófilos y de que si un huevo había llegado a valer una peseta.

Nosotros, mis padres y mis hermanos, vivíamos en una de las exóticas "chalets" por no decir únicos, que había entonces en Cádiz. En un "chalet" de la calle de Sacramento, muy cerca del actual Hotel Atlántico. Fue influenciada quizá del armisticio, aquella calle fue bautizada de repente con el nombre de Avenida de Wilson. Nada justificada, en verdad, aquel pomposo nombre, si el techo de la calle, de cuatro metros escasos, si los árboles

Lindaba con nuestra casa el jardín de las Hermanitas de los Pobres, con sus dulces suntuosos adornos y sus monjas de paso diligente y callado. La campana de las Hermanitas, tulin, tulin, tintineando, rasgaba el silencio silencioso de cristal que le daba isonomía de Asilo.

Recuerdo siempre aquel San José de la puerta, con su leguena petición en la mano, una cestita de pan, una latita de aceite, que nunca pedía más de lo que necesitaba, y los muros grises y carcerales del Hospital Militar, con sus heridos de Monte Arruit y sus enfermos palúdicos de aquella campaña del 21.

Más cerca aun de nuestras ventanas había su puerta falsa la capilla castrense de San Andrés. Los bautizos de los hijos de los carabineros de Puerta de Tierra alegraron nuestra infancia con su algarabía de "manuelas" cascabeleras y "familiares", abarrotadas de invitados que jalaban, con palmas de tango, y vivas a los patri-

¡Aquellas madres vestidas de negro, muy en su papel, llevando entre sus brazos el borbotón espumoso del mantenido, y aquella frase de ritual, del ritual galitano, con que habías de saludar a la madre de la criatura.

—Me lo diate "moro". Te lo devolvio cristiano.

Y aquellos carabineros circunspectos, vestidos de verde, sin nada que registrar, fumando buenos puros cubanos.

Yo no digo que en aquella iglesia no se celebrasen otros bautizos. ¡No habías de celebrarse! Pero bautizos de rumbo, donde los padrinos "echasen la casa por la ventana", como los de los hijos de los carabineros, pocos, muy pocos.

Estos destellos de alegría, privilegio de la calle de Sacramento, estaban compensados por el paso lento y cansino de los coches de muertos.

Más arriba de nuestra casa existía una cochera propiedad de la Agencia de pompas fúnebres. ¡Aquellas caballos que recorrieran todos los días el camino de San José! Sabíamos que ya no llevaban al muerto porque, o lo habían dejado o iban a recogerlo, pero el temor de lo que significaban amargaba nuestra alegría.

Y todavía cuando iban de negro eran más soportables.

¡Pero cuando se vestían de blanco!, con cabezadas de plumas de opsetra, con guadrapas blancas los caballos, y angelitos de púrpura, queriendo volar; cuando se vestían de blanco, el corazón se nos partía en mil pedazos, y un nudo atroz nos apretaba la garganta.

Porque sabíamos lo que aquel color significaba.

Amalia Cámara, nuestra nifera, que tenía un gran respeto a las cosas fúnebres y hablaba de los nichos como de un bien superior e inaccessible, porque sabía, ¡ay!—lo decía suspirando—, "que ella iría a la fosa", nos explicaba que cuando los coches se vestían de blanco, iban a llevar a una muchacha joven o a un niño pequeño.

¡Qué dabo nos hacía aquel color! ¡Qué desdencos me viene esa repulsión hacia las sucesas!

Aguasas que padres por que éstas hablan.

El entierro más maravilloso, el que conmemoró el corazón de nuestra amadísima Amalia y desató en alabanzas las lenguas de todo Cádiz, fué el de la viuda de Moreno de Mora, doña Micaela Gómez.

En el entierro de doña Micaela se repartieron esquelas.

Esas esquelas que siempre dicen las papetas de los periódicos que no se reparten.

En el de ella sí; en el de ella se repartieron esquelas, que eran, por cierto, de muy buena carulina, con un luto impresionante de más de dos dedos.

A su entierro concurren todos los coches de Cádiz, y la circulación quedó interrumpida más de dos horas. Bien es verdad que doña Micaela se lo merecía todo.

Su muerte cerró un ciclo en la vida gaditana. El ir o no ir a las reuniones de "Casa de Mora" había significado, hasta aquel instante, el ser o no ser en sociedad.

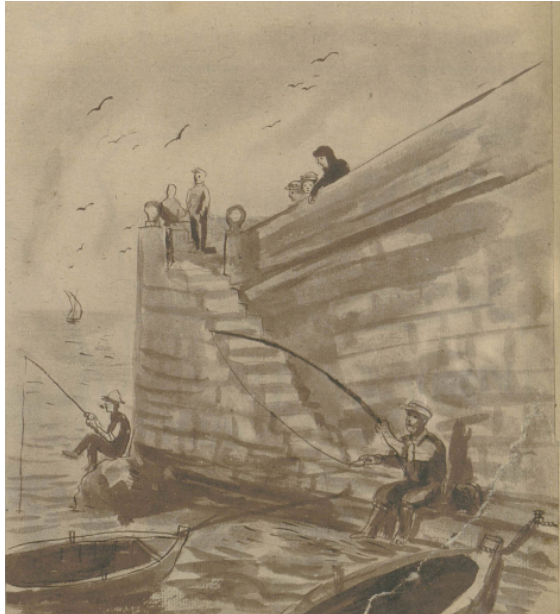
Doña Micaela desapareció como desaparecieron las murallas de Cádiz. Yo no las conocí. Mi madre me ha costado que no había nada tan deprimente como aquellas murallas que limitaban Cádiz, dándole tono de fortaleza.

Yo no las conocí, pero me hubiera gustado conocerlas.

A pesar de que todavía, y a causa de ellas, se dice en Cádiz cuando st está al borde de la desesperación: ¡Voy a tirarme por las murallas!

Pero murallas que han dado lugar a que esta ración se haga, también merecía subsistir: Una Cádiz como ésta.

Primera página del primer capítulo de *Luisa Terry de la Vega*, publicado en folletines en la revista *Medina* en 1942



La criada, Amalia Cámara, y las niñas observan una escena de pesca en la playa de La Caleta



La criada y las niñas pasean por Cádiz frente al mar



Escena de juegos infantiles. Tal vez se recrea el espacio gaditano de la Plaza de Mina



La criada y las niñas de paseo por Cádiz

## II

### CÁDIZ Y SEVILLA EN *VISTO Y VIVIDO*

El 14 de abril de 1931, fecha de la proclamación de la República, nos encontrábamos en Sevilla. Mi padre, ingeniero industrial, dirigía la Compañía Catalana de Gas y Electricidad, y su cargo le daba derecho a ocupar una vivienda en la planta segunda del edificio, donde estaban instaladas las oficinas, un importante caserón, remozado con más sentido funcional que gracia, situado en la calle del Rivero, aldeaño del callejón del Azofaifo. Aquella travesía de Sierpes, cerrada a la circulación rodada, era el punto de cita de vendedores de lotería, limpiabotas, marisqueros, corredores de fincas, tratantes de ganado, cantaores, maletillas o simples desocupados. Desde nuestros balcones se divisaban las vidrieras del Casino Militar, que daban luces a los salones, amueblados con espléndidos tresillos, desdeñados por los socios en favor de las cómodas butacas de mimbre dispuestas en el centro de la calle.

Del grupo ambulante llegaban gritos y pregones, solo interrumpidos por el lanzamiento de verdes gargajos que tachonaban el suelo de repelente gelatina.

Hacia la izquierda, un pequeño hotel cobijaba parejas clandestinas, y a la derecha, los billares del Café Central esparcían los golpes de sus bolas de marfil. Enfrente, la taberna del torero Juan Luis de la Rosa mostraba su fachada, junto a la tiendecilla, privada de escaparates, que solo se animaba al atardecer con la venta de productos directamente relacionados con el meublé. No bien el cliente remataba la transacción, cruzaba la calle y se perdía en las entrañas del edificio que alquilaba habitaciones por horas.

Nuestra casa tenía una fisonomía solemne, luminosa. Su claridad venía del sol, su frialdad de los estucos que decoraban las paredes. Por la parte posterior, al mismo nivel del piso, una azotea magnífica, que mi madre había convertido en jardín, alegraba el conjunto. Este pulmón de aire libre carecía de los ocres de las terrazas romanas y tampoco ofrecía el riente espectáculo de sus hermanas tangerinas, donde muchachas



privadas de velos cambiaban con jóvenes osados, guiños, palabras y sonrisas.

Nosotras añorábamos la bella residencia de Cádiz, aquel pabellón de la avenida de Wilson, mitad palacio de archiduque enamorado, mitad almacén. El millonario galo que lo había concebido murió sin rematar su obra, y semejante circunstancia fue causa de que los pisos primeros luciesen techos pintados con alegorías, mármoles italianos, cristales exquisitos, armoniosa escalera, mientras que la última planta solo conoció el ladrillo, el pino crudo y la cal. En 1963 fue derribado para construir la Escuela de Tecnología, ejemplo de mal gusto delirante.

En Sevilla nos sorprendió la República.

Aquel año había dejado el Valle, regido por religiosas del Sagrado Corazón, para frecuentar una academia de la calle Trajano. Dos asignaturas de la reválida de cuarto –álgebra y latín– habían sido responsables del traslado. El hecho de ser la primera alumna del colegio que estudió bachillerato me hizo vivir como una apestada, sensación que mi hermana Elena compartió después, por idénticas razones. El que una alumna del Sagrado Corazón se preparase para ir a la universidad causaba sorpresa y disgusto, y siempre recordaré los gestos escandalizados de mis compañeras de la clase de canto, cuando una lega llamaba a “las niñas del bachiller”. “Las niñas del bachiller” eran una sola, la que esto escribe, que cruzaba el salón sintiéndose un bicho raro. Si entonces no me afectaron graves complejos se debió a un milagro.

Mamá se había educado en Gibraltar, en el Loreto Convent, y recordaba sus seis años en el Peñón como los más felices de su existencia. Junto a sus hermanas mayores, convivió con niñas de Sudáfrica, Malta, Chipre, Tánger, Funchal. De una de ellas, la princesa Licacheff, hablaré más adelante.

Mi madre quería para nosotras el ambiente de su adolescencia, y lo primero que hizo al instalarnos en Sevilla fue visitar a sus monjas. Las irlandesas tenían dos colegios en la capital andaluza: Palma, en la calle de este nombre, reservado a externas y mediopensionistas, y el internado de Castilleja de la Cuesta, situado en la morada del conquistador de México, Hernán Cortés, prodigioso conjunto de huertas, patios y jardines.

Mother Paul, la elegante profesora de música, recibió emocionada a su alumna preferida. Mi madre había sido una arpista excelente y en el salón de nuestra casa se conservó muchos años la dorada silueta del romántico instrumento. Cuando mamá le confió que deseaba que tuviésemos una carrera, Mother Paul se quedó perpleja. Como la quería bien, intentó disuadirla, asegurándole que, si pisábamos la universidad, nunca nos casaríamos en Sevilla. Las chicas estudiantes ocupaban, frente a la sociedad, una situación ambigua, mezcla de prostitutas y “cómicar”, que quizá fuese rescoldo de la enconada contienda que había dividido a cristianos viejos y conversos. Algo más profundo que el simple rechazo de la marisabidilla. En su *Realidad histórica de España*, Américo Castro lo señala, y Cervantes lo refleja en *Los alcaldes de Daganzo*.

—¿Sabéis leer?—preguntan al aspirante a la vara municipal. Y “Humillos”, el así preguntado, responde a la defensiva:

Esas son quimeras,  
que llevan a los hombres al brasero,  
y a las mujeres, a la casa llana.

Lo que parece indicar que hasta el primer escalón de la cultura —saber leer— acarrea riesgos gravísimos.

Mi madre sufría la indefensión de la mujer educada “a la antigua”, motivo que le impulsó a desoír los consejos de Mother Paul y a escuchar las sugerencias de una profesora de la Normal granadina, de la que nunca he sabido el nombre. Procedía de la Institución Libre de Enseñanza, y el encuentro entre ellas se había producido en el balneario de Tolox. En el ambiente apacible de la serranía rondeña, mamá se rindió al canto de sirena de una española evolucionada, capaz de ganarse la vida con su trabajo, sin mirar el matrimonio como una especie de “colocación”.

Decidido el asunto del bachillerato, nos mandaron al colegio de Santa Victoria, de Córdoba, regido por escolapias, y más tarde al Valle, de Sevilla.

En Córdoba fui feliz. Se trataba de un centro sencillo, de gran solera, con niñas de Priego, Lucena, Montilla, Puente Genil, y muchachas terratenientes de la propia capital: Hoces, Cabrerar, Fernández de Mesa. Las monjas hubieran sido perfectas si no

hubiesen tenido la fea costumbre de recordar a las “becas” que lo eran, y por serlo debían hacer esto y aquello.

—Mucho orgullo me parece que trae usted, para ser una beca.

—Las becas, con tantos motivos de gratitud, están obligadas a dar buenos ejemplos.

Las becas no podían reír en clase, ni hablar en filas, ni portarse mal. Las becas eran niñas como las otras y se sabía que eran becas porque las monjas lo pregonaban. Rosario, mi vecina de “camarilla”, era una beca de buena familia, una aristócrata. Había otra beca, hija de un periodista, que siempre llevaba los babis remendados. La monja que nos daba clases se llamaba sor María del Santísimo Sacramento. Lista y simpática, la hubiese querido de verdad si no hubiese dicho continuamente a las becas que no hiciesen esto y lo otro. Que parecía mentira que, siendo como eran becas, hiciesen esto y lo otro. Más tarde, en la universidad, aprendería que ser una beca era el máximo galardón que podía obtener un estudiante.

Durante el estudio, sor María miraba muy fija a las niñas sentadas en los pupitres y, de repente, preguntaba indignada:

—¡Vamos a ver! ¿Es que las medianas no tienen pudor? ¡Cierren las piernas! En este momento veo más de medio muslo.

Las medianas éramos su pesadilla.

Los domingos de buen tiempo nos llevaban a una huerta de la carretera del Brillante, un naranjal maravilloso, próximo a Medina Azahara. Marchábamos en fila de a dos, y los pretendientes de las mayores salían a las esquinas a verlas pasar. Las medianas nos dábamos codazos; pero, lisas como tablas, no causábamos la menor impresión. Julia Navarro sí la causaba, y también la causaba Rafaela Cabanás. Pelirroja y con pecas, esta última tenía muchos enamorados. Incluso se decía que habían querido expulsarla del colegio porque tenía “novio formal”.

El colegio de Córdoba guardaba tres patios. En el primero estaba la estatua de san José de Calasanz, con un niño cogido de la mano. El segundo, plantado de limoneros, pertenecía a la clausura de las religiosas. En el tercero, con pozo y tierra gris, mil veces pateada por nuestras pisadas, no crecía la yerba, ni tan siquiera el jaramago.

Algunas medianas se ponían muy derechas. Se les estaban hinchando los pechos y un vello delicado les nacía debajo de los

brazos. Se sabían importantes. También eran importantes las que habían cumplido trece años.

—Ya he cumplido trece años. Dentro de poco tendré el mes.

—Me puse mala durante las vacaciones. Ahora me pongo mala todos los meses.

—Mi madre dijo: “Esta niña no debe enfriarse”. Por eso me compraron medias largas.

Otras usaban sostenes, y se referían al detalle con orgullo.

María Luisa no se ponía mala. Yo quería que mi hermana, que había cumplido trece años y era conmigo como una madrecita, se pusiese “mala”, que fuese una niña como las otras. Sentía por ella un cariño infinito, y a la hora de la comunión y de atardecido, cuando el sacerdote nos bendecía con la custodia, mientras cantábamos el *Tantum ergo*, pedía siempre lo mismo:

—¡Señor, que mis padres se quieran! ¡Dios mío, que mi padre quiera a mi madre, y que María Luisa sea una niña como las otras!

Lo de “ponerse mala” resultaba un secreto a voces. Todas contaban cómo había sucedido.

—Me desperté y vi una mancha de sangre sobre la sábana. Mi madre dijo: “No hay que asustarse, es natural”.

Otra decía:

—Yo no tuve que contárselo a mi madre. Se lo dije a mi hermana y ella me prestó las cosas que usaba.

Una tercera pretendía que ni siquiera se había enterado.

—Ni siquiera me enteré. Estábamos en el Gran Capitán y llevaba un vestido rosa. Pasé mucha vergüenza.

Se erguían. Levantaban la cabeza y sacaban los pechos.

Los domingos, camino del naranjal, Córdoba quedaba a nuestras espaldas. En la huerta abundaban las flores, y las monjas permitían que nos adornásemos las cabezas con geranios. En ocasiones, las religiosas recibían la visita del capellán y, para festejarlo, le obsequiaban con tazas de café acompañadas de bizcochos.

La hija del periodista, que no tenía madre y sí una madrastra y muchos medios hermanos, murmuraba:

—Debían tener cuidado. La gente cuenta después lo que quiere.

Aquella beca era pobre. Ni siquiera había podido quitarse el luto de su madre, a pesar de que su padre se había vuelto a casar.

Los sábados, cuando recibía ropa limpia, se avergonzaba de que sus sábanas estuvieran remendadas.

Rosario también tenía las sábanas remendadas, pero a Rosario aquel detalle no le importaba.

Alguna niña explicaba:

—Los tíos de Rosario son duques. Mi madre cuenta que, si su tía no fuese tan nerviosa, Rosario no sería una beca.

Los días de salida, las internas volvían con noticias increíbles:

—Mamá se ha cortado el pelo a lo *garçon*.

—Mi tía se ha hecho la permanente.

—Dio cinco duros para pagar la “Misenplis” y dijo al peluquero: “Quédese con la vuelta”.

Cuando la feria se aproximaba, hablaban de ella:

—Vendrán caballistas de Priego, de Andújar, de Úbeda, de Jerez.

—Las Hoces estrenarán modelos de París.

—En la feria pasada, una de las Hornachuelos bailó el charlestón.

—Camará estaba con ellas. El torero Camará.

Me despertaba en medio de la noche. Las campanas de la Mezquita volteaban. Al otro lado de la cortina se oía la respiración de Rosario. Mi camarilla no tenía ventana, de modo que no quedaba otro remedio que ir “al cuartito”, como si lo necesitase. Cruzaba un extraño pasillo hecho de sábanas y llegaba a mi destino. La ventana aparecía abierta. Había cubos repletos de agua y hojas de periódicos colgadas de un garfio. Semejante detalle sacaba de quicio a Julia Navarro.

—Con el dinero que pagamos podrían darnos papel higiénico.

La ventana dejaba pasar un trozo de cielo, lejano, cuajado de estrellas.

El único sitio para sentarse era la tapa, y en ella me sentaba con las piernas encogidas, arrebujada en el camisón.

¿Estaría muerta mi madre? Me desvelaba su recuerdo, sus ojos celestes, cuajados de lágrimas, aquellos ojos de algunos amaneceres, brillantes de haber llorado. Resultaba cruel permanecer en el cuartito; con el cielo de Córdoba entrando por la ventana, sin poder ir hasta Sevilla. Otras veces pensaba: “¿Y yo qué hago? ¿Para qué he nacido?”. Volvía al dormitorio. Encontraba la cama fresca, las sábanas frescas.

Al otro lado de la cortina, Rosario se movía, con un suspiro prolongado. Rosario no tenía padre ni madre. Parece terrible decir: “No tengo padre ni madre”. Ella lo decía:

—No tengo padre ni madre. Somos catorce hermanos, y cuando mis padres murieron, nos repartieron entre la familia. Para el más pequeño no quedó ningún tío. A mí me recogió la hermana de mi madre, que siempre está nerviosa. Su marido me buscó esta beca.

La Mezquita resultaba un misterio. Las niñas de Córdoba no se cansaban de hablar de su belleza. Sabíamos que estaba rodeada de naranjos, que el río discurría muy cerca, que todavía guardaba un altar árabe orientado hacia La Meca, y bosques de columnas rosas. La Mezquita, para mí, era solo una campana en la noche.

En Semana Santa, las monjas nos llevaron a ver las procesiones, escondidas en un balcón del palacio de los tíos de Rosario. El hermano de una niña, que presenciaba el desfile en la calle, gritó a la religiosa que nos vigilaba:

—¡Vamos, madre, deje que las niñas se asomen! Que lo que se han de comer los gusanos, lo disfrutemos los cristianos.

Dijeron que era de Bujalance.

Mi colchón tenía un hoyo en el centro y cada día que pasaba se volvía más profundo. Carecía de fuerzas para levantar el colchón, como hacían las niñas de Puente Genil, que lo cogían en vilo, entre los brazos, y lo dejaban caer, saltando sobre los muelles. Sin perder un momento estiraban las sábanas, las mantas, la colcha, las almohadas, y la cama quedaba magnífica, con su buena joroba en lo alto. Yo no tenía fuerzas. La monja del dormitorio se disgustaba:

—Este colchón se está convirtiendo en una cunita. Mañana hará la cama cuantas veces sea menester, hasta dejarla bien hecha.

Llegó una carta de Sevilla. Había nacido un niño y le habían puesto de nombre José. ¡No podíamos creerlo! Estábamos en el recreo cuando nos llamaron al despacho de la superiora. La monja nos dio la noticia.

María Luisa se puso muy contenta. Elena se puso muy contenta. Yo, también. ¡Había nacido un niño en nuestra casa! Ahora podíamos decir: “En casa hay de todo, niños y niñas”.

Los árboles aparecían cuajados de azahar. Había flores de azahar incluso en los naranjos salvajes.

Mamá escribía:

“El niño es muy gracioso, parecido a Margarita. Nunca llora”.

El tren de Córdoba a Sevilla salía a la medianoche. El frío era tan intenso que se volvía un cuchillo, pero nada importaba ante el júbilo de las vacaciones. Por las ventanas del vagón aparecían y desaparecían los castillos cristianos, levantados a lo largo de la ribera del Guadalquivir, de cuando el campo de Córdoba era, todo él, una frontera.

Margarita vivía una vida propia. Pasaba muchas horas en su rincón preferido de la terraza, con un “pepe” de barro, sin brazos. En una caja de cartón guardaba cuentas, punzones, semillas, lagartijas. Antes de morir corrían de un lado para otro y, cuando morían, mi hermana las embalsamaba. Después les hacía entierros suntuosos, recostadas sobre flores.

Tenía una cicatriz en la barbilla, una marca semejante a la del ganado, la niñera de Pepe:

—Me salió un carbunclo en la cara, y mi padre, que en gloria esté, determinó: “O la señalamos para siempre o se muere”. Pusieron un hierro en las candelas y quemaron el carbunclo. Mi Jiménez se desmayó. Mi Jiménez es mi hermano más chico, el único que no tiene nombre. Creyeron que me moría, pero no me morí, y aquí estoy, con esta cicatriz que me iguala a la de la canción:

Por la mancha que tengo en la frente,  
murmura la gente  
que soy pecadora...

Desentonaba. Al principio parecía que todo iba bien. Sin embargo, enseguida desentonaba. La mecedora se movía con ella. Pepe, el niño, también, dormido en sus brazos.

—En mi pueblo, las heridas enconadas se curan con nidos de golondrina. La sangre la paran con telas de araña. Los dolores fuertes se alivian con tórtolas abiertas, dispuestas sobre el estómago.

María Luisa murió el 7 de julio de una septicemia. Murió a los quince años, esa edad maldita en nuestra familia, pues en ella perecen los adolescentes. Papá luchó por salvar su vida con todos sus conocimientos. La muerte de mi hermana todavía me duele.

Cuando se inició el nuevo curso nos mandaron al colegio del Valle, clasista, elegante, donde nos repetían hasta la saciedad la suerte que teníamos de ser alumnas del Sacré Coeur.

Al terminar el colegio venían las desilusiones. Siempre recordaré el desencanto de aquellas tenderitas de la calle Francos, que, tras conseguir las máximas recompensas del colegio – “medallones”, bandas azules, manejo de campanas y campanillas–, desfilaban en solitario por el paseo de la Palmera, ya en su verdadero nivel, perdida toda esperanza de entrar en la Maestranza.

Para convencernos de nuestra buena fortuna, las monjas insistían en que éramos alumnas del Sagrado Corazón y no de religiosas de menos fuste:

—Entren en clase sin hacer ruido. Hagan la reverencia en seis tiempos. Aquí no estamos en un colegio de carmelitas.

—Guarden compostura. Esos modales son propios de hijas de la Caridad.

Con las irlandesas no se atrevían. A las irlandesas habían ido las infantas, en calidad de medio pensionistas, doña Isabel Alfonsa de Borbón y Borbón, doña María, doña Dolores y doña Esperanza de Borbón y Orleans.

Se fomentaba el orgullo de casta y el poder y la fuerza que proporciona el dinero. Desde el primer instante reaccioné contra nuestro director espiritual –un jesuita apellidado La Cruz–, que solía lanzar párrafos de este calibre:

—Ustedes, que tenéis en vuestras casas doce, trece y hasta catorce criados.

Y aunque era cierto que, en la Sevilla de aquellos años, se reunían en los hogares un número considerable de servidores – denominados “la familia”–, también lo era que en el hogar de un ingeniero, el servicio se reducía a cuatro personas. Una cocinera, una “cuerpocasa”, una niñera para los pequeños y una lavandera.

Fernando, el mecánico que conducía el Minerva, era un empleado de la Compañía, no un criado de mis padres. Su anécdota preferida se basaba en un suceso, que repetía hasta dejarlo bien grabado en nuestras mentes. Cierta sacerdote visitaba a una señora, con el propósito de pedirle un donativo. Mientras aguardaba en el salón, llegó la voz de la dama en disputa con la cocinera, a quien reprochaba el monto excesivo de la cuenta del



mercado. Pensando que se había equivocado de casa, se disponía a marcharse, cuando tropezó con su feligresa.

—He venido en un momento inoportuno —musitó, azorado.

La señora rio de buen talante.

—¿Lo dice por mi bronca a la cocinera? No se preocupe. Si no controlo los gastos, no puedo dar limosnas a la parroquia.

Y acto seguido sacó de su escritorio una suma importante, que entregó al cura para sus “necesidades”.

El director espiritual nunca hablaba de justicia social, solo vagas referencias a “los pobres”. Este ambiente produjo reacciones semejantes a las mías y, en la actualidad, las religiosas jóvenes del Sagrado Corazón integran el sector progresista de los colegios católicos.

De nuestras criadas sevillanas recuerdo con mucho cariño a Encarnación Parra. Nacida en Marchena, se trataba de una mujer robusta, de dientes magníficos y manos curtidas por las lejías. Todos los días, al salir el sol, fregaba las oficinas de la Compañía, y luego completaba sus ingresos lavando la ropa de nuestra casa. Tenía un solo hijo, Pepe, a quien llamaba de una sola tirada “Mipepe”.

Encarna lo ganaba bien, y había logrado reunir un conjunto de buenas prendas, como el mantón negro, de “espuma”, que unas veces estaba en el Monte de Piedad y otras fuera del Monte, según “Mipepe” hubiese gastado dinero o no lo hubiese gastado.

El Pepe de Encarnación era un “malange”, que se las daba de señorito, al que su madre adoraba.

Siempre estaba refiriendo “las cosas” de su hijo, en un tono que lo mismo podía ser de alabanza que de crítica.

—Es un sinvergüenza, que no le gusta trabajar. Pero gracia, la tiene el alma mía. El sábado, sin ir más lejos, se fue al Kursaal con don Guillermo Pickman, vestido como un marqués. Había cobrado la semana y allí se plantó, a tirársela con alguna querendona. En la puerta del Kursaal estuve esperándole toda la noche. De madrugada salió, muy bien puesto de vino y aproveché para pedirle una limosna: “Señorito, tenga caridad, que todavía no he cenado”.

»Se metió una mano en el bolsillo y me entregó un duro, con un talante, que quisiera que lo hubieses visto. Parecía un rey.

—¿Y no le dio usted una guantada?

—¿Qué dices? ¿Una guantada a mi hijo? Cómo se nota, muchacha, que no sabes lo que es un hijo.

Encarnación vivía en Triana y su cuarto se asomaba al río. Se trataba de un lugar privilegiado, que dominaba el Guadalquivir, la Torre del Oro y el Giraldillo. A veces, Encarna lucía zarcillos de corales y gargantilla a juego. También tenía una peineta de “oro bajo”, de cuando crio a Rosario Rojas. El día que se adornaba con las filigranas se ponía triste porque se acordaba de Cabello.

—Cabello me quería desde que tenía uso de razón, pero mi pobrecito padre, que Dios haya perdonado, me dijo: “Mejor muerta que casada con ese hombre”. Cabello se fue a servir al rey. Sentó plaza de soldado y le mandaron al moro. Estuvo fuera de Marchena mucho tiempo y ni se acordó de mí, ni me escribió una sola letra. Pero yo, no bien salían los hombres al campo, se me ponía Cabello en el pensamiento y no podía reinar en otra cosa. Mi madre gritaba: “¡A no pensar en chalaúras y a limpiar y a guisar! Que es menester que te hagas una mujer de provecho”.

»Si me mandaba a un mandado, vamos a poner, agachaba la cabeza, hincaba los ojos en tierra y no miraba ni a un lado ni a otro. Llegaba a la tienda y hacía el mandado: “Deme un pedazo de jabón. O una botella de lejía. O cuatro arenques”.

»Lo que mi madre había dicho. Pero ni miraba a la derecha, ni miraba a la izquierda. ¡Como si me faltaran los ojos! Y eso que, en el pueblo, tenía fama de buena mujer, porque en Marchena gustan las jaquetonas y yo, sin despreciar a nadie, estaba lo que se dice cantúa. Volvió Cabello del servicio, y el mismo día me buscó. “Sé que no has mirado a nadie. Si quieres, te vienes conmigo, y si no, tal día hizo un año”.

»Me fui con Cabello. Mis padres no quisieron saber del santo de mi nombre y pregonaron que, para ellos, había muerto. Cuando “Mipepe” nació me coloqué de ama, en casa de los Rojas Marcos. A la señorita Rosario, esa tan guapa, le di el pecho, al mismo tiempo que a mi Pepe. Leche no me faltaba. Tenía más leche que un ama de Bollullos. Al acabar la crianza, Cabello se casó conmigo y la misma noche de bodas se me quedó muerto en la cama. ¡Ni a suspirar le dio tiempo! ¡Aquel hombre, que parecía un árbol! Cerré la puerta y encalé la sala. Fregué el suelo y amortajé a Cabello. Cuando todo lo tuve dispuesto, salí a la calle

y me puse a llorar como una Magdalena. Las vecinas vinieron a consolarme y se hicieron lenguas de lo limpia que tenía la casa, de lo primoroso que estaba amortajado Cabello.

Mis padres me perdonaron, y como había quedado sin la sombra de un hombre que lo ganase, volví a Sevilla. Los Rojas me buscaron casas para asistir. A mi Pepe no le faltó ni gloria. Los salesianos dijeron que llegaría a donde quisiera, porque partía un pelo en el aire y, después de partido, lo volvía a partir. Mi Pepe fue siempre un buen hijo, hasta el punto y hora en que llamaron a su quinta. ¡Ese día se torció! Hasta entonces, si yo le daba, vamos a poner, un poco de chacina, él me compraba una galleta de helado, pero llamaron a su quinta y todo se torció. Volvió del cuartel más blanco que unas panochas.

—¿Por qué no me ha dicho que soy un hijo de puta? —preguntó, mirándome a los ojos.

—¿Hijo de puta tú, que tienes una madre más “honrrá” que María Santísima?

—Hijo de puta yo, que los papeles no mienten.

Y me entregó una hoja que decía: “José Parra Hinojares. Hijo de Encarnación Parra Hinojares y de padre desconocido”.

Cabello, con el aquel de su muerte repentina, no le había reconocido.

Di los pasos para arreglar los papeles. ¡Muchos pasos! No quería que mi Pepe pasase un bochorno que no le tocaba. Pero como los muertos no hablan y Cabello no podía salir de su sepultura para pregonar que mi Pepe era hijo suyo, por mucho que relaté lo que había pasado, no me creyeron. Mi Pepe tampoco me creyó.

Se metió en sí y ni comer quería. Contaba que en el cuartel los sargentos se cachondeaban de los quintos que no tenían padres. ¡Mucho tengo padecido! ¡Muchas lágrimas he derramado! A pesar de todo, ¡bendigo la hora en que lo eché a este mundo!

El 14 de abril de 1931 todavía resonaban en Sevilla los ecos de la Exposición Iberoamericana, la visita a la ciudad de los reyes, don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia, acompañados de sus hijas, las fiestas ofrecidas por los países expositores, en las que descolló la celebrada en el pabellón del Perú, copia exacta de un palacio virreinal.

El 14 de abril de 1931, todos los miembros de mi familia eran monárquicos. Ser republicano, en una capital de provincias, significaba una tragedia. Se les miraba como a resentidos, apartados de la vida social, considerados masones, ateos y malos cristianos.

La frase “es de comunión diaria”, usada para referirse a una persona sin tacha, continuaba vigente.

Recuerdo el drama vivido por la mujer de un empleado de la Compañía. Su padre, de origen portorriqueño, culto y de buenas maneras, se había declarado “librepensador”, lo que le valió el rechazo de las viejas familias. Siendo de excelente linaje, solo pudo casarse con una muchacha humilde, la única que se comprometió a no bautizar a los hijos. A pesar de la admiración que la señora sentía por su padre, sufría el complejo de saberlo enterrado en el cementerio civil. En público fingía ser católica y frecuentaba la iglesia, y hasta pasaba las cuentas de un rosario, con el gesto contrito que veía multiplicarse a su alrededor. En verdad, desconocía los ritos de nuestras creencias, incluso las palabras del padrenuestro.

En el piso alto de la taberna de Juan Luis la Rosa funcionaba una pensión de estudiantes. No recuerdo exactamente cómo sucedió, pero aquel 14 de abril me puse al habla, de balcón a balcón, con un muchacho que cursaba primer año de medicina. Se aguardaba el resultado de las elecciones y la calle Rivero hervía de gentes.

La pasión por la lectura, típica de mi familia, había puesto en mis manos un libro, recién publicado, que relataba el exterminio de los emperadores rusos.

El informe del almirante Kolchak, iniciado a los ocho días de las ejecuciones, proporcionaba detalles del magnicidio. Las fotografías de los monarcas, acompañados del zarévich y sus hijas, aparecían en las páginas centrales. El desdichado príncipe, enfermo de hemofilia, vestía traje marinero, sus hermanas, las grandes duquesas Olga, Tatiana, María y Anastasia, faldas y blusas de “nipi” y encajes color marfil, peinados sin complicaciones y esa elegancia de la mujer eslava, que suele darse en alguna princesa de la casa Romanoff, en Nadia Comaneci, o en primeras bailarinas de los balés soviéticos.

Gruesas perlas orientales adornaban las respectivas gargantas. Estas criaturas simbolizaron para mí la juventud y la gracia, y no exagero cuando digo que sus retratos pueden competir con las bellezas de nuestro tiempo.

La descripción de los fusilamientos, en el sótano de la casa Ipatiev, me llenó de angustia, como si presintiera que cinco años más tarde viviría en Málaga el horror de las ejecuciones de tantos amigos.

En 1931 ignoraba la existencia de Ana Anderson, la desconocida que pretende ser la gran duquesa Anastasia, y asimismo ignoraba el informe completo realizado por Sokolov – inédito hasta 1978– que iluminaría con nueva claridad el trágico suceso, de acuerdo con la versión de sus descubridores, los ingleses Mangold y Summer, reporteros de la BBC.

Nada hacía prever tampoco que un día entraría en relación con el nieto de la condesa Tchaspka, la misteriosa dama fallecida en Roma en 1970, que, en su testamento, facilitó la supuesta clave del oscuro asunto, confesando haber vivido, hasta su muerte, bajo falsa identidad, cuando era la gran duquesa María, hija de los zares Nicolás y Alejandra.

El 14 de abril de 1931, mis ideas políticas no pasaban de rudimentarias. Incapaz de comprender las razones del pueblo ruso, veía tan solo los cuerpos inertes de las cuatro jóvenes, sin más delito que haber nacido princesas. ¿Acaso era imposible lograr un régimen justo sin violencias ni sangre? En nuestra casa, los términos “menchevique” y “bolchevique” sonaban familiares. Papá gustaba relatar la vida de Lenin, el pequeñoburgués, hijo de un inspector de segunda enseñanza, sus largos exilios en Zúrich, Austria y Ginebra. La jugada de los alemanes, permitiendo el paso, por su territorio, del vagón precintado que condujo a Vladimir Ulianov a Petrogrado, maniobra que aceleró la caída de Kerenski, la firma por Kühlmann de la paz separada de Brest-Litovsk y la implantación del régimen soviético.

Hace años busqué y hallé, en Zúrich, la calle del Espejo, Spiegelstrasse. Situada en un rincón del Limmatquai, su nombre no figura en los planos de la ciudad, aunque todavía permanece abierto el Café Voltaire, centro de reunión de Lenin y sus amigos. Parece increíble que villa tan aburrida y austera, feudo de la Iglesia reformada de Zwinglio, animase el espíritu de quien

concibió la más decisiva de las conmociones sociales. En la misma época frecuentaba el Voltaire otro israelita, Tristan Tzara, padre del dadaísmo. Los dos hebreos encarnaban la protesta contra lo inmutable en política y en arte.

Mi vecino, el estudiante de medicina, se declaró republicano e intentó convencerme de sus ideas. A mi vez quise disuadirle de las suyas y le mandé el libro sobre la muerte de la familia imperial. Horas más tarde me lo devolvía cuajado de anotaciones, entre las que descollaba la afirmación que las muertes de aquellas criaturas en nada empañaba la justicia de una revolución necesaria. El crimen, si lo era, significaba el eslabón obligado para conseguir el bien común. Resultaba evidente que el futuro cirujano conocía la frase de Lenin: “No es posible hacer una tortilla sin romper algunos huevos”. Idea que oí repetir muchas veces.

La República triunfó, y por la calle de Sierpes desfilaron manifestaciones jubilosas que se volvieron inquietantes al caer la noche. No hubo disparos y solo llegó el estrépito de las vidrieras del Círculo Militar, trituradas por una lluvia de piedras lanzadas con tino certero.

Me veo arrebujada en la cama, los ojos clavados en el balcón, las luces del dormitorio apagadas, a fin de no atraer el interés de la muchedumbre que desfilaba tan cerca, sin dejar de pensar en las coronas que remataban los faroles de nuestra fachada, ignorante de lo que simbolizaban —el municipio bético o el condado de Barcelona—, y si yo no lo sabía, más lo desconocería la masa gesticulante que avanzaba por Sierpes arrancando banderas, escudos y símbolos.

Mi abuela solía contar la muerte del autor del Himno de Riego. Impulsados por voces anónimas, los asistentes a una corrida de toros lincharon al músico.

El 15 de abril, *ABC* publicó en su portada la fotografía del rey en el momento de salir de España, y en las páginas interiores la marcha de la reina y sus hijos, por el apeadero de El Escorial. Sentado en un banco de la reducida estación, quedaba la figura patética del viejo conde de Romanones.

A menudo me he preguntado qué razones provocaron el dolor de mi familia ante el hecho del destronamiento. No había sido importante ni palatina, y jamás recibió honores de la Corona. Sin

embargo, sufrió sinceramente con la caída de los reyes. Otros amigos tuvieron reacciones diferentes y hasta manifestaron su júbilo frente a la situación nueva. No eran obreros de blusa y alpargatas –atuendos que en aquellos días vestía el pueblo– ni personas de la clase media, sin más horizonte que algún cargo secundario. Se trataba de profesionales con puestos directivos y el común denominador de la residencia en Madrid. Mis mejores amigas, Carmen y María Carvajal, hijas de un ingeniero de minas, se declararon republicanas y en sus cartas expresaban tanto entusiasmo que, teniendo en cuenta su juventud, debían reflejar los sentimientos de la familia. Carmen ponderaba la “civilizada conducta” de los madrileños, limitados a invadir la plaza de Oriente y a juzgar con chulería la marcha del rey: “No se ha ido, que lo hemos barrido”.

Aquellos regocijos dieron vida a una leyenda que, años más tarde, provocaría la prisión de Carmen Muñoz y Rocatallada, condesa de Yebes. Hija de diplomáticos españoles, culta, tolerante, además de bellísima, había mantenido un salón literario en Madrid, donde reunía, con independencia de ideas políticas, a escritores, músicos, poetas, pintores, ensayistas. Ortega, Marañón, José Antonio, Alberti, Juan Ramón, Lorca, Domenchina, Foxá, Dámaso Alonso, Antonio Marichalar, Manuel Altolaguirre, Fernando Vela o Agustín de Figueroa. La coincidencia de dos generaciones –98 y 27– había motivado un nuevo siglo de oro.

La conducta de Carmen alertó el recelo de un grupo integrista, capitaneado por otra hermosa mujer, la cual esparció el rumor de que la condesa de Yebes había tomado parte en las manifestaciones de la plaza de Oriente, envuelta en la bandera republicana. La leyenda se afianzó de tal modo que, al producirse el alzamiento, Carmen fue detenida en San Sebastián, acusada de “roja” por la dama arriba citada. Presa en un convento, estuvo a punto de perder la vida, ya que su feroz adversaria insistía en la conveniencia de que fuese fusilada. María de la Mora me ha contado que Carmen se salvó in extremis gracias a una carta de José Antonio, donde este expresaba su admiración por el talento y la tolerancia de aquella española, cuyo ejemplo debía multiplicarse. Otra víctima de rumores incontrolados fue Gonzalo Figueroa.

En la cinta magnetofónica grabada por su majestad la reina Victoria, ante Marino Gómez-Santos, para el periódico Pueblo, la soberana, al mencionar el frustrado asalto a palacio, la madrugada del 14 de abril, puntualiza:

—... Y en el camión que intentaba derribar la puerta, se encontraba el duque de las Torres.

—¿De la Torre, señora?

—No, no. De las Torres, Torres, con “s”.

Lo que, sin lugar a duda, señalaba a Gonzalo Figueroa y O’Neal. Gonzalo había sido un noble rebelde, pero a cara descubierta y con dignidad, miembro de un partido republicano y gran amigo de Indalecio Prieto. Su nombre provocaba la histeria de las personas de la sociedad, cuando se le mencionaba en los años de la posguerra. Los que le tratábamos sabíamos que era un español excepcional, amante de la cultura, amigo de hacer el bien, mientras los que solo le conocían de referencias le achacaban lo peor. Camilo José Cela, sin ir más lejos, me contó una noche en el Café Gijón varias historias de rasgos sadomasoquistas, en las que Gonzalo aparecía como un sacamantecas de la aristocracia, trufado de Pascual Duarte. Le pregunté si lo conocía; respondió negativamente, insistiendo, sin embargo, en la buena fuente de sus informaciones: cierto empleado de Casa Veguillas, famoso usurero de la calle de las Infantas.

Gonzalo había hecho compatible su amor al trabajo con su entusiasmo por la literatura y las artes plásticas. Generoso sin límites, sus favores los llevaba a término con tanta delicadeza, que los beneficiados creían de buena fe que aceptándolos le hacían un bien. Los variados matices de su idiosincrasia – independencia, sensibilidad, angustia religiosa– procedían de raíces hondísimas que arrancaban del auto de fe de Valladolid, de 1555. Explicación que nunca conoció:

No era su sangre irlandesa la responsable de sus inquietudes, sino la de un español italianizado, don Carlos del Sesso, su directo antecesor, valeroso erasmista quemado vivo. En Gonzalo Figueroa revivía el penitenciado, que Felipe II condenó a “muerte infame”. La víspera del suplicio, don Carlos escribió al rey manifestando su amor a Cristo, su respeto a la Santa Sede, la firmeza de sus convicciones y también su negativa a “pasar por el aro”. Al soberano le quitaba el sueño la contumacia del noble



que nunca había sido cortesano, capaz de confesar “su verdad”, y escondió la misiva, dejando creer que había muerto en herejía. Si don Carlos del Seso acabó en una hoguera atizada por la incompreensión, su descendiente estuvo a punto de ser rematado por la calumnia.

Gonzalo nunca tomó parte en el frustrado asalto del palacio real. Supe lo que había sucedido de labios del doctor Elósegui, presente en los acontecimientos de aquella noche. Como es de sobra conocido, el eminente hematólogo cuidaba la hemofilia del príncipe de Asturias. Su maestro, el doctor Pittaluga, lo recomendó a los reyes. Durante siete años, vi a Carlos Elósegui a diario y me contó muchas cosas relacionadas con la caída de la Monarquía, que su respeto a la institución y al secreto profesional le impedían divulgar. Con su gracia característica aseguraba que había convivido con los soberanos, lo que se dice, “en pijama”. La noche del 13 al 14 de abril se encontraba en palacio. Semejante circunstancia le permitió conocer la magnitud de la deslealtad cortesana. El servidor de confianza de la reina desapareció, so pretexto de un simple resfriado, y otro tanto hicieron los que debían organizar el viaje de los monarcas. Permaneció en su puesto el duque de Miranda, que acompañó al destronado rey a Cartagena. José Antonio hizo la guardia de palacio hasta las seis de la tarde. Íñigo Infantado y su hermano Borja, reñidos con los reyes por el “asunto de Santillana” –que ignoro cuál fuera–, se presentaron en las habitaciones del príncipe de Asturias con dos grandes pistolas.

—Aquí nos tiene, señor –dijeron al pobre muchacho enfermo–. Le defenderemos hasta morir.

Se portaron bien Jaime Orellana, Someruelos y el general Cavalcanti. La fidelidad, sin embargo, estuvo representada por el pueblo. Las pocas personas que circularon aquella noche por saletas y galerías formaban parte de los proveedores de la Casa de la Reina –modistas, sombrereras, peluqueras, lenceras–, que permanecieron junto a su real cliente hasta la llegada del día, sin cuidarse del riesgo que su actitud entrañaba.

Abajo, la plaza hervía.

Desde la pequeña ventana del retrete del infante don Jaime, situada sobre una puerta de palacio, el doctor Elósegui –subido a una silla– vio cómo intentaban el derribo con ayuda de un camión.

La muchedumbre dificultaba las maniobras del vehículo, lanzado marcha atrás. Después de golpear varias veces la puerta, el motor sufrió tan grave avería que le impidió seguir funcionando.

Don Ángel Uriza, capellán de palacio, mexicano de origen vasco, alto y corpulento, encerró bajo llave al jefe de los alabarderos que pretendía disparar contra los asaltantes. La decisión del sacerdote salvó la vida de las personas reales. Solo había diez alabarderos, y de haberse disparado se hubiese producido el asalto. A pesar de ello, hubo quien, más tarde, desprestigió a don Ángel tachándole de vizcaitarra, y la reina, mal informada, le retiró su amistad. Don Ángel fue asesinado, a golpes de hacha, en el barco-prisión de Bilbao, a manos de los separatistas, cumpliéndose de este modo la más cruel de las paradojas.

El doctor Elósegui no se explicaba cómo achacaron al duque de las Torres la dirección del frustrado asalto. Testigo ocular del mismo, nadie podía distinguir a los ocupantes del camión. Y a la ventana mencionada solo tuvo acceso el hematólogo.

La vida siguió su curso.

Con las Manteolas y las Carvajal, seguíamos frecuentando la academia de doña Josefa Reina, situada en la calle Trajano, próxima a la popular Alameda de Hércules, cuna de toreros. Cursaba reválida de cuarto y las monjas del Valle, excelentes profesoras, habían tenido la humildad de no creerse preparadas para tales estudios. Las huestes de doña Josefa tampoco lo estaban. Sin embargo, más atrevidas, osaron pechar con los espinosos problemas de las lenguas muertas y las matemáticas. Ambas disciplinas se convirtieron en mi tortura. Carecía de base para adentrarme en sus misterios, y del *rosa, rosae, rosarum* y del *lupus et agnus compulsus citi* no pasé jamás. En febrero, papá me había examinado de álgebra, quedando aterrado de mi ignorancia. No le faltaba razón. Tras un intento frustrado de darme clase, me confió a la paciencia de su secretario, el señor Ferraro, santo de altar que, al no ingresar en la Escuela de Ingenieros, se había quedado en perito. Sus buenas intenciones no iluminaron la maraña de mis dudas, y en semejante

encrucijada me dejó ir a los exámenes en la más absoluta ignorancia.

Dios velaba por mí. Entre los alumnos de doña Josefa figuraba una joven que respondía al oportuno apellido de Salmerón. Los catedráticos del Instituto de Sevilla también se habían declarado republicanos, y la llegada de nuestro grupo, capitaneado por criatura de tan sugestivo linaje, encendió el delirio antimonárquico. Se hicieron alusiones al posible parentesco de la muchacha con don Nicolás y se dieron algunos vivas. En semejante ambiente, mi examen discurrió sin complicaciones. A la vista de las notas, papá creyó enloquecer.

El 11 de mayo ardieron en Málaga y Madrid iglesias y conventos, y la reacción a estas quemadas, cristalizada, al año siguiente, en el frustrado golpe militar del 10 de agosto, llenó las cárceles. La República había trocado su gesto placentero por la violencia.

Nunca olvidaré al centenar de jóvenes lanzando a la hoguera el mobiliario del Casino Militar previamente rociado de gasolina, su goce sincero ante la destrucción de mesas, lámparas, butacas, tresillos, espejos, todo ello animado por la vandálica colaboración de muchos espectadores.

Hubiese comprendido y hasta disculpado el robo, pero no entendí entonces, como no lo entendí nunca, la conversión de lo útil en ceniza. Consumado el incendio, los grupos siguieron sus desmanes por la calle de Sierpes, saqueando tiendas y escaparates, hasta culminar en la armería que reparaba la escopeta de aire que mi padre utilizaba en sus pequeñas cacerías de la Cuesta de la Media Fanega. Suceso que provocó un gran disgusto, como se verá más adelante.

Los tiroteos se hicieron frecuentes. Estallaban por cualquier motivo, y en uno perdió la vida una niña de nuestra edad. Vivía con su madre en la calle Hernando Colón, esquina a la plaza Nueva. Al iniciarse los disparos, corrió a cerrar la ventana, y un proyectil le deshizo el cerebro.

Aquella casa, de apariencia luminosa, estaba marcada por el infortunio.

En el piso frontero al de la muerta vivió el doctor Martínez, suegro de Pedro Laín. Buen médico y excelente persona, sufrió

la salvajada de ser “paseado” los primeros días del alzamiento, asesinato capaz de corromper la pureza de cualquier idea.

El aumento de la violencia aconsejó al Gobierno de la República practicar algunas detenciones entre militantes de extrema izquierda, y la cocinera de nuestra casa, Paca la Bizca, admiradora de Díaz, Adame y Balbontín, les llevaba comida a la cárcel, guisada, con toda certeza, en nuestros hornillos.

Durante el tiempo que frecuentamos la Academia Reina, hicimos un descubrimiento sensacional. El de los “guapos de la calle Trajano”, Luis y Rafael Medina Vilallonga.

Los guapos de la calle Trajano hacían honor a su nombre. Altos, bien plantados, de color rojizo Luis, cetrino Rafael, entraban o salían de un viejo coche, en ida o regreso al pueblo de Pilas, corazón del Alosno. Por este motivo, cuando, años después, hizo el mismo descubrimiento la XXIV duquesa de Medinaceli y se casó con Rafael, los sevillanos comentaron zumbones: “De Medina a Medinaceli. De Pilas a Pilatos”. Alusión al título de nobleza de la novia y a su palacio ducal.

Aquel descubrimiento derivó hacia un enamoramiento colectivo, que hubiera terminado con la amistad del grupo si los Medina hubiesen reparado en alguna de nosotras. Sin embargo, preocupados en sacar del coche perdices y escopetas, nunca se fijaron en las delgadas adolescentes que se perdían al fondo de la calle cargadas de libros.

La erosión del tiempo juega malas pasadas. Hace poco refería a cierta amiga argentina –bella y muy graciosa– lo que acabo de narrar. El guapo sobreviviente se encontraba al alcance de nuestras miradas.

—¿A quién te refieres? –preguntó—. ¿Guapo, dices? ¿Se trata del “peladito”?

En plena República estrené un traje de Chanel. Parece imposible que tal cosa sucediera; sin embargo, era un modelo auténtico, traído directamente de la Maison Haute Couture que dirigía en París la famosísima Coco, la más elegante modista de todos los tiempos. Se trataba de un sastre de primavera, realizado en jersey de tono limón, chaqueta despegada del cuerpo, rematada por blanca trencilla. Sobre el bolsillo izquierdo aparecía una margarita, con hojas y semillas de ambos colores. La blusa, de

seda natural, completaba el conjunto, que resultaba de un *chic* inenarrable.

Para disfrutar aquel vestido había tenido que morir una muchacha bellísima –María Victoria– y semejante certeza amargaba mi goce. Murió de tifus, cuando ya estaba encargado el vestido, y su madre, prima de la mía, lo envió a nuestra casa.

Al principio me daba tristeza usarlo, recordando a la que no existía, pero la pena terminó por suavizarse al verme tan favorecida. Completé el equipo con un sombrero, tan ceñido a la cabeza, que no dejaba cabello al descubierto. Su simplicidad me proporcionaba el aspecto de una maniquí del *Vogue*. Los sevillanos, amantes de los tonos severos, se volvían para mirarme. La sorpresa de producir admiración dio paso a una seguridad inocente. Elena y yo iniciábamos una estética opuesta a la tradicional andaluza, y comenzaron a llamarnos “las Gretitas”, denominación que nos encantaba.

El asalto a la armería de la calle Sierpes provocaría un mal rato impensable. El primero de agosto, día fijado para el comienzo de las vacaciones, papá preguntó por su escopeta. Ahora descubro lo absurdo de su interés, pues me consta que ya le rondaba el proyecto que, muy pronto, acabaría con nuestra familia. El Minerva esperaba en la calle, las maletas cargadas, los biberones de mi hermana pequeña dispuestos en sus bolsas. A pesar de la hora temprana, reinaba un calor agobiante, y todos ansiábamos enfilar la carretera y encontrar la brisa del mar. Mi padre insistía en la recuperación del arma, que solo un milagro podía devolverle.

—Se la llevaron los asaltantes del Casino –explicaba mamá—. En la armería dicen que se trata de un caso de fuerza mayor.

Aquel argumento, “fuerza mayor”, recogido en los Códigos del mundo entero, a sus ojos carecía de eficacia.

—Quiero mi escopeta, y hasta que no me la traigan no salís de Sevilla.

—¡Se la llevaron las turbas!

—Aunque se la llevasen.

La mañana avanzó y con ella el calor húmedo, pegajoso del río. Los transeúntes buscaban alivio en las sombras de los toldos, y sus pisadas arrastraban cadencias agónicas. Cuando el sol se puso alto mi padre cedió. El Minerva, recalentado por la espera,

se había convertido en un infierno, pero nuestro deseo de acercarnos al Atlántico era tan grande, que la carretera nos pareció una delicia, incluso el asfalto derretido de la interminable recta de Los Palacios.

A un lado quedaron las Marismas, los cortijos aletargados, la tierra sedienta. Nadie recordaba a los campesinos que la trabajaban, a las hoces que un día se levantarían. Solo veíamos un trozo de planeta inerte, donde pastaban las vacas, se reproducían los toros bravos y germinaban los trigos, el olivo y las adelfas.

Tenía dieciséis años y salía al encuentro de una experiencia que algunas andaluzas de la costa conocen.

Horda del sur...

No siempre, querido Agustín Foxá, lo que dijiste en tus versos era cierto.

Aquel año, más que nunca, Cádiz fue la “salada claridad” de Machado. Cuando vienen al encuentro los espejos rosas, verdes, azules de sus salinas, me pregunto por qué razón los pintores de mi tierra no se inspiraron en ellos. Hay blancos de matices grises, y otros que alcanzan tonalidades sienas, semejantes a los Juan Gris del museo de Zúrich. Mis paisanos, sin embargo, han permanecido ciegos al prodigioso cubismo desplegado ante sus ojos.

Mi mejor amiga se llamaba Ángela. Criatura magnífica, de belleza deslumbrante, muchos la confundían con la pura esencia andaluza, cuando en verdad respondía a la más lograda mezcla de lo inca y lo español. Su simple presencia provocaba conmociones.

Los limpiabotas de La Campana, los camareros del Café Britz, los terratenientes del círculo de los Cuarenta, los maletillas, deliraban por ella. Una mujer como Ángela era lo que necesitaban, para llevársela a la cama.

Educada en Francia, en un internado de La Asunción, su apariencia occidental no había logrado borrar sus orígenes. Si los hombres la deseaban al primer golpe de vista, las mujeres la detestaban. Un amigo inolvidable escribió para ella:

La otra tarde en el Rocío  
ya no supe a quién rezar,  
si a tu cara entre el gentío,  
o a la Virgen en su altar.

¡Me volví loco perdío!

Su cuerpo ondulante era criollo, no árabe. Tenía la mirada rasgada, la carnación canela, el pisar armonioso, y de sus raíces indias le venía el amor al oro, la plata, las piedras preciosas, la tierra.

A poco de llegar a Cádiz, nos invitó al Hotel Playa, donde vivía con su hermana Julia y la “doña” que los acompañaba.

Entre sus vestidos figuraba un sastre de crepé azul, diseñado por el modista Max, completado por una blusa blanca adornada con dos pensamientos del color del traje, situados sobre el pecho con tan perversa intención, que fueron causa de imprevisibles desavenencias conyugales.

Ángela había conocido al hijo de la íntima de su madre, un macho elemental y atractivo que respondía al nombre de José y era dueño del más fantástico Rolls-Royce que cabe imaginar. Especialmente carrozado, aparecía cuajado de insignias y bocinas. Recuerdo que llegué con retraso al hotel y subí, corriendo, las escaleras exteriores. Empujé la puerta del vestíbulo y me detuve a tomar aliento.

Grandes cortinas crudas matizaban la claridad, proporcionando un ambiente de siesta, golpeado por el oleaje de la marea alta. Busqué el ascensor y mis ojos tropezaron con un desconocido. Alto, rubio, tostado, vestía suéter y pantalones de algodón blanco, calzaba alpargatas y en su mano sostenía la gorra de visera azul del Club Náutico. Para una criatura de mis años, aquel hombre significaba el ideal y me preguntaba quién sería cuando se acercó.

—Te has retrasado media hora —me reprochó con una sonrisa.

Supe que al enterarse por Ángela que me esperaban, se había ofrecido a recibirme, previa descripción de mi aspecto. Reímos. Poco después aceptaba su propuesta de pasar la tarde en el Atlántico, no sin sentir cierto remordimiento, pues suponía dejar plantado a un simpático muchacho con quien estaba citada.

El Rolls aguardaba en la puerta. Ángela y José se acomodaron en los asientos delanteros, mientras nosotros lo hicimos en el espacio denominado “Ahí te pudras”, que gozaba de malísima reputación. En defensa de mi honra, diré que nos acompañó un hermano del desconocido.

Hoy parece inconcebible la presencia de un “Ahí te pudras” en la estructura de un Rolls. Sin embargo, José poseía tales influencias que había conseguido, del representante de la firma, la incorporación de aquel capricho.

La hermana de Ángela, mi propia hermana y doña Carmen subieron a un segundo automóvil, y en un tercer vehículo, la inevitable cohorte que acompañaba siempre a la familia.

En la terraza del Atlántico, alrededor de las mesas cubiertas de manteles azules, se agrupaban las damas sevillanas, miembros del terrible “Zócalo negro”, todas confesadas del padre La Cruz. De sus relatos –inventados o verídicos– extraía el jesuita sus espeluznantes sermones de la Cuaresma, que llenaban de pavor a las personas que acudían a los ejercicios de San Ignacio.

Sorprende que a cuatro años de distancia del acontecimiento más dramático de nuestra época –la guerra civil–, los directores de conciencia de las clases responsables limitasen sus aspiraciones a lograr que una joven recién salida de la adolescencia no usase maillot en la playa, o negase un beso a su pretendiente.

Las florecillas de la blusa de Ángela, su belleza, realzada por la presencia viril de José, provocaron el revuelo acostumbrado. Las señoras interrumpieron sus conversaciones y las que veían con dificultad se calaron gafas e impertinentes, a fin de apreciar el punto exacto de los pensamientos. Alta, derecha, bien plantada, mi amiga se dispuso a bailar un pasodoble.

El mar aparecía al fondo, entre macizos de adelfas, paradójicamente serenado por un perturbador levante en calma.

Nosotros también bailamos y, poco a poco, supe algo de la vida de aquel desconocido. Se trataba de un andaluz inesperado, graduado en Oxford, interesado en matemáticas, periodismo y literatura, que había vivido en México, Nueva York y La Habana, y rechazaba la idea de ser encasillado como “señorito” de su pueblo. Amante del deporte a vela, venía de tomar parte en una regata internacional como tripulante del yate de lord Lipton, propietario del famoso té. Semejante detalle me fascinó. Hasta entonces, el nombre Lipton venía vinculado a una caja roja que mi abuela materna –educada, por cierta miss Dolly, en la más estricta tradición británica– manejaba a las cinco de la tarde para cebar su tetera, previamente caldeada con el agua de una



magnífica bulloir. Jamás sospeché que aquel Lipton, que daba nombre a unas yerbas, fuese también un ser de carne y hueso.

Aprovechando una pausa en el baile, la figura simpática y un tanto malhumorada del muchacho a quien había dado plantón, se acercó a nuestra mesa. Saludó a mi acompañante y me invitó a bailar. Acepté sonriente, con el propósito de hacerme perdonar la “faena”. Un conjunto de mujeres rubias, altas, esbeltas, doradas, desafiaban con su belleza al poco agraciado “zócalo negro”. Silvia Domecq, Dagmar Williams, Beluca Camporreal, Mercedes Larios, Carmen Carranza, cruzaban la pista de baile vestidas de colores pálidos –rosa, amarillo, blanco, turquesa– en trajes realizados en hilo, shantung, o seda natural, dejando la estela incopiable de aquella armonía, típica de la Andalucía de los puertos –Cádiz, Málaga, Algeciras–, en todo opuesta a la densa hermosura de las andaluzas de tierra adentro.

Intentaba encontrar una disculpa que me reconciliase con mi compañero de baile, cuando este comentó:

—Te veo muy entusiasmada con mi cuñado.

De momento no comprendí, ignorante de la relación familiar que pudiera unirlos, pero recuerdo que mi sangre se detuvo. Es posible que hablase movido por el deseo de aclarar para siempre las dudas, ya que insistió:

—Tu pareja es el marido de mi hermana.

Volví a la mesa. Observé la mano del interesado y adiviné, más que vi, el brillo de una alianza.

Discurrió un tiempo impreciso. Alguien propuso cenar en la calle del Veedor, aledaña de la plaza San Antonio, en uno de aquellos lugares desdeñosamente clasificados de “gentes de palmas”, por cantarse cante grande en sus reservados. La “doña” desaprobó la idea. Consideraba incorrecto que unas señoritas cenasen con unos caballeros, aunque lo hiciesen acompañadas por una señora de “respeto”. Empezó a poner reparos. “Que era muy tarde”. “Que a nuestra casa no se podía telefonar”, etc., etc.

A todas las dificultades mi pareja encontraba remedio. Mandaría un botones, con una nota escrita por mí. La objeción de la hora no tenía fundamento. Doña Carmen sabía que en el Hotel Playa nunca se comía antes de las doce, y eran las once y media. Finalmente convencimos, o avasallamos, a la pobre señora, que prestó su consentimiento.

Bebimos. ¡Mejor no pensar! Ahora, que sabía que todo terminaría, resultaba preferible alargar la ilusión.

Después de la cena, mi nuevo amigo propuso dar un paseo en su barco, anclado en la Caleta. Doña Carmen permaneció en el “Ahí te pudras, somnolienta, quizá un poco borracha, engañada con la promesa de un pronto regreso. Para sosegar sus escrúpulos dejamos en rehenes a nuestras hermanas menores, resignadas a quedarse con ella, en el interior del coche.

Los gaditanos aseguran que las aguas de la Caleta cubren una vieja ciudad, y los días de marea baja es posible distinguir las columnas de sus templos y palacios.

Ángela fue llevada a la embarcación, utilizando la “silla de la reina mora”, o lo que es igual, entrecruzando varias manos hasta lograr un soporte.

Entre risas y carcajadas se inició el cortejo, bruscamente interrumpido por un alarido. Supe después que uno de los porteadores había dado a mi amiga un pellizco de muerte. Mi pareja me condujo en brazos hasta un lejano botecillo y, ya instalados en el velero, este puso proa a las playas de Rota.

Ante nuestros ojos surgió un Cádiz fascinante. Allí estaban las bóvedas amarillas de la catedral, la sombra de las murallas, las luces del paseo de Canalejas, el Parque y la Alameda. El latido del faro que acompañó mi infancia no cesaba de girar. Mi amigo llevaba el timón, su hermano cuidaba de las velas, uno de los acompañantes comenzó a cantar sones cubanos. En bordadas generosas recorrimos la entera bahía. De Puerto Real a Rota, de Chipiona a El Puerto de Santa María, de Sancti Petri a San Fernando. La quilla del velero rasgaba la superficie de aquel mar antiguo, y en el recorrido debimos rozar las columnas de algún templo, los hombros de alguna Diana. Fue una noche sin futuro, más soñada que vivida, y tan leve, que parecía como si un cisne de aire nos arrastrase.

Clareaba cuando volvimos a la Caleta. Doña Carmen había dormido la mona y, libre de la euforia producida por el jerez, había salido del “Ahí te pudras” y se paseaba por la carretera que bordeaba el mar, flanqueada por nuestras hermanas, que intentaban calmarla. Nos recibió transformada en una furia, dando órdenes terminantes y sin permitir despedirnos. A pesar de

todo, mi amigo consiguió llevarnos en coche a nuestros respectivos alojamientos.

No bien amaneció, una de mis tías, tras recorrer la distancia que separaba la casa de mi abuela de nuestro alquilado chalé, emprendió la tarea de “abrir los ojos” a mi madre. Para desgracia mía se hallaba en el Atlántico y había sufrido el bochorno de verme bailar, un baile sí y el otro también, con un “señor casado”. Mamá se llevó un disgusto terrible. Y ella, que nunca había sido severa, me prohibió hasta salir a la calle. Supe que la mujer de mi amigo era muy bella, con el encanto delicado de ciertas princesas persas. También que le había dado varios hijos.

Comenzó a venir por Cádiz, y yo tejía y destejía mentiras hasta que lograba verle.

Septiembre llegó con su levante henchido de voces, sus altas mareas, las playas cubiertas de garitas derribadas, las arenas transformadas en agujas crueles que azotaban la piel. Ángela y Julia habían vuelto a Sevilla. Mi amigo venía a menudo, siempre con el pretexto de su barco. Tomábamos una copa, en un quiosco de la playa solitaria, y volvía a Jerez para el almuerzo.

A veces me conformaba con algo tan nimio como los golpes de claxon que me dedicaba al cruzar en coche por delante de la casa.

Llegó el día de la partida. No recuerdo los argumentos que utilicé, pero conseguí que mi hermana nos acompañase a la Caleta. Vestida con un traje de hilo blanco, los cabellos protegidos por una boinita azul adornada con la insignia del Náutico, que mi amigo me había regalado, afronté la despedida.

Una semana más tarde ingresaba en la universidad<sup>18</sup>.

Mi vida sufrió un cambio profundo.

Las facultades de Filosofía, Derecho y Ciencias estaban instaladas en un antiguo convento de jesuitas, expropiado por el Estado a causa de la desamortización. Junto al edificio, la capilla

---

<sup>18</sup> Sobre esta experiencia universitaria y como pionera de la Universidad de Sevilla, publicamos el capítulo “Mercedes Formica (1913-2002)”, incluido en el libro conmemorativo de los 500 años de la Universidad de Sevilla, *Personalidades*, editado en 2015 por el catedrático Ramón María Serrera bajo el sello del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

del Cristo de la Buena Muerte mostraba la imagen más hermosa de la Semana Santa sevillana. De niña lo había visto pasar por delante de nuestros balcones, al filo de la madrugada, siempre de recogida, cuando los costaleros prestaban al paso movimientos vacilantes. Se detenía ante una ventana y alguien cantaba esta saeta:

Pilatos, por no perder  
el empleo que tenía,  
condenó al Hijo de Dios.

—¡El pobre! ¡Por no quedarse cesante! –disculpaban las criadas.

—¡Pero condenar a un inocente!...

—Tenía su porqué. Defendía el pan de sus hijos.

Acabada la copla, el capataz daba un martillazo recio y el paso se levantaba, tembloroso de luces, el lecho de claveles rojos parecido a una mancha de sangre.

Mamá contrató los servicios de doña Carmen, y la pobre señora esperaba que terminasen las clases recluida en el “salón de las señoritas”. Yo asistía a las explicaciones inmersa en mi particular infortunio. Haberme enamorado de un imposible a los diecisiete años. Hoy resulta absurdo que varios paseos en barco y unos encuentros en la playa alcanzasen tales dimensiones, pero en mi mente adolescente sucedió así.

Con los catedráticos tuve mucha fortuna. Perteneían a la nueva hornada republicana y procedían de la Institución Libre de Enseñanza. José Antonio Rubio Sacristán, leonés de Zamora, explicaba historia del derecho. Amigo y compañero de residencia de Federico García Lorca, el poeta le había dedicado la Muerte de Antonio “El Camborio”, uno de los más bellos poemas del *Romancero gitano*. El hecho de ser un intelectual, además de republicano, motivó que las casas importantes no se le abrieran. Joven, rico, atractivo, vivió socialmente marginado, aunque es posible que no le importase y ni siquiera captase el matiz, ya que otras muchas familias le recibieron. El pecado de los sevillanos – con las excepciones que confirman la regla– ha sido su falta de curiosidad por todo lo que viene de fuera sin estar relacionado con el campo, los toros o las cacerías. Quietismo que les impide

renovarse, y donde también residen sus mejores virtudes, ya que un amigo será siempre un amigo. Semejante actitud provocó la frase, terrible, de Ortega: “Sevilla, ciudad de primera, con habitantes de tercera”.

No bien pisé la universidad, comprendí mi falta de preparación para pasar de un colegio de monjas y una academia insignificante, al mundo de la pura ciencia. Sabía de memoria, con preguntas y respuestas, el catecismo de Ripalda, e ignoraba los fundamentos de la teología. Las artes plásticas, la música, la literatura me resultaban extrañas, en contraste con la formación humanista de los bachilleres del Instituto-Escuela. Soy testigo de mayor excepción de los beneficios de la enseñanza cíclica. La cultura de Carmen Carvajal, por ejemplo, era en todo superior a la mía. Sus pocos o muchos conocimientos de arte los había adquirido sin esfuerzo a través de sus visitas al museo del Prado o a las iglesias románicas. Otro tanto sucedía con la investigación, iniciada en laboratorios y archivos. Para mi amiga, la Rendición de Breda no fue nunca el grabado impreciso que yo vi en un libro de historia, sino el lienzo genial de nuestra primera pinacoteca.

Es cierto que tales maravillas parecían vedadas a los estudiantes de provincias, pero en lo que a Sevilla se refiere contábamos con Itálica, la torre mudéjar de don Fadrique, el Alcázar, los Zurbaranes del Museo, los Valdés Leal de la fundación Mañara, sin olvidar el Archivo de Indias y las Atarazanas. Nadie, entonces, me llevó hasta ellas, y sería Eduardo Lloset, refinado espíritu sevillano, quien me mostraría los tesoros de la ciudad y sus alrededores. A pesar de mi ignorancia, tuve el “pálpito” de pasear por barrios, plazas y “compases”, de captar el dolor y la belleza de la vieja judería, de saber lo que puede lograrse con diez metros cuadrados plantados de naranjos. Carmen Carvajal recitaba de memoria la versión del Romance del Mio Cid hecha por Menéndez Pidal, las canciones populares recogidas por el maestro Benedito, semillas de los Coros y Danzas de la sección femenina de Falange.

Nunca olvidaré la sorpresa de Lourdes Bolín –hija de Constanca de la Mora e hijastra del comandante Hidalgo de Cisneros, jefe de la aviación republicana– la tarde que volvíamos de la Mata del Pirón, finca de su tía Marichu.

Educada en la Unión Soviética por Dolores Ibárruri, Pasionaria, Lourdes comenzó a cantar canciones rusas. Terminado el repertorio eslavo propuso:

—Ahora cantaré algo español que no conocéis.

Y en el silencio del Guadarrama surgieron estas estrofas:

Ya se murió el burro  
que acarreaba la vinagre;  
ya lo llevó Dios  
de esta vida miserable.  
Que turu-ru-ru-rú.  
Que turu-ru-ru-rú.

Ante la sorpresa de Lourdes, proseguí:

Todas las vecinas  
fueron al entierro  
y la tía María  
llevaba el cencerro.

Había oído la canción muchas veces a Carmen Carvajal, y es posible que alguna de las profesoras que acompañaron a los niños españoles a Rusia procediera de la Institución.

Mi falta de base literaria también resultaba notable. Ignoraba la obra y hasta la existencia de Juan Ramón y Machado, por no citar sino a poetas andaluces, y de la vena popular solo recordaba coplas oídas en la infancia a nuestras niñeras:

Gerinero, Gerinero,  
mi paje, mi bien querido,  
la espada de mi señor  
entre los dos ha dormido.

—¿Cómo puede dormir una espada?

—Ya ves, niña.

—Pero ¿cómo puede dormir una espada?

—¡Cosas de reyes!

O aquel romance de los pobrecitos del Garellano, relato de cordel de un naufragio terrible.

Mis conocimientos poéticos se limitaban a Gustavo Adolfo Bécquer, y en el terreno teatral, a los hermanos Álvarez Quintero, gracias a las bibliotecas públicas con libros de los citados autores, que funcionaban en el parque de María Luisa y desaparecieron al desaparecer el último ejemplar.

José Antonio Rubio inició el curso con alusiones al Becerro de las Behetrías. Como mi mente continuaba navegando por la bahía gaditana, los primeros apuntes resultaron ininteligibles.

Hasta pasado Año Nuevo no supe que aquel becerro era no la versión juvenil de un toro bravo, sino lo que se conoce en derecho como cuerpo legal. En la década de los 50 pude admirarlo en Alcalá de Henares, en una vitrina de la universidad complutense, tratado igual que una joya.

La raigambre de nuestro catedrático le proporcionaba versiones casi domésticas del Medievo. Los Nuños y Peros de la alta Edad Media, que nosotros conocíamos de manera superficial, representaban para José Antonio mucho más que simples nombres.

Al ir por vez primera a Zamora, comprendí que la reina Urraca permanece viva en su pueblo, y hombres, niños y mujeres son capaces de repetir, emocionados, señalando las murallas:

—Por ese portillo escapó el conde Ansúrez.

—Aquí tuvo lugar la traición de don Ordoño.

Sombras a las que Rubio se refería con igual familiaridad que sus paisanos.

Intenté refrescar aquella parte de nuestra historia. No se trataba de simples olvidos, sino de auténticas lagunas, comparables a las que tenía acerca de la corte de Navarra o las refinadas princesas de la Casa de Aragón, capaces de utilizar las horquillas de oro de sus trenzas en función de tenedor, a fin de no manchar de grasa sus manos delicadas.

En contrapartida, el sur proporcionaba al castellano emociones inéditas. Recuerdo el día que, pasando lista, tropezó con un apellido de solera legendaria:

—¿Pinzón? ¿Se llama de verdad Hernández Pinzón?

—Desde luego.

—¿Dónde ha nacido?

—En Palos de Moguer.

—¿Se da cuenta de lo que significa llamarse Pinzón y haber nacido en Moguer?

—Sí, señor.

Y Manolo, nuestro compañero, sonreía, pensando que su pueblo estaba lleno de familias con los apellidos de los descubridores del Nuevo Mundo.

La cátedra de derecho romano la desempeñaba un granadino de origen extranjero –el señor Pelsmaecker–, sabio eslavo-andaluz incapaz de transmitir a otros sus valiosos conocimientos, carente de la intuición y la paciencia que ligan al profesor con el alumno. Sus exigencias antipedagógicas –dos horas largas de clases, la primera de explicación y apuntes, la segunda de preguntas– convertían en tortura lo que podría haber sido grato inicio a la ciencia jurídica. Digo esto porque, más tarde, fui testigo de lo que puede conseguir un maestro riguroso, cuando su rigor viene acompañado de las cualidades que a Pelsmaecker le faltaban. Me refiero a unos de los “huesos” más famosos de la Universidad Central –don Luis Jiménez de Asúa–, capaz de transformar en pura delicia las complejas abstracciones de su Teoría jurídica del delito. El señor Pelsmaecker había sucedido en la cátedra a un personaje pintoresco, muy querido de sus alumnos, don José López Rueda. Las versiones que tengo acerca de su encumbramiento resultan diversas. Mientras mi querido amigo Carlos Ollero, catedrático de Político y senador real, sostiene que se debió a la bondad de la reina María Cristina, para otros, el responsable fue don Pedro Rodríguez de la Borbolla, poderoso cacique romanonista.

Huérfano de un funcionario muerto en acto de servicio, López Rueda se vio en posesión de una cátedra en la universidad hispalense, dando lugar a numerosas anécdotas. Carente de preparación, limitaba sus explicaciones al aspecto externo de los personajes romanos. O que creía romanos. A la enfiteusis oponía la figura de Cleopatra. La *res nullius* era sustituida por la descripción de Pilatos, mientras las legiones de Tiberio ocupaban el lugar de la *bona fidei*. Sus fuentes de inspiración no podían ser más domésticas. Los pasos de la Semana Santa. El de la sentencia de San Gil, y los armaos de la Macarena, le proporcionaban detalles sobre atuendos, peinados y usos. Caballero intachable, don José advertía la víspera de algún pasaje escabroso:



—Ruego a las señoritas se abstengan de venir a clase. Están dispensadas. Voy a explicar el baño de Popea.

Y en la intimidad del aula, transformada en casino, el catedrático iniciaba su disertación con los ojos entornados:

—Aquella mujer, que tenía las carnes más blancas que la leche de burra donde se bañaba...

Nadie fue capaz de hallar relación entre la *restitutio in integrum*, pongo por caso, y la inmersión en jugos lácteos de la esposa de Nerón.

Sabedor de tales antecedentes, el señor Pelsmaecker decidió reparar la injuria inferida a su disciplina y consiguió hacer del romano la más ardua, compleja y difícil de cuantas se cursaban en la carrera. Durante la hora de las explicaciones y la más escalofriante de las preguntas yo las pasaba moradas.

En mi banco solía sentarse Guillermo Eizaguirre, cuando los campeonatos de liga le dejaban tiempo libre. Hijo de un magistrado de la Audiencia sevillana, había logrado fama internacional como guardameta *amateur*. Los aficionados al fútbol deliraban por sus actuaciones. Apenas le quedaban horas para los estudios, pero había prometido a su padre obtener la licenciatura y, entre partido y partido, asistía a las clases que podía. Año tras año naufragaba en romano. Allí lo dejé cuando pasé al segundo curso de la carrera.

Desde mi sitio distinguía la ventana del laboratorio de la Facultad de Ciencias y a Miguel Ibarra, cubierto con su bata blanca, observando al trasluz el contenido de un tubo de ensayo. Su alta figura, el mechero de gas, las reacciones del líquido misterioso, se convirtieron para mí en los símbolos de la libertad y la dicha.

Fue precisamente a la hora de Pelsmaecker cuando entré en contacto con los primeros chispazos de la revolución.

Aquella mañana de noviembre había llegado con retraso a clase. El bedel me mostró las llaves. Todos sabíamos que, después de entrar el profesor en el aula, ningún alumno podía hacerlo. Me resigné con la falta y me fui al salón de las señoritas, mientras doña Carmen aprovechaba para oír misa en la iglesia cercana. El “salón de las señoritas”, nombre que debía sugerir situaciones más placenteras, era un cuarto lóbrego, en forma de tranvía, que recibía luz de la cristalera incrustada en el techo.

Privado de ventanas, nadie veía lo que sucedía en su interior, como si las cuatro muchachas que frecuentábamos las facultades de Ciencias, Filosofía y Derecho fuésemos elementos diabólicos, procedentes del averno.

Me dispuse a ordenar los apuntes. Repentinamente, un rumor, parecido al vendaval que precede a las tormentas, surgió al fondo del edificio, acompañado de golpes, carreras y gritos. Salí al patio principal y lo hallé transformado. Grupos agresivos se movían de un lado para otro, envueltos en espesa humareda, vociferando órdenes y contraórdenes. No vi ninguna cara conocida y, según supe más tarde, a los alumnos habituales se habían sumado los de Medicina y Comercio, agitadores profesionales y obreros. Alrededor de la estatua de maese Rodrigo todo era desorden, tumulto y oscuridad. Grandes pancartas exhibían las siglas de la Federación Universitaria de Estudiantes, más conocida por FUE, de gran prestigio en las postrimerías de la monarquía y, en aquel momento, en el poder.

Intentaba orientarme, cuando, en el rellano de la magnífica escalera, descubrí a dos estudiantes acorralados por otros seis, que les golpeaban sin piedad, los puños protegidos por llaves inglesas.

Juan Maestre –futuro premio extraordinario de la Facultad de Ciencias– sangraba por boca y nariz, mientras, en un extremo del patio, una inmensa hoguera consumía el mobiliario de los Estudiantes Católicos. Sonaron unos disparos, siguió un silencio expectante, y a todo correr me dirigí a la segura madriguera de nuestro salón.

Elena Fernández Iloraba, asustada. Entre gritos y portazos, irrumpieron en el salón varios desconocidos que, sin miramiento alguno, escaparon por la ventana de la toilette. Las sirenas de los guardias de asalto ululaban en la calle. Patrullas motorizadas se detuvieron ante las puertas de la universidad. El rector magnífico invocó el fuero, negando a la fuerza pública la entrada en el recinto. Los de asalto quedaron a la expectativa. Cuando el tumulto cesó, abandoné el refugio en busca de noticias.

Doña Carmen, el velo y la peineta torcidos, discutía con un guardia que le impedía el paso. Del aula de Pelsmaecker salió un joven en brazos de varias personas. Se trataba de un compañero

de banco que tenía los ojos cerrados, el gesto contraído, la ropa manchada de sangre. Alguien murmuró:

—Está muy mal.

Lo metieron en una ambulancia y el resto de la mañana discurrió entre comentarios exaltados. En pocas horas, aquel lugar de sosiego había pasado a formar parte de algo que, hasta el momento, perteneció a la calle.

Víctima de un ataque de histeria, mi “doña” sorbía entre sollozos una taza de tila. El incidente truncó nuestras relaciones. Aquella tarde renunció a su cargo, explicando “que había sido contratada para acompañar a una señorita como Dios manda, no para ir a la guerra”.

A lo largo de la semana se fueron conociendo detalles del suceso. La Federación Universitaria de Estudiantes, de gran prestigio durante el tiempo que permaneció en la oposición, había ocupado el poder, y desde su situación de privilegio decretó el exterminio del Centro Católico. La poderosa FUE consideró a los veinte muchachos del grupo cristiano elementos desestabilizadores del régimen. Mis ideas políticas se limitaban a un vago sentimiento monárquico, inspirado por el afecto y costumbre hacia figuras respetadas: el rey, la reina, las infantas, el príncipe de Asturias. Pero su falta de consistencia no impedía que me sintiese capaz de rechazar dos cosas: la intolerancia y la destrucción.

Juan Maestre o Miguel Ibarra debieron proponerme el ingreso en los católicos, y, antigua alumna de un colegio religioso, no vacilé en aceptar. La despótica agresión transformó mi olvido e indiferencia en auténtico entusiasmo. Sin embargo, muy pronto todo se apagó.

Pedro Gamero del Castillo, presidente de los Estudiantes Católicos y brillante letrado que no frecuentaba la universidad, dispuso –con civilizado criterio, sin duda– no tomar represalias. Al salvaje atentado, responderíamos con una protesta simbólica, absteniéndonos de entrar en clase. La FUE tomó la decisión a pitorreo y quemó definitivamente el centro, sin perdonar esta vez puertas ni ventanas. Como lo de ofrecer la mejilla derecha si te golpean la izquierda no era lo mío, decidí quedarme fuera de cualquier asociación.

El joven herido pertenecía a una familia de la clase media. Residía en los alrededores de la Alhóndiga, en una casa sombría, llena de habitaciones inútiles. Despacho renacimiento, sala orientada al norte, tristísimo comedor. Fuimos a verle un grupo de compañeros, y el chico nos recibió en la alcoba de sus padres, tal vez porque su propio dormitorio no estaba presentable. En aquellos años, el nivel de vida era tan bajo, que un obrero de hoy rechazaría el *modus vivendi* de aquel profesional de la medicina que carecía de cuarto de baño, agua caliente, calefacción y automóvil.

Pienso que la visita del claustro de profesores, con su rector magnífico al frente, debió poner en grave aprieto la dignidad de aquella familia, con pocas sábanas de recambio y feroces finales de mes iniciados el día 15. La bala se había incrustado en la ingle y el muchacho se debatía entre la satisfacción de sentirse un héroe, la certeza del aprobado y el miedo a perder una pierna.

En Madrid, aquel hogar hubiera albergado a unos republicanos, pero en provincias guardaba a gentes de orden que no responsabilizaban de su escasez a grupos sociales mejor situados. Identificarlos con explotadores de la miseria española resulta grotesco. Sin embargo, durante unos días, el herido y sus padres encarnaron la contrarrevolución. La prensa cercana al Gobierno publicó el suceso con su ambigüedad característica: “En la mañana de ayer, a la salida de clase, resultó herido de una bala perdida el alumno de primer curso de Derecho, don XX”.

Fórmula que, tres años más tarde, serviría para notificar centenares de asesinatos: “Esta mañana, en las cercanías del Camino Nuevo, apareció muerto de disparos de fusil el ciudadano XX”.

El suceso se comentó unas semanas. Luego, la proximidad de los exámenes parciales le quitó actualidad.

Coincidiendo con esto, llegó a casa un sobre certificado. Elena me dio la noticia:

—Serán las fotos de la Caleta. Mamá está indignada.

Vacilando entre el temor y el júbilo, subí a nuestro piso. Coherente con su educación británica, mi madre no había abierto la carta, que me entregó cerrada, pero se quedó a presenciar su apertura, y al ver surgir medio centenar de fotografías me obligó a lo que consideró más eficaz para terminar con “aquel

escándalo”. Sus párpados hinchados denunciaban que había llorado, y semejante certeza me angustió de tal modo que hice lo que me pidió. Escribir una tarjeta abierta a mi amigo, agradeciéndole su envío e incluyendo saludos para su mujer.

A partir de aquel día no volví a tener noticias suyas. Las fotografías de la Caleta me acompañaron durante el curso, y cuesta trabajo pensar que aprobase los exámenes en aquel estado de inhibición y ensueño.

Hasta que se produjo el drama que acabó con mi familia, vivimos en Sevilla. La violencia que precedió a la Guerra Civil no fue obstáculo para que Elena y yo nos “pusiéramos de moda”, algo que sucedía entonces, y supongo continúa sucediendo, en las capitales pequeñas.

Si por un lado frecuentaba la universidad, por otro asistía a “los jueves” del Llorens, a “los lunes” del Pathé, a “los té” del Alfonso XIII, que había cambiado su nombre por el de Andalucía Palace. A estas diversiones se sumaban el carnaval, la Semana Santa, las dos ferias –de abril y septiembre–, aparte de la romería del Rocío. Pasaba sin transición del Becerro de las Behetrías a torear al alimón un eral murubeño con Enrique Herrera, en su cortijo de Jaime Pérez. Enrique me había mandado una carta inolvidable, donde me declaraba su admiración, “a pesar de tener tanto código”. A mitad de febrero, Ignacio Sánchez Mejías ofreció un baile de disfraces en su hacienda de Pino Montano.

El torero ocupaba en la ciudad una situación compleja. Su formación universitaria, sus sentimientos republicanos, su amistad con intelectuales, le habían granjeado el recelo de los sectores integristas, pero buen matador, emparentado por su mujer con la dinastía de los Gallos, gozaba del respeto de labradores y ganaderos. A siete kilómetros de la famosa Puerta de la Carne, Pino Montano era centro de reunión de las personas más dispares.

En lo que al baile de máscaras se refiere, no acudió ningún maestrante. Lo hicieron terratenientes evolucionados –Pickman, Gamero Cívico, León– y el círculo diplomático, representado por los cónsules acreditados en Sevilla. El portugués Alberto Magno, su bellísima esposa María Laura, los argentinos, ingleses y cubanos. Lola Gómez, la mujer de Ignacio, era una gitana de buen ver, hija de la “Señá Gabriela” y hermana del famoso Joselito.

Sentía el orgullo de su casta y a menudo lucía un guardapelo con el retrato de la autora de sus días. Bien educada, digna, serena, profundamente enamorada, simbolizó para mí una clase de señorío auténtico.

La presencia en la vida de Ignacio de la bailarina Encarna López había roto el matrimonio, y la pareja no se dirigía la palabra. El sufrimiento había producido a doña Lola un “pañó de hígado”, especie de sombra que le cubría la mitad de la cara. Cerradas para el marido las puertas del dormitorio conyugal, amueblado a estilo sevillano –cama, armario y tocador, lacados en azul y flores multicolores–, Ignacio y Lola habían convenido en “guardar las apariencias” por el bien de los hijos. Las temporadas que Sánchez Mejías pasaba en el Pino, ocupaba una habitación de la planta baja. Las relaciones de aquellos seres, unidos durante años por sentimientos apasionados, resultaban admirables. Presidían su mesa como el matrimonio mejor avenido, encauzaban las conversaciones de los invitados, y se las ingeniaban para decir cuanto tenían que decir a través de terceros, sin que nunca surgiese la frase áspera o el gesto desagradable que pusiera en evidencia el abismo que los separaba.

Después de la cena, a Ignacio le gustaba ver bailar a su mujer. Lola danzaba mejor que su cuñada, Pastora Imperio, y con más solera que su rival, la Argentinita. Sus bulerías, interpretadas a la luz de las velas, o las sevillanas, emparejada con la Niña Trini, huérfana de su hermano Fernando, eran inolvidables. Ignacio jaleaba entusiasmado si Dolores alzaba sus brazos cortos en forma de ánfora, e iniciaba la siguiyria gitana.

Terminada la reunión, los invitados abandonaban la finca. La Niña Trini, los hijos del matrimonio y su amigo Alfredo Corrochano se recogían en las habitaciones. Lola quedaba en el ancho lecho matrimonial, frías las sábanas, profunda la pena, y más oscuro que nunca el paño de hígado. A veces, un silbido prolongado interrumpía su descanso. Sin perder un instante, descendía al piso inferior y entraba en el cuarto de su marido. El torero aparecía derribado en la cama, el rostro crispado por el sufrimiento de viejas heridas. Lola disponía los ungüentos y, con las manos que tantas veces le acariciaron, le daba ahora friegas silenciosas. Cuando el dolor cesaba, se apartaba del hombre, sin

hablarle. Así continuaron hasta que los separó la muerte. Federico García Lorca, íntimo de Ignacio, escribió más tarde:

¡Que no quiero verla!  
Dile a la luna que venga,  
que no quiero ver la sangre  
de Ignacio sobre la arena.

Empezamos a frecuentar Pino Montano. Sánchez Mejías adoraba a sus hijos Piruja y José. La muchacha estudiaba Filosofía y se había revelado alumna excelente. Su hermano, renegrado y seco –galgo verde le llamó Pepe Luna–, quería ser torero. Cuando manifestaba estos sueños, su padre le contemplaba con una mezcla de compasión y cariño.

—¡Mosquitos matabas tú! –murmuraba.

Ignacio murió en Manzanares, de la gangrena producida por una cornada.

Siguiendo el ejemplo de Belmonte, que había convertido “La Capitana” en centro de reunión de intelectuales, Sánchez Mejías intentaba lo mismo en el Pino, y hasta había estrenado con éxito una comedia de signo vanguardista, titulada Sinrazón. A la distancia del tiempo resulta curioso comprobar que las dos tertulias literarias de la Sevilla de los años 30 estuvieron animadas por toreros. La de Juan, con elementos consagrados –Ortega, Marañón, Zuloaga, Sebastián Miranda, Pérez de Ayala– más jóvenes y menos conocidos la de Ignacio.

Es posible que el refinamiento del trianero se debiese a su mujer, la peruana Julia Cossío. De su matrimonio se contaban muchas cosas. Antes de salir para América, Belmonte mantenía relaciones con una amiga de sus hermanas –Consuelo Campoy–, guapa cigarrera de ojos verdes. Consuelo compartía la casa que Juan había regalado a su familia, formada por el padre, una madrastra y numerosas criaturas, frutos de los matrimonios. Un cantar eternizaba la generosidad del torero:

Dicen que Belmonte es feo,  
pero tiene corazón,  
que a sus hermanos, los más chicos,  
del hospicio los sacó.

Vivía en Triana, feliz y admirado, cuando le ofrecieron el tentador contrato americano. Pidió a Consuelo que le acompañase, y fue entonces cuando la joven cometió un error que iba a resultarle fatal. La idea de cruzar el charco le horrorizaba y confesó a su novio que estaba esperando un hijo. Juan no la creyó. Después de cierta cornada, un médico amigo le había pronosticado que nunca engendraría.

En Lima, el torero hizo delirar a las muchedumbres. Invitado por el presidente de la República, conoció a la sobrina del primer mandatario, Julia Cossío, hermana del jefe de los apristas, partido vinculado a la izquierda. Culta, delicada, bonita, el trianero se casó con ella, naciendo una niña poco después de haber visto la luz el hijo de Consuelo. La vuelta a Sevilla resultó un acontecimiento. Del Altozano al Aljarafe, de la calle Castilla a la del Betis, corría el mismo rumor:

“Viene casado con una india”.

“Hija del rey del Perú”.

“Que tiene la cara negra”.

La bonita muchacha peruana se encontró prisionera de un clan, del que formaba parte la entera Triana. La curiosidad que despertaba le impedía asomarse a los huecos de la casa sin que racimos de niños gritasen: “¡Es blanca! ¡Es blanca!”.

Decidió alejarse del barrio. Los hermanos Herrera, belmontistas entusiastas, ayudaron a la pareja a comprar La Capitana, magnífica hacienda de olivar, situada a treinta kilómetros de Sevilla. Julia arregló el caserío, prestándole su espíritu refinado. Relacionada con La Capitana se contaba la siguiente anécdota. Siendo Belmonte un maletilla, había arribado, muerto de hambre, a la entrada de la finca para poner en práctica un truco que hasta el momento le dio resultado. Sacaba una botella de aceite y pedía a la casera:

—Señora, ¿quiere darme un poco de pan para este poco de aceite?

Otras veces decía:

—¿Quiere darme un poco de aceite, para este cacho de pan?

Aquel día, la mujer contestó:

—Perdone, por Dios, hermano. —Y se adentró en la cortijada.



Rojo de ira, el muchacho comprendió que estaba pidiendo limosna. Tragándose las lágrimas, juró que llegaría a ser dueño de La Capitana.

En Pino Montano traté de cerca al poeta Jorge Guillén y a José Antonio Rubio Sacristán, a cuyas clases de literatura española e historia del derecho asistía como alumna. El autor de *Cántico* tenía la misma figura ascética que su fama ha divulgado. El aula donde explicaba, en el último patio-jardín de los cinco que albergaba la universidad, era un rincón sereno, perfumado por arbustos moriscos, romanos, griegos. Arrayanes, laureles, mirtos. Cuando llovía, los olores se potenciaban, y en primavera se les sumaba el aroma del limonero. Guillén estaba casado con una dama francesa, de origen israelí. La pareja vivía en una hermosa villa del paseo de las Palmeras, barrio residencial, moderno y exclusivo.

A veces he meditado acerca de la influencia de la mujer hebrea en la vida y en la fama de nuestros intelectuales. La primera mujer de Pablo Picasso, la Luisita de Ramón Gómez de la Serna –Luisa Sofovich, hija del gran rabino de Buenos Aires–, la esposa de Zuloaga, la Gala de Dalí. Guillén nos hizo conocer la obra de Juan Ramón Jiménez, Machado, Aleixandre, Dámaso Alonso. Por vez primera tuve en mis manos un ejemplar de la revista *Mediodía*, publicación de vanguardia, editada por Eduardo Lloent.

Los habituales de Pino Montano eran poetas y colaboradores de *Mediodía* –Juan Sierra, Pepín Bello, Joaquín Romero Murube, Rafael Laffón, Adriano del Valle– y los andaluces consagrados: Alberti, Lorca.

A don Jorge Guillén pude mostrarle mi gratitud, mi admiración y estima en momentos difíciles de la guerra civil.

Mediado 1937, después de la tragedia malagueña, Eduardo Lloent me confió sus temores. El poeta vallisoletano estaba expuesto a sufrir daño por parte de quienes lo consideraban “rojo”. La posibilidad me pareció monstruosa. ¿Cómo podían perseguir a un hombre del talante de Guillén, entregado a la poesía, carente de actividades que comprometiesen el éxito final de la contienda? Yo lo respetaba y lo quería. De nuestro punto de vista –el de Eduardo y el mío– participaba Manuel Díez Crespo, y los tres convinimos en hacer algo para protegerle. Joaquín Romero Murube, Ángel Ferrari, Manuel García Viñolas se

sumaron a la idea. Conseguí de Syra Manteola, secretaria de la Sección Femenina, los salones del Pasaje de Oriente, requisados para oficinas. En ellos tendría lugar un acto literario, en honor del poeta, con el propósito aparente de difundir su calidad y la intención, más secreta, de que no se repitiese el caso de Federico García Lorca. Llenamos el “Pasaje” como pudimos. El miedo, la exaltación producida por la guerra, el que muchas personas no participasen de nuestra admiración hacia Guillén, fueron causas de las abstenciones. Aparte de las chicas de la SF y de aquellas otras que trabajaban como voluntarias, asistieron Miguel Ortega, hijo de don José, médico del hospital de la Cruz Roja, el historiador Ángel Ferrari, su novia, Teresa Herrero Garralda, la hermana de ésta, Fernanda, ambas hijas de los cultos marqueses de Aledo, Joaquín Romero Murube, Elena Formica, su novio, oficial de aviación laureado en Oviedo, y los propios organizadores. Ofreció el acto García Viñolas, en uniforme de legionario, y la prensa reprodujo el homenaje con grandes titulares y expresiones gráficas. El objetivo buscado se logró. Don Jorge pudo salir de España, reunirse con su mujer, en París, e instalarse en Canadá. Sin embargo, creo que Guillén lo ha olvidado.

En Pino Montano pasamos tardes maravillosas. Nunca me pregunté entonces por qué no frecuentaba la finca otra sobrina de su dueña, Gabriela Ortega, la más cabal intérprete del *Romancero gitano*. Ella me lo contaría años más tarde. Por aquellas fechas apuraba a tragos amargos el drama vivido por su familia. Ignacio, que deseaba para sus hijos un ambiente sin estridencias, rechazaba el de sangre y cuchillos que había rodeado a Gabriela, y la mantuvo alejada de Piruja y José, lo que para la joven significó ser arrojada del paraíso.

Hija de la hermana mayor de Lola Gómez y del banderillero de confianza de Joselito, apodado el Cuco, Gabriela fue fruto de aquella pareja, miembros de un gran linaje gitano con raíces en Cádiz y ramas visibles en Sevilla, que dio a la fiesta y al flamenco matadores, novilleros, banderilleros, cantaores y bailaores.

Cuando los Gallos estaban en su apogeo, Rafael se prendó de Pastora Rojas, hermosísima criatura, llamada en el mundo del espectáculo Pastora Imperio. Al decir de la propia Gabriela Ortega, la que luego sería su tía política era una buena cupletista,

pero “cuchimí”, esto es, calé entreverada de paya. La madre de Pastora había sido bailaora de fuste, de ahí su nombre de Mejorana. La mejor, Ana.

Nacida en el corazón del gaditano barrio de Santa María, se había casado con un sastre de toreros, llamado Víctor Rojas, propietario de un taller en la plaza de San Antonio. De la unión nacieron dos hijos, Pastora y Víctor II, guitarrista de su famosa hermana. Siguiendo el relato de Gabriela, la Mejorana no vio con buenos ojos la boda de Pastora y Rafael. La muchacha se encontraba en la cúspide de su carrera y, aunque el Gallo era ya figura, la madre pensaba que su hija podía llegar más lejos, tal vez a las cercanías de un trono. Aquel enlace truncaba sus ambiciones, sobre todo conociendo los propósitos de Rafael de alejar a Pastora de las tablas. La madre de los Gallos tampoco simpatizaba con su futura consuegra y, en víspera de bodas, determinó:

—¡Que lo sepan todos! A la señá Gabriela no la retratan los periodistas junto a la Mejorana.

El casamiento tuvo efecto, y las revistas de la época muestran una pareja magnífica, tocada por la gracia. Pastora luce vestido de raso negro, velo blanco, prendido de azahar, cuerpo de junco, ojos de agua. Rafael, traje de alpaca y camisa de chorreras.

De acuerdo con los deseos del marido, los recién casados se instalaron en la Alameda de Hércules, en una casa pared por medio a la ocupada por la señá Gabriela y sus hijas. Por si fuera poco, las viviendas estaban comunicadas a través de una puerta interior. Lo que quiere decir que el Gallo había encerrado, en un reducido espacio, a dos fuerzas de la naturaleza: su madre y su mujer.

Discurrieron pocas semanas. Rafael había vuelto a los toros y, lejos de los escenarios, Pastora se aburría. No aliviaba su tedio la compañía de los suyos, pues los celos del Gallo les habían cerrado las puertas del nuevo hogar. El torero pretendía convertir a su mujer en un miembro de la familia, olvidando que había sido la primera en el mundo del espectáculo.

La obligó a llevar la cara sin maquillaje, a ponerse un delantal, a permanecer en el patio, cosiendo, sentada en una mecedora, aguardando el regreso del marido en compañía de suegra y cuñadas.

“La mujer casada, en casa, con la pierna quebrada”, repetía Rafael. Semejante conducta suponía la absorción de una personalidad tan brillante, como la de Pastora Imperio, para reducirla a Pastora Gómez Ortega.

En su deseo de anularla, el Gallo no le daba dinero, y hasta los gastos diarios quedaron fuera de su control. Era Gabriela, la hermana de Rafael, la encargada de dirigir el nuevo hogar.

Sin embargo, la Mejorana acechaba. Experta en cazuelas y bebedizos, conocía como nadie la fuerza del instinto. En opinión de la vieja bailaora, había que dar “una vuelta a la sartén” y, en lugar de que su hija viviese con los Gallos, avasallada por ellos, fuese Rafael quien se viniese con los Pavón. Impulsada por esta idea, puso en práctica sus propósitos.

El torero empezó a recibir anónimos de este talante: “La camisa que hoy lleva Pastora es negra, con encajes rosas. Adivina quién sabe todo eso de tu mujer”. El hombre mordía el engaño. Cegado por los celos, se precipitaba sobre la bailaora. Le arrancaba la blusa hasta dejar al descubierto la prenda descrita en el papel. ¿Quién, si no un amante, podía conocer la intimidad de aquella criatura? Los nervios destrozados, una nube en el cerebro, Rafael cometía auténticos desmanes. Abofeteaba a la muchacha, acusándola de infidelidad, la humillaba delante de las otras mujeres de la casa, hasta convertir su vida en un infierno. De nada valían las protestas de Pastora, falta de culpa. Enamorada hasta el tuétano, apenas salía a la calle. Cuando la violencia se calmaba, un nuevo papel reavivaba la hoguera: “Las ‘naguas’ blancas de Pastora tienen un pliegue por la parte del culo”. “Las ligas son rosas, con capullitos de pitiminí. El sostén, azul”. El torero reanudaba los golpes, los insultos, las maldiciones. Pastora no cesaba de llorar. “Ese lunar que tanto te gusta, me lo tengo comido con la lengua millones de veces”. Hasta que la mujer, en el límite de las fuerzas, buscó refugio junto a su madre. De noche y de día lloraba sin consuelo. No perdonaba a Rafael que hubiese dudado de ella.

La Mejorana la tranquilizaba:

—Seca tus lágrimas, que ahora tienes las riendas en las manos. Ese hombre no puede vivir sin ti. Volverá, y cuando vuelva, le pones tus condiciones. Cruz y raya a la casa de la Alameda.

Erró la Mejorana. El Gallo no había nacido para suplicar. y, retorciéndose las entrañas, nunca buscó a Pastora. Si su mujer se había ido de su vera, quebrando juramentos sagrados, que se fuera. Si quería volver, que lo hiciera pidiendo gracia. ¡El Gallo no se rebajaba! Cincuenta años más tarde continuaba obsesionado por aquella deserción, hasta el punto de morir con el nombre de Pastora en sus labios. Recuerdo un tentadero, en Pino Montano. Los invitados presenciábamos las faenas de Belmonte, Pedro Luis Algabeño y Pepe Bienvenida, en la placita de la finca. En cierto momento entré en la casa, oscurecida por las persianas. En una sala, dos hombres –Manuel Torres y Rafael– escuchaban el rasgueo de la guitarra. El Gallo permanecía inmóvil, gruesas lágrimas surcando su cara.

Dile a esa mujer que ríe,  
que yo sigo con mi pena.

Nunca he podido olvidarlo.

Tras la separación, el matrimonio siguió rumbos diferentes. Los toros llevaron al hombre a México, Venezuela, Perú. Pastora volvió a las tablas, donde obtuvo éxitos inenarrables. Sin embargo, una llaga profunda la quemaba.

La señá Gabriela había muerto. Poco después le siguió Joselito, desangrado en Talavera por un toro de Miura. Quedaba la hermana mayor, casada con su primo, el Cuco, arrogante banderillero, de talento natural, que aprendió a leer en las cajas de cerillas.

La temporada que precedió a su muerte, José escribió a su madre, ponderando las cualidades de su hombre de confianza y cuñado: “De todos es el mejor, siempre queda bien. Se le puede presentar en cualquier parte. Gabriela ha tenido mucha suerte”. Y aquel verano, durante la Semana Grande de San Sebastián, lo llevó consigo, de igual a igual, a la residencia de los marqueses de Urquijo, en Llodio.

Sin embargo, el Cuco guardaba un secreto. Su viejo amor por Pastora, cuando la muchacha solo “hacía cara” a matadores, príncipes y magnates.

La vida del matrimonio discurría serena, en una casa confortable, alegrada por dos hijos. Inesperadamente, la felicidad

se truncó. Gabriela intuyó que otra hembra “echaba los tejos” a su marido.

El Cuco, siempre cariñoso y enamorado, la miraba con desprecio, impulsado por una especie de rencor. Su confianza de otros días había dejado paso a sospechas:

—¡Hipócrita, que eres una hipócrita! —gritaba de pronto—. Toda Sevilla sabe que, antes de casarte conmigo, tuviste que ver con el Niño de la Audiencia.

Gabriela se defendía, deshecha en lágrimas:

—¿Qué dices? He sido más virgen que María Santísima. Porque me gustaba serlo y porque mi madre no hubiera consentido otra cosa.

—¿Vas a negarme la verdad? El dinero que te daba Rafael, para su casa, se lo entregabas de noche a tu querido.

Gabriela caía sobre la cama.

—Alguien que me aborrece te vuelve contra mí.

Golpeada, bañada en sangre, no sabía a quién pedir auxilio. ¿Qué había pasado para que su vida se hubiese convertido en un tormento?

En ocasiones, el Cuco parecía calmarse; cuando esto sucedía, escondía la cabeza entre las manos.

—Es cosa del cigarro, que ella misma me lía —murmuraba.

Una noche besó amorosamente a Gabriela.

—¡Perdóname! —suplicó—. ¡Perdóname todo el mal que te hago!

De madrugada se levantó. Agarró un cuchillo largo, bien afilado, y lo hundió varias veces en el pecho de la mujer, buscando su corazón. El alarido de Gabriela despertó a los hijos. La niña corrió en su ayuda. Un navajazo brutal le hizo perder el sentido. Creyéndola muerta, el Cuco abrió el balcón y se arrojó a la calle.

Murió en el acto, ante la mirada estremecida de las criaturas. La muchacha ha creído siempre que sus padres fueron víctimas de una venganza, y más de una vez me tiene referido detalles de aquel momento:

—Nadie nos miraba a la cara. Pasamos necesidad, y mi tío Ignacio prohibió el trato con nuestros primos.

A menudo he pensado cómo hubiera contado esta tragedia el autor de *Bodas de sangre*.

A Federico García Lorca le conocí aquel año. José Antonio Rubio había sido compañero del poeta en la Residencia de Pinar y el granadino había dedicado al futuro catedrático su poema Muerte de Antonio “El Camborio”.

Voces de muerte sonaron  
cerca del Guadalquivir.  
Tres golpes de sangre tuvo  
y se murió de perfil.  
Viva moneda que nunca  
se volverá a repetir.

Antonio Torres Heredia,  
Camborio de dura crin,  
moreno de verde luna,  
voz de clavel varonil.  
¿Quién te ha quitado la vida  
cerca del Guadalquivir?

Cuando las estrellas clavan  
rejones al agua gris,  
cuando los erales sueñan  
verónicas de alhelí,  
voces de muerte sonaron  
cerca del Guadalquivir.

Una mañana de febrero, a la salida de clase, Rubio Sacristán repartió entre sus alumnos un puñado de invitaciones, acompañadas de estas palabras: “No dejen de ir. Son para la conferencia que da esta tarde en el teatro Imperial un poeta de mucho talento, Federico García Lorca”. Hasta el instante desconocía su existencia, como ignoraba la de mi paisano Alberti, a pesar de ser su prima Milagros íntima amiga de mis tías.

Fui al Imperial acompañada de la inevitable doña Carmen, que había vuelto a trabajar para nosotras a salto de mata y siempre bajo la condición de ir a sitios normales: teatros, cines, tentaderos, Hotel Andalucía. El tufillo intelectual que despedía el término “conferencia” alertó su desconfianza, en carne viva desde los sucesos universitarios. Toda la tarde mantuvo un gesto severo, como si temiese ver surgir bandas armadas que pusiesen en

peligro su vida y su honra. El teatro, propiedad de la compañía que dirigía mi padre, estaba situado en plena calle Sierpes; era el clásico local de variedades, un poco marchito, de gran solera, por donde habían desfilado cupletistas y bailarinas notables, desde Raquel Meller y Dora la Cordobesita, a Pastora Imperio y Concha Piquer.

Aquella tarde mostraba un aspecto sombrío. El telón aparecía levantado. En el escenario, una sillería isabelina, de las llamadas “de medallones”, lucía su damasco rojo. Próximo a las candilejas, el velador esperaba al conferenciante, con hermosa jarra de cristal colmada de agua.

Se acercaba la hora anunciada y el teatro seguía vacío. Para distraer la espera, clavé los ojos en la bóveda del techo, pintado con alegorías a juego con el telón, y me dije que nadie conocía su secreto. Durante el verano, y con el propósito de airear el local, la bóveda se abría en cuatro mitades, y por estas rendijas habíamos presenciado muchas veces las actuaciones de la Cordobesita.

El tiempo discurrió. Sevilla no estaba preparada para valorar un talento como el de Federico, y los organizadores del acto tampoco estuvieron afortunados en la elección del Imperial, considerado un teatro de “mala fama”. Mejor hubiera sido celebrar la conferencia en uno de los rincones del Alcázar, gratos a Joaquín Romero, su alcaide y buen amigo del poeta. Del patio de butacas apenas se ocuparon tres filas, las tres por alumnos de Rubio y Guillén. En contraste, palcos y plateas aparecían abarrotados de poetas, lectores y colaboradores de la revista *Mediodía*, socios del Ateneo, catedráticos, contertulios de Sánchez Mejías y Belmonte. Hacia las siete hizo su aparición un joven de mediana estatura y rasgos moriscos, vestido de oscuro, que fue recibido con una gran ovación. Ahora me sería fácil fantasear sobre Lorca y su conferencia, pero los fallos continuos del micrófono hicieron que sus palabras se perdieran. ¿Habló de Bécquer? ¿Acaso de Mariana de Pineda? Rubio Sacristán no lo recuerda, ni tampoco Ángel Ferrari, ambos presentes en el Imperial.

Cotejando fechas y especulando con el significado del tresillo isabelino, parece lógico suponer que la conferencia versase sobre alguna figura del romanticismo, poética o política. Lo cierto es



que su recuerdo se perdió y solo me llegan, muy nítidos, la cara morena de Federico, el escenario mal iluminado, los fallos del micrófono y el delirante entusiasmo de Rubio Sacristán, inclinado fuera de la platea, en su deseo de animar al antiguo compañero de Residencia. Meses más tarde, las Carvajal me invitaron a Madrid, donde tuve ocasión de adquirir el *Romancero gitano*, ejemplar que conservo, a pesar de tantas vicisitudes.

La poesía de Lorca me deslumbró. Su *Yerma* acabó por rendirme. Hasta entonces, el único teatro que conocía era el de Muñoz Seca y los hermanos Álvarez Quintero, autores que figuraban en el repertorio de Casimiro Orta cuando actuaba en Sevilla. En *Yerma* todo resultaba nuevo, fascinante. El tema, las palabras, la escenografía, el ritmo. Tío Armando, hermano mayor de mamá, había tenido la idea de invitarme al Español, pensando que se daba una obra clásica. El crudo lenguaje lorquiano le sorprendió y trató de sacarme del teatro. Por vez primera me rebelé, entusiasmada con aquella representación, de la que todo me atraía, el argumento, su ternura, las salidas y entradas de los actores. Nadie ha sabido expresar, como lo expresó Federico en *Yerma*, las sensaciones que produce un niño en el cuerpo de su madre. ¡Aquella mano que cobija un pájaro sin lastimarlo! Instalada en Madrid, volví a disfrutar de otras facetas de su talento. Manuel Sánchez-Dalp, amigo queridísimo, nos llevó a Elena y a mí a la Zarzuela, donde actuaba Encarnación López, la Argentinita.

El poeta había escenificado, para la amada de Ignacio, danzas y coplas populares. *Los peregrinitos que se dirigen a Roma a suplicar al Papa permiso para casarse*. El drama de *Los Mozos de Monleón*. *El Zorongo*:

La luna es un pozo chico,  
las flores no valen nada,  
lo que valen son tus brazos,  
cuando de noche me abrazan.  
La versión malagueña:  
Que yo me fui a La Caleta,  
por ver si la divisaba.  
Y solo divisé el polvo,  
del coche que la llevaba.

¡Anda! ¡Jaleo! ¡Jaleo!  
O el Café de Chinitas:  
    En el Café de Chinitas  
dijo Paquiro a su hermano:  
Soy más valiente que tú,  
más torero y más gitano.

A través de las coplas se adivinaban los paseos de Federico por los recodos de la calle Larios, sus entradas en el local de cierto malagueño —apellidado Delgado—, donde Encarna había compartido el tablao con Las Camelias, hijas del dueño. Una de ellas se convertiría en maharaní de Kapurtala, merced a la intervención de don Ramón María del Valle-Inclán.

Las temporadas de la familia Lorca en la capital andaluza dieron oportunidad al poeta, todavía adolescente, de captar la gracia, o la tragedia, que palpitaba en su entorno. Agustín de Figueroa me ha contado una excursión que hizo con Federico al valle del Tiétar, la llegada, rendidos de cansancio, a la desconocida aldea, la búsqueda de posada en medio de la noche, la lluvia insistente, los cirios que iluminaban una ventana, próxima al modesto alojamiento.

—¿Qué pasa? —preguntó Lorca al labriego que les acompañaba.

—Velan el cuerpo de una moza que anoche se tiró al pozo.

Y el poeta, olvidando su fatiga permaneció hasta la llegada del día en el velatorio de la mujer.

¿Es posible encontrar en este hecho la semilla de su Bernarda Alba?

La finca de los Bienvenida se llamaba “La Gloria”. En su placita se entrenaban los hijos del Papa negro, Manolo, Pepe, Luis Antonio y Rafael. En uno de sus tentaderos, Ángela conoció a Pedro Luis García, Algabeño, hermano de José, famoso rejoneador.

Guapo, moreno, bien plantado, Pedro Luis reunía los signos externos del gran torero. Vestido tabaco y oro, pases de salón, brindis a las mujeres hermosas. Sabía llevar como nadie el traje campero de los andaluces. Calzona rayada, zahones de alamares, botos rematados con espuelas de plata, zamorra de cordero echada sobre el hombro. Su silla de montar, los arreos de su jaca,

eran siempre los mejores, y hubiera cosechado grandes triunfos si no le hubiese sobrado miedo.

Además de La Gloria, los Bienvenida tenían un piso en Sevilla, frente al Guadalquivir. El padre de los muchachos, el viejo Manuel Mejías, utilizaba un sistema pintoresco para enseñar el valor del dinero. La tarde que a Pepe le pagaron su primera becerrada, lo llevó a un café, puso sobre la mesa el billete que le había dado el empresario y ordenó al camarero:

—Tráele a mi hijo todas las tazas de café y todos los bollos de leche que se puedan comprar con este dinero. El mozo le miró estupefacto.

—¡Don Manuer de mi arma! ¿Sabe usted lo que pide?

—Lo sé.

El camarero acarreó el pedido y, poco a poco, las mesas del establecimiento se llenaron de tazas y bollitos. El público miraba asombrado. Pepe Bienvenida, un chiquillo de doce años, también. Cuando el mozo remató el trabajo, don Manuel pontificó:

—¿Ves to eso? Pues tos esos cafés y tos esos bollos de leche, te lo has ganao esta mañana.

Rafael Bienvenida, el menor de la familia, era amigo de José Sánchez Mejías. La madre de José había heredado de Gallito una casa en la “Punta del diamante”, nombre del bar situado en la planta baja. Los pisos del edificio, pequeños y mal distribuidos, gozaban de un emplazamiento privilegiado, con vistas a la catedral y al Patio de los Naranjos. Los Sánchez Mejías utilizaban tres departamentos como apeaderos y oficinas.

Una mañana estaban reunidos José Ignacio y Rafael con el representante de los toreros, hombre casado, de reputación intachable. José hablaba por teléfono cuando sonó un disparo. Sin dar crédito a sus ojos, vio desplomarse a Rafael. Soltó el auricular y se dispuso a prestarle ayuda.

El apoderado le detuvo, la pistola humeante.

—¡Sal del cuarto! —gritó, fuera de sí—. Sal, o hago otra muerte.

Despavorido, José Ignacio escapó. El aparato continuaba descolgado, la comunicación intacta.

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa? —preguntaba la novia, asustada.

Alcanzaba el muchacho el rellano de la escalera, cuando un nuevo disparo estalló. El representante se había quitado la vida.

La tragedia conmovió a la ciudad y una tarde fuimos a dar el pésame a la familia.

La madre de los Bienvenida, joven, rubia, de piel clara, no cesaba de llorar. Su pena era tan intensa que no salía del dormitorio. Los siete balcones de la inmensa alcoba se asomaban al Guadalquivir y la luz cruda del poniente, velada por espesas cortinas de raso violeta, prestaba a la estancia un dramatismo profundo. En el ángulo izquierdo, un paso de Semana Santa, de tamaño natural, mostraba la figura de Jesús del Gran Poder cubierto con su túnica morada, soportando el peso de la cruz, solo aliviado por el Cireneo. Nunca olvidaré la cara lívida del Nazareno, sus ojos de cristal, aquella sangre cuajada en la frente.

La romería del Rocío congregaba en las dunas de Almonte a gentes de Sevilla, Cádiz, Huelva y Jerez. Zona misteriosa de la Marisma, formada por miles de hectáreas, guardaba una flora y una fauna desconocidas e intactas. Situada en el triángulo de las cuatro provincias mencionadas, su vértice derecho lo componen los pueblos de Pilas y Aznalcázar, una margen del Guadalquivir, Puebla del Río, los Palacios, Villafranca, Isla Mayor, Bonanza, con remate en Punta de Mallandar. El izquierdo es parte de Hinojosa, Rociana, Villamanrique y Almonte, todos del viejo condado de Niebla, mientras la base se diluye en el Atlántico, en las playas de Mazagón, Abalarío y Acebuche.

El Coto de Doñana –así llamado en recuerdo de una hija de la famosa princesa de Éboli– oculta Tartessos, si aceptamos la teoría del historiador Schulten. Doñana pasó a la casa de Alba y, por este motivo, la luz de la Maja desnuda, de Goya, muestra calidades andaluzas, de acuerdo con Ezquerria del Bayo, que ha estudiado a fondo la pintura. En su opinión, fue realizada en la primavera de 1802, cuando la duquesa Cayetana pasó una temporada en el coto. Fallecida sin hijos, Doñana quedó en el mayorazgo, hasta que la duquesa de Tarifa, cuñada del XX duque de Medinaceli, aprovechó la abolición de los vínculos para legarlo a sus sobrinos.

En esta fascinante parcela crece la yerba que proporciona bravura a los toros, y surgen coplas mágicas, llenas de mensajes cifrados:

Cabeza rubia del cerro,

la de los pastos comunes,  
que yo no tengo contigo,  
sábados, domingos y lunes.

En las cercanías de Almonte se alza la ermita de la Blanca Paloma, que así llaman los almonteños a su Virgen del Rocío. La famosa romería tenía y tiene lugar el mes de mayo.

Daniel Herrera, tío de Concha y Enrique, prestigioso cosechero de aceitunas, vinculado a la Hermandad de Triana, tuvo la buena idea de prestar a sus sobrinos una carreta engalanada. La romería coincidía con un examen parcial de derecho romano, y, aunque sabía lo mucho que me jugaba, acepté la invitación. Vestí traje de rociera –percal blanco y lunares negros– completado por dos pañuelos encarnados. Uno para cubrir la cabeza, otra para el cuello y talle. La carreta, adornada con rosas de papel, espejuelos y cadenetas, era copia exacta de las que salían de Triana, arrastradas por bueyes, acompañando el Sin Pecado.

Iniciamos el viaje al amanecer, rodeadas de caballistas. Pedro Luis Algabeño, Enrique Herrera, Cristóbal Montes, Diego Parejo, Guillermo Pickman, además de un piloto de aviación, cuyo nombre he olvidado, experto en fotografías, que filmó sin cesar escenas del recorrido. Siempre hacia el sur, cruzamos tierras de Huelva, y en uno de los pueblos del Condado nos detuvimos a desayunar.

El camarero, viejo y educado, apareció con dos jarras humeantes para inquirir con precauciones.

—¿Solo o con “ella”?

Eufemismo que le permitía evitar la palabra leche, usada como taco en aquellos contornos.

Después del riquísimo desayuno –café, molletes y manteca colorada– salimos hacia Bollullos, lugar de las famosas amas de cría, y ya en esta dirección, a Rociana y Almonte.

Apenas podía llamarse camino al estrecho sendero abierto en el arenal, donde las ruedas de las carretas se atascaban. El retraso se convertía en juega, y entre palmas y palillos bailábamos y cantábamos, mientras los jinetes ayudaban en la tarea de sacar al vehículo de su atolladero.

Cerca de la ermita, el paisaje cambió. El monte bajo, las jaras y lentiscos, dieron paso a una llanura sin límites. La Marisma surgió con rubias dunas, marcadas con el oleaje dejado en ellas por brisas y levantes. Palmitos, adelfas, chumberas, ponían su pincelada verde clara, rosa, verde oscura.

El único edificio del contorno, la capilla de la Blanca Paloma, congregaba a su alrededor los carros y carretas de los romeros. Tenderetes de lonas y estacas, donde se despachaba la masa frita y el vino del Condado, daban el aspecto de un zoco marroquí. El galope de los caballos, las bellas muchachas montadas a la grupa, los fandangos alusivos a la Virgen, los vivas, la monotonía delirante de la flauta y el tamboril, llenaban el atardecer, al que un lánguido crepúsculo de morados y azules prestaba su nota pagana.

Jinetes jerezanos –Zurita, Carrizosa, Guerrero, Domecq– venían del Coto de Doñana, cruzando el Guadalquivir en grandes balsas, aderezadas con tal fausto, que hacían pensar en el cortejo de un faraón. La riqueza del conjunto –criados, cabalgaduras, monturas– contrastaba con los romeros de Huelva, escasos en medios materiales, o los sevillanos de Triana, que lucían lo que tenían. Botos de piel de becerro, zahones adobados, excelente palmito y sombrero ancho. La ermita rebosaba de velas encendidas. La Virgen, en traje de pastora, cubría sus cabellos con un sombrero de paja, adornado de plumas y amapolas.

Al caer la noche comenzaron las horas mágicas. Velones y candiles esparcieron el temblor de sus luces, transformando a caballos y jinetes en centauros surgidos de la humareda de los tejerings. Las muchachas no bajaban de las monturas. Las arenas dificultaban el caminar y el hecho favorecía las compañías complacientes. Maricones de las cuatro provincias, cogiditos del brazo, cantaban coplas flamencas, sin dejar de mirar a los apuestos romeros. Lucían claveles en las orejas, mantoncillos liados al pecho, moradas camisas del Gran Poder, cruzadas por los cordones de la hermandad. En cada carro, en cada carreta, en cada puesto, se invitaba al forastero. Siguiendo el ejemplo de las bodas gitanas, las provisiones se calculaban para muchos días, y aunque la pasión surgiera, no se recordaba un solo delito de sangre. Si la pelea brotaba hasta el punto de sacar los “jierros”, bastaba un grito, coreado por todos, para que la violencia cesase.

—¡Viva la Virgen del Rocío!

—¡Viva esa Blanca Paloma!

Un caliente, confuso delirio de exaltación mariana, se producía en aquel misterioso rincón, borradas las clases sociales en el uniformado percal de las mujeres y el traje corto de los varones. Nadie dormía. El Rocío era la gozosa espera del rosario de la aurora, un besarse y un cantar.

Al filo de la madrugada salió de la iglesia una hilera solemne de cirios, que avanzó hacia la gran explanada como una sierpe luminosa, a la que poco a poco se fueron sumando los romeros. En el amanecer, acariciado por el viento atlántico, dio comienzo la procesión y, con ella, un espectáculo increíble de religiosidad y fanatismo.

Era cierto que las cruces habían sido descolgadas de las escuelas, y que un político llegó a decir que “España había dejado de ser católica”. Sin embargo, en el Rocío de 1933 estuvo presente lo más granado de la gañanía andaluza —jornaleros deshidratados por el levante, hombres con más pellejo que carne bajo las blusas delgadas—, que se disputaron literalmente a bocados la honra de llevar las andas de “su” Virgen, de tocar al menos su manto.

La aparición de la Blanca Paloma arrancó un alarido. La muchedumbre corrió hacia ella, las manos alzadas. Los caballistas abandonaron las cabalgaduras sin cuidarse de sus parejas, y los animales, libres de sus jinetes, cocearon o relincharon.

Asidas a las crines, las mujeres gritaron o cayeron sobre el arenal. Nadie cuidaba de nadie, inmersos en el frenesí de avanzar, paso a paso, los brazos extendidos, hasta la Paloma. A los vivas y gritos se unió el aleteo de mil pichones lanzados al aire, el voltear de las campanas, el galope de los brutos desbocados. El cura, revestido de sobrepelliz, naufragaba en la marea humana, o resurgía en el aire, literalmente llevado en volandilla. Miguel Primo de Rivera, hermano de José Antonio, alto y bien plantado, sujetaba con dos dedos las riendas de cuatro jacas encabritadas.

Por la tarde volvimos a Sevilla. La Virgen quedó en su altar, sola, pastora de la Marisma.

Quince días después, la ceremonia se remataba en Triana con el regreso de las carretas que acompañaban el Sin Pecado. Fui a

la grupa del caballo de Carlos Pickman y, a galope tendido, bajamos la cuesta de Castilleja, cara al Guadalquivir, las luces del Aljarafe, y los alcores de Itálica.

Como era de esperar, el señor Pelsmaecker calificó mi examen con sumo rigor, concediéndome un 99,9, lo que significaba que me faltaba una milésima para conseguir el aprobado. ¡Algo así como el aire que contiene un suspiro!

El llamado “niño bien” de Sevilla, aristócrata o terrateniente, no frecuentaba la universidad. La familia lo destinaba a las tareas agrícolas, que exigían ciertas cualidades. Amor al campo, tenacidad, levantarse con el alba, y esa viveza y astucia de las personas “que saltan en la mano”. Los Pablo Romero, Cámara, Herrera, Miura, Murube y Villalón fueron de ese talante. Los perezosos y faltos de iniciativa se defendían a trancas y a barrancas con ayuda de un buen encargado. De no tenerlo, acababan por vender la “tierra calma” y colocar su dinero en haciendas de olivar o dehesas, de acuerdo con la sabiduría campesina que tenía decretado que los árboles eran “habas contadas” o “labor de viudas”, cuando las viudas y todo lo que viniese de mujer estaba considerado signo de retraso mental.

En la universidad hispalense apenas había muchachos conocidos. Por mucho que lo intento, no recuerdo a ningún labrador importante. Asistían a las clases algunos miembros de la Maestranza que, tras perder sus tierras, se preparaban para desempeñar profesiones admitidas en la “limpieza de sangre”. Uno de éstos fue Pedro L. Otro, Valdenebro, joven de apariencia oscura, que resultó depositario del mejor derecho a rancieros títulos de nobleza. Por su madre, Pedro L. procedía de Soria; y en la ciudad castellana todavía se conserva un hermoso palacio del más puro estilo renacentista. Consciente de su responsabilidad, vivía atormentado con la duda de lo que debía o no debía hacer para salvar a los suyos de perecer como clase. Era descendiente de “Caballeros 24”, que habían poseído parte de los repartimientos concedidos por Fernando III el Santo a los guerreros distinguidos en la conquista de la ciudad, y durante generaciones fueron dueños de verdaderos latifundios, de palacios comparables en belleza a los de Ferrara, Piacenza o Florencia.

Cuando le conocí, se hundían en la ruina. En otro momento, la catástrofe se hubiese paliado por aquello de que, “donde mucho



hubo, algo queda”. Sin embargo, la inminencia de la reforma agraria había desvalorizado el campo y no se hallaban compradores para las tierras. En semejante coyuntura, las letras protestadas obligaron a la familia a dejar su residencia, que fue arrendada a una academia. En pocos días, los chicos arrasaron patios, jardines y estancias.

Las hermanas mayores, bonitas y orgullosas, resolvieron su caso al modo tradicional, profesando en conventos de reglas muy duras, mientras la menor, una verdadera belleza, no encontraba marido. Los sevillanos de su clase carecían de independencia para elegir mujer. Solo podían hacerlo si contaban con el beneplácito paterno, que, salvo raras excepciones, se inclinaba hacia ricas herederas, capaces de contribuir con su fortuna a “correr lindes”.

Tal realidad hacía del sevillano un calculador obligado a la armonía entre corazón y cabeza, sin que fuese justo tacharle de interesado. Su falta de preparación condicionaba su conducta. A fuer de sinceros, los matrimonios calculados daban resultados excelentes, y como las millonarias y francamente feas no se casaban, la dignidad de los hombres de la región quedaba a salvo.

En lo que a mi compañero de curso se refiere, su hermano mayor, sin energías para afrontar la catástrofe, huyó a Madrid. Su deserción colocó a Pedro en el lugar del mayorazgo y, con voluntad de hierro, decidió que haría lo que estuviese en su mano para que la familia volviese al sitio que siempre ocupó. Entre clase y clase me confiaba sus proyectos. Hacía y rehacía los apuntes, gastando en el menester muchas horas de la jornada. Parte de la noche la dedicaba al estudio y, a base de codos, logró mantener sus matrículas de honor, auxilio económico imprescindible.

Al iniciarse la guerra marchó al frente. En la última batalla del Ebro perdió la vida, siendo condecorado con laureada colectiva y medalla militar individual.

El hermano que le seguía echó por tierra sus sueños. Enamorado de cierta joven de raíces hebreas, miembro de una familia propietaria de famosas tortas de aceite, desoyó los consejos de los suyos y se casó con ella.

La madre estaba desolada. Alguien intentó consolarla:

—Siempre se entendieron bien doblones y pergaminos. Y ese negocio de las tortas parece excelente.

A lo que la marquesa respondió con donaire:

—¡Es que mi nuera es “una de las tortas”! ¡Pero sin tortas!—. Pues la muchacha pertenecía a una rama de la familia que no participaba en la productiva empresa.

Otro compañero de curso fue Juan Antonio Ollero, actual presidente del Banco Hispano-Americano. Inteligente y preparado, conseguía las máximas calificaciones, y hasta se permitía mejorar sus propias marcas con exámenes celebrados entre quienes habían obtenido matrículas de honor. Solo una vez conseguí darle alcance. El día que resolví, con buena suerte y agudeza, cierto caso práctico de nulidad matrimonial planteado por don Manuel Giménez Fernández, catedrático de la asignatura. Inspirado en una comedia de Muñoz Seca, la obra no se encontraba en librerías. Escribí al autor, pidiéndole un ejemplar, y el simpático don Pedro lo envió a vuelta de correo, con una afectiva dedicatoria.

Mi única compañera se llamaba Laura. Rubia, sexy, atractiva, tenía un mal gusto notable para vestirse, pero era encantadora y la quise de verdad. Los estudios no le interesaban. Vivía con sus padres en un chalé del barrio de Heliópolis, que los sevillanos llamaban del Lío padre, a causa de los muchos pleitos que había originado. A espaldas del paseo de la Palmera, su nombre romano, sus viviendas rodeadas de jardines le comunicaban un talante agradable y progresista. Laura era hija única de un matrimonio acomodado, con un padre de físico semejante al de Sánchez Mejías —la misma arrogancia, idénticos ojos verdes— y una madre con marcada predilección hacia los rasos chirriantes.

Todos los días el padre acompañaba a la hija a la facultad y, desde su automóvil, asistía a la entrada de la muchacha en el salón de señoritas. Sus notas —suspensos y bajas calificaciones— quitaban encanto a la vida universitaria. Sin embargo, era evidente que algo la retenía en ella. A menudo aparecía con los brazos cubiertos de cardenales, los ojos arrasados en lágrimas. Un día me confesó su secreto. Su padre la acosaba, y por monstruoso que pareciera, su madre evadía encararse con la situación. La pobre muchacha estaba a punto de volverse loca. En su mente brillaba una luz, que apenas podía asirla. Le llegaba de la infancia, de cuando vivía en Laredo, con su abuela. El dueño de la peluquería donde le cortaban el cabello preguntó:

—¿Cómo se llama la niña?

—Laura, como su padre: Lauro.

Y luego, en Sevilla, su padre se llamaba José.

En el salón de las señoritas me confiaba sus terrores, aquel saberse indefensa, perdida.

Un domingo, a solas con la abuela, comenzó a llorar.

—¡Le odio con toda el alma! Es horrible aborrecer a un padre como yo aborrezco al mío.

La voz de la anciana musitó:

—No es tu padre.

Angelines retuvo el aliento.

—¿Qué dices?

—Digo que no es tu padre.

Y poco a poco supo la verdad.

—Cuando naciste, tu padre estaba casado con otra. Tu madre se fue a Madrid, en busca de fortuna. Luchó mucho y nos mandaba lo que podía. Pepe le propuso venirse a Sevilla. Mi hija aceptó, siempre que te diese su apellido y nos trajese a vivir con ellos.

La confidencia de Laura me obligó a encarar un problema para el que no estaba preparada. Mi deseo hubiera sido apartarme del caso, tan grave y fuera de mis posibilidades me parecía, pero también intuí que solo si Laura conservaba mi amistad lograría salvarse.

Los domingos aparecía en el Andalucía, acompañada de su madre. Armándome de valor, me acercaba a saludarlas y charlaba un rato con ellas, bajo la pesadumbre del maquillaje excesivo de la señora, de su gritante vulgaridad.

Ahora parece fácil. Sin embargo, en la inseguridad de la adolescencia, aquel desafío al terrible “Zócalo negro” que no dejaba de mirarme se me representaba como un acto heroico.

En primavera, el padre de Laura sufrió un infarto.

Syra Manteola me puso al habla con un sacerdote, que se ofreció a visitar al enfermo, y poco después remataba su obra casando a la pareja *in articulo mortis*, como una nueva Filomena Marturano.

Cuando nos fuimos de Sevilla, perdí de vista a mi amiga. Supe que había contraído matrimonio con un abogado de las

Juventudes Socialistas y que, terminada la guerra, se exiliaron a México.

Elena Fernández estudiaba Ciencias Exactas. Morena, de belleza dramática, pocas veces reía. Hija de un alfarero de Triana, tenía varias hermanas, todas hermosísimas. Coincidíamos en nuestro salón, cuando entre clase y clase íbamos a peinarnos o a empolvarnos la cara.

La madre de Elena murió de gripe maligna en solo tres días. Recordaré siempre su cuerpo exangüe, a las hijas vestidas de negro, traspasadas por la pena, el aroma dulzón de los hornos que cocían el barro. El padre –mujeriego y cruel– vivía aparejado con obreras de su fábrica, a las que arrastraba a las habitaciones del piso bajo, para hacer el amor, mientras en la planta primera languidecía su mujer, cada vez más pálida, cada día más frágil, sin dejar de parir criaturas, todas morenas, hermosas, dramáticas. Durante el velatorio, la tragedia pesaba físicamente sobre aquel hogar.

El viudo casó poco después con una joven sin recursos, obligado por los cuchillos de unos hermanos encolerizados.

Elena cuidaba a las niñas pequeñas y, de atardecido, se acercaba a una ventana, a pelar la pava. Sin embargo, rendida de cansancio, solía dormirse sobre los barrotes. Durante mucho tiempo tuve presentes a estas criaturas, y cuando llegó el momento de tomar nuestra propia decisión, comprendí que, por amargo e injusto que pareciera, cualquier sacrificio era preferible a perder a nuestra madre.

Don Manuel Pedroso y don Manuel Giménez Fernández llenan de gratitud mi corazón. El primero, catedrático de político, marchó pronto de Sevilla, para ocupar la presidencia del tribunal de oposiciones al Cuerpo Diplomático. Quedó en su lugar Javier Conde.

Pedroso, como todos le llamaban, pertenecía a la aristocracia de la sangre, pero no ejercía. Durante su estancia en Heidelberg había conocido a una muchacha modesta, con quien se casó apenas terminó los estudios. El matrimonio disgustó tanto a la familia, que condenó a la pareja al ostracismo.

Rubia y alta, la mujer de Pedroso era típico ejemplo de esa clase media producida en los países socialistas. Excelente

artesana, discreta sin llegar a exquisita, sus tartas se hicieron famosas, así como sus confituras y mermeladas.

Todos los días iba al mercado –cosa inconcebible en la capital andaluza– y las temporadas que no tenía servicio, no se notaba en la casa.

Manuel Pedroso estaba dotado de un gran sentido del humor, potenciado por cierta dosis de cinismo, que ocultaba infinita ternura.

—Retengan esta regla. No dimitan nunca. Esperen a que los echen.

Tras un examen parcial se interesó por mi futuro, y, al confiarle mis deseos de seguir la carrera diplomática, me ofreció su ayuda.

—Reúne todas las cualidades. Cuando llegue el momento, si continúo en el tribunal, tendrá plaza. Mujeres de su talante es lo que necesita la República.

Nunca había recibido tantos elogios.

En aquellas fechas, solo Margarita Salaverría, hija del escritor, había logrado realizar el sueño que yo albergaba.

La diplomacia me atraía, a pesar de tener de la “carrera” un concepto bastante ingenuo. Mi única relación con ella había sido a través de un pariente destinado en Tokio.

Hijo de una hermana de abuelita, mujer de belleza y carácter, la señora había crecido tan alejada de la realidad que, cuando se casó, en su primer pedido a la tienda incluyó un kilo de azafrán. Esta falta de sentido práctico fue achacada a miss Dolly, la inglesa que había educado a las hermanas. Junto a su marido –embajador en Washington– vivió el drama del hundimiento del Maine, incidente provocado por Estados Unidos y origen de la guerra de Cuba.

La “carrera” parecía responder a todas mis aspiraciones. Viajes a países desconocidos, encuentros con seres humanos interesantes, posibilidad de lucir bellos vestidos. Es cierto que flojeaba en idiomas, pero tenía la esperanza de que papá me enviase al extranjero. De una cosa estaba cierta. Solo me casaría por amor y el camino más fácil para conseguirlo era lograr la independencia económica.

El aire de Sevilla estaba impregnado de aromas dulces –boj, azahar–, a los que, de atardecido, se sumaba el de la dama de

noche. Llegaban de los patinillos de la vieja judería, de los claustros de la catedral, de los “compases” y plazoletas.

Los sevillanos varones se citaban en la calle Sierpes. Las mujeres, en la de Francos y sus aledaños, todas cerradas a la circulación rodada. Sierpes era el despacho al aire libre de tratantes de ganado, corredores de fincas, agentes de seguros y hábiles alcahuetas –las famosas “echadizas” de las casas de prostitución– que desempeñaban su menester en las pausas producidas durante los “tratos”.

—¿Tienes algo para mí?

—Tengo una mocita nueva.

A lo largo de la mañana se bebían innumerables cafés, servidos en tazas de loza, cuyo contenido se pasaba a vasos de cristal sujetos por soportes metálicos, al modo de los tés perfumados con hierbabuena de los zocos marroquíes. Sierpes representaba el residuo ciudadano de las ferias de septiembre y abril, donde, bajo la apariencia de charlas interminables, se remataban los tratos ancestrales.

—¿Cuánto has dicho que quiere ese chalao?

—Siete millones.

—Los tendrá en la boca, no en el bolsillo.

—Tú, búscame un ajorca. Cuando me busques un buen ajorca, vienes a verme.

En la calle de Sierpes se cotizaban los precios de la aceituna gorda, las altas y bajas de la clase conocida por manzanilla, del trigo, maíces, garbanzos y bellotas. La palabra “venta” no salía nunca de los labios de aquellos hombres cautelosos, y siempre se hablaba de “ceder”. La cesión era la frase mágica, la clave que presentaba al vendedor como un caballero generoso, que consentía en desprenderse de lo que trocaba por una buena suma de dinero. Condición esencial de las operaciones era rodearlas de dificultades para poner en valor al intermediario, que hablaba siempre en primera persona, como si la finca, la casa o la cosecha que trataba le perteneciesen.

—Tengo una perita en dulce que, quien se la lleve, se lleva un caudal.

El dueño quedaba en la sombra, ajeno a cuanto se tramaba. El intermediario emplearía sus dotes para convencerle de la cesión.

—El amo no quiere hablar de venta. Dice que ha nacido en la finca y en la finca morirá.

—La señora tiene más miles que una sultana y no sale de su casa si no es con los pies p'alante.

Recostados en la fachada de los almacenes El Águila, con sus maniquíes de cera semejantes a cadáveres desenterrados, los hombres permanecían quietos, el cordobés echado sobre los ojos, limitados en apariencia a tomar el sol, cuando en verdad sus mentes bullían. En la calle de Sierpes se comentaba cómo “apuntaban” los árboles, la posibilidad de que “rabiase” los garbanzos, las buenas o malas cosechas. El trigo y el aceite eran los productos señeros, a los que había que sumar las vacas, los cerdos y las ovejas. Los toros bravos nunca salían a la calle. El ganado de casta pertenecía a un mundo secreto que solo se debatía en la intimidad del círculo de Los Cuarenta.

Por la calle de Sierpes no pasaban mujeres honradas. Alguna extranjera, incapaz de adivinar el áspero significado de los piropos, se arriesgaba por ella con el propósito de adquirir en sus comercios abanicos, peinetas o castañuelas.

La sevillana rehuía el ardor de los ojos masculinos, aquel seguir con la mirada sus pasos hasta despojarla mentalmente de todas sus prendas y dejarla como Dios la trajo a este mundo.

Los casinos de la calle representaban los diversos estamentos de la ciudad –mercantil, militar, labrador– y sus socios pasaban horas inolvidables, en las cómodas butacas distribuidas por las aceras. Si la lluvia caía se refugiaban tras los cristales, semejantes a extraños peces gigantes. Cuando el calor apretaba, las “velas” – toldos de lona cruda– sumían la calle en fresca penumbra.

La contrapartida de este universo se hallaba en la zona comprendida entre la calle don Remondo –aledaña del palacio arzobispal–, plaza Nueva y El Salvador. Desde las nueve de la mañana hasta pasado el mediodía, era un auténtico hervidero. Los grupos femeninos, procedentes de San Bernardo, Santa Cruz, Puerta de la Carne o Catalina de Ribera llegaban cruzando el Arco del Perdón. Los de la parte del río y las Atarazanas utilizaban el camino del Ayuntamiento, mientras San Vicente y el Museo lo hacían por la calle de la Cuna. Las sevillanas salían de sus casas con diversos pretextos: misa, comunión, funeral, compra de una docena de botones o de una simple presilla. Aparecían vestidas

de modo impecable, los velos recién planchados, la belleza aderezada, siempre azuzadas por una prisa fingida.

El trasiego entre iglesia y comercio no cesaba. Se sabía las que comulgaban y las que no comulgaban, las que habían iniciado un embarazo y las que estaban a punto de dar a luz y, aunque la confesión pública había sido abolida, resultaba fácil descubrir cuál de aquellas criaturas, de gracioso porte y mirada inocente, había hecho “trampa” con ayuda de un anticonceptivo. Bastaba verlas arrodilladas ante ciertos confesonarios de la catedral, donde campeaba este cartel estremecedor: “Reservado a los Padres Penitenciarios, autorizados para conocer del crimen y el homicidio”.

En las tiendas de la calle Francos se pedían cantidades inverosímiles. Vara y media de cinta de algodón, una cuarta de tira bordada, seis botones, una sola aguja. Había que buscar motivos para entrar en ellas, ante la posibilidad de tropezar con amigas e intercambiar noticias.

—Vuelva mañana. Es posible que mañana haya llegado ese raso.

Se pedían muestras porque sí, por el simple placer de pedir algo.

—No entona, Paquito. Y yo lo necesito para entonar.

Sin perder la paciencia, los dependientes buscaban matices insospechados y, al no encontrarlos, cortaban trocitos, que las posibles compradoras guardaban con celo, sabiéndolos salvoconductos para entrar en el comercio vecino.

—Quiero una tela para igualar. Aquí traigo la muestra.

Si se decidían, nunca pagaban las facturas. Todo se dejaba a cuenta, ya que todo se liquidaba a la recogida de la cosecha. Esta costumbre, impuesta por la necesidad de “meter en el campo” grandes sumas de dinero, había provocado la ruina de más de una familia. A la muerte del padre surgían deudas olvidadas, cuyo pago no podía demorarse. Sin embargo, ni con tales ejemplos conseguían separar “renta” de “capital”, por aquello de que el negocio de la tierra era “un albondigón”. Espíritus sagaces advertían a los labradores:

—Las ganancias hay que verlas a cinco años de distancia. Se deben guardar los beneficios de los años buenos para hacer frente a los malos.



Y aunque el consejo resultaba indiscutible, los interesados se limitaban a gastar lo recibido y a soportar, como Dios les daba a entender, los ciclos de las malas cosechas.

En estos paseos mañaneros, las clases sociales guardaban sus distancias. Apenas se intercambiaban saludos, y si lo hacían, no demostraban excesivo afecto, aunque se tratase de antiguas compañeras de internado.

—Las amistades se hacen en las familias, no en los colegios.

En primer lugar venía la aristocracia de la sangre, formada por los descendientes de los Caballeros 24, distinguidos en la reconquista de Sevilla, premiados por el rey con tierras que habían hecho exclamar a los árabes exiliados sus más desgarrados lamentos:

¿Dónde está Sevilla, con sus delicias?  
¿Dónde su río, de puras y abundantes aguas?  
¡Ciudad soberbia!  
Lo mismo que un amante llora la ausencia de su amada,  
así te llora el Islam.

A este primer grupo pertenecían los miembros de la Real Maestranza de Caballería, que aplicaba con rigor el estatuto de la limpieza de sangre. Los excluidos de la hermandad se vengaban, ridiculizando a sus miembros con alusiones a taras producidas por la endogamia:

Guajardo-Fajardo,  
Guajardo-Fajardo,  
cogerlos, liarlos y tirarlos.

Nina Epton, en su libro *Love and the Spanish*, reproduce el edicto de los Reyes Católicos –descubierto por el escritor malagueño Alfonso Canales–, que concedió a un miembro de la familia Fajardo la explotación de las mancebías de Málaga, Ronda, Marbella, Alhama, Almuñécar y Guadix, por “cuatro vidas”, es decir por cuatro generaciones, lo que significa que la prostitución no se consideraba negocio vergonzoso, sino medio legítimo de hacer dinero .

Los días de corrida, el palco de la Maestranza atraía las miradas de quienes llenaban el coso taurino, y en el reducido grupo veían a la flor de los linajes de España. En primer término aparecían las jóvenes señoras –solteras o casadas– ataviadas con mantillas de bellissimo chantilly. Si alguna duquesa caprichosa –Alba, Peñaranda, Santoña– dejaba el codiciado rincón para ocupar una barrera, su conducta producía indescriptible asombro, al no explicarse cómo se podía cambiar el oro por la plata, la seda por el percal. El porqué debía buscarse en los reglamentos de la congregación, que prohibían traer al palco a quienes no hubieran probado la limpieza de su sangre. Como sucede a menudo, los más rigurosos eran los maestrantes que habían tenido que orillar graves dificultades hasta vestir el preciado hábito.

Detrás de la fila primera tomaban asiento damas y caballeros maduros, y al fondo, en lo más alto del graderío, los adolescentes, polluelos seleccionados de una granja exquisita. A esta clase seguía la solera de la ciudad, terratenientes y ganaderos, intuitivos y laboriosos, aferrados a la rutina del campo, no por falta de iniciativas, sino por razones más hondas. Su experiencia, cimentada en siglos, les aconsejaba no alterar los cultivos condicionados por el clima y el enclave geográfico.

Su centro de reunión –el casino de Los Cuarenta– se hallaba en la plaza Nueva, en un piso bajo, carente de pretensiones, y dirigían *sotto voce* la vida agrícola de la región. Sus opiniones tenían fuerza de ley. Si de una ganadería se decía en Los Cuarenta que no embestia, quedaba descalificada, por muy buena estampa que luciesen sus machos y por muchos miles de duros que su dueño gastase en propaganda. Don Eduardo Miura, los Villalón, Sánchez Ibarгүйen y Herreras, los descendientes de doña Fausta Murube, los Pablo Romero, actuaban como soberanos en sus dehesas, cortijos, marismas y lucios. Poseer una “punta” de ganado bravo, tener divisa propia, opinar en Los Cuarenta, constituían las ambiciones de todo labrador que se estimase. De Los Cuarenta salían las colleras para el acoso y el derribo. Hombres que caían a caballo y manejaban las garrochas como dioses cretenses. De Los Cuarenta, el precio de la “gordal”, maíces y garbanzos, los sabios consejos para los cruces de los toros bravos. Los Cuarenta suponían la riqueza, los años buenos; la ruina y el sacrificio los adversos.

“Correr liebres”, “tentar” en plaza cerrada, “acosar y derribar” en campo abierto, constituían las aficiones de la ciudad. Por estas razones, el propietario de un cortijo modesto y hasta un simple mayete, podían sentirse reyes durante la Feria de Abril, cuando cruzaban calles y plazas llevando las riendas de un coche tirado por ocho y hasta nueve mulas o jacas.

La variedad de las “capas” de los animales –torda, alazana, ojo de perdiz, castaño encendido, cuadralba–, la gracia y el colorido de los borlajes –blanco, encarnado, azul–, la música de los cascabeles, el chasquido de los látigos, dejaban a su paso una estela de señorío y grandeza. Resultaba un espectáculo magnífico verlos pasar a galope tendido, o al paso elegante del trote largo, por la hermosa avenida de los Reyes Católicos, y perderse en las márgenes del Guadalquivir o en los senderos del parque de María Luisa.

Ni el millonario tejano, con más pozos de petróleo que Rockefeller, o el armador griego al modo de Niarchos, Onassis y Mavroleon, superaban las sensaciones experimentadas por un labrador sevillano en esos momentos.

A cambio, muy pocos sobrevivían fuera de su ambiente. Pasado Despeñaperros, sin tierra andaluza bajo los pies, se marchitaban y perecían.

El grupo de profesiones con base universitaria –médicos, ingenieros, catedráticos, arquitectos– apenas tenían sitio en la sociedad, y si lo alcanzaban, se debía a razones de familia, nunca a la profesión. El cuarto estatus era el de los comerciantes. El último pertenecía al pueblo. Pasar de una situación a otra, en sentido ascendente, no resultaba fácil, y las mayores posibilidades las tenían los nuevos ricos.

Fuera del esquema clásico, grupos de mujeres marginadas compartían la pobreza y el desamparo, aunque se diferenciaban en infinitos matices. Me refiero a las doñas, comprometidas y prostitutas. Las doñas eran señoritas de buenas familias venidas a menos, cristianas viejas condenadas a perecer tras la abolición de los mayorazgos y la expropiación de los bienes de la Iglesia. Náufragos de una extinta clase social –la de los “acostados”–, vivieron durante siglos a costa del pariente detentador de la riqueza de la familia, enfrentadas luego, sin preparación alguna, a un nuevo modelo de sociedad. Carentes de atractivos físicos,

privadas del recurso que supusieron los ricos monasterios, se ganaban la vida a salto de mata, si su mala estrella las dejó sin hermano soltero y abnegado. La mayoría se refugiaron en la parcela del servicio doméstico, representado por las “señoras de compañía”, y el nombre de doña les quedó como una referencia a su condición hidalga. Las había de velo y de sombrero y, según el uso de una o de otra prenda, así se les pagaba.

Si las doñas procedían de arriba, queridas, comprometidas y prostitutas venían de abajo, impulsadas por la miseria y, en ocasiones, por la esperanza de hacer suerte. Muchas jóvenes, después de quedar perdidas para el matrimonio, se “echaban a la vida” con el propósito de sobrevivir, y la posibilidad de alertar el capricho de algún hombre pudiente que les “pusiese piso”. Caso contrario, al cabo de unos años volvían a sus orígenes –servir en casa ajena– y las más desdichadas, a la enfermedad y a la muerte.

La ley obligaba a las prostitutas a vivir en casas cerradas –las casas “malas” del lenguaje popular–, con signos externos convenidos. Rincones discretos, puertas de cristales opacos, persianas desplegadas incluso en las noches de calor agobiante. Un día a la semana se sometían a vigilancia médica, y el entresijo de la norma jurídica revelaba haber sido promulgada para proteger al cliente y no a quienes le satisfacían.

La escala superior del estatus la ocupaban queridas y comprometidas, que no eran exactamente prostitutas, aunque alguna se hubiese iniciado en el medio. Suponía la situación intermedia entre la esposa legítima y la mujer de relaciones ocasionales. Algo así como una especie de matrimonio “de hecho”, reminiscencia de la barraganería, basado en el compromiso verbal, que duraba lo que aquel durase. Cuando la relación cesaba, se daban las explicaciones o, lo que es igual, se liquidaba el aspecto económico. La costumbre asignaba a la mujer la casa y el ajuar usados por la pareja.

No resultaba nuevo la entrada en familias importantes de una vieja querida, casada in articulo mortis con un varón que siempre dependió de sus padres y no pudo elegir a la muchacha de su ambiente, por no tener aquella un céntimo. Este hombre terminaba sus días conviviendo con la pupila de una casa de citas que, después del enlace, ocupaba en la familia un lugar secundario y lejano.

La prostituta más famosa llevó el apodo de Muñecos. Hija de una hembra de pelo en pecho y de un chulillo de la Alameda, conocido por el Señorito a causa de su distinción y buena figura, la madre vivía con un tratante de granos, apodado Cinco cosechas, ya que sus habilidades en el trato eran tan grandes que podía multiplicar los cereales. Para ayudarse, la mujer colocó a la muchacha, recién cumplidos quince años, en una casa famosa, cuando convalecía de unas fiebres tifoideas. Por este motivo llevaba los cabellos cortos, circunstancia que daba a su cara la expresión de un delicado muñeco.

Bonita y orgullosa, había heredado del padre la elegancia y buen talle. Su hermana mayor, agitanada y vulgar, casó dos veces por la Iglesia, la primera con un aristócrata, notable por su buen estilo para cantar el fandango. Muerto intestado, la familia del difunto compensó a la viuda con una renta vitalicia. Satisfecha del arreglo, la mujer se jactaba:

—Yo amanezco todos los días con un apellido de postín y cien pesetas.

Muñecos siguió carrera en Londres y en París, amasando una fortuna considerable. En primavera volvía a la ciudad de su nacimiento y paseaba por la Palmera en un magnífico Rolls-Royce, regalo de un naviero bilbaíno. Las tardes que se sentía sevillana utilizaba un “milord”, y, con sus bellas piernas ocultas bajo la manta escocesa, componía una figura tan refinada que solo los iniciados podían descubrir sus raíces.

Otro grupo de mujeres marginadas era el de las adúlteras. Su mención, en la mesa de nuestra casa, provocaba contrastes de pareceres. En nuestro círculo de familia, lo representaban cuatro criaturas: la mujer de Munter, la de Irigoyen, Clementina y Carmen Múgica.

No bien sus nombres surgían, mi hermana Margarita preguntaba:

—¿Y Paulino, papá?

Paulino era el boxeador Paulino Uzcudun, campeón de los pesos pesados, un vasco de facciones de gorila que había perdido su título frente al italiano Primo Carnera, fracaso que sacaba a mi padre de sus casillas.

—Si Primo Carnera no fuese un gigante, no hubiera derrotado a Paulino. Pero si le ponen frente a un gigante, ni Uzcudun ni san Uzcudun tienen nada que hacer.

Si mamá decía: “La mujer de Munter...”, nuestros corazones se paralizaban.

Bien pensado, el tema afectaba a unas señoras con “historia” que mi madre se empeñaba en defender. El tiempo le dio la razón, en lo referente a la esposa de Munter, y a mi padre, en lo relativo a la conversión de Clementina.

Irigoyen significaba lo que un hombre bueno es capaz de soportar para no perjudicar a sus hijos. Carmen Múgica, la víctima de una ley vigente hasta nuestros días.

Mi padre hacía responsable a la señora Munter del naufragio de su matrimonio. Mamá no lo entendía de esa manera, y la controversia alcanzaba matices tan agrios que Margarita recurría a Paulino.

—¿Y Paulino, papá?

Propietario de una factoría de tabacos, Munter había estudiado con papá en París. Al obtener su título, marchó a las islas Filipinas, donde contrajo matrimonio con una bella tagala. Nacieron dos hijos y el marido decidió educarlos en Barcelona. Mis padres recordaban la escala del barco en Cádiz, el misterio que los rodeó, las evasivas de Munter a las preguntas sobre su mujer. A la cena que le ofrecieron llegó solo.

—¿Y Marina?

Munter la disculpó azorado.

—Os ruega que la perdonéis. Ha hecho el viaje mareada y necesita descansar.

Mi padre vio en este hecho el signo de una pereza congénita. Mamá, el inicio de una grave disidencia, provocada por los rasgos orientales de la muchacha, potenciados al entrar en contacto con el mundo de Occidente.

A poco de vivir en Barcelona, el marido la sorprendió en flagrante delito de adulterio. La ley amparaba a Munter, que obtuvo la guarda de los hijos y la devolución de la mestiza a Manila.

La solución indignaba por igual a mis progenitores. A mamá, por considerarla injusta. A papá, por no compartir su criterio.

—Te digo que la cogió *in fraganti*. He leído el proceso y el acta notarial.

—En Barcelona decían que Munter había pagado a un miserable para que montase la farsa.

—Mi amigo es un caballero.

—A la pobre criatura le han quitado sus hijos.

—¡Me río del cariño que les tendría esa perdida!

—¿Y Paulino, papá? —surgía, anhelante, la voz de mi hermana.

—¿Paulino? ¿Qué dice esta niña?

Vacilaba entre reanudar la discusión o interesarse por su ídolo.

—Entonces, ¿Primo Carnera es mejor?

—Bueno..., mira...

—¡Le ha vencido!

Olvidaba a Munter.

—Primo Carnera es un gigante, un mastodonte, y el pobre Paulino no puede vencer a un monstruo.

Respirábamos aliviadas. De momento, la discusión había cesado y el diálogo discurría por el camino, más sereno, del boxeo.

El caso de Irigoyen resultaba patético. Se trataba de un marido engañado que no quería enfrentarse con su verdad. Los amigos del casino hicieron cuestión de principio sacarlo de su ceguera.

—Contó que había llamado muchas veces al timbre de su casa y nadie le abrió. Le aconsejaron que forzase una ventana y me consta que hubo quien le ofreció una gran escalera, de las usadas para limpiar chimeneas. No hubo modo de que aceptase.

La “conversión” de Clementina encerraba otros matices. Hija del cónsul de Austria-Hungría, se había casado muy joven con un anciano de gran fortuna y título de marqués. Para lograrlo, rompió sus relaciones con un muchacho de su edad. Viuda a los tres meses de la boda, regresó a Cádiz. Seguía teniendo los mismos dieciocho años, idéntica belleza y el aliciente de una espléndida situación. El antiguo novio volvió a pasear su calle. Transcurrido un tiempo prudencial, Clementina salió a la ventana. Al principio nadie dio importancia a los hechos. Alguna persona comentó:

—Era de esperar. Clementina no estuvo enamorada de su marido, y como tiene suerte, ahora se casará con el hombre que siempre le ha gustado.

La joven confesaba a su novio.

—¡Te quiero! ¡Nunca dejé de quererte!

—Tú no sabes querer.

Clementina intentaba borrar el gesto atormentado.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Darme una prueba de amor.

—Estoy dispuesta a casarme contigo, si es eso lo que deseas.

—No es boda lo que busco. Pensarían que no tengo dignidad, y no quiero ser de nuevo el hazmerreír de Cádiz.

Recordaba las miradas, con miserativas o burlonas, los repentinos silencios allí donde aparecía.

Una noche, después de contemplarla, propuso:

—Vente a vivir conmigo.

—¿Sin casarnos?

—Es lo que hacen las mujeres enamoradas. Ponerse el mundo por montera. —Hizo una pausa—. Te casaste por interés con un viejo rico y ahora solo te creeré si vives conmigo como una querida.

Había pronunciado, al fin, la palabra despreciable que tanta belleza encierra.

La resistencia de Clementina duró poco y, en medio de un escándalo sin precedentes, se marchó con él.

En Sevilla, su antiguo novio la exhibió por todas partes como lo que era: su querida.

Pronto, sin embargo, la ciudad del Betis le cansó. Necesitaba volver a Cádiz, alardear de conquista ante las mismas personas que habían sido testigos de su derrota. Anunció su propósito:

—Me voy. Si quieres seguirme, me sigues.

Se instalaron en San Severiano, refugio tradicional de parejas clandestinas, en una casa pequeña, con un jardín minúsculo, achicharrado por el levante. Nunca salían de día.

Al anoecer, un coche de caballos los llevaba a los ventorrillos del camino de la Isla, a las tabernas, donde bailaoras gitanas se subían a las mesas y, a puntapiés, arrojaban al suelo vasos, botellas, cuchillos, antes de iniciar el frenético zapateado de las seguriyas. Atrapada en su laberinto, Clementina vivía como paralizada. En la intimidad, suplicaba:

—¿Qué más pruebas necesitas?

—¿Vas a decirme que me quieres porque todo Cádiz sabe que te acuestas conmigo?



Su rencor no menguaba. Sin cuidarse de su presencia, gritaba su admiración a bailaoras y cantaoras que, roncadas de cante o borrachas de bailes, reían a carcajadas.

Cierta noche, Clementina abofeteó a una de aquellas. A partir de entonces se negó a salir. Conoció la soledad de la casa vacía, del lecho vacío, inmersa en la angustia de perder al hombre por quien tanto había sacrificado.

—Haberte portado como una señora. Cuando te pedí que vivieses conmigo, nadie te obligó.

Una noche, con palabras muy claras, confesó:

—Hace mucho que te desprecio.

Fue como si Clementina despertase. Observó el jardín polvoriento, las flores marchitas, el horizonte de aquel Cádiz extraño, vuelto de espaldas, que nunca había logrado descifrar. Barcos varados, mástiles inmóviles, grúas oxidadas. Solo si volvía a su ambiente recobraría la paz.

Buscó refugio en las iglesias. Prometió expiar su pecado de escándalo y repartir las rentas de su fortuna entre hospitales y pobres. Vestida con el hábito del santo de Asís, pasaba muchas horas a la cabecera de los enfermos contagiosos. Las malas lenguas aseguraban que la estameña ponía en valor su piel clara de mujer nórdica, el azul de sus ojos, el rubio ceniza de los cabellos. Sin embargo, el guardián de los franciscanos garantizaba la sinceridad de su conversión.

—La señora marquesa es una santa. Dios Nuestro Señor también tuvo piedad de la Magdalena.

Y conmovida por estas palabras, y porque en el cuarto de mi tía —una tuberculosa en tercer grado— entraban muy pocas personas, mi abuela consintió en recibir de nuevo a Clementina.

Su sonrisa fue como un rayo de luz para la agonizante. Mi padre insistía:

—Clementina os tomó bien el pelo. A tu madre, a los franciscanos y a ti.

El caso de Carmen Múgica parecía venir del Medioevo. Joven, hermosa, mimada, sus fiestas dejaron recuerdos imborrables. De la noche a la mañana, la familia se arruinó y la corte de admiradores quedó reducida a un muchacho tímido, que solo en la desgracia osó descubrir sus sentimientos. Celebrado el matrimonio, la pareja se instaló en San Fernando. Durante algún

tiempo, todo marchó a la perfección, hasta que el marido empezó a quejarse de irresistible modorra. No bien anocheecía, caía en sueño profundo. Para combatirlo, Carmen le servía tazas de café, sin que el remedio produjese efecto.

Preocupado, comentó la situación con cierto amigo, que sugirió la posibilidad de que fuese víctima de un bebedizo. Tras muchas vacilaciones, siguió su consejo: guardar con astucia el contenido de las tazas y hacerlo analizar. El informe del laboratorio resultó contundente. El café contenía una elevada dosis de adormidera.

El proceso por adulterio, celebrado a puerta cerrada, terminó con una condena terrible. Prisión menor, o, lo que es igual, a doce años y un día. La desdichada Carmen vivió encerrada en un monasterio de Arrepentidas, hasta que la muerte quiso llevársela.

La vida de Sevilla resultaba una delicia. Recorridos mañaneros por las calles de Francos y Tetuán, misas en la capilla del Sagrario, paseos en coche de caballos a lo largo de la Palmera, excursiones a bordo del Loll, el yate de Manolo y Javier Sánchez-Dalp, con detenciones en los pueblos de la ribera –Coria, San Juan de Aznalfarache, La Puebla–, llegando a veces hasta la desembocadura de Bonanza.

En primavera, horas inolvidables en Ibárburu, Jaime Pérez o Pino Montano, las haciendas y cortijos de los Pickman, Murube y Sánchez Mejías, todo ello vivido dentro del fermento inquietante de la revolución.

Jaime Pérez era un cortijo de gran solera. Lo formaban quinientas hectáreas de “tierra calma”, en el término de los Palacios, y pertenecía a una rama de los Murubes. Su hermoso caserío –rojo y canela– mostraba reminiscencias barrocas. Había la vivienda de los señores, cómoda y capaz, la casita del encargado y las naves de la gañanía, además de los pajares, las cuadras y los almacenes para guardar el trigo. Jaime Pérez, lindaba con Juan Gómez, propiedad en el pasado de la familia, y ambos cortijos llevaban los nombres de dos antiguos mayores de la ganadería.

Cuando le conocí, Juan Gómez había pasado a los Urquijo, banqueros madrileños, mientras Jaime Pérez se conservaba en el

linaje, por su dueña, Concepción Murube y Murube, hija única de dos primos hermanos, Ana y Joaquín.

Jaime Pérez carecía del refinamiento de Ibárburu, el olivar de los Pickman, o del Hornillo de Armando Soto –verdaderos palacios, tenidos y mantenidos como tales–, pero, a cambio, la vida resultaba más auténtica y el campo más campo. La comunicación exterior se conseguía a base del automóvil, la charrette o el caballo.

A las primeras lluvias se anegaban las zonas bajas, y el cauce de un río, seco la mayor parte del año, se convertía en torrente peligroso que arrastraba piedras, animales muertos, árboles, dejando el cortijo incomunicado. La dueña de Jaime Pérez había tenido la fortuna de encontrar un marido excepcional –Enrique Herrera–, trianero, belmontista y labrador de punta, que sacrificó su vocación olivarera para ocuparse de la finca de su mujer.

Alto y arrogante, de piel tostada por el viento marismeño, nunca perdía el buen humor. Con sus hermanos Armando y Daniel, pertenecía al círculo de los Cuarenta.

La dueña de Jaime Pérez, sevillana hasta el tuétano –“yo me apellido Murube Murube y Murube”–, amaba su ambiente. Generosa y simpática, sus dos casas –del campo y de la ciudad– estaban abiertas para los amigos de sus hijos. En Jaime Pérez toreé muchas veces al alimón, y recorrí a caballo los linderos de la finca. Al caer la tarde servían cañeros colmados de manzanilla, acompañados de tacos de jamón, chorizos y morcillas de la casera matanza.

Entrada la noche, llegaba el delicioso potaje de garbanzos, el mismo que se comía en la gañanía, aderezado por la mujer del encargado. La rivalidad que había dividido a la afición taurina en gallistas y belmontistas seguía vigente, y resultaban divertidas las discusiones entre el dueño de la casa y la simpática Teresa Pickman, que, a los rezos nocturnos de sus hijos, añadía la siguiente coletilla:

—Salud para mi mamá. Salud para mi papá. Salud para mis hermanitos. Pitos para Belmonte y palmas para Joselito.

Jaime Pérez simbolizaba la esencia de lo andaluz, y Enrique Herrera, al buen labrador cargado de sabiduría.

Prima del poeta Joaquín Romero, alcaide del Alcázar, Concha Murube sabía mucho de yerbas medicinales, de flores, de

leyendas. Amaba el perfume de la alhucema, del tomillo, de la jara, y su encanto y alegría solo eran comparables a los de su marido. Nunca veraneaba. En el rigor del estío acudía a las fiestas recordatorias de las virtudes de doña María Coronel, la dama que se arrojó al rostro un caldero de aceite hirviendo para desfigurarse y escapar así de la pasión del rey Don Pedro, que, en su acoso arrebatado, la había seguido hasta la cocina del convento donde se había refugiado. Las religiosas exhibían la momia de la bellísima mujer, desfigurada por la terrible mutilación.

Concha gustaba pasear por las orillas trianeras, en las veladas de Santiago y Santa Ana, y el quince de agosto, sin preocuparse de la quemazón del sol, esperaba en la plaza de la Giralda la salida de la Virgen de los Reyes.

La hija de los dueños del cortijo, Concha Herrera y Murube, ha sido y es una de las mejores amazonas de España.

Hasta que cumplí dieciocho años, momento de nuestro traslado a Madrid, cuanto me rodeó –familia, criados, amigos– fue andaluz, entorno que siempre he considerado mío. No en vano nací en Cádiz, me crié en Córdoba y Sevilla, y me recrié en Málaga. Ello no significa que sobre mi adolescencia solo gravitase el mundo cerrado de la Andalucía de tierra adentro, de la que forman parte Córdoba y Sevilla. También recibió la influencia liberal y tolerante de la Andalucía de los puertos, a la que pertenecen Málaga y Cádiz. Andalucías diferentes en usos y costumbres.

En lo que a flamenco se refiere, las clases cultas gaditanas no tomaban parte, como intérpretes, en el cante o en el baile, actitud no seguida por los sevillanos, más en contacto con la tierra y sus gentes. Todas sus mujeres bailan bulerías, soleares, seguidillas y, asimismo, cantan las dotadas para ello. Tales aficiones se contemplaban en Cádiz con suave desdén:

—Son gente de palmas.

O:

—La madre de esos que tanto presumen, era de palmas, y su abuela, de palmas y pañolón.

Tanto en Cádiz como en Sevilla permanecían frescas las huellas de las castas antiguas. Cuando un hombre o una mujer del pueblo quería magnificar la belleza femenina, puntualizaba

reverente: “Parece una hebrea” o “Es tan guapa como una sultana”.

También se decía: “Mi niña es una preciosidad. Tiene el pelo anillado y las facciones labraditas de una reina mora”.

A veces, en las discrepancias de los juegos infantiles, los recuerdos se volvían peyorativos: “¡Lo que se da no se quita, perra judía!”.

Vivencias del grupo étnico que salió de Sevilla por los campos de Tablada, envuelto en jolgorio, lamentaciones y lágrimas. De acuerdo con los cronistas de la expulsión: “Los vecinos animaban a los que se iban con panderos y adulfos”.

El árabe llegaba siempre unido a la guerra: “Mi niño está en el moro, sirviendo al rey”. “¡Anda y cuéntaselo al Moromuza!”.

El pueblo encontraba sus raíces en Marruecos. De las excursiones a Tetuán y Melilla volvían las mujeres con los brazos cubiertos de pulseras, llamadas “del semanario” –siete aros de oro, símbolos de la semana– o luciendo zarcillos en forma de medias lunas.

Los negocios vinculados al comercio no gustaban en Cádiz, siendo mejor recibidos en Sevilla. Mi bisabuela, oriunda del valle montañés de Toranzo, se opuso a la boda de su hija menor con un rico banquero por haber iniciado su fortuna en un negocio de telas.

Sabiéndose próxima a la muerte, la casó, recién cumplidos quince años, con mi abuelo, Armando Hezode y de la Revilla, ingeniero naval, sin otros medios económicos que su carrera.

A los que le preguntaban por las razones de tanta prisa, contestaba:

—Mientras yo viva, no entrará una vara de medir en la familia. Decisión que nos alejó de la riqueza.

Las puertas de las casas gaditanas estaban abiertas al forastero. Cádiz era, y es, una ciudad tolerante, de expresión amiga, balcón de dos mares unidos en el estrecho, que continúa sintiendo muy cerca La Habana y Manila, donde la convivencia fue siempre posible. Carente de fanatismo, acogió de buen talante a calvinistas ingleses, banqueros italianos, hombres del País Vasco, inmigrantes de Castilla la Vieja y Galicia. Navegantes y armadores –Aramburu, Abárzuza, Iraola, Carranza, Murguía, Apodaca, Pinillos, Comillas, Fernández de Castro– moraban

cerca de los jándalos santanderinos, que abrían tiendas llamadas del montañés, en recuerdo de sus orígenes. También tenían sitio señero Picardos y MacPherson.

En las clases medias abundaban los masones y anticlericales, y entre el pueblo llano gozaba de gran predicamento el anarquismo.

Mi madre recordaba el entierro de don Fermín de Salvochea, que presencié, siendo una niña, tras un cierro de su casa de la calle Columela. El féretro, desprovisto de símbolos cristianos, fue llevado, de acuerdo con su expresión, “en volandillas”, por una muchedumbre enfervorizada que lo condujo hasta las Puertas de Tierra, en cuyas inmediaciones se encontraba el cementerio Civil.

Las casas de Cádiz tenían piso bajo, entresuelo, principal, primero y segundo, además de la torre. Los patios, protegidos por monteras de cristales, ocultaban el aljibe, depósito de origen árabe, preparado para recoger el agua de la lluvia. En tiempo de las colonias, las habitaciones de las plantas bajas sirvieron de almacén. Los entresuelos, saturados de humedad, despedían un hedor agrídulce y mostraban las pinturas corrompidas. Los pisos principales, con solerías de mármoles italianos, herrajes barrocos y puertas de caoba, representaban la parte noble del edificio. Allí estaban los salones, el comedor y el antecomedor, con su torno dispuesto para el traslado de platos, cubiertos y viandas.

Los dormitorios ocupaban los pisos primeros; en los segundos se instalaba la cocina, el planchero, el lavadero —con su olor a ceniza de la colada—, además de los cuartos del servicio.

Quedaba la torre, semejante a una garganta erguida sobre la ciudad.

Desde las torres se divisaban las bóvedas amarillas de la catedral, las playas de arenas rubias, las salinas, las velas de los veleros y las chimeneas de barcos y vapores. Cuando Cádiz era Cádiz, las torres habían servido para dialogar con las embarcaciones.

—Los armadores descubrían con los catalejos las insignias de sus navíos, y con ayuda de banderas anunciaban la hora de llegada.

—Las primeras mercancías alcanzaban precios fabulosos.

—Las últimas encontraban el mercado saturado y su valor por los suelos.

—Atracaban barcos de Brasil, de Cuba, de Puerto Rico, Manila, Hong-Kong.

—Traían té, canela, tabaco, azúcar, café, sedas, mantones, chinerías.

—Los troncos de caoba servían de lastre a los navíos.

En mi infancia, aquel mundo fabuloso había desaparecido y solo quedaba la huella en los rótulos de algún almacén, donde se leía la siguiente inscripción: “Ultramarinos finos. Hay té de Ceylán”. Las fachadas de las casas seguían pintadas de blanco, de rosa, de celeste, de “tierra de Sevilla”, y la ciudad mostraba un rostro placentero, acariciado por la brisa, o azotado por un levante furioso, que estrellaba las ventanas como diciendo: “¡Haberlas tenido cerradas!” Las familias pudientes habitaban los cinco pisos; las menos afortunadas se reservaban el principal y arrendaban los restantes. En los entresuelos, limitaban sus aspiraciones.

—Más de cinco duros no podemos pedir. Se trata de un entresuelo.

El entresuelo más entresuelo que recuerdo lo habitaba Mariquita Cádiz, modista de sombreros. Mariquita no se llamaba así por mote, sino por curioso azar. Copiaba a la perfección, sin saberse cuál era uno y cuál era otro, los modelos del sprit. Cuando llegábamos a su “casapuerta”, tirábamos de la campanilla y, desde el entresuelo, una voz arrebatada preguntaba:

—¿Quién es?

—¡Gente de paz! —respondía nuestra niñera, que conocía todas las fórmulas cabalísticas. Aunque, bien pensado, resultaba absurdo que una vieja y tres niñas pudiesen llevar la guerra.

La sala de pruebas de Mariquita estaba impregnada del perfume de la alhucema. Del techo pendía una sombrilla japonesa, abierta en su total dimensión, adornada con las ampollas vacías de las primeras inyecciones. Un lujo exótico, que esclarecía la penumbra del cuarto. Había también paipáis cruzados en las paredes y un mantón de Manila, bordado con figuras orientales, extendido sobre el piano. El chinero, de laca negra, mostraba su juguetería asiática.

Amalia suspiraba, nosotras lo sabíamos, por una sala como aquella.

—Mariquita puede —confesaba resignada—. Tiene un hermano con posibles, “marconi” de la Transatlántica.

Mariquita nunca usaba sombrero. En Cádiz, las clases sociales se hallaban marcadas por el atuendo. Las señoras de la sociedad se tocaban con sombreros, la clase media con pequeñas mantillas de blonda, alzadas sobre peinetas. Las mujeres del pueblo usaban negros pañolones de espumilla en verano, de felpa en invierno. Quedaba una categoría especial, la de las “vuelas”, mantos de luto, tendidos de la cabeza al filo del vestido, privilegio de las viudas de los funcionarios públicos y de sus huérfanas.

Amalia tenía derecho a “vuela” —siempre la llevó—, porque su padre había sido jefe de Consumos en la Línea de la Concepción. ¡Un jefe de Consumos, que si hubiese querido...! ¡Chineros de laca tendrían todas sus hijas! ¡Chineros y panteón!

—Pero no quiso. ¡Cosas del buen nombre!

A nuestra casa gaditana llegaba el crujido de la noria de las “Hermanitas de los pobres”, los golpes de las pelotas que saltaban en las pistas del Club de Tenis. Algunas veces, un júbilo bullicioso estallaba delante de la capilla castrense.

—¡Un bautizo de rumbo! —gritaban las criadas—. Un bautizo de gente de tropa.

Y allí mismo, las mejores palmas cruzadas comenzaban a jalear.

Terminada la ceremonia, los coches se ponían en movimiento. Iba primero el recién nacido, en un landó de llantas de goma, seguido de los invitados, acomodados en “familiares”, de ruedas de metal. La madrina, vestida de negro, entregaría la criatura a su madre, con estas palabras rituales:

—Me lo diste moro. Te lo devuelvo cristiano.

El padrino —un carabinero vestido de verde, sin nada que registrar— repartía puros cubanos. Luego convidaría, en una venta de Puerta Tierra, y hasta que cayese la noche, cantarían y bailarían.

Desaparecido el rumor de los carruajes, la calle volvía al silencio.

Repentinamente, al fondo del jardín nacía un murmullo.

—¿Qué pasa?

—Es Rakú, que está bailando el tango gaditano.



—¡Que cierren los balcones! ¡Que las niñas no vean bailar a Rakú!

Rakú era de mediana estatura, rubio y en extremo simpático. Se llamaba Jesús Sáez, pero en aquella época nunca supimos su verdadero nombre. Todos le conocían por Rakú, apodo que le había quedado de un suceso que los enterados narraban de esta manera:

—Vino a Cádiz un indio de la India, un luchador, que desafió a los gaditanos. Se llamaba Ra-Kú. Este de la fábrica se subió al ring, y el indio le dio más golpes que a una estera. ¡Vamos, que lo “eslomó”! Desde aquel día le quedó el nombrecito. Ya se sabe, ¡la guasa!

Entraba en una taberna o en una reunión, y todos decían:

—Ahí viene Ra-Kú.

Ya se sabe lo que se quiere decir cuando se dice “ciega está la niña” o “descalzo viene el angelito”. Ojos grandes y zapatos nuevos.

Cuando Rakú bailaba el tango gaditano, se recogía la chaqueta hasta mitad de la cintura, sacaba el trasero y se movía con gestos lúbricos, propios del baile popular. No contento, se acompañaba de una cancioncilla que comenzaba de esta manera:

Ponme la mano aquí, Catalina mía,  
Catalina mía...

—¡Que cierren las ventanas! ¡Que está bailando Rakú!

Los empleados de la fábrica aprovechaban la ausencia de mi padre para animar a su compañero.

—¡Arsa y toma! ¡Arsa y dale!

Jaleaban todos, sin excepción; incluso el encargado.

Mi madre hubiera podido decírselo a papá, pero mi madre pensaba siempre en los hijos de los otros.

—¡Que cierren los balcones!

Que la tengo, tengo,  
que la tengo fría.

Rakú tenía muchas facetas. Cuando se fundían las luces, o no funcionaba un enchufe, entraba muy serio en la casa, vestido de mono azul, en compañía de su caja de herramientas. Maniobraba en los hilos y la luz se hacía. ¡Parecía un milagro!

—Que sirvan una copa de vino a Rakú.

—¿De marca, señora?

—De marca.

Traían una botella de Agustín Blázquez y Rakú bebía el vaso de un solo trago. Alzaba la cabeza y el vino se deslizaba por su garganta tostada. La nuez de la garganta se movía.

Había otro Rakú. El que cortaba flores en el jardín y nos mostraba el fondo de la alberca.

—Rakú, córtame suspiros.

—Rakú, súbeme al pilón, que quiero ver los peces.

Por las tardes salíamos hacia el parque Genovés. Rakú esperaba, junto a la verja, con su caja de madera.

—Adiós, Rakú.

—Adiós, Rakú.

—Adiós, Rakú.

—Adiós, María Luisa.

—Adiós, Mercedesitas.

—Adiós, Elenita.

Rakú murió durante la guerra civil.

—¿Y no se puede hacer nada? ¿No podemos salvarlo?

—Nada, niña. Ya está muerto, fusilado.

—¿Pero no podemos...?

—Nada, niña. Ya está enterrado.

¡Pobrecito Rakú! Con su traje de faena, su valor indudable, su buen humor y aquel tanguillo de letra imposible.

Catalina mía, Catalina mía...

El salón de té de la Confitería de Viena era un centro de reunión de la buena sociedad. En el salón de té de la Confitería de Viena se tomaban helados de vainilla, servidos en copas muy altas, de sabor delicioso, anterior a las dos guerras. En el salón de té de la Confitería de Viena, todo resultaba delicado. El murmullo de las conversaciones, la tonalidad de las paredes, el punto de los barquillos, las servilletas y manteles.

En el salón de té de la Confitería de Viena, las señoras se saludaban con un saludo ceremonioso, jugado en tres tiempos, que había puesto de moda la familia Eche copar. Un saludo difícil, en el que solo intervenían cabeza y garganta, de ligera sonrisa,

justo la suficiente para que durase hasta el fin de la inclinación. El saludo solo se intercambiaba entre personas que fuesen “visita”. Ser “visita” indicaba que, una tarde cualquiera, se llegaba al portal de una casa —a pie o en coche— y se entregaba una tarjeta al servidor, que franqueaba la entrada. El criado o la criada volvía poco después para anunciar que la señora estaba en casa y que recibía. Las señoras elegantes señalaban un día de antemano.

El ser “visita” de casas importantes no resultaba fácil. Había familias que se pasaban la vida intentándolo y se iban de este mundo sin lograrlo.

—El duque de Almodóvar se casó dos veces; la segunda, con una cordobesa muy graciosa, Pura de nombre.

—Los Moreno de Mora no tuvieron hijos. Vivieron en Cádiz y en París. Micaela era una belleza, tal como aparece en el cuadro de Fernández Cruzado que está en el Museo.

—La Beneficencia de Cádiz la hicieron los Mora. El hospital de su nombre, el colegio de San José y tantas cosas.

—Las Patero eran muy bonitas. María Eugenia dejó doce hijos al morir. Fue una Eche copar. Por su madre.

—Los Martínez de Pinillos vinieron de la Rioja, dueños de la naviera.

—Las Agacinos eran cuatro hermanas: Sara, Ruth, Esther y Rebeca. Por eso las llamaban “las señoritas del Antiguo Testamento”.

—Don Ramón Carranza llegó de Galicia. Marino de guerra, ¡guapísimo! Se casó con la sobrina preferida de los Mora.

—Los Fernández de Castro proceden de Comillas. Propietarios de barcos. Muy religiosos.

—Mercedes Santaolalla nació en Madrid. “Figuró” después de Carmen Veá Murguía. Carmen y Mercedes eran muy guapas, con mucho sentido de la organización. Sus fiestas todavía se recuerdan.

Cuando los astilleros Veá Murguía se vinieron abajo, los compró un bilbaíno, Horacio Echevarrieta. Carmen levantó su casa y se refugió en Puerto Real, como han hecho siempre los señores de la provincia venidos a menos. Antes de marcharse mandó un recado a Mercedes: “Te dejo mi sitio”.

Todos sabíamos que si no se hubiese arruinado, nunca se lo hubiera dejado.

El marido de Mercedes y sus hermanos fundaron la Banca Aramburu. Sus bailes resultaban muy divertidos. Yo me puse de largo en uno de ellos.

—Había dos ramas de la familia MacPherson, de un hermano y de otro hermano. Todas las primas vivían juntas. De la rama mayor no queda nadie. Margarita se metió a monja irlandesa y vive en el convento de Sevilla, hecha una santa.

—La marquesa de Angulo —guapísima, como todas las Rochas— se casó de segundas con un muchacho que podía ser su hijo. Cuando le conoció estaba en relaciones con una hija del ganadero Adalid.

—Las Duarte, las Poggio, las Picardo, eran nuestras amigas y, por encima de todas, Pepita Carpintier.

—Como sucede siempre, las más importantes eran las más sencillas. Por eso resultaba encantadora Micaela Picardo, amable, acogedora, bien educada.

—Los Lasquety, los Jiménez Alfaro, los Bustillos, son familias de marinos, ¡de guerra naturalmente!, como los Nuche, Pastor, Gómez Pablos, Topete, Moreno, Bastarreche, Abárzuza, Cervera, Suances y Fernández de la Puente.

—En Cádiz la gente es fina, de carrera, y aunque no hay grandes fortunas, tampoco somos “piojos resucitados”.

—Al Gran Teatro Falla vinieron las Arderius, unas tiples muy guapas y muy decentes. Todas se casaron bien. Cuatro en Sevilla, dos en Jerez y una en El Puerto de Santa María. Las llamaban las Arderius por el nombre del empresario. La viuda del ganadero Concha y Sierra es una Arderius, madre de la Esparterita.

—¿Y Pemán?

—Pemán era un niño. Pero ya prometía.

La sociedad de Sevilla era distinta de la de Cádiz. Cerrada, a la defensiva, con gran inseguridad en sus clases medias-altas. A excepción de los maestrantes y alguna familia terrateniente, gravitaba sobre ella un tremendo desasosiego, como si su lugar no fuese definitivo y estuviese amenazado de caer al modo de un frágil castillo de naipes. Esta realidad podía explicarla el miedo antiguo a “dejar de ser”, basado en raíces hebreas, cuidadosamente disimuladas. Se ponía de manifiesto cuando sus

hombres y mujeres se veían obligados a cruzar la palabra con quienes no eran tenidos por conocidos, síntesis del concepto “solar conocido”, tan estrechamente vinculado a la limpieza de sangre.

Durante las ferias, en las casetas importantes resultaba divertido observar las reacciones de estos inseguros. La persona extraña era dejada en soledad, ostentosamente desdeñada, los gestos helados, el rechazo transparente.

—Si me ven con “este” dejarán de saludarme Zutano, Fulana y Mengana.

Tal certeza les hacía sentirse perdidos, como en tiempos conflictivos, cuando alguien “tiraba de la manta” y ponía al descubierto apellidos “manchados”. Sin embargo, bastaba el saludo cordial de quien pisase fuerte, dirigido al presunto marginado, para que la tensión y la sequedad cesasen.

En el otoño de 1933 nos trasladamos a Madrid.

Nuestra familia había sufrido un cambio de honda trascendencia que nos forzó a trocar Sevilla por la capital de España. Acogiéndose a la recién promulgada Ley de Divorcio, papá decidió rehacer su vida con una alemana, la cruel Gretchen Vögel.

A partir de ese momento dejamos de vivir para limitarnos a sobrevivir, en curioso paralelo con lo que sucedía en política. Alquilamos un piso en la calle Castelló, cerca del ocupado por nuestra abuela materna, y todavía no puedo cruzar por delante de su fachada sin que se me encoja el alma. La Casa de Socorro, del distrito de Buenavista, mostraba su luz encarnada que solo veíamos al salir a la calle, ya que nuestra vivienda no daba al exterior, sino a los jardines privados de dos residencias de la plaza de Salamanca, la embajada china y el palacio de los Escoriaza.

A la hora del café, sus miembros disfrutaban del sol que calentaba aquella zona privilegiada. A esta parte daban el cuarto de estar y el dormitorio que mamá compartía con mi hermana Marita. El resto de las habitaciones se asomaban a un patio sembrado de ruidos.

En concepto de “alimentos”, el juez había fijado una pensión de mil pesetas mensuales, que debía cubrir los gastos de comida, vivienda, vestido, educación y cuidados médicos de una familia compuesta por cinco personas, madre y cuatro hijas, la menor de

tres años. Lo que quiere decir que rozábamos la miseria. En este arreglo habían intervenido dos abogados notables. Por mi padre, Manuel Blasco Garzón, sevillano de rasgos semíticos y escasa estatura física, miembro de Izquierda Republicana, que llegó a ministro.

Mamá estuvo representada por Manuel Giménez Fernández, profesor de canónico en la universidad hispalense, de talante liberal y futuro ministro de Agricultura en uno de los gabinetes de Gil Robles.

Con la parte débil del proceso, Blasco se mostró despiadado. Presionó a nuestra madre con la pérdida de todos sus hijos, si no accedía a las pretensiones de su cliente, actitud compartida por su pasante, joven y ambicioso letrado.

Martínez Barrio, jefe político de estos dos, ocupaba dentro de la masonería el altísimo grado 33.

El reparto de los hijos se convirtió en un chalaneo. A la Vögel no le interesábamos en absoluto, pero las circunstancias nos habían convertido en piezas clave de las coacciones ejercidas sobre nuestra madre.

Manuel Giménez, hombre sabio y bueno, poseía grandes cualidades. Sin embargo, una cosa era la pura ciencia jurídica y otra las impurezas de la realidad, y, a pesar de su talento, la situación política favoreció a Blasco Garzón, que resultó más fuerte ante los tribunales. La Ley de Divorcio del año 32, interesada en proteger al cónyuge que rompía su matrimonio, apenas tuvo en cuenta el futuro de los hijos, víctimas inocentes de la ruptura. Todo lo que a ellos afectaba se decidía en unos minutos, frente a la mesa, abarrotada de colillas, de un oficial de juzgado, entre las prisas y el malhumor de funcionarios sobrecargados de trabajo.

Después de una primavera extenuante y un triste verano, mi padre salió para Alemania, y nuestra madre para Madrid, en compañía de todos sus hijos. Se había convenido que las chicas quedásemos bajo la custodia materna y la patria potestad paterna, arreglo desafortunado, como se verá más adelante. Pepe, el único varón, sería internado en los Christian Brothers de Gibraltar, compartiendo las vacaciones con sus progenitores. Esta cláusula nunca se cumplió y, de hecho, quedó separado de lo que había sido su familia.

Cuando mi madre murió de cáncer de estómago, producido por el sufrimiento, calculé el tiempo que aquella criatura ejemplar había pasado con su hijo y, con pena infinita, supe que, a lo largo de veinte años, no llegó a tres meses.

La Vögel no soportaba nuestra presencia en Sevilla. Blasco logró del juez la residencia forzosa en Madrid, lo que nos sumió en el anonimato de la gran ciudad, en una especie de muerte civil, lejos de nuestro ambiente, nuestra casa y nuestros amigos.

La liquidación de la sociedad de gananciales nunca se realizó, vendidos o disimulados los bienes que la habían constituido. El obligado destierro y la mezquina pensión fueron parte del “castigo” impuesto a nuestra madre por no consentir en un divorcio de “mutuo consenso”.

Hago esta síntesis dolorosa para advertir a las parejas que contemplan la ruptura del vínculo como algo maravilloso, olvidando que se trata de la mala solución a situaciones límite. El divorcio, cuando existen hijos, debe mirarse con infinitas cautelas. Solo una gran fortuna puede paliar los daños materiales que ocasione, aunque los que afectan a la sensibilidad de niños y adolescentes no haya dinero que los suavice. Películas del talante de *El campeón* o *Kramer contra Kramer*, producidas en un país divorcista como Estados Unidos, confirman lo que digo. La destrucción de nuestra familia, el alejamiento de nuestro hermano, las consecuencias de todo orden quedaron vinculados en mi mente a la citada ley, como también quedaron ligadas nuestras desgracias al nuevo régimen. A menudo me pregunto cuántos republicanos de la Institución Libre de Enseñanza desmembraron su matrimonio. Si conociéramos las cifras, resultarían tan insignificantes que provocarían el asombro de los sectores “progre”.

La faceta constructiva, y en ciertos aspectos conservadora, de la obra de Giner, coincide con algo muy arraigado en mí. Guardar lo útil y respetable. Desechar lo injusto y corrompido...

### III

#### NOSTALGIA Y RECUERDO DE FILIPINAS (FRAGMENTO)

Sobre el velador de laca del salón alfonsino de mi abuela, recuerdo siempre una fotografía bellísima en la que ella aparecía vestida de manera extraña.

Llevaba puesto un traje de nipis blanco, con larga falda plisada a fuerza de almidón, que producía el mismo encanto místico de alas de ángel que suelen proporcionar las telas rizadas de los roquetes de monaguillos y sacristanes.

En aquel delicioso retrato, mi abuela, que tenía fama de ser una belleza, aparecía muy pálida, con esa palidez que refleja una larga convalecencia de fiebres amarillas.

Cuando nosotros le preguntábamos por el origen de aquella fotografía, nos contestaba suspirando que había sido hecha en el salón de su casa de Manila, y había tal ternura en su voz al referirse a aquella ciudad misteriosa, que siempre tuvimos la certeza de que permanecía muy cerca de su corazón.

Ahora pienso lo unida que estaría a su historia sentimental de muchacha ochocentista aquella ciudad adonde fue de recién casada, acompañando a nuestro abuelo, oficial de Marina de guerra.

Si las palmeras descoloridas del paseo de Canalejas, la estatua de Moret, con los faldones de su chaqué de bronce sueltos al aire del levante, y la bóveda amarilla de la catedral, fueron horizonte conocido para las muchachas gaditanas de final de siglo, tanto o más lo fueron para sus ojos de novias de marinos la curva celeste de la bahía de Cavite o las calles ardorosas de las ciudades de Filipinas.

Y era tal la confianza con la que se hablaba en familia de esos lugares, que durante mucho tiempo nuestra imaginación infantil los situó muy cerca, junto a los bombos de la Carraca, la Escuela Naval de San Fernando o el puerto de Puerto Real.

Tuvimos que hojear un día, ya al filo de los diez años, una Historia de España para descubrir que aquellos nombres tan amados de Manila, Cavite y Luzón estaban en el otro lado del



mundo, y lo que era aún más triste, que ya no tenía nada que ver con nosotros.

Yo, que me había paseado durante toda mi infancia por las esterillas del salón filipino de mi abuela, que había navegado por las aguas de Cavite como por mar propio, no pude resignarme en mucho tiempo a la terrible realidad que expresaban con frialdad de letras de molde aquellas frases: “1898...”, “Desastre de Cavite”, y pensaba a todas horas que algo tenía que hacer.

Pero nada sucedía y el levante seguía azotando la torre más alta de Cádiz como si nada hubiera ocurrido y solo las casas color rosa y canela del paseo del puerto se empinaban un poco más todos los días por divisar la vuelta de aquellos barcos que nunca regresaban.

De aquella trágica aventura quedaron en nuestra casa unas medallas gloriosas que nunca se colgaron y el retrato de mi abuela vestida de “tagala”.

Pasó el tiempo y llegó un día en que ya nadie habló de Filipinas, pero, aunque todo estaba callado, el recuerdo de las islas permanecían dentro de Cádiz. Se le sentía en todas partes. En el corazón dormido de las muchachas ochocentistas que comenzaron su idilio en un baile del casino para romperlo bruscamente con la tragedia de Cavite, dentro de los álbumes de fotografías, sobre los veladores negros de los salones, colgado de las sombrillas japonesas que adornan los entresuelos de todas las modistas gaditanas, entre los paipáis con escenas chinas cruzados de dos en dos en las paredes de las casas de la calle Plocia, en las bandejas negras con pájaros y flores de mil colores donde se sirve por la tarde el té. Y sobre todo, sí, sobre todo, en la estela de espuma que dejaron las quillas de los barcos que se fueron para siempre y que renace de vez en cuando sobre las aguas de la bahía con la desesperación de un alma en pena.

## IV

### CRONOBIOGRAFÍA DE MERCEDES FORMICA

1913. Nace el 9 de agosto en Cádiz. Crece en el seno de una familia burguesa asentada en Cádiz a principios del siglo XX. Es criada en un ambiente conservador y católico. En su infancia percibe el sufrimiento de su madre en el matrimonio. Su padre es muy estricto. Es la segunda de seis hermanos.

1924-1930. Cursa sus primeros estudios en el internado de Santa Victoria de Córdoba, hasta el fallecimiento de su hermana mayor. Luego continúa su formación en el colegio del Valle de Sevilla, en el que llega a ser la primera mujer en estudiar el bachillerato.

1931. Supera el examen de reválida el 9 de julio.

1931-1932. Se matricula en la Universidad de Sevilla en Filosofía y Letras. Se interesa por los estudios de Derecho y cambia matrícula. Mantiene dos de la primera titulación. A las aulas tenía que ir acompañada por una señorita de compañía.

1933. Se traslada a Madrid en octubre a causa del divorcio de sus padres. Asiste como oyente a clases de Derecho en la Universidad Central de Madrid.

1933-1934. Se afilia a Falange Española desde el Sindicato Español Universitario (SEU). Solicita el traslado de expediente a la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid.

1935. Presenta una ponencia el 12 de abril, durante el I Consejo Nacional del SEU, para tratar por primera vez la situación de la mujer en la organización. Se funda la rama femenina del SEU y es nombrada delegada de la Facultad de Derecho de Madrid.

1935-1936. Se traslada a Málaga. Recibe el nombramiento de delegada nacional del SEU femenino. Conoce a Eduardo Lloset Marañón en el Alcázar de Sevilla en la primavera del 36. El estallido de la Guerra Civil le sorprende en Málaga y huye a Sevilla con Lloset, su madre y hermanas. Interrumpe sus estudios de Derecho.

1936-1939. Tras el fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera se desvincula de la política y deja la militancia en Falange. El desencanto le sobrevino en la guerra y, en especial, tras el decreto de unificación de abril del 37. Ayuda a Jorge Guillén a huir a Francia. Contrae matrimonio con Eduardo Lloset el 20 de diciembre de 1937 en la catedral de Sevilla.

1940-1947. Se marcha a vivir a Madrid. Junto a su marido, intenta ayudar a Miguel Hernández para evitar que caiga preso buscándole refugio en una dehesa, aunque sin éxito por la insistencia del poeta en ir antes a Orihuela para encontrarse con su mujer tras conseguir que Lloset le facilitase un salvoconducto. Ambos sintieron un profundo dolor con su apresamiento y posterior muerte. Formica entra en contacto con la intelectualidad y el mundo artístico del Madrid de posguerra. En agosto de 1941 dirige la revista *Medina* hasta abril de 1942, cuando dimite por problemas con la censura y por no poder ejercer libremente su trabajo. Publica en *Medina* su primera novela, *Luisa Terry de la Vega*. El 3 de marzo de 1945 fallece su hermana pequeña Marita. Su carrera como narradora se amplía con la publicación de dos nuevos títulos: *Bodoque* (1944-45) y *La casa de los techos pintados* (h.1946). También publica, bajo el seudónimo de Elena Puerto, tres novelas de tipo sentimental-romántico (novela rosa): *Vuelve a mí* (1943), *¡Peligro de amor!* (1944) y *Mi mujer eres tú* (1946). En 1947 acompaña a Lloset a Argentina tras ser designado para llevar una muestra de pintura a este país. Allí contacta con los exiliados españoles.

1947-1949. Retoma los estudios de Derecho en Barcelona. En enero de 1949 supera en Madrid las dos asignaturas que le quedaban para finalizar la carrera y se licencia. Decide prepararse para la carrera diplomática, pero se ve impedida por el requisito

de “ser varón”. El 29 de marzo de 1949 su imagen es utilizada en la portada de la revista *Semana*. En el interior se publica una entrevista en la que denuncia la injusta situación de la mujer universitaria que se ve impedida para desempeñar ciertas profesiones por razón de sexo. La Sección Femenina la observa con recelo.

1950-1958. Realiza una recesión de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir al poco de publicarse este ensayo en Francia y ser de difícil circulación en España. Publica *Monte de Sancha*. Prepara una ponencia para el I Congreso Femenino Hispanoamericano con la idea de tratar el tema de la mujer y las profesiones, pero la Sección Femenina censura el trabajo por su talante feminista. Se da de alta en el Colegio de Abogados de Madrid y abre su propio bufete en su domicilio madrileño. Sus clientas, en su mayoría, son mujeres maltratadas. Trabaja en el Instituto de Estudios Políticos y en una asesoría. En 1951 publica el cuento “La mano de la niña” y la novela *La ciudad perdida*. En 1952 comienza a colaborar en *ABC*. En 1953 dirige la revista *Feria* y, al concluir por falta de medios esta publicación, se pone al frente de la segunda edición de *La Novela del Sábado*, en cuyo número 33 publica la novela corta *El secreto*. El 7 de noviembre de 1953 logra difundir en *ABC*, tras tres meses retenido por la censura, el artículo “El domicilio conyugal”, en el que denuncia un caso de violencia machista y obtiene gran notoriedad. La Sección Femenina se distancia de ella. Se origina un debate en el periódico en torno a los derechos jurídicos de la mujer y el tema traspasa las fronteras nacionales. Emprende una campaña para concienciar a la sociedad de la injusta situación en la que se encuentran las mujeres españolas en el matrimonio y divulga artículos sobre la materia y ofrece algunas entrevistas. El 10 de marzo de 1954 es recibida por Franco en audiencia privada en el Palacio de El Pardo. Le sugiere que tome en consideración la posibilidad de reformar varios artículos del Código Civil. En Valencia erigen una Falla en su honor, “Formicalogía”. El 5 de noviembre de 1954 fallece su padre y el 11 de octubre de 1955 muere su madre. Publica la novela *A instancia de parte*. El 24 de abril de 1958 se consigue la reforma de 66 artículos del Código Civil, la primera de este cuerpo legal desde su promulgación en

1889 para incluir derechos a las mujeres. El abogado Antonio Garrigues la denomina, en su honor, la “reformica”.

1958-1970. Lee la novela *Tanguy* de Michel del Castillo al poco de publicarse en Francia. Le conmociona la dura realidad en la que viven los niños abandonados en los asilos. Investiga el caso y, antes de que se publique la versión en español en 1959, publica varios artículos sobre el caso en *ABC*, con el objeto de llamar la atención sobre la situación de los menores abandonados o internos en España. El 30 de mayo de 1960 el Tribunal Eclesiástico de Sevilla declara la nulidad de su matrimonio con Lloset. Dos años después, contrae segundas nupcias con el ingeniero industrial José María González de Careaga y Urquijo. Su actividad como jurista cesa, pero no sus colaboraciones en *ABC*. Se encarga de la sección dominical “*ABC de la mujer*”, una tribuna desde donde vuelve a ocuparse de la situación de las mujeres e insta a nuevas reformas legales.

1970-1975. El 4 de enero de 1971 fallece su segundo marido. Esta fecha marca el inicio de su faceta como investigadora. En 1973 publica la biografía histórica *La hija de don Juan de Austria*, con la que obtiene el Premio Fastenrath de la Real Academia. En 1975 participa de forma activa en múltiples actos con motivo de la celebración del Año Internacional de la Mujer.

1976-1985. El 6 de febrero de 1976 es condecorada con la Orden de la Cruz de San Raimundo de Peñafort, en la categoría de “distinguida de 1ª clase”, por los méritos alcanzados en el estudio del Derecho y servicios sin nota desfavorable en las actividades jurídicas. Se implica en las elecciones generales del 15 de junio de 1977. Comenta en la prensa aspectos concernientes a las mujeres y se lamenta de las pocas medidas que los programas electorales llevan en este sentido. Trata asuntos de actualidad: la irrupción del feminismo, el aborto y el divorcio, con una perspectiva claramente progresista y feminista. En 1979 publica su segundo libro de corte histórico, *María de Mendoza (solución a un enigma amoroso)*. Prepara la redacción de sus memorias con la intención de aglutinar los tomos bajo el título de *Pequeña historia de ayer*. En 1982 publica *Visto y vivido*. En

1984 divulga el segundo tomo *Escucho el silencio*. En 1985 tiene lugar una disputa con el escritor Antonio Gala, al que acusa de haberle plagiado varios pasajes de su novela *La hija de don Juan de Austria* para el capítulo que sobre este personaje hizo para Televisión Española en el programa “Pasajes y figuras”.

1986-2002. Su presencia en la sociedad y en los medios de comunicación disminuye. Su nombre, asociado a la Falange, va tildándose de “maldito” y ni siquiera se menciona su enorme lucha por la igualdad en tiempos tan difíciles como la dictadura. En 1987 se publica *La infancia* y en 1989 se divulga su última novela *Collar de ámbar*. El 2 de abril de 1997 la Residencia de Estudiantes de Madrid le dedica un homenaje, el único realizado en vida en la democracia a nivel institucional. En 1998 sale el tercer y último tomo de sus memorias *Espejo roto. Y espejuelos*. Fallece en Málaga el 22 de abril de 2002, víctima de las consecuencias del Alzheimer.

V

IMÁGENES DEL AYER



Arriba, Mercedes Formica –con gorro– y María Luisa, su hermana mayor, en Cádiz, con 3 y 5 años

Fuente: *Visto y vivido*  
(Barcelona: Planeta)



A la izquierda, Amalia Hezode y Vidiella, con 28 años, madre de tres hijas

Fuente: *Visto y vivido*  
(Barcelona: Planeta)



Mercedes Formica en Sevilla en 1931

Fuente: *Visto y vivido*  
(Barcelona: Planeta)



Mercedes Formica camino de la Facultad de Derecho de Sevilla

Fuente: *Visto y vivido*  
(Barcelona: Planeta)





Mercedes Formica en su etapa universitaria anterior a la Guerra Civil



Mercedes Formica en distintos momentos de su vida

Fuente: *Escucho el silencio*  
(Barcelona: Planeta)



Arriba, de izquierda a derecha, José Formica-Corsi, padre, Mercedes Formica, José María, hermano, y Eduardo Lloent y Marañón, marido, en 1947

Fuente: *Escucho el silencio* (Barcelona: Planeta)

A la derecha, Mercedes Formica con su madre, Amalia Hezode, en su casa del Paseo de Recoletos de Madrid

Fuente: *Espejo roto. Y espejuelos* (Madrid: Huerga y Fierro)







Mercedes Formica en la biblioteca de su casa del Paseo de Recoletos de Madrid.

Fuente: *Escucho el silencio* (Barcelona: Planeta)

Mercedes Formica ataviada con la toga de abogada en el Palacio de Justicia de Madrid.  
Inge Morath

Fuente: *Espejo roto. Y espejuelos* (Madrid: Huerga y Fierro)





Mercedes Formica, vestida con mantilla negra, posa para la fotógrafa Inge Morath desde un balcón de su casa del Paseo de Recoletos de Madrid

Fuente: *Espejo roto. Y espejuelos* (Madrid: Huerga y Fierro)

Mercedes Formica en la sala de estar de su domicilio madrileño del Paseo de Recoletos. Medios de la década de los cincuenta.

Inge Morath



Mercedes Formica.  
1997. Rafael Roa

Fuente: *Espejo roto.  
Y espejuelos*  
(Madrid: Huerga y  
Fierro)

## VI

EXPOSICIÓN: “UN GRITO EN EL SILENCIO: MERCEDES FORMICA (1913-2002)”. HOMENAJE EN CÁDIZ POR EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

### I. CÁDIZ, SU “SALADA CLARIDAD”

A las cinco de la mañana del 9 de agosto de 1913 nace en la calle del Sacramento María de las Mercedes de los Ángeles Margarita de la Santísima Trinidad Formica-Corsi Hezode. Pertenece a una familia burguesa característica de la sociedad gaditana, una mezcla geográfica encabezada por su padre, José Formica-Corsi y Cuevas de Artá, natural de Mataró, que dirige la empresa Gas Lebon y Cía, ubicada en el barrio del Balón. Su madre, Amalia Hezode y Vidiella, descende de una saga de ingenieros y marinos de Santander, asentados en Cádiz desde finales del XIX, y su abuela materna, Sara Vidiella, es natural de Motevideo.

Mercedes solo vive once años en la capital gaditana, aunque siempre mantendrá vínculos con ella. En Cádiz asiste a su primera escuela, vive sus fiestas populares y celebraciones religiosas y juega en sus plazas con sus amigas Luisa Terry de la Vega y Luisa María de Aramburu.

Cádiz fue siempre su “salada claridad”. Era su alegría, la música... “En Cádiz no se canta con guitarra. La música se hace con las manos. Con el son de las palmas”.

### II. ENTRE LA MATERNIDAD Y LA DOMESTICIDAD: LA MUJER A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

La idea de la mujer subordinada al hombre está plenamente asumida en el inconsciente colectivo de la sociedad española de comienzos de siglo y no cabe la menor posibilidad de reflexión ni de rebelión. La mujer confinada en el interior del hogar es signo de buena salud familiar y de armonía con su naturaleza. La

mentalidad patriarcal considera a las mujeres seres imperfectos, débiles y sin voluntad, que necesita en todo momento de la protección y la supervisión masculina.

La familia de Mercedes Formica cumple a la perfección tales directrices. Amalia Hezode mantiene el decoro que su condición femenina y su clase social le imponen y así se lo transmite a sus cuatro primeras hijas: María Luisa (1911), Mercedes (1913), María Elena (1914) y Margarita (1918). Ya en Sevilla la familia se completará con el nacimiento de José María (1927) y María (1931). José Formica-Corsi se dedica a sus labores en la dirección de la Compañía de Gas Lebon, mantiene una estricta disciplina en el seno familiar y acude diariamente a sus compromisos sociales en el Casino Gaditano.

Esta situación general pesa enormemente en la educación femenina, convirtiendo a las niñas en meros correlatos de sus progenitoras. En el caso de Mercedes Formica, este principio infranqueable se quiebra, precisamente por su madre.

### III. EL INICIO DE UN ARDUO CAMINO HACIA LA IGUALDAD

El sistema educativo a comienzos del siglo pasado era ciertamente lamentable y poco prioritario para los órganos de gobiernos. La instrucción más elemental, la lectura y la escritura, carecía, sobre todo, en la mujer. Las cifras hablan del 71,4 por ciento de analfabetismo femenino en 1900, siendo las del hombre del 55,8 por ciento. En el caso de las niñas nacidas en familias pudientes, normalmente asistían a la escuela para recibir las enseñanzas más básicas, impregnadas de un fuerte dogmatismo. No hay que olvidar que el ingreso de la mujer a la universidad estuvo vetado hasta 1910.

Cuando la familia de Mercedes Formica se traslada a Sevilla en 1924, su madre, Amalia Hezode, mantuvo el interés en que sus hijas continuaran sus estudios y se dirige a uno de los colegios regido por “las Irlandesas”. La religiosa que la recibió, al escuchar que quería que sus hijas hiciesen carrera, quedó perpleja y le indicó que, “si pisaban la universidad, nunca se casarían en Sevilla”. Por aquel entonces, las chicas estudiantes ocupaban, frente a la sociedad, “una situación ambigua, mezcla de prostitutas y cómicas”. De Sevilla pasa a un internado de



Córdoba, y de ahí de nuevo a Sevilla donde se convierte en la primera mujer en estudiar el bachillerato en el colegio del Valle, en 1928: “el hecho de ser la primera alumna del colegio que estudió bachillerato me hizo vivir como una apestada”. Ya en el curso 1931-1932, Mercedes Formica logra transgredir las trabas y se matricula en Filosofía y Letras en la universidad sevillana, carrera que alterna con la de Derecho, teniendo que ir acompañada al centro por una señorita de compañía –en Andalucía, doña–, para solventar posibles críticas de una sociedad reacia a que las mujeres cursaran estudios superiores.

#### IV. LA II REPÚBLICA: DERECHOS Y LIBERTADES

La II República inicia un camino hacia la modernización y el progreso de la sociedad española. La Constitución de 1931 consagra la igualdad entre los sexos con la prohibición de privilegio jurídico por “la naturaleza, la filiación, el sexo, la clase social, la riqueza, las ideas políticas y las creencias religiosas” (artículo 25) y, gracias a la lucha en solitario de la diputada Clara Campoamor, las españolas ven reconocido su derecho al sufragio en el artículo 36.

En el ámbito privado, la Constitución funda el matrimonio en “la igualdad de derechos para ambos sexos”, y contempla su disolución con la Ley de Divorcio de marzo de 1932.

José Formica-Corsi y Amalia Hezode se divorcian. Amalia y sus hijas dejan Sevilla y se instalan en Madrid en el otoño de 1933, donde Mercedes reanuda sus estudios universitarios. En *Visto y vivido* (1982), el episodio es recordado con amargura: “el divorcio no fue para los míos la solución a un problema entre seres civilizados, sino el triunfo del más fuerte protegido por la ley”. Las hijas quedan bajo la custodia materna y la patria potestad paterna; el hermano, José, es internado en un colegio en Gibraltar.

#### V. FALANGE ESPAÑOLA Y EL DESENCANTO IDEOLÓGICO

La ideología política de Mercedes Formica no pasaba, en 1931, de una leve simpatía por la institución monárquica, influenciada por sus padres. El ambiente convulso y violento que

desató la caída de Alfonso XIII y la traumática experiencia de la separación matrimonial de sus padres, la mantenían alejada de cualquier vínculo con la República. Al igual que sucedió con Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales, Dionisio Ridruejo o Torrente Ballester, Formica sintió una admiración por José Antonio Primo de Rivera, por lo que contenía su retórica de justicia social y rechazo hacia un derechismo que, a su entender, había quedado caduco. Se afilia al movimiento y obtuvo cargos en él: en 1934, delegada del SEU femenino de la Facultad de Derecho de Madrid, y, en 1936, el mismo cargo a nivel nacional. Sus inquietudes iniciales eran universitarias. Con la Sección Femenina mantuvo una tensa relación, puesto que para Formica la libertad de la mujer no admitía límites, mientras que para la organización falangista el ámbito femenino se reducía al hogar. La Guerra Civil trajo el desencanto ideológico, como a Ridruejo y tantos otros, tras el fusilamiento del líder falangista y, sobre todo, después del Decreto de unificación de abril de 1937. Mercedes Formica se aparta de cualquier compromiso político con el franquismo. En diciembre de ese año, contrae matrimonio en Sevilla con Eduardo Lloset y Marañón, perteneciente al mundo intelectual sevillano y miembro del grupo poético del 27. La pareja ayuda a Jorge Guillén a exiliarse del país e intenta hacer lo mismo con Miguel Hernández, sin éxito.

## VI. MUJER Y UNIVERSIDAD EN LOS AÑOS CUARENTA. LA EXIGENCIA DE “SER VARÓN”

La posguerra trajo miseria, orfandad, vacío intelectual, exilio y represión. Se debía remontar la situación en el país cultivando la cultura y la inteligencia sin distinción política. Mercedes Formica inicia su carrera literaria escribiendo novelas de temática femenina. Dirige la revista *Medina* y en ella publica cuentos de Camilo José Cela, Elena Soriano, Mercedes Ballesteros, y poemas de Ridruejo y Luis Rosales, entre otros. Formica y Lloset viven en Madrid, donde este dirige el Museo de Arte Moderno. Ambos frecuentan los círculos culturales y las tertulias más importantes del momento, como las del Café Gijón. Formica retoma sus estudios de Derecho y los finaliza en 1949. En *Espejo roto. Y espejuelos* (1998), dice: “En aquellos días causaba

extrañeza que una casada joven frecuentase la Facultad de Leyes”. Al intentar acceder a las oposiciones de Diplomático, se encuentra con el requisito de “ser varón”. Su título universitario, por ser mujer, se convertía en “papel mojado”. Se valió de su relevancia social y solicitó una entrevista con el entonces ministro de Justicia para comentarle el asunto. Al estar “reunido”, mandó a su secretario que le indicó: “Partera, debió estudiar para comadrona”. Formica entiende que esta situación era exclusiva del franquismo. La República nunca fue contraria al desarrollo intelectual ni laboral de la mujer. La abogada comienza a sentir rechazo y desprecio, y le achacan, por su apoyo al falangismo, “haber tirado piedras, no solo sobre su tejado, sino sobre el tejado y porvenir de tantas compatriotas” (*Espejo roto. Y espejuelos*).

## VII. HACIA LA “REFORMICA”

La década de los cincuenta fue la época dorada de Mercedes Formica. Su carrera literaria está en alza, con buenas novelas impregnadas de novedosas técnicas narrativas extranjeras. Vuelve a dirigir dos publicaciones: *Feria*, revista femenina, y la segunda edición de *La Novela del Sábado*, en 1953.

Desarrolla su profesión como abogada en asesorías y en el Instituto de Estudios Políticos. Abre su propio bufete, convirtiéndose en una de las tres abogadas en activo del Madrid de aquellos años, junto a Pilar Jaraiz y Josefina Bartomeu. La mayoría de sus clientas, mujeres maltratadas, le permitieron conocer a fondo la situación jurídica de las mujeres españolas. También, a principios de los cincuenta, comienza a colaborar en *ABC*, donde, el 7 de noviembre de 1953, tras tres meses retenido por la censura, publica el artículo titulado “El domicilio conyugal”, donde narra la dramática situación matrimonial de Antonia Pernia Obrador, ingresada en el hospital tras recibir doce cuchilladas por parte de su marido, con el que estaba obligada a convivir, después de años de malos tratos sufridos en el “domicilio conyugal”.

El Código Civil establecía que, durante el proceso de separación, la esposa debía ser “depositada” en un domicilio distinto, considerado la “casa del marido”, y posteriormente la justicia decidía si le entregaba o no a sus hijos, bienes, y una

pensión alimenticia, igual sucedía durante la II República; el artículo 44 de la Ley de Divorcio, apartado 2º, conservó el “depósito de la mujer casada” del Código Civil de 1889. En la práctica, la falta de recursos obligaba a la mayoría de las mujeres a permanecer en el domicilio para no perderlo todo.

En una ocasión, recuerda Mercedes Formica, un juez, ante su petición en las medidas cautelares de que abandonase el marido la casa, le contestó: “Está usted loca. ¿Cómo podemos tolerar que un hombre salga de *su* casa?”. Ante esta situación, lo único que podía hacer era denunciarlo públicamente.

### VIII. LA REFORMA LEGISLATIVA DEL 24 DE ABRIL DE 1958

Tras cinco años de intensa campaña a favor de las mujeres en la prensa y la literatura, Mercedes Formica impulsa la reforma de sesenta y seis artículos del Código Civil, la mayor reforma sufrida por este cuerpo legal desde su promulgación en 1889. Reforma que el abogado Antonio Garrigues apodó la “reformica”, un juego de palabras con su apellido.

En *Espejo roto. Y espejuelos*, Mercedes Formica relata los logros obtenidos de los que se siente responsable, aunque no siempre reconocidos, de ahí el tono de desilusión del título. Entre otras mejoras, se consiguió la supresión del “depósito de la mujer casada” y la casa, considerada del marido, pasó a ser la “casa de la familia” y se dejaba a decisión de la justicia quién permanecía en ella.

Se modifican artículos en los que la libre disposición del marido sobre los bienes gananciales necesita del consentimiento de la esposa. Hasta la fecha, la viuda que contraía nuevo matrimonio perdía la patria potestad de los menores, no así el viudo en idénticas circunstancias. Tras la reforma, las ulteriores nupcias del padre o de la madre no afectan a la patria potestad. Por otro lado, el adulterio se penaba únicamente en el caso femenino (no había adúlteros). La nueva redacción del artículo se basa en la igualdad, considerando causa de separación el adulterio de cualquiera de los cónyuges. Se suprime la equiparación de la mujer con la minoría de edad, la discapacidad y la delincuencia, reminiscencia de la *imbecillitas sexus*, que le impedía ser testigo en los testamentos y ejercer cargos de tutora y protutora.

Con la reforma, en palabras de Mercedes Formica, “la española conoció las limitaciones de su estatus y a partir de aquellas fechas no ha cesado de luchar por mejorarlo”.

#### IX. LABOR PERIODÍSTICA, INVESTIGADORA Y ÚLTIMA MEMORIA

El empeño de Formica en denunciar la injusta situación jurídica de las mujeres no finaliza con la reforma de 1958. Sus colaboraciones en *ABC* se afianzaron y dispuso de una sección fija desde donde seguía defendiendo sus derechos. Intervino decisivamente en la reforma de 1961, en la que se garantizaban sus derechos políticos, profesionales y de trabajo (entre ellos, se consiguió la supresión del requisito “ser varón” para acceder a ciertas oposiciones o puestos de responsabilidad), o en 1970 en la ley de adopción. En 1960 se produjo la separación matrimonial de Lloset y, dos años después, contrajo segundas nupcias con el industrial y ex alcalde de Bilbao, José María G. de Careaga y Urquijo. A partir de este momento, su actividad como jurista comienza a disminuir, no así su labor investigadora, centrada en desentrañar la vida de la mujer del pasado. Su presencia en la sociedad comienza a ser frecuente y participa en conferencias, actos solidarios, mesas redondas, cursos... La década de los setenta se inaugura con la viudez de Mercedes Formica y empieza a recibir reconocimientos por su actividad laboral. Sin embargo, se va intuyendo un lento y progresivo ocaso, que se hará evidente con la llegada de la democracia. Entonces, decide redactar las memorias de todo lo *visto y vivido*. *Escucha el silencio* y percibe un sabor amargo, que le embarga por completo cuando toma conciencia de que, con los nuevos tiempos, los avances logrados por ella se van disipando y olvidando, quedando simples reflejos de un *espejo roto*. Mercedes Formica, exclama: “Lo mío fue lanzar una voz en el silencio”. La Residencia de Estudiantes de Madrid homenajeó a la autora en 1997. Falleció, a consecuencia del Alzheimer, el 22 de abril de 2002.

*Un Grito en el Silencio*  
Mercedes Formica (1913-2002)

EXPOSICIÓN

FUNDACIÓN MUNICIPAL DE LA MUJER  
ÁREA DE FAMILIA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE CÁDIZ

Centro Integral de la Mujer  
Sala de exposiciones "Cigarreras de Cádiz"

Fecha de la Exposición  
Del 28 de noviembre de 2013 al 30 de junio de 2014

Horario  
Lunes a viernes  
Mañanas: de 10.00 a 14.00 h.  
Tardes: de 17.00 a 21.00 h.

Visitas guiadas  
Teléfono: 956 21 11 90 / 956 21 12 65  
fundacion.mujer@cadiz.es

Ayuntamiento de Cádiz

Imágenes de la exposición “Un grito en el silencio: Mercedes Formica (1913-2002)”, organizada con motivo del centenario de su nacimiento en Cádiz durante el año 2013-2014. Fotos: FMM de Cádiz.

*Un Grito en el Silencio*  
Mercedes Formica (1913-2002)

ANGEL DEL HOGAR.

Entre la maternidad y la domesticidad:  
Las mujeres a principios del siglo XX

La idea de la mujer subordinada al hombre está profundamente arraigada en el imaginario colectivo de la sociedad española de comienzos de siglo y en parte de la "fuerza productiva de reflexión" de la época. La desigualdad en el interior del hogar se agudiza fuera del hogar y se enfrenta con su reverso: LA MERTICIDAD, por tanto, comienza a las mujeres sería importante, debido a su vinculación, que trasciende en todo momento de la producción y la reproducción social.

La familia de Mercedes Formica, compuesta de un matrimonio formado por el doctor Juan María Formica y su mujer María Formica (1881), Mercedes (1913), María Elena (1914) y Margarita (1915), va a formar la familia se completa con el nacimiento de Jose María (1917) y María (1918). Jose Formica-Cano se dedica a los negocios, que le llevan a la dirección de la Compañía Gas León y Cía, mientras que Mercedes, dedicada en su vida familiar y social al cuidado de sus compañeros escolares en el Colegio Galiano.

Esta situación general pasa escrupulosamente en la educación femenina, convirtiéndose a las niñas en meros consumidores de sus progenitoras. En el caso de Mercedes Formica, esta principal "infancia" se produce precisamente por su madre.

Ayuntamiento de Cádiz



*Un Grito en el Silencio*  
Mercedes Formica (1913-2002)

DIVORCIO

La II República: derechos y libertades

La II República trajo un cambio radical en el imaginario colectivo de la sociedad española. El "ángel del hogar" que había sido el modelo de mujer ideal durante la Restauración, se convirtió en un símbolo de opresión. En este contexto, el divorcio se convirtió en un derecho fundamental. La Ley de Divorcio de 1931 y la Ley de Divorcio de 1932 permitieron a las mujeres separarse de sus maridos. Este cambio fue una gran victoria para las mujeres, que hasta entonces habían estado sometidas a un sistema de matrimonio indisoluble. Mercedes Formica, que había sido una mujer tradicional, se convirtió en una mujer moderna y se comprometió con la causa del divorcio. Este cambio fue una gran victoria para las mujeres, que hasta entonces habían estado sometidas a un sistema de matrimonio indisoluble. Mercedes Formica, que había sido una mujer tradicional, se convirtió en una mujer moderna y se comprometió con la causa del divorcio.

Ayuntamiento de Cádiz



Busto de Mercedes Formica cuando estaba en la Plaza del Palillero de Cádiz. Foto: Alfonso Sánchez Rodríguez

